

ARACELI BELLOTTA

PERÓN

UNA BIOGRAFÍA DEL SIGLO XXI

Planeta

Perón

Una biografía del siglo XXI

Araceli Bellotta

Perón
Una biografía del siglo XXI

Planeta

Índice

Introducción

Capítulo 1. 2 de enero de 1974

Capítulo 2. La infancia

Capítulo 3. 20 de enero de 1974

Capítulo 4. La carrera militar

Capítulo 5. 21 de febrero de 1974

Capítulo 6. Golpe a golpe

Capítulo 7. 20 de marzo de 1974

Capítulo 8. «En defensa de los sagrados intereses de la patria»

Capítulo 9. 31 de marzo de 1974

Capítulo 10. Gobernar es hacer lo que el pueblo quiere

Capítulo 11. 15 de abril de 1974

Capítulo 12. «Recibí una colonia y les devuelvo una patria justa, libre y soberana»

Capítulo 13. 7 de junio de 1974

Capítulo 14. «Hemos mal acostumbrado a nuestro pueblo»

Capítulo 15. 15 de junio de 1974

Capítulo 16. «Les dejé una doctrina, una mística y una organización»
Capítulo 17. 28 de junio de 1974
Capítulo 18. Volver
Capítulo 19. 1° de julio de 1974
Capítulo 20. «Mi único heredero es el pueblo»
Pista Extra (*Bonus track* en gringo)
Bibliografía y fuentes

Bellota, Araceli
Perón : una biografía del Siglo XXI / Araceli Bellota. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2024.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8561-7

1. Biografías. 2. Historia Argentina. I. Título.
CDD 920.71

© 2024, Araceli Bellotta

Todos los derechos reservados

© 2024, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: febrero de 2024
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

ISBN 978-950-49-8561-7

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

A la memoria de María Seoane: maestra, compañera y amiga.

A Cristina y Mili, a Teresita y Juancito Mínimo.

«Es un difundido (y aceptado) principio —nunca explicitado formalmente— de un sector del mundo académico argentino, influenciado por un positivismo estrecho, que si el historiador está identificado con el peronismo, aunque tenga capacidad crítica, debe ser siempre cuestionado por "subjetivo" cuando encara el tema del peronismo, porque no hace "historia" sino "política partidaria", cosa que, extrañamente, no sucede si se trata de un liberal, de un marxista o de un conservador que aborda cuestiones relacionadas con su postura ideológica. En cambio, si es desafecto, opositor y/o cuestionador del peronismo, lo suyo es admitido como producto de la "objetividad". ¿Será verdad, entonces, que la única objetividad es la lógica del sistema?».

OSCAR CASTELLUCCI (1)

---

1. Castellucci, Oscar. *Latinoamérica: Ahora o nunca* y *La hora de los pueblos*. La historia de cómo se gestaron y se publicaron estas dos obras de Perón que son casi una. *Perón. La hora de los pueblos (1968)*. *Latinoamérica: Ahora o nunca (1967)*. J. D. P. Los Trabajos y los Días, pág. 18, nota 9, Biblioteca del Congreso de la Nación. Buenos Aires, 2017.

Introducción

Dediqué casi toda mi vida a estudiar y a investigar sobre el peronismo. Durante décadas acopié información y documentos. Además, tuve la oportunidad de trabajar con hombres que compartieron sus días con Juan Domingo Perón, con quienes mantuve enriquecedoras charlas.

Enrique Pavón Pereyra, el biógrafo oficial del General, durante un año me regaló conversaciones semanales en la confitería del Hotel Castelar, en la Avenida de Mayo, además de aportarme valiosa documentación, alguna inédita, como las entrevistas a testigos durante su exilio en el Paraguay, Panamá, República Dominicana y Venezuela que se reproducen en este libro.

Antonio Cafiero, quien, en sus tiempos de senador, me convocó para colaborar con él. Sobre todo, lo ayudé a sistematizar su último libro, *Militancia sin tiempo. Mi vida en el peronismo*. Desde muy joven, anotaba los acontecimientos en sus agendas a modo de diario personal, las que guardaba en un baúl en lo que él llamaba «la capilla» —porque eso había sido antiguamente— y entonces era su escritorio. Durante casi dos años, los sábados por la mañana, en su casa de San Isidro, lo escuché leer sus anotaciones y sobre todo

reflexionar sobre ellas. Además de dirigir por un tiempo la revista *Movimiento* que él resucitó, y que me dio la oportunidad de reportear a grandes figuras del peronismo.

Lorenzo Pepe, exdirigente ferroviario, diputado nacional y secretario general del Instituto Nacional Juan Domingo Perón de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, dependiente del Ministerio de Cultura de la Nación. Con él también tuve el privilegio de colaborar en su anecdotario *A buril y martillo. Testimonio de una vida militante,* mientras me ocupaba también de la coordinación del Instituto. Largas horas de conversaciones en su oficina del edificio ubicado en las dependencias de servicio del Palacio Unzué, lo que la Libertadora dejó en pie tras demoler la residencia presidencial donde habían vivido Perón y Evita. Él fue uno de los tantos dirigentes gremiales jóvenes que surgieron cuando los mayores estaban encarcelados durante la resistencia. Imposible olvidar su voz cuando imitaba al General y transmitía sus ideas y pensamientos.

Privilegios de la vida para una periodista, escritora, historiadora y también militante peronista. Pero lo cierto es que nunca se me había ocurrido escribir una biografía sobre el General, de no ser por la propuesta de la editorial Planeta, que acepté y agradezco. Enorme tarea y desafío que llevó a preguntarme para qué escribir una nueva biografía si ya había tantas publicadas.

No hace mucho leí un pensamiento de Benjamín Nahum, autor de *El fin del Uruguay liberal,* que me ayudó a encauzar el trabajo:

> Es motivo de discusión abierta entre historiadores si se debe escribir sobre el pasado más reciente, aquel que los involucra también como seres humanos. Los peligros de tal tarea son evidentes: hay exceso de información periodística, sin base o tendenciosa; carencia de documentos que pueden tener peso decisivo; retaceo de datos importantes por actores que todavía viven y no quieren exponerse a la luz pública; falta de pruebas, enterradas en archivos particulares o no disponibles todavía en los públicos; compromiso afectivo o intelectual del investigador con hombres o hechos que lo involucran personalmente (la admiración o el odio pueden

> provocar la pérdida de objetividad de cualquier pluma), y otros similares que se pueden sumar fácilmente. Y sin embargo, es deber del investigador rendir cuentas del pasado. Sobre todo a las jóvenes generaciones, que tienen la necesidad y el derecho de interrogar a sus mayores sobre una época de la que, no siendo responsables, son forzosamente herederas. (2)

Pensando en las nuevas generaciones escribí esta biografía a cincuenta años de la muerte del general Perón, con la intención de indagar en cómo se formó su pensamiento y su evolución a través del tiempo. Pero también con el esfuerzo por desentrañar sus sentimientos y vivencias.

Han aparecido nuevos documentos, también diferentes investigaciones más actuales que responden a la necesidad humana de volver a mirar el pasado para comprenderlo mejor, incluso para encontrar líneas que permitan desentrañar el presente, porque inevitablemente la perspectiva cambia con el paso del tiempo. Por eso, cada generación vuelve a escribir la historia.

Se trata de una biografía, no de un homenaje. Por esa razón, se advertirán las luces y las sombras del hombre que cambió la política argentina en el siglo xx, con sus aciertos y también con sus contradicciones.

Como ya sabemos que la objetividad no existe, me declaro peronista y feminista de entrada, para que el lector sepa cuál es mi punto de vista, ejercicio de honestidad intelectual no muy común en el presente. Ese fue el motivo del cuidado al detalle en la rigurosidad al precisar las fuentes, también con la intención de que quienes lean puedan profundizar su análisis.

Una de las obsesiones de este trabajo fue encontrar las palabras del mismo Perón explicando cada tema junto con el desarrollo del contexto en el que fueron pronunciadas, al tiempo de facilitar los datos históricos para su comprensión.

Por último, el deseo de que este humilde aporte sirva para comprendernos mejor.

ARACELI BELLOTTA
Francisco Álvarez, agosto de 2023.

---

2. Nahum, Benjamín. *El fin del Uruguay liberal*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1993.

Capítulo 1

2 de enero de 1974

Residencia presidencial de Olivos.

«No hay tiempo… Yo no tengo tiempo». (3)

«Soy viejo, tengo los días contados y me falta tiempo para elaborar proyectos a largo alcance. Aquí se requiere la presencia de alguien que tenga por delante veinte años de vida útil… y yo, casi estoy pal gato». (4)

«Solo alejándome del país podré prolongar mis días, pero estos quieren que muera de pie. Este clima de Buenos Aires, tan húmedo como cambiante, no hace sino agravar todos mis males, que solo pueden verse aliviados en el microclima de Madrid».

«Me ocurre a mí lo mismo que a estos caniches. Yo los noto cada vez con menos bríos, sin ganas de jugar ni de ladrar. Había que verlos retozar en Puerta de Hierro, en tren de continua chanza. Aquí, estos bandidos andan como boxeadores sonados, más o menos como ahora me siento yo». (5)

«Sucede que esta actividad de presidente me alcanzó muy tarde. Yo, en una de esas, tomo el avión y me voy a Madrid». (6)

«Están intrigando para heredar mi poder. ¡Intrigan para heredarme! Y pierden el tiempo. El poder me lo dio el pueblo, y cuando yo falte, al pueblo vuelve». (7)

«Estoy rodeado por delincuentes, traidores, simuladores, ambiciosos, incapaces y alcahuetes. Me están haciendo pesados los últimos momentos de vida, ya que ante la impotencia de generar soluciones, crece mi amargura al ver derrumbarse todo cuanto construimos para lograr la felicidad del pueblo. Son unos miserables que mostrándose como peronistas, creen que por el solo hecho de cantar la Marcha o mostrar una fotografía pueden confundir a todos para valerse de la buena fe y consumar la más ruin de las traiciones». (8)

Sentado en su mecedora, en el dormitorio del primer piso del chalet de la residencia de Olivos, donde acababa de mudarse, Juan Domingo Perón reflexionaba sobre su suerte.

Hacía poco más de seis meses que había retornado definitivamente a la Argentina, y había sufrido una isquemia coronaria y dos edemas pulmonares, y, encima, no contaba con la atención adecuada.

El 12 de octubre de 1973 había asumido la presidencia de la nación por tercera vez, aunque los médicos recomendaron que su actividad debía «contemplar y ajustarse a la situación física vinculada a la edad y a la afección física padecida». (9)

Después, también indicaron que dejara la casa de Gaspar Campos 1065, en Vicente López, donde se había instalado cuando regresó al país. La idea era que se trasladara a Olivos, donde podrían montar el equipo médico adecuado, siempre que su entorno lo permitiera.

El viejo caudillo había regresado después de dieciocho años de exilio por el compromiso que tenía con su pueblo.

Un año antes, en vísperas de su primer regreso en noviembre de 1972, respecto de su sobrevivencia le respondió a Juan Manuel Abal

Medina, entonces secretario general del Movimiento Justicialista: «Lo que yo puedo decirle es que hay años y años, y hay algunos que deseo tanto que cambiaría uno de ellos por diez vividos en Madrid. Y voy a decirle algo más, con la sinceridad más absoluta: yo siento que tengo una deuda enorme con el pueblo argentino y su lealtad de tantos años, por todo lo que ha padecido por ser leal a nuestra causa. Lo que más deseo en la vida es poder pagar esa deuda». (10)

Volvió con sus facultades intelectuales intactas, pero el cuerpo no lo acompañaba. Durante el tiempo de ostracismo había estudiado mucho y tenía una mirada del país y del mundo que sus seguidores no alcanzaban a entender. Quería dejar un proyecto para la Argentina del futuro y necesitaba que participaran los propios y también los ajenos. Pero no lo comprendían.

Se había retirado de la Casa de Gobierno el 20 de noviembre, el día previo a su segundo edema pulmonar, y desde entonces no había regresado. (11) Ahora permanecería en Olivos hasta el 15 de abril, el tiempo suficiente para delinear lo que llamó el Modelo Argentino para el Proyecto Nacional. Esa era la herencia política que quería dejar a las futuras generaciones que, tal vez, al revés de esta, pudieran entenderlo. Estaba convencido de que los mismos acontecimientos forzarían esa comprensión.

Porque aseguraba que el mundo avanzaba hacia el «universalismo», con un paso previo por el «continentalismo» y que los países del tercer mundo debían organizarse para que la etapa final fuera más justa que la del presente. Por eso, la Argentina debía tener su propio modelo, para que no le impusieran uno desde afuera.

Decía que se debía crear el Consejo para el Proyecto Nacional porque «el ciudadano como tal se expresa a través de los partidos políticos. […] Pero también el hombre se expresa a través de su condición de trabajador, intelectual, empresario, militar, sacerdote,

etc. Como tal tiene que participar en otro tipo de recinto: el Consejo para el Proyecto Nacional que habremos de crear enfocando su tarea solo hacia esa gran obra en la que todo el país tiene que empeñarse. […] Ningún partícipe de ese Consejo ha de ser un emisario que vaya a exponer la posición del Poder Ejecutivo o de cualquier otra autoridad que no sea el grupo al que represente». (12)

«Solo la idea vence al tiempo —decía—. Hagamos de ella nuestro medio esencial para la lucha interna; institucionalicemos la lucha por la idea y usemos todo nuestro patriotismo para dar más potencia a la institucionalización de ese proceso nacional». (13)

Se sentía muy cansado, pero también muy lúcido. Cuatro días antes de asumir la presidencia, el 8 de octubre de 1973, había cumplido setenta y ocho años. Pero ¿eran setenta y ocho o eran ochenta?

---

3. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*, pág. 100, Ediciones de la Campana, Buenos Aires, 1981.

4. *Diario Mayoría*. Madrid, 24 de enero de 1973.

5. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*. Testimonio de Manuel Rawson Paz. Ob. cit., pág. 89.

6. Graham-Yooll, Andrew. *Agonía y muerte de Juan Domingo Perón*, pág. 162, Lumiere, Buenos Aires, 2000.

7. Peicovich, Esteban, *El ocaso de Perón*, pág. 143. Testimonio de Pilar Franco Marea, Buenos Aires, 2007.

8. Landajo, Ramón. *Al final del camino,* Buenos Aires, 1994. Disponible en: <http://alipso.com/monografías/alfinaldelcamino>.

9. Taiana, Jorge. *El último Perón*, *testimonio de su médico y amigo*, págs. 130-131, Planeta, Buenos Aires, 2000.

10. Abal Medina, Juan Manuel. *Conocer a Perón. Destierro y regreso*, pág. 112, Planeta, Buenos Aires, 2022.

11. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón.* Ob. cit., pág. 193.

12. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*, pág. 17, Instituto Nacional Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 2008.

13. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 20.

Capítulo 2

La infancia

«El hombre se forma hasta los ocho años, en que actúa sobre el inconsciente. Después, se prepara».
JUAN D. PERÓN (14)

Juan Domingo Perón heredó el karma de sus antepasados: el tardío reconocimiento legal de su existencia. Fue la segunda generación de hijos que figuraron como «naturales», es decir, ilegítimos hasta varios años después de su nacimiento.

De esta cuestión se originaron dos versiones. Una, la oficial, que señala que nació el 8 de octubre de 1895, en Lobos, provincia de Buenos Aires, y es la que siempre sostuvo el mismo Perón. La otra asegura que habría nacido el 7 de octubre de 1893, en Roque Pérez, de la misma provincia.

La condición de «hijo natural», como se decía entonces, también la había ostentado su padre, Mario Tomás Perón, nacido el 27 de noviembre de 1867, fruto de la relación entre Tomás Liberato Perón y la viuda Dominga Dutey, formalizada recién en 1881. Mario tenía

diecinueve años cuando fue inscripto, el 21 de septiembre de 1886, en el Registro Civil de la Capital Federal. Hasta entonces portó el apellido Dutey, el de su madre, quien, sin embargo, no figura en el acta.

Una posible explicación es que Tomás Liberato aprovechó ese trámite para inscribir a sus otros hijos: Tomás Hilario, nacido el 14 de enero de 1871 y también bautizado con el apellido de su madre; y Alberto, el otro niño que había llegado un año después, de quien no se conoce a su progenitora, y que no sería Dominga. No obstante, ella lo adoptó como propio y lo sumó a la familia junto a María Baldomera y Dionisia Vicente Martirena, sus otras dos hijas que había concebido en su primer matrimonio con Miguel Martirena, de quien enviudó en 1866. Estas son las tías de Juan Domingo que tanta influencia tuvieron en su infancia, al igual que su abuela Dominga, como se verá más adelante.

Lo cierto es que Tomás Liberato Perón reconoció a sus hijos recién un año después de haberse jubilado como catedrático de la materia Química Inorgánica en la Universidad de Buenos Aires en 1885, pero sin asentar el nombre de la madre, lo que perjudicó a Dominga a la hora de afrontar los juicios sucesorios.

Tomás Liberato fue un célebre médico y científico reconocido por la aristocracia porteña. Tenía dieciséis años en 1855 cuando ingresó en la universidad, que entonces estaba en las calles Alsina y Potosí (hoy Perú), cuyo rector era el doctor José Barros Pazos, para hacer el curso preparatorio en las materias de Física, Matemáticas, Latín, Inglés y Química, esta última impartida por el doctor Miguel Puiggari, científico español fundador de la química moderna en la Argentina. Los sábados tomaba clases de Religión a cargo del cura dominico Fray Olegario Correa. (15)

En 1860 inició la carrera de Medicina y se sumó al Hospital General de Hombres en calidad de interno. Un año después se alistó en el ejército del general Bartolomé Mitre, donde atendió el hospital

de sangre en la ciudad de Santa Fe, y participó de la batalla de Pavón, la que llevó a Mitre a la presidencia de la nación, en la que inició el modelo de país agroexportador y dependiente, que el futuro nieto de Tomás Liberato enfrentaría ocho décadas después.

Pese a sus ocupaciones militares, Tomás Liberato pudo rendir sus exámenes y aun siendo alumno, le confiaron la cátedra de Química de la Facultad de Medicina.

Pero en 1864 estalló la Guerra del Paraguay y decidió suspender sus estudios para incorporarse a la Legión Sanitaria de la facultad, que creó un hospital de sangre. Como practicante del Hospital General atendió a los heridos que llegaban desde el frente de batalla. Su nombre aparece en una nota dirigida por el doctor Juan José Montes de Oca al ministro de Guerra y Marina, Juan Andrés Gelly y Obes, donde al lado de otros médicos como Adolfo Argerich y Ángel Gallardo está el de Tomás Liberato Perón como uno de los alumnos que «han hecho todas las curaciones y han permanecido en el hospital hasta la hora que V. E. y el señor ministro del Interior llegaron y presenciaron las de los últimos heridos entrados a las 7 y media de la noche, con los cuales se completó el número de 130». (16)

El 12 de marzo de 1867, Tomás Liberato obtuvo su título de médico con la tesis «Envenenamiento por el ácido arsenioso». Ese mismo año se destacó durante la epidemia de cólera y también se incorporó a la Asociación Médica Bonaerense, presidida por el doctor Manuel Augusto Montes de Oca.

Un año después, en 1868, fue elegido como diputado en la Legislatura de Buenos Aires por el partido mitrista, y después sustituyó al doctor José María Bosch en la cátedra de Clínica Médica.

En 1871 actuó durante la epidemia de fiebre amarilla que devastó a Buenos Aires. En 1878 fue designado en la recientemente creada cátedra de Medicina Legal, y fue nombrado miembro del Consejo de Higiene Pública, antecedente del Ministerio de Salud que

su nieto instauraría en el país más de medio siglo después. Desde ese ámbito, fue el precursor del Conservatorio de Vacuna Animal, que tantos beneficios produjo en la lucha contra la viruela.

Retirado en 1885, falleció a los cincuenta y seis años en su quinta de Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires, el 1.° de febrero de 1889, seis años antes del nacimiento de su nieto Juan Domingo. (17)

Mucho tiempo después, el mismo Juan Perón se refirió a sus antepasados durante una entrevista periodística: «Mi padre, Mario Tomás Perón, creció en el seno de una familia acomodada. A la muerte de mi abuelo siguió estudiando medicina, una carrera que había empezado para satisfacer los deseos paternos, pero luego se cansó y agarró para el campo, que era lo que realmente le tiraba. Había heredado unas tierras en Lobos y allí se instaló como estanciero. En Lobos nací yo, cuando mi hermano Mario ya tenía cuatro años». (18)

Y respecto a su madre, Juana Salvadora Sosa Toledo, aseguró en el mismo reportaje: «Los apellidos de mis abuelos maternos eran Toledo y Sosa. Hasta donde llega mi conocimiento, todos los antepasados de esa rama fueron argentinos y fundadores del fortín que era Lobos en tiempos de la conquista. Mi madre nació allí, en Lobos, entre esa gente humilde y trabajadora del campo». (19) De acuerdo con esta primera versión, la oficial, Juan Domingo Perón habría nacido en la casa de la calle Buenos Aires 1380, de esa ciudad bonaerense, el 8 de octubre de 1895.

Sin embargo, en los últimos tiempos, el doctor Hipólito Barreiro, exembajador en Liberia y médico del General durante su exilio, sostuvo en su libro *Juancito Sosa, el indio que cambió la historia*, que el lugar de nacimiento de Perón fue un rancho en la localidad de Roque Pérez, partido de Saladillo, también en la provincia de Buenos Aires, y que había ocurrido el 7 de octubre de 1893, un día y dos años antes de lo que sostiene la versión oficial.

Cabe aclarar que en aquellos tiempos era común registrar los nacimientos mucho después de ocurridos. Por un lado, por la lejanía de los registros civiles en los pueblos, y por otro, porque solían esperar un tiempo necesario para corroborar la supervivencia de los recién nacidos. Aunque en este caso cuesta creer que el padre de Juancito, como lo llamaban en la familia, tuviera dificultades administrativas para inscribirlo. Era alguacil del Juzgado de Paz de Lobos. (20)

Además, el acta de bautismo de Perón está fechada el 14 de enero de 1898 —cinco o tres años después del nacimiento depende de la fecha que se tome en cuenta— en la parroquia Nuestra Señora del Carmen de Lobos, donde figura como Juan Sosa, hijo natural de Juana Sosa, nacido el 8 de octubre de 1895, un documento donde abundan las manchas de tinta. (21)

Así lo corroboró el biógrafo Enrique Pavón Pereyra en su libro *Yo Perón,* en el que el General aseguró: «Así constaba en las páginas del registro parroquial, que lamentablemente una gran mancha de tinta, derramada "casualmente", sobre el renglón que daría crédito a mis palabras, se ha encargado de silenciar para siempre. Se afirma que fue el pueblo de Lobos quien me vio nacer. Allí hay una casa, la de mis primeros años, donde gateé, donde comencé a dar mis primeros pasos, pero que con toda seguridad no vio mi alumbramiento, pues este había acecido en Roque Pérez, partido de Saladillo». (22) En esta versión, el mismo Perón contradijo lo que había afirmado en el anterior reportaje.

Pero lo que no tiene contradicción alguna es que el niño Juan Domingo Perón ostentó la condición de «hijo natural» durante los primeros años de su infancia.

En las conversaciones mencionadas con Pavón Pereyra, Perón se refirió a esa condición y le dijo: «Ese hijo no tenía padre y la ley argentina prohibía hasta investigar la paternidad del recién nacido. Pero sí se castigaba el adulterio de la mujer y ese hijo pasaba a ser

un bastardo. Al padre se lo eximía de toda culpa y al hijo se le cerraban las puertas del futuro. ¿Eso era justo? Nosotros hicimos una ley que daba al hijo natural los mismos derechos que al hijo ilegítimo». (23)

La ley aludida era la 14.367, aprobada y promulgada en 1954 durante su segunda presidencia, que suprimió la discriminación oficial entre hijos legítimos e ilegítimos, y les otorgó los mismos derechos a los extramatrimoniales.

Sus padres recién se casaron el 25 de septiembre de 1901 en la ciudad de Buenos Aires y en el último párrafo del acta reconocieron como hijos suyos a Juan Domingo y a su hermano Avelino Mario.

Además del nacimiento rodeado de una maraña de fechas y lugares geográficos, otra polémica se instaló respecto al origen étnico de Perón.

Según Hipólito Barreiro, basándose en un documento firmado ante escribano público, por tres caciques mapuches, con fecha 14 de octubre de 1998, la madre de Perón y, por lo tanto, también su hijo, eran descendientes de la comunidad aonikenk, conocidos también como tehuelches. (24)

El autor sostuvo que el abuelo materno, Juan Irineo Sosa, había nacido en Santiago del Estero y «pudo haber sido de ascendencia Diaguita, Calchaquí, Vilella o directamente Quechua de la gran nación Kolla». Después agrega: «Sin embargo, Juan Irineo pudo también haber sido Tehuelche (Aoni-Kenk) desarraigado».

Respecto a la abuela materna, Mercedes Toledo y Gauna, dice que era india con sangre tehuelche. «Era india pura de las tolderías —escribió— que vino a parar a Lobos por cuenta y cargo de quien sabe qué malón o qué huinca». (25)

Por el contrario, el abogado Cloppet, en su libro *Eva Duarte y Juan Perón: la cuna materna*, sostiene que nada de esto es verdad. Con una documentada investigación genealógica asegura que los Toledo «eran castellanos venidos del "Viejo Mundo" para continuar

con la obra del Descubrimiento y Evangelización de América, y que se habrían afincado en Córdoba, tal vez en San Luis y luego en la provincia de Buenos Aires, entre las localidades de Morón, Dolores, Chascomús, Azul y San Nicolás de los Arroyos». (26)

En cuanto a los Gauna, el segundo apellido de la abuela, es de origen vasco y su raíz se encuentra en la provincia de Álava. «Sabemos fehacientemente que no fueron indios y que sus ancestros se originan en la Villa del Rosario, Río Segundo, Córdoba a fines del siglo XVII». (27)

Respecto a Juan Irineo Sosa, el abuelo materno, la investigación sostiene que sus ancestros tenían origen en Portugal, que el censo de 1895 de la República Argentina indica que eran vecinos del partido de Morón, entonces partido de La Matanza, y que de ahí se mudaron a los pagos de Lobos y Navarro. (28) Según este autor, Juan Domingo Perón no tenía ni una sola gota de sangre indígena.

Consultemos a Enrique Pavón Pereyra, biógrafo oficial del General. En *Perón. Preparación de una vida para el mando (1895-1942)*, publicado en 1952, describió a la madre de Perón como «una mujer fuerte, criolla de la mejor ley, acostumbrada a domeñar las vicisitudes de la vida y a tornar en signo favorable los embates de la adversidad». Continuó con la abuela materna y sostuvo: «De los pagos de Azul provenía la familia de su madre, doña Mercedes Toledo, cuyo entronque castellano databa del tiempo de la colonia».

Respecto al abuelo materno aseguró: «También de Castilla la Vieja eran originarios los padres de don Juan Irineo Sosa. [...] Castellanos viejos fueron todos los antecesores maternos de nuestro biografiado». (29)

Sin embargo, en la obra *Yo Perón* del mismo autor, publicada cuatro décadas más tarde, el General sostenía: «Soy hijo de un espíritu campesino, casi rural, y de una joven natural de Lobos, Juanita Sosa, con sangre india y parientes de origen santiagueño». Pero unos párrafos más adelante, volvió a su versión primigenia, y

entonces Perón afirmó: «Para hablar de mí, es necesario que hable de alguien que me precedió. Rememoro a mi madre, una de las personas artífices de Perón. Mujer fuerte, criolla de ley, perteneciente a una antigua familia que provenía de los pagos de Azul, cuyo entronque castellano databa de la época de la colonia. Toledo era el apellido de mi abuela materna, doña Mercedes. Los Sosa eran originarios también de Castilla la Vieja como mi abuelo Juan Irineo, esposo de Mercedes». (30)

Por último, rastreemos en los reportajes para encontrar luz en la cuestión en las propias palabras de Perón.

Durante su exilio, en una entrevista publicada en la revista *Siete Días Ilustrados* con la firma de Adriana Civita, el General se refirió a su origen: «Como todas las cosas mi vida ha tenido un principio. Ese principio ha sido mi madre. Ella descendía de españoles: Toledo Sosa. Eran argentinos de cuarta generación. Me contaba mi abuela —aún la recuerdo vívida— que cuando Lobos era apenas un fortín ellos ya estaban ahí».

Y continuó: «Cuando la vieja solía relatar que había sido cautiva de los indios, yo le preguntaba: "Entonces, abuela, ¿yo tengo sangre india?". Me gustaba la idea, ¿sabe? Y creo que en realidad tengo algo de sangre india… Míreme: pómulos salientes, cabello abundante… En fin, poseo el tipo indio. Me siento orgulloso de mi origen indio, porque yo creo que lo mejor del mundo está en los humildes». (31)

Perón se enojó mucho cuando se publicó este reportaje por su carácter sesgado, a tal punto que lo desmintió. La periodista era la hija de César Civita, dueño de la Editorial Abril, que editaba esa revista y cuya animosidad el General la atribuyó a que «*Siete Días Ilustrados* es del grupo Time Life y publicará reportajes inexistentes como el que me atribuyen en el número que menciono». (32)

Sin embargo, la entrevista fue presentada con fotografías que dan cuenta de que efectivamente existió. Aunque es muy probable

que la periodista haya tergiversado esta y otras partes de la nota. Es evidente que existe una contradicción porque por un lado Perón dice que su abuela y su madre descienden de españoles, pero luego habla de su sangre india porque su abuela había sido cautiva de los indios. Es claro que si había sido cautiva, no era india.

Uno de los argumentos que esgrimen los autores que abonan la tesis de los antepasados indígenas de Perón, es que su primer libro publicado en 1935 fue la *Toponimia Patagónica de Etimología Araucana*, escrita cuando ya era mayor del Ejército.

«¿Cómo nos explicamos que a pocos años de la guerra contra los indios patagónicos, un joven oficial del Ejército Nacional, victorioso en aquella contienda, se atreviera a escribir, luego publicar, un diccionario con el estudio etimológico de una lengua indígena en vías de extinción? Muy pocos sospecharían entonces que aquel oficial, consciente o inconscientemente, había decidido reivindicar la lengua del vientre que le había dado origen a él mismo», pregunta y responde Barreiro en su libro. (33)

Se podría suponer que Perón escribió la *Toponimia* como fruto de los primeros años que pasó en la Patagonia, donde alternó con los paisanos, muchos de los cuales hablaban esa lengua y que él mismo aseguró que lo marcaron para siempre.

En este punto, habría que recordar al Malón de la Paz, una enorme marcha de pobladores originarios del norte argentino que, en 1946, recorrieron a pie dos mil kilómetros desde Jujuy hasta Buenos Aires para reclamar la restitución de sus territorios y que, pese a que fueron recibidos por el entonces presidente Perón, fueron obligados a volverse en malos términos sin ninguna respuesta. (34)

En 1900, la familia Perón se trasladó a la estancia La Maciega, cerca de Río Gallegos, en la provincia de Santa Cruz. Poco después se afincaron en la estancia Chankaike, en la misma provincia, donde Juancito se acostumbró a soportar temperaturas de hasta veintiocho

grados bajo cero, vientos de más de cien kilómetros por hora y nevadas diarias que alcanzaban nueve meses al año.

Muchos años después, Perón recordó: «Mi vida en la Patagonia gravitó siempre. El primer regalo de mi padre fue una carabina 22. El hombre se forma hasta los ocho años, en que actúa sobre el inconsciente. Después se prepara. Hasta los nueve años me crie con los indios y cazando guanacos. Estas impresiones sellaron mi vida. Recuerdo que a veces en el campo se me congelaban los dedos de los pies. Se caían las uñas, pero la vida sabe lo que hace: después crecían otras más lindas y redonditas. Aquella vida inicial me marcó». (35)

En los veranos solía salir a caballo o en carros, acompañando a los peones, con los que recorría grandes distancias para recoger leña para el invierno, en travesías que duraban uno o dos meses.

De aquellos años, Perón rememoraba a Sixto Magallanes, un domador al que le decían «el Chino», y aseguraba que fue su primer amigo. Era un antiguo peón de su padre que se trasladó a la Patagonia llevando desde Lobos la primera tropilla de la familia.

«Soy de los que aprendieron a andar a caballo antes que a caminar», decía Perón. «Un antiguo peón de mi padre, el "Chino Magallanes", me enhorquetó en un potro chúcaro y, luego de indicarme que me prendiera bien a las crines del animal, lo hizo trotar de un rebencazo. […] De ese Magallanes, verdadera reedición de Don Segundo Sombra, que marcharía contratado como capataz en la aventura patagónica de mis familiares, proviene buena parte de la forja inicial de mi carácter». (36)

Durante sus conversaciones con el escritor Tomás Eloy Martínez en Madrid, sostuvo: «Esa fue mi primera escuela. Aprendí a conocer los valores enormes de la humildad y la vacuidad de la soberbia. Si los peones en su sencillez no llegaron a enseñarme mucho, por lo menos eso aprendí». (37)

Y sus otros «mejores amigos» fueron los perros y los caballos. En esa misma conversación contó que siempre había tenido perros ovejeros, «porque en la Patagonia un perro vale más que un peón. Para sacar del monte a las ovejas, que son salvajes, un peón a caballo no sirve. Se necesita un perro. Por eso se tienen muchos. Yo también tenía galgos para cazar guanacos y avestruces. Y de los caballos ni se hable. Para alguien, como yo, que ha andado por el desierto, el caballo es parte de la vida. […] Los pocos caballitos patagónicos que teníamos en la estancia, cuidados con esmero, no eran menos útiles ni menos queridos».

Los perros y los caballos. De los primeros conservaba registro en su propio físico: «Los perros han dejado en mi cuerpo un recuerdo indeleble: un quiste hidatídico calcificado en el hígado». (38)

Cuando muchos años después publicó «¿Dónde estuvo?», el artículo con el que respondió a la pregunta de la multitud reunida en la Plaza de Mayo, el 17 de octubre de 1945, después de haber estado preso en la isla Martín García, decidió firmarlo con el seudónimo Bill de Caledonia, que era el nombre de un perro ovejero que había tenido en su infancia en la Patagonia. El artículo hablaba de la lealtad del pueblo y después Perón explicó: «¡Era un perro tan noble! ¡De una lealtad…! Y en homenaje a él, para rendirle un homenaje, firmé este folleto con el nombre Bill de Caledonia». (39)

Ni qué hablar de los famosos caniches. Hipólito Paz, canciller durante el primer gobierno de Perón y embajador en distintos destinos, reprodujo en sus *Memorias* un diálogo que tuvo con Perón durante su exilio en Madrid. Refiriéndose a los caniches le dijo: «Pero dígame, doctor Paz, ¿quién saca de nosotros lo mejor que hay en cada uno sino ellos, solamente ellos?».

Después agregó: «La ternura de un perro es inalcanzable para un ser humano. Nunca un hombre nos miró con mirada de perro. No podría siquiera imitarla. Nunca un perro pudo clavarnos con una firma». Y cuando Paz le replicó: «Porque no saben firmar», Perón le

respondió: «Y si lo supieran, que acaso lo saben, tenga la certeza de que no nos defraudarían». (40)

Y los caballos. ¿Quién no recuerda la famosa postal del General montado en «el Mancha»? Perón le construyó una caballeriza para albergarlo en su quinta de San Vicente. Después de su derrocamiento, los militares golpistas quisieron subastarlo para destinarlo a tirar de un carro como una forma más de humillación hacia Perón. Pero el precio subió tanto durante el remate, que solo pudo adquirirlo un socio del Club Hípico Argentino.

En 1970, Perón contó que conservaba una fotografía del Mancha, la de la famosa postal de 1950 y otra actual. «Ya está muy viejito, tiene veintisiete años y las manchas se le han borrado por completo: su pelaje es ahora blanco». (41)

No fue casual que cuando alcanzó la presidencia en 1946, se dedicó a impulsar una ley de defensa de los animales que recién pudo sancionar en 1954, con el número 14.346, y en 1974, durante su tercera presidencia, firmó el decreto 1591 que prohibía en todo el país la faena de caballos para ser comestibles, de machos menores de doce años y de hembras menores de quince.

Porque desde su primera infancia, Juancito estableció un especial vínculo con la naturaleza, que mantuvo hasta su muerte, incluso heredó la pasión por el cultivo de las rosas. Su abuelo, Tomás Liberato, poseía la colección más completa de América y durante toda la vida su nieto, en cada lugar donde vivió, incluso en el exilio, logró hacerlas crecer en los climas más diversos. (42) Pero a los ocho años, esa relación sufrió una interrupción que fue para él muy dolorosa. Sus padres decidieron enviarlo a Buenos Aires, a la casa de su abuela Dominga, para continuar con sus estudios.

«El cambio fue tremendo —sostuvo Perón después—. De la libertad absoluta en medio de la cual le agradaba vivir a mi padre, pasé a una disciplina escolástica que debía transformarme y transformar mi vida. […] Así, del gauchito llegado de la Patagonia,

curtido y duro, me transformé en uno de los tantos estudiantes capitalinos. […] Si mi niñez fue simple, aunque nada apacible, mi pubertad fue todo lo contrario. Probablemente el cambio de vida me provocó también un cambio de carácter, pero nada modificó lo que ya llevaba dentro de mí». (43)

A partir de entonces, la abuela Dominga Dutey se hizo cargo de vigilar la educación de su nieto, quien, hasta entonces, había recibido una instrucción rudimentaria impartida por un maestro patagónico, amigo de su padre.

Juancito residió un breve tiempo en la quinta de Ramos Mejía, propiedad de su abuelo ya fallecido, donde vivía Dominga con sus hijas Vicenta y Baldomera Martiarena, las tías de Perón, que eran maestras y que se dedicaron especialmente a la educación de su sobrino.

Al poco tiempo, en 1904, se mudaron al centro de la ciudad porque a la tía Vicenta la designaron directora de la escuela de la parroquia Catedral del Norte, en la calle San Martín 548, en la que también tenían una vivienda. Allí se instalaron junto a la abuela Dominga.

Muy cerca de la escuela y vivienda estaba la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, donde Juancito asistió a las clases de doctrina cristiana y tomó la primera comunión.

En las biografías sobre Perón, también resulta una maraña las escuelas donde estudió. Todas coinciden en que fue alumno del Colegio Internacional Politécnico de Olivos. En estos últimos tiempos, la aparición de una fotografía tomada en 1906, aportada por el escribano Carlos Alberto Rezzónico, muestra a Juancito junto a sus compañeros de estudios, y permitió precisar este dato. Porque en aquella época, existían dos establecimientos con ese nombre, uno en Olivos y otro en el barrio de Caballito, en la Capital Federal. Por testimonio de familiares de los otros niños que aparecen en la foto, se pudo establecer que se trataba del colegio de Caballito,

ubicado en Rivadavia 5059, entre Acoyte e Hidalgo, que fue donde Juancito terminó sus estudios primarios.

El colegio era propiedad de Raimundo Douce, quien también dirigía el establecimiento, que contaba con un pensionado. «Allí residió el niño Juan Perón y permaneció durante toda su primaria», afirma una investigación realizada en ese barrio. (44) Luego, para iniciar sus estudios secundarios pasó al Colegio Politécnico de Olivos, donde descubrió su interés por los deportes.

«No fui muy estudioso ni muy aplicado. En cambio me gustaban mucho los deportes. En Olivos, la cancha estaba en el mismo colegio. Así me inicié como futbolista o *footballer*, como se decía en aquella época. Eran los tiempos del famoso Alumni que fue nuestra mejor escuela; sus jugadores nos parecían héroes. […] En Olivos hacíamos también *yachting* y remo. […] Aunque jamás me reprobaron en ninguna materia, no puedo decir que fui un alumno brillante, sino más bien "uno qualunque"». (45)

No obstante, desde niño, Juancito adquirió el gusto por la lectura, que lo acompañó durante toda su vida. «Desde muy chico adquirí el hábito de leer buenos libros, en especial de filosofía, ciencia, botánica, religión y mineralogía, sobre todo porque eran los únicos que tenía a mano. Mi padre me ayudó mucho desde que yo era muy pequeño. Se divertía realizando experimentos de química y hablando de medicina. De esa manera, mis conocimientos de química y medicina eran bastante sólidos». (46)

Y eso fue lo que quiso estudiar el ahora adolescente Juan Perón: medicina o ingeniería. Pero la situación económica de su familia no le permitía costear esas carreras. Le sugirieron, entonces, que ingresara al Colegio Militar o retornara al campo con sus padres.

Habrá recordado Perón esa encrucijada en su vida cuando durante su primera presidencia firmó y promulgó el decreto 29.337 de gratuidad para la educación universitaria, que permitió desde

entonces el acceso a la educación superior de los sectores más postergados.

Su abuela Dominga fue quien lo ayudó. Activó contactos de su difunto marido, el doctor Tomás Liberato Perón, y por medio del profesor de Historia del Colegio Militar, Julio Cobos Daract, consiguió una beca para su nieto.

El 13 de noviembre de 1910, Juan, de dieciséis años, escribió esta carta:

> Señor Director del Colegio Militar
> Solicito de V. S. mi admisión al examen de ingreso a ese instituto que tendrá lugar el (ilegible)… diciembre próximo, a cuyo efecto acompaño los documentos siguientes:
>
> a) Certificado de nacimiento o Partida de Bautismo.
> b) Certificado de buena salud (expedido por un médico militar).
> c) Consentimiento de mi Señor Padre.
>
> Dios guarde a V. S.
>
> Juan Perón (47)

El punto a) de esta nota sería la razón por la que varios autores justifican la omisión en la historia oficial de su supuesto nacimiento en Roque Pérez y la insistencia en que la casa de Lobos era su lugar de origen, además de ocultar sus antepasados indígenas. Ese edificio fue declarado monumento histórico durante su segunda presidencia y es hoy un museo provincial. Pero lo cierto es que, en su legajo del Colegio Militar, nada indica que tuviera alguna dificultad al respecto.

En diciembre de 1910, rindió el examen de ingreso en el que obtuvo el quinto lugar y se le reconoció el tercer año de la escuela secundaria como aprobado. Además, se le concedió la beca y admisión «como pensionista-cadete para el cargo de oficial del Ejército de Línea». (48)

El 6 de marzo de 1911, ingresó al Colegio Militar y una nueva vida comenzó para Juancito.

---

14. Peicovich, Esteban. *Hola Perón*, Editorial Jorge Álvarez, 1965.

15. Piccirilli, Ricardo. *Diccionario Histórico Argentino*, pág. 749, Tomo V, Ediciones Históricas Argentinas, Buenos Aires, 1954.

16. Crespo, Jorge. *El Coronel. Un documento sobre la vida de Juan Perón 1895-1944,* pág. 35, Ayer y Hoy Ediciones, Buenos Aires, 1998.

17. Piccirilli, Ricardo. Ob. cit.*,* pág. 750.

18. Revista *Gente*, julio de 1974.

19. Cloppet, Ignacio M. *Eva Duarte y Juan Perón: la cuna materna,* págs. 95-96, Alfar Editora, Buenos Aires, 2011.

20. Barreiro, Hipólito. *Juancito Sosa, el indio que cambió la historia,* pág. 71, Ediciones Tehuelche, Buenos Aires, 2000.

21. Acta N.° 583 del Libro de Bautismos de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen de Lobos. Fotocopia en el Museo y Biblioteca Justicialista de Lobos.

22. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*, pág. 18, Editorial MILSA, Buenos Aires, 1993.

23. Ob. cit., pág. 20.

24. Barreiro, Hipólito. *Juancito Sosa, el indio que cambió la historia*. Ob. cit., pág. 28. Los caciques son Domingo Collueque, presidente de la Cooperativa Indígena Mapuche Kimey Antú Ltd. Bariloche; Florentino Marinao, cacique mapuche, Cushamen, Chubut; Alejandro Huenchupan, presidente del centro mapuche Tequel Mapu, El Bolsón, Río Negro. El escribano público es José Enrique Arnedo, titular del Registro 387 en la actuación notarial C005273178.

25. Barreiro, Hipólito. Ob. cit., pág. 91.

26. Cloppet, Ignacio M. *Eva Duarte y Juan Perón: la cuna materna*, pág. 41, Alfar Editora, Buenos Aires, 2011.

27. Ob. cit., pág. 57.

28. Ob. cit., pág. 83.

29. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. Preparación de una vida para el mando (1895-1942)*, pág. 18, Ediciones Espiño, Buenos Aires, 1953.

30. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 22.

31. Civita, Adriana. (5 de diciembre de 1967). «Nací para mandar». *Siete Días Ilustrados.* N. ° 30, págs. 64-67.

32. Carta de Perón a Ezequiel Perteagudo. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Perón 1967. Correspondencia, entrevistas, escritos y mensajes. Pág. 281. Director Oscar Castellucci. Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2000.

33. Barreiro, Hipólito. *Juancito Sosa, el indio que cambió la historia*. Ob. cit., pág. 29.

34. Valko, Marcelo. *Los indios invisibles del Malón de la Paz. De la apoteosis al confinamiento, secuestro y destierro*, Peña Lillo, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2012.

35. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Ob. cit., pág. 43.

36. Pavón Pereyra, Enrique. *Conversaciones con Juan D. Perón*, pág. 199, Colihue/Hachette, Buenos Aires, 1978.

37. Martínez, Tomás E. *Las memorias del General*, pág. 22, Planeta. Espejo de la Argentina, Buenos Aires, 1996.

38. Ob. cit., pág. 23.

39. Urich, Silvia. *Los perritos bandidos. La Protección de los animales. De la Ley Sarmiento a la Ley de Perón*, pág. 181, Catálogos, Buenos Aires, 2013.

40. Paz, Hipólito. *Memorias. Vida pública y privada de un argentino del siglo XX*, págs. 180-181, Planeta, Buenos Aires, 1999.

41. Urich, Silvia. Ob. cit., pág. 188.

42. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón 1895-1942*. Ob. cit., pág. 22.

43. Martínez, Tomás E. *Las memorias del General*. Ob. cit., pág. 27.

44. Ferraris, Laura Beatriz. «Juan Domingo Perón estudió en Caballito». *Buenos Aires Historia*. Disponible en: <https://buenosaireshistoria.org/juntas/juan-domingo-peron-estudio-en-caballito>.

45. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*, pág. 18, Tomo I, Abril Educativa y Cultural, Buenos Aires.

46. Ob. cit., pág. 20.

47. Crespo, Jorge. *El Coronel*. Ob. cit., pág. 80.

48. Ob. cit., pág. 94.

Capítulo 3

20 de enero de 1974

Residencia de Olivos. Domingo, a las nueve de la noche, vistiendo su uniforme de teniente general, frente a las cámaras de televisión, el Presidente de la Nación habló al pueblo argentino por cadena nacional. Fue después de que el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) intentara copar uno de los regimientos más grandes del país.

> Me dirijo a todos los argentinos frente al bochornoso hecho que acaba de ocurrir en la provincia de Buenos Aires, en la localidad de Azul, en el Regimiento de Tiradores Blindados C-10, donde una partida de asaltantes terroristas realizara un golpe de mano, mediante el cual asesinaron al jefe de la unidad, coronel don Camilo Gay, y a su señora esposa, y luego de matar alevosamente a soldados y herir a un oficial y suboficial, huyeron llevando como rehén al teniente coronel Ibarzábal.
>
> Hechos de esta naturaleza evidencian elocuentemente el grado de peligrosidad y audacia de los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de sus autoridades. El Gobierno del Pueblo, respetuoso de la Constitución y la ley, hasta hoy ha venido observando una conducta retenida frente a estos desbordes guerrilleros que nada puede justificar en la situación que vive la República.
>
> Tampoco desde nuestro movimiento hemos querido producir un enfrentamiento, desde que anhelamos la paz y propendemos a la unión y solidaridad de todos los argentinos, hoy ocupados en la reconstrucción y liberación nacional. Pero todo tiene su límite. Tolerar por más tiempo hechos como el ocurrido en Azul, donde se ataca a

una institución nacional con los más aleves procedimientos, está demostrando palmariamente que estamos en presencia de verdaderos enemigos de la Patria, organizados para luchar en fuerza contra el Estado, al que a la vez infiltran con aviesos fines insurreccionales.

Nuestro Ejército, como el resto de las Fuerzas Armadas, que han demostrado su acatamiento a la Constitución y a la ley en provecho de una institucionalización, no merecen sino el agradecimiento del pueblo argentino que, frente a lo ocurrido, debe sentirse herido en lo más profundo de sus sentimientos patrióticos.

Ya no se trata solo de grupos de delincuentes, sino de una organización que, actuando con objetivos y dirección foráneos, ataca al Estado y a sus instituciones como medio de quebrantar la unidad del pueblo argentino y provocar un caos que impida la reconstrucción y la liberación en que estamos empeñados. Es la delincuencia asociada a un grupo de mercenarios que actúan mediante la simulación de móviles políticos tan inconfesables como inexplicables.

En consecuencia, ni el Gobierno, que ha recibido un mandato popular claro y plebiscitario, ni el pueblo, que ha demostrado con creces su deseo de pacificación y liberación, pueden permanecer inermes ante estos ataques abiertos a su decisión soberana, ni tolerar el abierto desafío a la autoridad, que pone en peligro la seguridad de la ciudadanía, cada día expuesta a la acción criminal de esta banda de asaltantes.

No es por casualidad que estas acciones se produzcan en determinadas jurisdicciones. Es indudable que ellos obedecen a una impunidad en la que la desaprensión e incapacidad lo hacen posible, o lo que serían aún peor, si mediara, como se sospecha, una tolerancia culposa.

En consecuencia, el Gobierno Nacional, en cumplimiento de su deber indeclinable, tomará de hoy en más las medidas pertinentes para atacar el mal en sus raíces, echando mano a todo el poder de su autoridad y movilizando todos los medios necesarios.

El Movimiento Nacional Justicialista movilizará, asimismo, sus efectivos para ponerlos decididamente al servicio del orden y colaborar estrechamente con las autoridades empeñadas en mantenerlo.

Pido, asimismo, a todas las fuerzas políticas y al pueblo en general, que tomen partido activo en la defensa de la República, que es la afectada en las actuales circunstancias. Ya no se trata de contiendas políticas parciales, sino de poner coto a la acción disolvente y criminal que atenta contra la existencia misma de la patria y sus instituciones, que es preciso destruir antes de que nuestra debilidad produzca males que pueden llegar a ser irreparables en el futuro.

Pido igualmente a los compañeros trabajadores una participación activa en la labor defensiva de sus organizaciones, que tanto ha costado llevarlas al clima magnífico de su actual funcionamiento. Esas organizaciones son también objeto de la mirada codiciada de estos elementos, muchas veces disfrazados de dirigentes. Cada trabajador tiene un poco de responsabilidad en esa defensa, y espero confiado,

> porque los conozco, que las sabrán defender como lo han hecho en todas las ocasiones.
> El aniquilar cuando antes este terrorismo criminal es una tarea que compete a todos los que anhelamos una patria justa, libre y soberana, lo que nos obliga perentoriamente a movilizarnos en su defensa y empeñarnos decididamente en la lucha a que dé lugar. Sin ello, ni la reconstrucción nacional serán posibles.
> Yo he aceptado el gobierno como un sacrificio patriótico porque he pensado que podría ser útil a la República. Si un día llegara a persuadirme de que el pueblo argentino no me acompaña en ese sacrificio, no permanecería un solo día en el gobierno. Entre las pruebas que he de imponer al pueblo es esta lucha. Será pues la actitud de todos la que impondrá mi futura conducta. Ha pasado la hora de gritar Perón: ha llegado la hora de defenderlo. (49)

Hacía cuatro meses que Perón gobernaba el país después de haberse impuesto por el sesenta y dos por ciento de los votos en las elecciones del 23 de septiembre del año anterior. Más de la mitad de la población decidió confiar en él y, desde que había regresado en junio, había expresado con claridad su pensamiento.

En el primer mensaje al pueblo argentino, a horas de aterrizar en la base de Morón después de la masacre de Ezeiza en la que se enfrentaron sus partidarios, dijo: «Tenemos una revolución que realizar, pero para que ella sea válida ha de ser de construcción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino». En ese mismo discurso agregó: «Si en las Fuerzas Armadas de la República, cada ciudadano, de general a soldado, está dispuesto a morir tanto en defensa de la soberanía nacional como del orden constitucional establecido, tarde o temprano han de integrarse al Pueblo que ha de esperarlos con los brazos abiertos como se espera a un hermano que retorna al hogar solidario de los argentinos». (50)

La guerra en contra de los militares golpistas había finalizado el 11 de marzo de 1973, cuando fueron vencidos en las urnas y debieron aceptar que Héctor Cámpora fuera el nuevo presidente electo, y fue quien gobernó desde el 25 de mayo.

Ese mismo día se liberaron a los presos políticos, y meses después, por los decretos 503/73 y 504/73, se le restituyó a Perón el

grado militar y el uso del uniforme, que el 27 de octubre de 1955 le había arrebatado un Tribunal Superior de Honor, integrado por los generales Carlos von der Becke, Juan Carlos Bassi, Juan Carlos Sanguinetti, Víctor Jaime Majo y Basilio Pertiné, que lo declaró descalificado «por falta gravísima» y le quitó sus derechos militares. (51)

Fueron los oficiales de la Junta, que se autodenominó «Revolución Libertadora», quienes lo habían degradado. No las fuerzas armadas.

Perón mismo lo declaró a la prensa, el 5 de octubre de 1955, a los pocos días de haber sido obligado al exilio al referirse a su derrocamiento: «La oligarquía puso el dinero, los curas la prédica y un sector de las Fuerzas Armadas, dominadas por la ambición de algunos jefes, pusieron las armas de la República». (52)

En su libro *La fuerza es el derecho de las bestias*, publicado desde el exilio en 1956, atribuyó el golpe de Estado a «marinos y militares sin honor. […] El tremendo mal que estos hechos arrojan sobre el concepto y buen nombre de las Fuerzas Armadas de la República no tiene remedio. Sin embargo, no todos los jefes y oficiales tienen la culpa. Por fortuna el Ejército ha permanecido fiel a su deber, salvo casos excepcionales. Cuando me refiero a los jefes y oficiales, lo hago sobre los que faltaron a la fe jurada a la Nación y en manera alguna a la Institución que no tiene nada que ver con ellos». (53)

A este sector de las fuerzas armadas lo había vencido el pueblo peronista después de dieciocho años de lucha. Y ahora venía el ERP, con su jefe Mario Roberto Santucho a la cabeza, a desafiar la autoridad del presidente y a matar con crueldad dentro de un regimiento. Al soldado conscripto Daniel Osvaldo González lo mataron a quemarropa, y el jefe de la unidad, el coronel Gay, y su esposa, Nilda Cazaux de Gay, fueron asesinados delante de sus hijos. Secuestraron al teniente coronel Jorge Igarzábal, quien fue

ejecutado diez meses más tarde, después de permanecer encerrado en una de las llamadas «cárceles del pueblo».

El ERP sufrió la baja del obrero Guillermo Pascual Alsera, de veintitrés años, que dejó huérfano a su hijito de un año y medio, y fueron detenidos los trabajadores metalúrgicos y dirigentes villeros, Héctor Autelo y Reinaldo Roldán, quienes nunca más aparecieron. (54)

Es verdad que Santucho lo había advertido. Hacía un mes que Cámpora gobernaba y apenas seis días que Perón había regresado definitivamente, cuando en una conferencia de prensa transmitida por los canales 11 y 13, el jefe del ERP anunció la continuidad de la lucha armada «hasta la instauración del Estado socialista en la Argentina». Dijo que no atacarían al gobierno, pero seguirían operando en contra de las empresas y de las «fuerzas armadas contrarrevolucionarias» porque «eran enemigas del pueblo argentino».

Santucho expresó su convicción: «Encontrarán en su camino el infranqueable obstáculo de nuestro heroico y valiente pueblo que sabrá enfrentar a estos enemigos con energía, inteligencia, con mayor fuerza y eficacia aún que en el período de la dictadura militar». Y también calificó a Perón, junto al resto de los políticos, como «traidores y farsantes». (55)

El biógrafo Pavón Pereyra relató después que, en el momento de esta conferencia, Perón estaba en la casa de Gaspar Campos mirando el noticiero. Cuando lo vio y escuchó a Santucho, «el General no absorbió el impacto de aquella extraña exposición televisiva; antes bien, pareció trastabillar, como herido de una súbita opresión en el pecho». El médico que lo acompañaba, el doctor Carena, lo auscultó y se dio cuenta de que se trataba de un bloqueo coronario. Ordenó reposo absoluto y preventivo. Ese día se informó a la población que Perón estaba engripado». (56)

Desde entonces habían pasado siete meses, el ERP continuaba con su guerra y Perón por cadena nacional habló de aniquilarlos. Para eso había enviado al Congreso el proyecto de reforma del Código Penal, para endurecer las penas contra esos delitos.

Dos días después se reunió con los diputados de la Juventud Peronista, que conformaban el grupo de la llamada «tendencia» ligado a Montoneros, que se negaban a apoyar dos artículos referidos a la asociación ilícita y a la configuración del delito.

Perón les respondió: «La configuración del delito es una tarea del juez, quien debe hacer la configuración de la asociación ilícita. […] No podemos pensar en que la ley va a ir configurando los delitos de asociación ilícita, eso es una enormidad. La ley enuncia un delito y sanciona ese delito. El que impone la sanción correspondiente es el juez. […] Hablando con franqueza —continuó— no le veo la razón a ninguno de los argumentos que vienen exponiéndose. Están buscando triquiñuelas a las cosas. No, aquí hay un fin, el medio es otra cosa. Todo aquel que se asocie con fines ilícitos configura el delito. Quien debe determinar si el fin es lícito o ilícito es el juez. Para eso tenemos jueces, cámaras y la Suprema Corte».

«Para nosotros es un problema bien claro —continuó— queremos seguir actuando dentro de la ley y para no salir de ella necesitamos que la ley sean tan fuerte como para impedir esos males». (57)

Finalizada la reunión con los diputados, el presidente escribió esta carta:

> Buenos Aires, 22 de enero de 1974
> Señores Jefes, Oficiales, Suboficiales y Soldados de la Guarnición de Azul:
> Como comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y soldado experimentado luego de más de sesenta años de vida en la Institución quiero llegar directamente ante ustedes para expresarles mis felicitaciones por el heroico y leal comportamiento con que han afrontado el traicionero ataque de la noche del sábado 19 de enero de 1974.
> Los ejemplos dados por los Jefes y oficiales que han llegado hasta afrontar sus vidas tuvo la misma repercusión en los suboficiales y soldados que —con su valentía y

espíritu de lucha— repelieron la agresión con la colaboración de efectivos de la Armada y Fuerza Aérea.
Quiero asimismo hacerles presente que esta lucha en la que estamos empeñados es larga y requiere en consecuencia, una estrategia sin tiempo.
El objetivo perseguido por esos grupos minoritarios, es el pueblo argentino, y para ello llevan a cabo una agresión integral.
Por ello, sepan ustedes que en esta lucha no están solos, sino que es todo el pueblo el que está empeñado en exterminar este mal y será el accionar de todos el que impedirá que ocurran más agresiones y secuestros.
La estrategia integral que conducimos desde el Gobierno, nos lleva a actuar profundamente sobre las causas de la violencia y la subversión quedando la lucha contra los efectos, a cargo de toda la población, las fuerzas Policiales y de Seguridad, y si es necesario de las Fuerzas Armadas.
Teniendo en nuestras manos las grandes banderas o causas que hasta el 25 de mayo de 1973 pudieron esgrimir, la decisión soberana de las grandes mayorías nacionales de protagonizar una revolución en paz y el repudio unánime de la ciudadanía hará que el reducido número de psicópatas que van quedando, sea exterminado uno a uno para bien de la República.
Vaya mi palabra de consuelo para los familiares que perdieron a sus seres queridos, de aliento para los heridos y de esperanza para las familias del Coronel Gay y Teniente Coronel Ibarzábal. Tengan la certeza que todo el poder del Estado está siendo empleado para lograr su liberación.
Quiera Dios que el heroico desempeño de todos ustedes nos sirva de ejemplo.

Juan D. Perón
Presidente de la Nación (58)

Estaba cansado. Le había confesado a su biógrafo: «Yo estoy viejo, pero no soy ningún pelotudo. Si realmente tuviera la convicción de que la revolución se escribe con sangre, ya les hubiera dejado el camino expedito a los jóvenes, pero tengo miedo que la sangre que corra en el futuro, no sea justamente la que ellos creen que debe correr, sino la de ellos mismos». Porque «si este proceso democrático se transforma alguna vez en auténtico movimiento revolucionario, será porque no lo hará el peronismo solo sino toda la opinión del espectro popular, consustanciado en un mismo horizonte, pero será también porque no lo hizo esta juventud, sino otra, que cambiando su criterio de interpretación de la realidad, descubra por

dónde pasa el verdadero sentido revolucionario de los acontecimientos». (59)

Y para eso ocupaba el poco tiempo que le quedaba escribiendo el *Modelo argentino para el proyecto nacional*.

Como había dicho a los oficiales y soldados de Azul, él era el comandante en jefe de las fuerzas armadas, pero sobre todo era un soldado experimentado con más de sesenta años de vida en la institución. Les dejaba asignado el camino que debían recorrer para fortalecer a la Argentina en el mundo universalista que se avecinaba. Y se los escribió en diez puntos:

1. Tener un profundo conocimiento de los objetivos nacionales y consustanciarse con ellos.
2. Integrarse estrecha y realmente con el pueblo del cual se nutren y a quien se deben.
3. Establecer íntimo contacto con los diferentes sectores de la sociedad, a fin de comprender sus problemas y necesidades, única forma para materializar objetivos comunes.
4. Elaborar la estrategia militar basada en la que adopte el Estado. Consecuentemente, elaborar la doctrina militar nacional y estructurar las organizaciones adecuadas para satisfacer sus exigencias.
5. Desarrollar una verdadera doctrina conjunta, que facilite y haga más eficiente el accionar militar.
6. Coparticipar activamente en el desarrollo nacional fomentando áreas aún no abarcadas por los sectores privados y vinculadas con la defensa nacional.
7. Impulsar decididamente la actividad científico-técnica, con la finalidad de desarrollar una industria bélica nacional que la autoabastezca, eliminando la dependencia del extranjero.
8. Sumar su acción en las distintas áreas de la comunidad, para romper con la sujeción material o espiritual ejercida por los grandes intereses extranacionales.
9. Participar activamente, con su tecnología, medios y personal, en la ejecución de los programas industriales que se realicen en el ámbito civil, fundamentalmente en aquellos de importancia estratégica, como el Plan Siderúrgico Nacional, y en los que sean fuentes de producción de sus propias necesidades.
10. Cooperar con la comunidad en cuanta oportunidad pueda prestar su concurso en pro del bienestar del pueblo.

Así concibo a nuestras Fuerzas Armadas, consustanciadas con nuestro pueblo en una estrecha e indestructible unidad espiritual. (60)

Esas fuerzas armadas que, desde muy joven, las había adoptado como su propia familia.

---

49. Perón, Juan D. *Discursos completos 1973/1974,* pág. 149, Tomo II, Editorial Megafón, Buenos Aires, 1988.

50. Perón, Juan D. *Discursos completos 1973,* pág. 10, Tomo I, Editorial Megafón, Buenos Aires, 1987.

51. Yofre, Juan B. «El día en que los generales abandonaron a Perón y le quitaron el uniforme militar». Disponible en: <https://www.infobae.com/sociedad/2020/08/02/el-dia-en-que-le-quitaron-el-uniforme-militar/>.

52. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias. Los libros del exilio 1955-1973*. Formuló declaraciones a la United Press el expresidente Perón. 5/10/55. Volumen I, pág. 21, Corregidor, Buenos Aires, 1996.

53. Ob. cit., págs. 15-16.

54. Salinas, Juan y Villalonga, Julio. Gorriarán. *La Tablada y las «guerras de inteligencia» en América Latina*, Crónica del diario *La Opinión* firmada por Osvaldo Soriano, págs. 18-19, Mangin, Buenos Aires, 1993.

55. Santucho, Mario R. Conferencia de prensa del 27/6/73. Disponible en: <https://osirredentosblog.wordpress.com/2018/08/14/video-inedito-conferencia-de-mario-roberto-sabtucho-1973/>.

56. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*. Ob. cit., págs. 103-104.

57. Michelini, Pedro*. Anecdotario de Perón I*, págs. 22-27, Corregidor, Buenos Aires, 1995.

58. Disponible en: <https://www.infobae.com/sociedad/2022/01/02/la-carta-de-juan-domingo-peron-a-los-efectivos-de-la-guarnicion-de-azul-después-del-ataque-del-erp/>.

59. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 246.

60. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*. Ob. cit., págs. 318-319.

Capítulo 4

La carrera militar

«A los quince años mis padres me entregaron a la Patria. A su amparo crecí y me hice hombre».
JUAN D. PERÓN (61)

El 1.° de marzo de 1911, el cadete Juan Domingo Perón vistió por primera vez el uniforme militar. Empezó para él una vida ordenada al extremo. Muchos años después, el general Isidro Martínez, compañero del Colegio Militar, describió la rutina diaria. El día comenzaba con el toque de diana:

«Nos daban cinco minutos para lavarnos la cara y cinco para formarnos en el patio interno. Después tomábamos el café con leche y había entrenamiento. Luego de comer teníamos de veinte a treinta minutos de recreo, eso cuando a la tarde se dictaban clases teóricas. […] Con el toque de corneta debíamos estar formados. Si alguno faltaba tres veces seguidas a la formación, se arriesgaba a que le dieran de baja. […] Una vez en clase, un cadete se encargaba de presentar el aula al profesor y se pasaba lista. En cada cambio de

materia había cinco minutos de recreo en el patio interno. A las cinco de la tarde terminaba la instrucción. Había luego un período de descanso durante el cual los cadetes se alistaban para la cena, y después de cenar dos horas de estudio, preparando las materias del día siguiente. El penetrante sonido del clarín tocando a silencio, llamaba a sosiego hasta el otro día, en que el toque de diana reiniciaba la rutina». (62)

Así era la formación de los militares y, sin duda, para Juan fue un cambio drástico. «Lejos de la familia, autorizados a una salida por mes como máximo, los cadetes argentinos llevan, como sus homólogos en la mayoría de las academias militares del mundo, una existencia austera y ruda», sostiene Alain Rouquié en su investigación. (63)

El mismo Perón recordará después sus primeros sentimientos. «La impresión que me produjo el primer corte de cabello a cero, el traje de fajina hecho a medida… que íbamos llegando; los días cuadriculados por el reglamento tal, la ordenanza cual… Nadie se permitía una condescendencia, una sonrisa, una lágrima». (64)

Sin embargo, muy rápido se adaptó. Era muy pulcro en el vestir, tal vez exagerado, cualidad que mantendrá hasta sus últimos días. «A mí es fácil descubrirme en las fotografías por el uniforme, el mío es el que no tiene arrugas», le escribió a un amigo. Y también se destacaba por el orden y la prolijidad en su cuarto. «No admitía la visita de ningún camarada si no estaba su habitación en condiciones de recibir visitas». (65)

Además del orden, el Colegio Militar le permitió a Perón desarrollar sus condiciones intelectuales. Cuando él ingresó, el plan de estudios duraba tres años, en los que alternaban materias de cultura general con otras específicamente castrenses.

En el Boletín Militar del 18 de mayo de 1911, se puede leer el criterio de formación para los cadetes y cómo se diferenciaban de otros adolescentes que estudiaban en las escuelas secundarias

civiles. «El programa de cuarto año del Colegio Nacional se implantará en el primer año del Colegio Militar». (66) Por esa razón, ingresaban con el tercer año aprobado y, desde 1906, debían rendir un examen de ingreso de Aritmética Razonada Aplicada; Álgebra hasta ecuaciones de primer grado inclusive; Geometría Plana Razonada y Práctica; Geometría del Espacio; Historia General de América y Particular de la República Argentina; Geografía General de América, Europa, Asia, África y Oceanía, Particular y Detallada de la República Argentina y General de las repúblicas del Uruguay, Brasil, Chile, Bolivia, Perú y Paraguay. Además de Idioma Nacional y nociones de Francés y Alemán.

En primer año cursaban Idioma Nacional, Francés, Álgebra, Geometría Plana del Espacio, Física, Servicio de Guarnición, Servicio en Campaña en particular de cada arma, Legislación Militar, Reglamentos Tácticos, Tiro, Dibujo, Equitación, Esgrima y Gimnasia. En segundo año se agregaba Topografía, y en tercero se sumaba Alemán, Geometría Analítica y Acotaciones, Química Aplicada a la Guerra, Hipología, Telegrafía y Legislación.

También estudiaban Historia. Sus profesores despertaron en Juan un incipiente cuestionamiento al relato que profundizará después en sus años en la Escuela Superior de Guerra.

Durante su exilio, en 1965, él mismo lo recordaba:

> En la educación militar que se me impartió, mis profesores de historia se llamaron primero Cobos Daract —al que su abuela Dominga le había pedido ayuda para su ingreso al Colegio— y Juan José Biedma y luego Ricardo Levene y Caillet-Bois, esto es historiógrafos, cronistas colectores de anécdotas, que explicaban en nuestros institutos «lo convenido», o graduaban el material de acuerdo con los dictados del momento. En su afán detallista no vacilaban en convertir en caballo blanco a las mulas puntanas que el Libertador montaba en Mendoza, Santiago de Chile o Lima; en cambio se resistían a explicar una sola de las razones de las muchas que indujeron a San Martín a expatriarse luego que se derrumbaron los ideales de la Confederación Suramericana, cruzado por el sabotaje de las facciones unitarias. […] Durante más de medio siglo la oficialidad argentina se ha graduado sin saber historia patria, huérfana de toda orientación nacional, sin noción de «servicio». Imbuida, eso

sí, de un espíritu de cuerpo donde conjugaban todos los complejos, y se daban cita todas las frustraciones personales. (67)

La mirada de Juan Perón sobre la historia argentina sufrió distintas fluctuaciones a lo largo del tiempo, sobre todo a medida que profundizaba en la investigación y también con el cotejo de la realidad en sus diferentes destinos. Pero fue en los tiempos del Colegio Militar cuando se despertó su interés, que, inicialmente, se apoyó en la base liberal que traía desde su familia. Su ilustre abuelo Tomás Liberato Perón había sido un militante de Bartolomé Mitre.

La otra gran inclinación de Juan fueron los deportes, que ya había comenzado en su infancia. En el Colegio Militar se destacaba en los ejercicios físicos, y en uno de esos entrenamientos, poco antes de graduarse, quedó marcado para toda la vida.

Fue el 4 de julio de 1913, mientras realizaba ejercicios en una barra. Su cuerpo cayó «apretando violentamente sobre ella la entrepierna», relata en su libro Jorge Crespo. Lo ingresaron a la enfermería donde «quedó internado cuatro días bajo estricta observación médica».

El autor transcribe el parte médico que quedó anotado en la libreta «correspondiente al cadete Juan Perón, del Tercer Año»:

Parte médico
4 de Julio de 1913. Ha sufrido un accidente durante ejercitación deportiva con resultado de golpe traumático en la zona genital baja. Sin lesiones visibles estuvo internado cuatro días en observación. Estado general bueno.

(fdo.) Ilegible
Cirujano de Brigada.
Servicio de Sanidad. Colegio Militar.

Con ese golpe, el joven de dieciocho o veinte años —depende de la fecha de nacimiento que se tome—, había quedado estéril. Muchos años después, cuando el coronel Bartolomé Descalzo le

anunció su casamiento, Perón le escribió desde Italia a quien consideraba su maestro: «Espero asimismo que logre tener los hijos esperados, pues como usted sabe, he pasado hace años un feo accidente el cual me ha impedido tener hijos». Y agregó: «Como yo no podré nunca hacerlo le deseo a usted tal bendición». (68)

Meses después del accidente, el 13 de diciembre de 1913, el cadete Juan D. Perón se graduó de subteniente y optó por el arma de infantería. Aunque esa elección no fue tan voluntaria, sino el fruto de una costumbre clasista instaurada en la milicia, que Joseph Page explicó: «El Ejército estaba dividido por la rivalidad entre sus dos ramas más importantes y esta decisión lo ubicó en uno de los frentes de lucha. La caballería, con una gloriosa tradición que se remontaba a la Guerra de la Independencia, atraía a los jóvenes de clase media alta que habían aprendido a montar a caballo en las casas de campo familiares; la infantería era elegida por muchachos de clase media baja, generalmente hijos de inmigrantes». (69) Sin embargo, el capitán Fernández Olguín, de su misma promoción, sostuvo: «En general había una inclinación por Infantería, porque se la consideraba la reina de la batalla. La lucha era cuerpo a cuerpo, no como ahora, pues desde que nació el concepto de Nación en Armas de Ward, la Infantería no es la misma». (70)

Lo cierto es que, ocupando el lugar cuarenta y tres entre ciento diez cadetes, y con la anotación en su foja de servicio de «conducta intachable, muy buena voluntad, serio, empeñoso en el trabajo, con buen espíritu y carácter», firmada por el jefe del Cuerpo de Cadetes, capitán Ángel de Hernández, el subteniente Perón fue destinado al Regimiento 12 de infantería de línea en Paraná, donde se hizo cargo de la Primera Compañía. (71)

Muchos años después, en abril de 1970, durante una entrevista periodística, Perón recordó: «Cuando me recibí de Subteniente, mi padre me regaló tres libros para que siempre los tuviera en mi mesita de luz: las *Cartas de Lord Chesterfield a su hijo*; *Vidas*

Paralelas de Plutarco y el *Martín Fierro*. En cada uno de ellos me puso una dedicatoria adecuada. En el de Lord Chesterfield: "para que aprendas a transitar entre la gente"; en el de Plutarco: "para que te inspires siempre en ellos", y en el del *Martín Fierro*: "para que nunca olvides que por sobre todas las cosas sos un criollo". No sé si lo habré hecho bien, pero jamás me he apartado de esos tres consejos que reglaron mi vida». (72)

Es que su padre estaba muy orgulloso de él. Mientras aún estudiaba en el Colegio Militar, le había dicho a un amigo, don Jorge Bordeau: «No me moriré sin ver a mi Juancito en los primeros puestos del país. No pretendo jactarme de mi hijo, pero créame, compadre, que une una voluntad indomable al corazón más puro que pueda concebirse. Ayer ha regalado a unos paisanos unos objetos que él conservaba desde niño. Le he preguntado por qué lo hacía. Me contestó azorado: "Porque yo conservo todo lo que doy"». (73)

Con esa sensibilidad, el subteniente Perón llegó a su nuevo destino en Paraná, y la realidad lo abofeteó.

«En la Primera Compañía recibí una sección de ochenta soldados y diez suboficiales. Fue mi primer contacto con una realidad humana que contemplé con preocupación no exenta de emoción. Allí vi por primera vez, y a conciencia, las miserias fisiológicas y sociales. En un país con cincuenta millones de vacas, el treinta por ciento de los conscriptos era rechazado del servicio por debilidad constitucional, y los que se incorporaban venían semidesnudos, como provenientes de la mayor miseria». (74)

Hacía apenas doce años que se había establecido el Servicio Militar Obligatorio por la ley 4031, aprobada el 11 de diciembre de 1901, por la que los varones debían enrolarse a los veinte años y permanecían durante dos en la milicia. Había sido una idea del teniente general Pablo Riccheri, ministro de Guerra del presidente Julio A. Roca, quien pensó en difundir la idea de ciudadanía e

igualdad ante la ley, al tiempo que se aprovechaba para alfabetizar e integrar a los hijos de inmigrantes. Desde entonces, en los cuarteles de todo el país se mezclaban jóvenes provenientes de distintas clases sociales, tal como el militar había sostenido en el arduo debate parlamentario previo a la aprobación de la ley: «Un ejército que se renueva periódicamente echa, en la masa popular, cerca de un millón de buenos ciudadanos y, por eso, resulta un poderoso instrumento de moralización pública. Actúa como agente catalítico nacional, porque refunde en una sola todas las razas, estratos sociales y ciudadanos llegados de los puntos más remotos del país». (75)

El flamante subteniente Perón vio con claridad que la situación de la mayoría de los jóvenes que llegaban era paupérrima. Y acusó recibo. «Ese impacto sobre mi sensibilidad de entonces estaba destinado a perdurar toda mi vida. Porque en aquel momento me dije: "Si algún día puedo, esto será lo primero que remedie"». (76)

Cuando el 17 de octubre de 1945, después de ser detenido en la isla Martín García, fue trasladado al Hospital Militar Central, se encontró con el jefe del Servicio de Neurología, doctor Ramón Carrillo. Desde ese puesto, el médico había tenido acceso a los exámenes que se le efectuaban a los hombres que ingresaban al servicio militar, comprobando las deficientes condiciones físicas de quienes venían de las provincias más pobres. (77)

Un año después, en 1946, con Perón elegido como presidente de la nación, Carrillo fue designado secretario de Salud Pública con el rango de ministro de Estado. En su discurso de asunción, el médico expuso el remedio para la idea que a Perón le había surgido después de ver la realidad de los conscriptos de Paraná.

> Trabajo, vivienda y alimentos sanos —dijo Carrillo— son los componentes indirectos de la salud y de la felicidad del pueblo, y es en ese terreno social donde la medicina está llamada a cumplir su papel más importante, secundando al Estado en sus previsiones protectoras del trabajo humano. […] Ningún habitante de la Nación —

> agregó— puede estar desamparado por el solo hecho de carecer de recursos. El dolor y la enfermedad son niveladores sociales; por eso no existirá verdadera justicia social si el pobre no dispone de idénticas posibilidades de curarse que el rico, si no cuenta con los mismos elementos e igual asistencia médica que este. La urgencia de vigilar el caudal humano de la Nación no es un problema sentimental, ni es una mera cuestión de filantropía, es un imperativo que resulta de la igualdad de derecho a la vida y a la salud. La medicina, dentro de esta concepción, adquiere su verdadero aspecto y un nuevo sentido la acción del médico, que debe posesionarse profundamente de esta valoración de la existencia humana, en función de la colectividad. Cada enfermo, cada deficiencia física o mental, cada muerte prematura es un perjuicio para todos. (78)

Otra vez, en la biografía del General, esta etapa de su vida está rodeada de una maraña de contradicciones entre los distintos autores y el mismo Perón. Y es porque en sus destinos le tocó enfrentar la represión a los trabajadores de La Forestal en el norte de Santa Fe y a los de los Talleres Vasena durante la Semana Trágica en la ciudad de Buenos Aires.

Uno de esos autores, Norberto Galasso, lo explicó a partir de la omisión de un diálogo que Perón habría tenido con el capitán Descalzo en el que le expresaba su deseo de luchar bajo sus órdenes en contra del anarquismo.

Galasso sostuvo: «Este diálogo no lo reproducen los biógrafos de Perón que escriben desde el campo peronista. Curiosamente, el único que lo cita —afirmando que proviene de cintas grabadas en Madrid, con el General— es Tomás Eloy Martínez, cuya veracidad se halla empañada por tratarse de un converso que ha pasado del peronismo fervoroso de los setenta al más recalcitrante antiperonismo». (79)

La mejor manera de superar estas parcialidades es ceñirse a los documentos. Pero cuando estos faltan, se hace difícil superar el escollo. Así lo expresó Jorge Crespo, quien aseguró que logró consultar el legajo personal de Perón «celosamente preservado y mantenido en una caja fuerte del Archivo del Ejército. […] Una breve observación a este legajo —sin número— presenta la falta de

elementos de juicio. La evidente sustracción de papeles, hecha en los años de la caída de Perón, ha hecho del otrora legajo militar más importante de este siglo (se refiere al siglo xx), una carpeta de escasos documentos».

Sin embargo, este autor pudo ubicar «una voluminosa carpeta en el archivo familiar de los Perón, conteniendo muchos más papeles. La consulta de todo este material más los documentos militares sueltos que obran en otros lugares, se han sumado para poder recrear paso a paso y año a año su carrera militar». (80)

Tenemos los documentos, ahora es preciso analizarlos en el contexto nacional e internacional.

En 1916, y después de las primeras elecciones presidenciales bajo la ley 8.871, conocida como la Ley Sáenz Peña del voto secreto y obligatorio, los comicios sin fraude llevaron a Hipólito Yrigoyen a ocupar el gobierno nacional permitiendo, también por primera vez, el acceso a diferentes cargos a funcionarios que no provenían de la aristocracia que había gobernado al país, y también la representación de sectores del trabajo e hijos de inmigrantes que no habían sido tenidos en cuenta hasta entonces.

«En 1916, cuando tuve que votar por primera vez, lo hice por Yrigoyen», recordó Perón muchos años después. (81) Y cuando en otra entrevista le preguntaron si consideraba a Yrigoyen como un gran hombre, respondió: «En la medida que era un estadista independiente, un paisano de convicciones firmes, honesto, de esos que a uno le dan una mano y es como si firmara un contrato, que empeñaba la palabra con mayor significación que un documento… En ese sentido clásico, debo aceptarlo como gran hombre». (82)

No obstante, veremos más adelante que no siempre Perón sostuvo este pensamiento respecto del gobierno de Yrigoyen y, además, actuó en consecuencia.

Pero volvamos al contexto, esta vez internacional. En febrero de 1917 había estallado la Revolución rusa con el derrocamiento del

régimen zarista imperial, y en octubre de ese año se proclamó la República Socialista Federativa Soviética. En la Argentina, los trabajadores que ya habían aprendido las tácticas de protesta de los anarquistas, sumaron la de los bolcheviques. Además, en 1918 finalizó la Primera Guerra Mundial, con lo que empezó a delinearse otro dibujo del mundo. Es en este marco que se produjeron las grandes huelgas que fueron reprimidas con la participación del Ejército del que Juan Perón formaba parte.

En 1915 había alcanzado el grado de teniente, y un año después, el Regimiento de Paraná fue trasladado a Santa Fe, donde se encontró como superior al capitán Bartolomé Descalzo, quien se convirtió en su mentor y maestro.

Cuarenta años después, en septiembre de 1948, cuando Perón visitó el destacamento siendo presidente de la nación, aseguró en su discurso que no había querido pasar por Santa Fe «sin llegarme hasta el regimiento que fue, en último análisis, el templo donde yo formé mi personalidad. No quiero dejar pasar esta ocasión sin decir una verdad, que para los soldados es de extraordinaria importancia. Tuve la inmensa fortuna de tener en este regimiento un capitán que, como deben ser todos los capitanes, sabía formarles el alma a los jóvenes oficiales. Este capitán fue el actual coronel Bartolomé Descalzo, quien en este regimiento era una verdadera institución, un hombre honrado y un profesional laborioso e inteligente».

Y para que no quedaran dudas sobre la influencia que había tenido en él, señaló: «Siempre he pensado que en todo cuanto yo he podido hacer en mi vida, hay un gran porcentaje que debe ser acreditado en la cuenta de ese capitán». (83)

Y también bajo las órdenes de ese oficial, en 1917, el teniente Perón tuvo participación en los hechos de Villa Guillermina, en el norte de Santa Fe, para reprimir la huelga de los obreros de La Forestal. Fue entonces cuando a la pobreza que tanto lo había

impresionado, pudo sumar la explotación a la que estaba sometida la población, y la dependencia de los capitales británicos.

The Forestal Land, Timber and Railways Company Ltd., a la que el pueblo nombraba simplemente como La Forestal, había iniciado en 1906 la explotación del quebracho en el nordeste argentino, especialmente en la provincia de Santa Fe, Chaco y parte de Formosa. En la Argentina, esa compañía era un símil de la United Fruit en Centroamérica.

El origen de esta empresa tenía una larga historia. Todo comenzó en 1872, cuando el gobierno de Santa Fe contrató un empréstito con la firma Murrieta y Cía. de Londres. El pago del préstamo tuvo dificultades y ante la exigencia de la firma inglesa, las autoridades santafecinas enviaron un proyecto de ley a las cámaras provinciales para que autorizaran el arreglo del pago.

La propuesta fue que la tercera parte de la deuda se saldaría con bonos del tesoro, que, a su vez, serían recibidos por el gobierno provincial como pago de tierras públicas. Además, para cubrir las otras dos terceras partes de la deuda, se usarían tierras públicas que se venderían en Inglaterra u otras partes de Europa hasta alcanzar la suma necesaria.

La cuestión es que el autor del proyecto fue el doctor Lucas González, apoderado de Murrieta y Cía. en la Argentina. Y cuando en 1880 se aprobó la ley, que incluía el mandato de designar a «una persona idónea» para vender las tierras, se designó al mismo González. Es decir, que el apoderado de la compañía acreedora representó también a la provincia de Santa Fe para la venta de seiscientas sesenta y ocho leguas cuadradas, además de recibir diez mil pesos por sus servicios.

Tal como sostiene Gastón Gori en su investigación, la Argentina junto con el Paraguay eran poseedores de enormes reservas de quebracho colorado, y la venta de semejante cantidad fue la salida más formidable de tierras estatales hasta 1881, y la entrega más

grandiosa de quebrachales colorados que se realizara en el mundo. Santa Fe enajenó el doce por ciento de la superficie provincial.

«El norte quedó bajo el dominio directo del capital extranjero, dominio que después extendió hasta llegar a tener los caracteres de un estado propio, con sus puertos, ferrocarriles, ganadería, industria, poblaciones, sus normas policiales, comerciales, etc.». (84)

A los trabajadores se les pagaba con vales que volvían a la empresa por intermedio de los contratistas, a quienes los obreros estaban obligados a comprarles los alimentos, el vestido y la bebida, que salían de las proveedurías de La Forestal. Cada semana trabajaban de esta manera y todo el pago volvía a manos del que lo había conchabado. «En resumen, cambiaba su fuerza de trabajo por la mantención. Solo le faltaba el azote y la pérdida total de la libertad para ser un esclavo». (85)

Según el testimonio de José Bargas, quien era trabajador de La Forestal: «El conflicto se inició en 1917, cuando los trabajadores empezaron a pedir que la empresa dotara al pueblo de agua potable. También exigían más plata. Yo era aserrador de la fábrica y recuerdo que los agitadores eran unos cincuenta de casi tres mil que trabajábamos. Nunca estuve en una reunión con Perón, pero sé que vino a Villa Guillermina, y se alojó en la casa de las visitas. Desde ahí pidió hablar con los huelguistas. Les dijo que el ejército no haría nada contra nadie. Solo iba a garantizar el orden y a proceder con ecuanimidad». (86)

Cuando llegó el teniente Perón, encontró a los paisanos portando rifles Winchester. Les preguntó por qué estaban armados, y le respondieron que hacía un mes que estaban en huelga y no tenían ni agua ni alimento porque la fábrica había cerrado el almacén y cortado el funcionamiento de las bombas. Perón ordenó que las bombas volvieran a funcionar y que se abriera el almacén. (87)

«Si yo hubiera sido uno de esos obreros y me cortan el agua, los víveres y cuanto resulta indispensable para la subsistencia de mi

familia y de mis compañeros, no hubiera aguantado tanto tiempo como los trabajadores de Villa Guillermina. Hubiese asaltado el almacén y hecho funcionar el agua por mi cuenta», recordó Perón muchos años después. (88)

La Forestal abandonó la Argentina en la década de 1960, y cerró las ciudades que había fundado luego de talar el noventa por ciento de los bosques, con un daño ambiental difícil de calcular.

Seguramente, Perón lo habrá recordado en 1972 cuando, meses antes de que se reuniera la Primera Cumbre de la Tierra en Estocolmo, dio a conocer su «Mensaje para los Pueblos y los Gobiernos del Mundo», en el que escribió refiriéndose a los países del tercer mundo: «Debemos cuidar nuestros recursos naturales con uñas y dientes de la voracidad de los monopolios internacionales que los buscan para alimentar un tipo absurdo de industrialización y desarrollo, en los centros de alta tecnología en donde rige la economía de mercado». (89)

Con ese espíritu, cuando habían pasado apenas dos semanas de asumir su tercera presidencia, el general Perón firmó el decreto 75/73, por el que creó la Secretaría de Estado de Recursos Naturales y Ambiente Humano, el primer organismo oficial en el país y en Latinoamérica que atendió esta materia, y que debía ocuparse de establecer el régimen relativo a las actividades relacionadas con los sectores forestales, la protección y fiscalización sanitaria de la producción, y las investigaciones científicas y tecnológicas en el área. (90)

El teniente Perón fue trasladado a fin de 1918 a la Compañía Destacamento del Arsenal Esteban de Luca en Buenos Aires, donde permaneció apenas un año, para regresar nuevamente al Regimiento de Santa Fe.

Lo cierto es que los sucesos de la Semana Trágica en los Talleres Vasena en 1919, lo encontraron en ese nuevo destino muy cerca de los acontecimientos.

Esos talleres metalúrgicos eran una de las empresas más importantes del país, con la mayoría del paquete accionario en manos de capitales británicos, asociados con Pedro Vasena, un italiano que había llegado a la Argentina en 1865 y que comenzó a trabajar como herrero. Tras ser operario en un taller, instaló uno propio y, poco después, una fábrica especializada en la fundición de columnas de hierro. Luego de asociarse con los ingleses llegó a tener tres establecimientos con los que participó de grandes obras como el Mercado de Abasto en Buenos Aires en 1890 y la construcción del techo del Mercado de Frutos de Bahía Blanca en 1897, entre otras. Empleaba unas dos mil quinientas personas entre obreros y empleados, y tenía sus depósitos en la calle Pepirí y Santo Domingo, cerca del Riachuelo, y la planta industrial en Cochabamba y La Rioja, en la Capital Federal.

En enero de 1919, los obreros se declararon en huelga para reclamar la reducción de la jornada laboral de once a ocho horas, aumentos escalonados de salarios, la vigencia del descanso dominical y la reincorporación de los delegados que habían sido despedidos al comienzo de la medida de fuerza. La protesta fue la más importante conocida hasta ese momento en el país.

El 7 de enero, la organización patronal denominada Asociación del Trabajo envió un grupo de choque para romper la huelga y se produjo un enfrentamiento en el que murieron cuatro obreros y más de treinta resultaron heridos, algunos de los cuales fallecieron con posterioridad. Por su parte, la Sociedad de Resistencia Metalúrgica declaró un paro en apoyo a sus compañeros, que luego se extendió con una huelga general declarada por las dos Federaciones Obreras de la República Argentina.

El 9 de enero, la ciudad quedó paralizada. Por la tarde, partió el cortejo fúnebre que se transformó en una muchedumbre a medida que se acercaba al cementerio de la Chacarita. Una vez dentro, y mientras un dirigente sindical pronunciaba un discurso, la policía y

los bomberos apostados en los murallones comenzaron a disparar contra la multitud, que quedó prácticamente apresada entre las tumbas. El resultado fue de otros doce muertos, entre ellos dos mujeres.

La reacción obrera fue proporcional al ataque recibido, y se desató en la ciudad una guerra campal. Las fuerzas represivas fueron superadas, y el presidente de la república, Hipólito Yrigoyen, ordenó la intervención del Ejército. (91)

El dirigente demócrata progresista Carlos Ibarguren evocó años después:

«Recuerdo que la tarde del estallido, en cuanto tuve noticias de lo que ocurría, me apresuré a ir corriendo a la estación del Retiro, sofocado por el calor abrumador de ese día, para alcanzar el último tren que tal vez pudiera salir al Tigre, y que yo debía tomar para llegar a San Isidro [...]. El espectáculo que vi en el trayecto, que hice a pie hasta la estación, me produjo una impresión torva de revuelta social y de terror colectivo. En las calles no circulaba vehículo alguno, los comercios y casas habían clausurado sus puertas, grupos de personas de distintas cataduras hablaban agitadas en las veredas y esquinas, unos en voz baja comentaban los sucesos visiblemente preocupados, otros calzados con alpargatas y en camiseta vociferaban contra la policía, el Ejército y el Gobierno que mataba a los obreros; oíanse desde lejos detonaciones y gritos». (92)

El conflicto obrero se resolvió con la concesión de la jornada laboral de ocho horas, un aumento de salarios de hasta el cuarenta por ciento, un incremento por horas extras y el pago doble del trabajo en día domingo. Se abolió el trabajo a destajo y se reincorporaron a los obreros cesantes. La prensa oficial registró más de cuarenta muertos y varios centenares de heridos, mientras que las publicaciones obreras aseguraron que fueron setecientos los fallecidos y más de dos mil heridos. En la ciudad se restableció el orden, claro que a un costo demasiado caro.

¿Cuáles fueron las acciones del teniente Perón en los sucesos? Según el testimonio del mayor Vicente Carlos Aloé en 1972, «la participación de Perón consistió únicamente en reprimir y mantener el orden. Si bien es cierto que él nunca compartió la ideología de aquel movimiento (anarquista y comunista), había motivos de sobra para justificarlo, porque los obreros no ganaban para vestirse ni para comer. El arsenal De Luca fue de los primeros y de los más activos en intervenir porque estaba cerca de la fábrica Vasena, en Parque Patricios». (93)

Sin ninguna duda, estos sucesos marcaron a Perón, quien, poco antes de convertirse en el líder de los trabajadores, en junio de 1945, se refirió a los sucesos de los Talleres Vasena, en referencia a las patronales que ahora le tocaba enfrentar: «Parecerían reclamar una nueva Semana Trágica para asegurarse otros veinticinco años de tranquilidad. Este gobierno no lo hará. No asegurará ni veinticinco años ni veinticinco días de tranquilidad a los capitalistas siguiendo el ejemplo doloroso de la Semana de enero de 1919 pues la sangre de los trabajadores sacrificados entonces no debe refrescarse con nuevos actos de injustificada violencia oficial». (94)

Y durante su tercera presidencia, no sabemos si asoció la incipiente Triple A, organizada por el ministro de Bienestar Social, José López Rega, con la Liga Patriótica que nació también en la Semana Trágica, una organización civil paramilitar en la que se mezclaron liberales, nacionalistas, conservadores y clericales para perseguir a los anarquistas que conducían el conflicto, aunque terminaron atacando a sindicalistas, socialistas, judíos, polacos, alemanes y a cuanta persona les pareciera «maximalista», como entonces denominaban a los partidarios de la recientemente triunfante Revolución rusa.

Es cierto que el accionar de la Triple A se desató después de su muerte, y no existen datos fehacientes que indiquen que Perón estuviera al tanto de su existencia. Sí hay constancia de sus

esfuerzos por detener la violencia dentro de la ley. Después del atentado en contra del Regimiento de Azul en enero de 1974, insistió con el proyecto de ley que había enviado al Congreso para reformar el Código Civil y endurecer las penas para quienes cometieran esas acciones. «Para nosotros es un problema bien claro. Queremos seguir actuando dentro de la ley y para no salir de ella necesitamos que la ley sea tan fuerte como para impedir esos males», les dijo a los diputados propios que se oponían. (95)

No sabemos si hizo esa asociación en 1974, pero sí conocemos lo que pensaba en 1921 respecto del gobierno de Yrigoyen por una carta que le dirigió a su padre: «Para que te formes una idea de cuán grande es el mal que este hombre ha hecho al Ejército te mando este librito que se publicó y mandó a todos los oficiales del Ejército; cosa que podrá mostrarte todo el daño que este infame cursó en desmedro de la disciplina en nuestro tan querido Ejército, que siempre fue modelo de abnegación y de trabajo honrado, pero que hoy la presión es tan grande que se siente impotente para resistir y explota». Se despidió «clamando que se cumplan las leyes y orando a Dios que termine este gobierno de latrocinio y vergüenza». (96)

De esta manera, el ahora teniente primero Juan Perón reaccionaba ante la decisión del presidente Yrigoyen de designar a un civil, el abogado Julio Moreno, al frente al Ministerio de Guerra, de congelar el presupuesto militar que afectó la compra de equipo y armamento, y de suspender el envío de los pliegos de ascenso al Senado. (97) También podría inferirse su malestar por la represión del Ejército, de la que él fue parte, a las protestas obreras.

Para entonces, había sido trasladado a la Escuela de Suboficiales en Campo de Mayo. Su tarea fue la de oficial instructor y en este destino volvió a encontrarse con el mayor Descalzo, quien era el jefe del cuerpo.

En 1922 volvió a escribirles a sus padres refiriéndose a los cambios producidos después de la guerra que obligaba a los oficiales a ponerse al día: «Ya los combatientes no son ni sombra de lo de antes, en estas guerras de material en que se empeñan las tropas en las batallas modernas».

Después, aludiendo al comercio de lana que ocupaba a su padre, despotricó en contra de los consignatarios extranjeros: «Como todos los comerciantes se ponen cada día peores, como que va desapareciendo completamente la honradez criolla, contaminada por el torbellino de gringos muertos de hambre que diariamente vomitan los trasatlánticos europeos en nuestro puerto, y que llegan especulando sobre el centavo desde que desembarcan en esta tierra de promisión; después, uno oye hablar a un gringo y ellos nos han civilizado; oye hablar a un gallego, ellos nos han civilizado; oye hablar a un inglés y ellos nos han hecho los ferrocarriles; en fin, los gringos nos han dado la vida, civilización y grandeza y no se acuerdan que cuando vinieron eran barrenderos, sirvientes, mucamos y peones. Sin embargo, si uno los oye hablar parece que cada uno de ellos hubiera fundado una universidad».

Y para acentuar aún más su nacionalismo, se refirió al buque que iba a ir a la Patagonia: «Este año tendrán muchas visitas en el Sud pues el Cap. Polonio hará tres cruzadas de turismo por esas regiones; al fin a los criollos se les ocurre conocer su Patria, tan grande y hermosa en vez de ir a París a derrochar estúpidamente el dinero en ropas y mucamas».

Y haciendo alusión a los diferentes destinos a los que había sido enviado con misiones militares, agregó: «Es necesario conocer la Patria, como la conozco yo, desde Jujuy hasta el Sud, desde los Andes hasta el Atlántico, para darse cuenta por qué San Martín y todos nuestros próceres se sacrificaron por ella; tan grande, tan hermosa y tan rica… Ya quisieran los gringos poseer tanta riqueza y

virgen; ellos que para alimentarse tienen que mojar el duro pan cotidiano con lágrimas muy amargas». (98)

Durante su estada en la Escuela de Suboficiales, tradujo y publicó en 1923 el *Reglamento de Gimnasia alemán para el Ejército y la Armada*. En 1924 ascendió a capitán, y un año después redactó un capítulo del *Manual de moral militar del aspirante,* sobre la base del texto del coronel francés André Gavet, *El arte de mandar*; y también escribió el *Manual de higiene militar*.

En 1926, el capitán Perón ingresó a la Escuela Superior de Guerra, donde permaneció durante tres años haciendo cursos intensivos. Este instituto había modificado los contenidos que impartía a los alumnos, incorporando nuevas materias como Sociología, Economía Política y Estadística, además de modificar la visión geopolítica tradicional que tomaba a Europa como el centro del mundo. Ahora irrumpía los Estados Unidos de América (EE. UU.) como nueva potencia y se había creado la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

La «Memoria de la Escuela Superior de Guerra» de 1926 explica que «tratándose de alumnos que poseen una base experimental relativamente considerable y una edad en que la reflexión sobre las condiciones propias les permite orientar sus actividades en cierta medida se ha tratado de que cada oficial sea un autodidacta». (99)

Y eso fue lo que hizo Perón. Se dedicó casi exclusivamente al estudio y fue en esa etapa cuando asimiló conceptos de táctica, planificación, estrategia y el uso de la estadística que luego aplicará en la política. Además, realizó un curso especial de capitanes para ascender a mayor.

Para entonces, Juan había entrado en la treintena. Vivía en la casa del barrio de Flores, en la calle Lobos 3259 (hoy Gregorio de Laferrere), donde sus padres se habían mudado al regresar del sur. Mario Tomás Perón tenía problemas de salud a causa de una embolia que le provocó la parálisis progresiva de sus miembros. El

biógrafo Pavón Pereyra asegura que el capitán «llevaba una existencia metódica, sosegada, sin otra particularidad que una entrega absoluta a su profesión». (100)

Fue en ese tiempo cuando conoció a Aurelia Tizón, a la que llamaban Potota, una joven maestra que le presentó el coronel Descalzo, quien le insistía en que ya era hora de que sentara cabeza.

«Yo estrenaba mi condición de alumno de la Escuela de Guerra, cuando decidí casarme», relató Perón. «Descalzo me aconsejó en tono paternal: "Tiene que perfeccionar su conducta intachable… ¡cásese cuando antes! Usted no puede ignorar que la familia castrense no ve con buenos ojos a quienes prolongan su soltería sin motivo aparente. Y cuando se decida, tendrá que elegir con sumo tino ¿estamos?"». (101)

A mediados de 1928, Juan envió una nota oficial a sus superiores solicitando el permiso correspondiente para contraer enlace con la señorita Aurelia Tizón. (102)

«Nos llevábamos decididamente bien —aseguró Perón—. Y nos hubiéramos casado en octubre de 1928 de no haber sido por la enfermedad y posterior fallecimiento de mi padre, cuya vida se apagó en noviembre, a los sesenta y cuatro años, apenas llegado de su estancia del sur a cargo de la cual quedó mi hermano». (103)

El 3 de enero de 1929, el anuncio del matrimonio apareció en la sección «Sociales» del diario *La Razón*: «En casa de la familia de la novia, y en la mayor intimidad, el sábado próximo será bendecido el enlace de la señorita Tizón con el capitán Juan Perón, actuando como padrinos de la ceremonia la señora Juana S. de Perón y el señor Cipriano Tizón». No hubo fiesta, por respeto al luto de Juan, y enseguida los novios partieron hacia las Sierras de Córdoba, donde pasaron su luna de miel. (104)

Para Juan Perón empezaba una nueva vida en lo personal, pero también en lo político.

61. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*. Ob. cit., pág. 21.

62. Ob. cit., págs. 25-26.

63. Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en Argentina*, pág. 90, Tomo I, Emecé Editores, Buenos Aires, 1982.

64. Pavón Pereyra, Enrique. *Conversaciones con Juan D. Perón*. Ob. cit., pág. 13.

65. Pavón Pereyra, Enrique. *Preparación de una vida para el mando*. Ob. cit., pág. 36.

66. Pavón Pereyra, Enrique. *El hombre del destino*, Tomo I. Ob. cit., pág. ٣٢.

67. Pavón Pereyra. Ob. cit., pág. 33.

68. Crespo, Jorge. *El Coronel*. Ob. cit., págs. 97, 98 y 100.

69. Page, Joseph. *Perón. Primera Parte (1895-1952)*, pág. 36, Javier Vergara, Buenos Aires, 1984.

70. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 36.

71. Crespo, Jorge. Ob. cit., pág. 102.

72. Martínez, Tomás E. Revista *Panorama*. 14/4/1970.

73. Pavón Pereyra, Enrique. *Preparación de una vida para el mando.* Ob. cit., pág. 36.

74. Revista *Panorama*. Ob. cit.

75. Noro, Lauro y Brown, Fabián. *Riccheri. Forjador del Ejército del Siglo XX,* pág. 104, Fundación Soldados, Buenos Aires, 1999.

76. Revista *Panorama*. Ob. cit.

77. Rein, Raanan y Panella, Claudio (compiladores). *La Segunda Línea. Liderazgo peronista 1945-1955. Pueblo Heredero*, pág. 100, EDUNTREF, Buenos Aires, 2013.

78. Carrillo, Ramón. *Política Sanitaria Argentina*, textos elegidos, págs. 10 y 11, Ministerio de Salud y Ambiente de la Nación; Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, Buenos Aires, 2006.

79. Galasso, Norberto. Galasso, Norberto. *Perón. Formación, ascenso y caída (1893-1955),* pág. 56, Tomo I, Colihue, Buenos Aires, 2005.

80. Crespo, Jorge. Ob. cit., pág. 104.

81. Revista *Panorama*. Ob. cit.

82. Pavón Pereyra, *Enrique. Conversaciones con Juan D. Perón*. Ob. cit., pág. 141.

83. Diario *Democracia*. 9/9/1948.

84. Gori, Gastón. *La Forestal. La tragedia del quebracho colorado,* pág. 19, Editorial Platina/Stilograf, Buenos Aires, 1965.

85. Ob. cit., pág. 62.

86. Martínez, Tomás E. *Las memorias del General*. Ob. cit.*,* pág. 91.

87. Pavón Pereyra, Enrique. *Preparación de una vida para el mando*. Ob. cit., pág. 48.

88. Olivares Maturana, Raúl. *Perón y las masas trabajadoras*. Citado por Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*. Ob. cit., pág. 93.

89. Perón, Juan D. *Mensaje a los pueblos y gobiernos del mundo 21/2/1972. En Los Estados Unidos de América del Sur,* pág. 87. Recopilación de Astesano, Eduardo. Corregidor, Buenos Aires, 2008.

90. Decreto 75/1973. Creación de Secretarías de Estado del Ministerio de Economía. Disponible en: <www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-75-1973-169667/texto>.

91. Godio, Julio. *La Semana Trágica de enero de 1919*, pág. 1 y sigs., Hyspamérica, Buenos Aires, 1972.

92. Ibarguren, Carlos. *La historia que he vivido,* pág. 358, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

93. Martínez, Tomás E. *Las memorias del General*. Ob. cit., pág. 93.

94. Diario *La Razón* del 17/6/1945. Citado por Galasso, Norberto. Ob. cit., pág. 59.

95. Duzdevich, Aldo. «La reunión de Perón con diputados montoneros: en 1974 aceptó recibirlos a pesar de sus críticas y del crimen de Rucci». Disponible en: <www.infobae.com/sociedad/2021/01/31/la-reunion-de-peron-con-diputados-montoneros-en-1974-acepto-recibirlos>.

96. Crespo, Jorge. Ob. cit., pág. 113.

97. Camusso, Marcelo. *Perón: formación militar y acción política*. UCA, Buenos Aires, Agosto 2006, pág. 313.

98. Crespo, Jorge. Ob. cit., pág. 115.

99. Camusso, Marcelo. Ob. cit., pág. 318.

100. Pavón Pereyra, Enrique. *Preparación de una vida para el mando*. Ob. cit., pág. 61.

101. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*, pág. 34, Planeta, Buenos Aires, 2005.

102. Crespo, Jorge. Ob. cit., pág. 117.

103. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit.*,* pág. 75.

104. Bellotta, Araceli. Ob. cit., pág. 40.

Capítulo 5

21 de febrero de 1974

Residencia de Olivos. El general Perón registró tres episodios de arritmia con extrasístoles ventriculares, vómitos y diarreas. (105)

«Líbreme Dios de la tarea gallinácea de gobernar. Sabía que me transformaría en una máquina de firmar decretos». (106)

«Estoy firmando mil quinientos por día, cuando en Norteamérica son unos trescientos en el mismo plazo». (107)

«Las cosas se acumulan sobre mis hombros. Sigo siendo yo solo contra todo el mundo». (108)

«Yo no tenía ambición de ser presidente. Ya lo he sido y no pensaba volver a ocuparme de toda esta tarea administrativa. Pretendo hacer por la Argentina algo más amplio. Establecer conexiones con todos los países latinoamericanos, una unión de tipo continental». (109)

«No quería gobernar. Quería orientar a los equipos seleccionados entre las nuevas promociones, con preponderancia de la materia gris más idónea». (110)

«Soy como un padre común, viejo ya, que ha formado a sus hijos, y que cree que es tiempo de que sean estos quienes atiendan

el negocio». (111)

«Tal vez ya no tenga mucho tiempo de vida. Por eso tengo apuro de poner en marcha estas ideas. No puedo perder ni un minuto de tiempo». (112)

Sentado en su mecedora, Perón leía el decreto 539/74 que ese mismo día apareció en el Boletín Oficial y que había firmado una semana antes. Le sugirieron otra nominación para la nueva dependencia que había creado, pero decidió que se llamara Secretaría de Gobierno, porque ese era el nombre que en 1810, la Primera Junta había instituido y puesto en manos de Mariano Moreno como Secretaría de Gobierno y Guerra. (113)

Era de donde había salido el Plan de Operaciones, «que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia». Así habían pensado la patria en el siglo XIX, proclamando la libertad, la igualdad y la fraternidad. Ahora se hacía necesario volver a pensarla y traducir al siglo XX aquellos principios: independencia económica, soberanía política y justicia social.

Aquel plan de Moreno permaneció oculto durante décadas. Con el Modelo Argentino sucedió lo mismo. (114)

Por el decreto 540/74, además, designó como secretario al coronel Vicente Damasco, y al doctor Ángel Monti como subsecretario. El director general ejecutivo sería el licenciado Cataldo Ricardo Grispino. (115)

También releyó la nota que le había enviado a Damasco con las especificaciones de sus funciones:

1. Asistir al Presidente de la Nación en la conducción del desarrollo social integrado del país.
2. Asistir al Presidente de la Nación en la formulación del Modelo Argentino.
3. Asistir al Poder Ejecutivo Nacional en la versión gubernamental del Proyecto Nacional.

4. Orientar, de acuerdo con las instrucciones de esta Presidencia, la formulación de los planes de desarrollo de los distintos campos de la actividad nacional, y ocuparse específicamente de la relación entre campos.
5. Realizar el análisis permanente de la marcha del país, y específicamente el control superior de la acción de gobierno; y orientar la labor de las oficinas de control de gestión de los distintos campos, las cuales funcionalmente se superarán a las normas de trabajo y demás requerimientos que esa Secretaría formule.
6. Conducir la política de asistencia técnica interna y externa. (116)

Impartió la orden de que se conformara el equipo de trabajo. Se reunirían con él en el chalecito de la Quinta de Olivos, el que estaba frente a la residencia de huéspedes. Grabarían las conversaciones para luego ir ordenando el material. (117) Les dio cien días de plazo para terminar el trabajo. No había tiempo para perder.

El Modelo Argentino para el Proyecto Nacional estaba en marcha. Ese iba a ser su testamento político.

---

105. Taiana, Jorge. *El último Perón*. Ob. cit., pág. 152.

106. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*. Ob. cit., pág. 123.

107. Pavón Pereyra, Enrique. Conversación de Perón con el doctor Cossio. Ob. cit., pág. 107.

108. Pavón Pereyra, Enrique. Conversación de Perón con el expresidente brasileño João Goulart. Ob. cit., pág. 53.

109. Graham-Yooll, Andrew. *Agonía y muerte de Juan Domingo Perón*. Ob. cit., pág. 73.

110. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 123.

111. Ob. cit., pág. 35.

112. Balbín, Ricardo. (21 de diciembre de 1974). «La muerte de Perón produjo cambios». *La Razón*.

113. Fernández Pardo, Carlos y Frenkel, Leopoldo. *Perón. La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción (1971-1974),* pág. 526, Ediciones del Copista, Buenos Aires, 2004.

114. Castellucci, Oscar. «En busca del tiempo perdido. Cómo y por qué Juan D. Perón escribió el Modelo argentino para el proyecto nacional», Perón, Modelo Argentino para el

Proyecto Nacional (1974), págs. 165-202, J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2015.
115. Castellucci, Oscar. Ob. cit., pág. 97.

116. Asís Damasco, Luis. «La Secretaría de Gobierno existente en los años 1974-1975 y la Jefatura de Gabinete». Revista *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP),* Año 17, Nro. 50-2020, pág. 4. Disponible en: <https://revistas.unlp.edu.ar>.

117. Castellucci, Oscar. Ob. cit., pág. 96.

Capítulo 6

Golpe a golpe

«Si se hace la revolución yo seré un soldado más que me incorporaré para la lucha».
JUAN D. PERÓN (118)

El 3 de septiembre de 1930, a las cuatro de la tarde, el capitán Juan Perón se dirigió hacia la Inspección General del Ejército. Pidió hablar con el teniente coronel Álvaro Alsogaray.

El mismo Perón lo relató un año después, en un escrito que tituló «Lo que yo vi de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930. Contribución personal a la historia de la revolución». Lo redactó a pedido del teniente coronel José María Sarobe, partícipe del golpe, quien elaboró un informe sobre lo sucedido. En 1935, Sarobe, que había sido ascendido a general, terminó de escribir sus memorias. Pero falleció en 1946 sin haberlas publicado. En 1957, Ediciones Gure, una editorial pródiga de obras antiperonistas, las dio a conocer con el título de *Memoria sobre la revolución del 6 de septiembre de 1930,* e incluyó como único apéndice el relato de Perón. Posteriormente, en 1963, este escrito

otra vez fue publicado junto a otros textos del expresidente bajo el título *Tres revoluciones militares*, con la edición del periodista Rogelio García Lupo.

Pero volvamos a 1930, cuando el coronel Alsogaray recibió al capitán Perón, quien, después de cuadrarse, le dijo:

> He sido un oficial que desde los primeros días en que se pensó en un movimiento armado me puse al servicio de esta causa, no de los hombres que la dirigen. He colaborado honradamente, sin ningún interés personal, puesto que nada puedo ganar y en cambio lo expongo todo. He asistido a las reuniones generales y a las que realizó el Estado Mayor hasta su disolución y en ellas he expuesto francamente ideas y he aportado algunas que fueron aprovechadas. He estado siempre decidido a jugarme todo por el todo. No puede haber nada más justo que exija en compensación de todo ello, por lo menos que se me tenga un poco de consideración y seriedad para tratarme. He aceptado, que sin decirme una palabra, se me expulsara del Estado Mayor porque mis ideas no convenían a los intereses de algunos, porque no quería que fueran a pensar esos mismos que me negaba a jugarme la vida, si era necesario, tomando una unidad de tropa. Pero no puedo aceptar que seamos juguetes de la ineptitud y falta de ciencia de los que nos cargan con misiones como la que he recibido yo, que solo puede atribuirse a irresponsables o desequilibrados. (119)

De esta manera, se plantó frente a su superior. Estaba de acuerdo con que un movimiento militar derrocara al presidente Yrigoyen, pero le parecía una chirinada el modo en que se estaba organizando.

Los oficiales que conducían la conspiración le habían mandado que hablara con el teniente coronel Cernadas para ponerse a sus órdenes, y resultó que el hombre ni enterado estaba de lo que se planeaba. Nadie le había comunicado nada. Por eso, con indignación, Perón le dijo a Alsogaray: «De no ser que se trataba de un caballero, pudo ordenar allí mismo mi detención». Y concluyó su descargo diciendo:

> Por la afrenta gratuita de mi expulsión del Estado Mayor, por la falta de seriedad y de conciencia que demostraron al encargarme una misión como la que me dieron, porque no tengo la menor seguridad de mi persona, porque veo desde hace mucho

> tiempo que la dirección de este asunto está en las peores manos que pudieran elegirse, es que he resuelto separarme de ustedes y tomar personalmente la actitud que me plazca. Yo no me he entregado a nadie, sino que me había dispuesto a colaborar en una causa, que sigue siendo la misma para mí, pero estoy desconforme con los hombres que la dirigen y me separo de ellos. Le agradezco las atenciones que usted personalmente ha tenido para mí y le ruego que transmita mi decisión al General. (120)

Se refería al teniente general José Félix Uriburu, quien encabezó el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, el primero de tantos otros que se produjeron en el siglo xx en la Argentina. Se repitieron porque este golpe contó con el aval de la Corte Suprema de Justicia que sentó el precedente. La integraban José Figueroa Alcorta, Roberto Repetto, Ricardo Lavalle y Antonio Sagarna. El procurador general era Horacio Rodríguez Larreta.

Los supremos emitieron una acordada con la que justificaron la interrupción ilegal de un gobierno democrático, elegido apenas dos años antes y por casi el sesenta y dos por ciento de los votos.

Dijeron que se fundaban en «razones de policía y de necesidad con el fin de mantener protegido al público y a los individuos», y que «el gobierno provisional que acababa de constituirse en el país es, pues, un gobierno de facto cuyo título no puede ser judicialmente discutido con todo éxito por las personas en cuanto ejercita la función administrativa y policial derivada de su posesión de la fuerza». (121) Esta extraña teoría jurídica será la misma que en 1955 aplicaron en contra del presidente Perón cuando lo derrocaron, veinticinco años después.

Es claro que el capitán Juan Perón no lo sabía entonces, y antes de despedirse del coronel le aclaró: «Debo hacerle presente que aunque esté separado de ustedes, el día que se produzca el movimiento cooperaré en cualquier forma a su éxito y que jamás estaré en contra de ustedes sea cualquiera la situación y la causa. Y si la fortuna me abandona en el momento oportuno empeño mi

palabra que juntaré en la calle a los civiles que quieran seguirme y al frente de ellos marcharé a la Casa de Gobierno». (122)

El 6 de septiembre llegó a la Casa Rosada, pero no acompañado con gente del pueblo, sino con su querido coronel Descalzo, tras recorrer varias dependencias militares para sublevarlas. Ahí recibió la orden de patrullar la ciudad para evitar desmanes. Después, lo designaron a la secretaría privada del nuevo ministro de Guerra, el general Francisco Medina. (123)

El mismo Perón explicó en su escrito: «La revolución había virtualmente terminado, pero en el espíritu de los que habíamos participado en la preparación y realización quedaba una amarga pena: la mayor parte de los oficiales no habían intervenido porque no se los había hablado. Como consecuencia de ello las tropas no habían salido de sus cuarteles para apoyar al movimiento sino en una proporción insignificante. En cambio dos regimientos de Infantería de la Capital estaban francamente opuestos a la revolución, y en Campo de Mayo se sabía que no podían contarse con apoyo alguno. En el Congreso se estaba preparado para repeler la pequeña columna que conducía el General». (124)

Es que Uriburu había logrado echar a un presidente constitucional encabezando una columna integrada nada más que por los alumnos del Colegio Militar. Como Perón advirtió no bien comenzó a planificarse el golpe en las reuniones preliminares a las que fue convocado, la falta de planificación y de organización había sido absoluta.

«Solo un milagro pudo salvar la revolución. Ese milagro lo realizó el pueblo de Buenos Aires, que en forma de una avalancha humana se desbordó en las calles al grito de "viva la revolución", que tomó la Casa de Gobierno, que decidió a las tropas en favor del movimiento y cooperó en todas formas a decidir una victoria que de otro modo hubiera sido demasiado costosa sino imposible. Por eso pienso hoy con profunda satisfacción que nuestro pueblo no ha perdido aún el

"fuego sagrado" que lo hizo grande en ciento veinte años de historia», concluyó el capitán Perón el relato sobre su participación en el golpe de 1930. (125)

No le pareció sagrado el fuego del pueblo que colmó la Plaza de Mayo el 23 de septiembre de 1955, cuando juró el presidente de facto Eduardo Lonardi, después de derrocarlo. A bordo de la cañonera *Paraguay*, amarrada en la Dársena D del puerto de Buenos Aires, leyó con tristeza el titular del diario *La Nación*: «En medio del indescriptible entusiasmo de una muchedumbre juró ayer el Gral. Lonardi». (126)

Para entonces, Perón ya se había arrepentido de su participación en el golpe en contra de Yrigoyen. Y en eso mucho tuvo que ver el cambio de su mirada de la historia nacional.

A fines de 1930, fue designado titular de la cátedra de Historia Militar de la Escuela Superior de Guerra. «Me dedico en cuerpo y alma a mi clase —escribió— pues el curso ha sido inaugurado y funciona desde hace dos meses. El ejercicio arduo de la cátedra impide que me duerma en los laureles. Ahora comprendo la imposibilidad de diferir por más tiempo la búsqueda de nuestra idoneidad profesional. Yo siempre seré alumno, con obligaciones impostergables e intransferibles». (127)

Ya desde sus tiempos de alumno, Perón se había interesado por indagar otras versiones de la historia. «Notaba una permanente contradicción entre el país de ensueño que nos retrataba la escuela y la realidad que había podido observar en los años que pasé en la Escuela de Suboficiales. Esta "preocupación extra" por así decirlo, que yo manifestaba por el análisis de la realidad, no beneficia la imagen del doctor Levene», aseguró años después refiriéndose al reconocido historiador que había sido su profesor de Historia Integral. (128)

Pese a esta opinión, Ricardo Levene invitó a Perón, entre otros oficiales, a participar de los volúmenes de la Historia de la Nación

Argentina que preparaba la Academia Nacional de la Historia, y hasta fue entrevistado por este motivo por el doctor Enrique de Gandia, secretario de esa institución. (129)

En diciembre de 1931, Perón ascendió a mayor. Para entonces ya había publicado *Las campañas del Alto Perú (1810-1814). Principios para el combate*, y *El Frente Oriental de la Guerra Mundial en 1914. Operaciones en la Prusia Oriental y la Galitzia, Tannenberg, Lagos Masturianos, Lemberg*. Un año después, escribió *Apuntes de Historia Militar*, texto para su cátedra, y en los siguientes de la década de 1930, dio a conocer otras cinco obras: *La guerra ruso-japonesa* (1933), *Memoria Geográfica Sintética del Territorio Nacional del Neuquén* (1934), *Toponimia Patagónica de Etimología Araucana* (1935), *La idea estratégica y la idea operativa de San Martín en la Campaña de los Andes* (1937) y *Las operaciones de 1870* en colaboración con el coronel Enrique Rottjer, de quien había sido ayudante de cátedra. (130)

> Las investigaciones realizadas en la Biblioteca Nacional y en distintos archivos transformaron mis puntos de vista —aseguró Perón—. No olvidemos que mi generación también se había educado en una concepción europeísta y liberal, desembarazada del proceso histórico nacional. […] A nosotros con la línea «Mayo-Caseros» nos han vendido la contra historia, creando falsos héroes que proclamaron nuestro sometimiento a intereses foráneos. Se nos ha dado una historia demasiado fluida y heroica como para responder ante ella con otra cosa que no sea la admiración escolar. Las estatuas de nuestro procerato han sido como lápidas que mantienen ahogados los afanes reivindicatorios de nuestros grandes rebeldes. No en vano la oligarquía mantiene un culto a penates, disfrazados de padres de la patria. (131)

Es claro que su pensamiento sobre la historia nacional evolucionó. Una década antes, en 1918, le había escrito a su padre en una carta en el marco de la Primera Guerra Mundial: «Francia e Inglaterra siempre conspiraron contra nuestro comercio y nuestro adelanto. Rosas con ser tirano, fue el más grande argentino de esos años y el mejor diplomático de su época. Rosas ante todo fue un

patriota». (132) Pese a elogiarlo, todavía calificaba a Juan Manuel de Rosas como «tirano», tal como le habían enseñado en la escuela la historia liberal.

Después, reconoció: «Al frecuentar el Archivo General de la Nación revaloricé la figura del ilustre "Restaurador de las Leyes" que supo defender el patrimonio nacional de la ambición extranjera». (133)

En 1948, siendo presidente de la nación, tras recuperar los ferrocarriles en manos de capitales británicos y franceses, se le criticó que haya designado al Ferrocarril Central Argentino, al del norte de Buenos Aires y al de Buenos Aires-Rosario, como Ferrocarril Nacional General Mitre. Al que iba a la Mesopotamia como Ferrocarril Nacional General Urquiza, a la línea del sur como Ferrocarril Nacional General Roca, y al tren del oeste como Ferrocarril Nacional Domingo F. Sarmiento. (134)

¿Por qué los nombró de esta manera? El investigador Mariano Ben Plotkin ensayó una explicación. Sostuvo que, para implementar su modelo social y estatal, Perón necesitaba del consenso y durante sus gobiernos «no mostró ningún interés en fomentar divisiones que consideraba innecesarias, y las polémicas sobre las visiones del pasado, aunque sin dudas remitían de manera clara al presente, no estaban dentro de sus prioridades como él mismo dejó saber aun antes de asumir el gobierno».

En este punto, el autor remitió al discurso de proclamación de su candidatura presidencial, el 12 de febrero de 1946, cuando dijo: «En nuestra Patria no se debate un problema "entre libertad o tiranía", entre Rosas y Urquiza. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la "justicia social" y la "injusticia social"». (135)

Si bien durante su segundo gobierno se produjo una reforma educativa, y el tiempo de Rosas que en 1910 se titulaba en los

manuales «La tiranía de Rosas» y en 1936 «Rosas y su período», después de 1951 se catalogó como «Rosas y Urquiza».

El autor antes mencionado aseguró que la historia era presentada «como una sucesión de eventos discretos y momentos cruciales tomados de la historia liberal tradicional» que se relacionaban con las realizaciones del peronismo. «De este modo, la "recuperación de los ferrocarriles" no fue sino la culminación de la Reconquista (1807), mientras que la "independencia económica" (1949) completó la "independencia política" de 1816, al tiempo que Perón era la réplica presente de José de San Martín». (136)

El historiador Norberto Galasso, quien se reivindica como revisionista dentro de la «corriente historiográfica socialista, federal-provinciana o latinoamericana», escribió en su biografía que, durante los gobiernos peronistas, en la educación «se mantenía la veneración por los próceres liberales, sin desarrollar, como hubiese correspondido, un revisionismo popular». Y agrega que «en las universidades, el revisionismo ingresó, pero en su expresión nacionalista y oligárquica». (137)

Lo cierto es que Perón pasaba largas horas en los archivos y en las bibliotecas, y disfrutaba de la investigación histórica. Años después relató: «Cierta vez Descalzo me encomendó una investigación en época de licencia. Recuerdo su sorpresa cuando a mi regreso le traje una monografía que cubría en exceso sus expectativas y me valió la ilustre mención en el primer lugar de la nómina del registro del año 27, sobre investigaciones en el Archivo General de la Nación. "Si yo hubiese imaginado, me dijo, mi querido capitán, que con mi encargo iba a restarle todo su tiempo útil, no le hubiera encargado el trabajo". Recuerdo que le contesté: "Es tan apasionante el tema que me ha impedido medir el tiempo"». (138)

De esta manera, revisando papeles antiguos y documentos, Perón moldeó su pensamiento sobre la historia; «confieso haber descubierto un mundo nuevo», dirá después. (139) Pero también lo

impulsó a rever su presente e imaginar el futuro «vislumbrando como absolutamente diferente, desde el momento en que el protagonismo de la historia cambiara de mano. Desde el momento mismo en que los desposeídos, los que nada tienen dejasen de ser juguetes de la historia que escriben otros, y pasen a ser artífices de su propio destino. […] De todo este ejercicio reflexivo surgirá la profunda autocrítica sobre mi actuación durante los acontecimientos del treinta», afirmó décadas más tarde. (140)

En 1935, el mayor Perón fue enviado en comisión a la frontera oeste en Neuquén para la exploración y demarcación de límites. En esta misión volvió a encontrarse con el general Francisco Fasola Castaño, quien había sido su profesor en la Escuela Superior de Guerra y, al igual que a Descalzo, lo reconocía como maestro-mentor.

A comienzos de 1936, fue designado como agregado militar en la Embajada Argentina en Santiago de Chile, y a fin de año ascendió a teniente coronel. Casi al mismo tiempo, Fasola Castaño pidió su retiro del Ejército, con un duro cuestionamiento al gobierno nacional, encabezado ahora por el general Agustín P. Justo, quien había asumido la presidencia en 1932, luego de elecciones fraudulentas, acompañado por Julio Roca (h) como vicepresidente.

Para entonces, la gestión de Justo había desilusionado a muchos oficiales. Si bien Perón no participó de las internas políticas del Ejército, también desaprobaba al gobierno, y es muy probable que Justo hubiese firmado el decreto de su designación en el exterior, como la de otros oficiales nacionalistas, para alejarlo del país. (141)

Lo cierto es que ya estaba en Chile cuando pudo leer la «Carta Abierta al Presidente Justo» que Fasola Castaño publicó junto con su solicitud de retiro, en la que le cuestionó su traición al general Uriburu y lo acusó de haber llegado a la presidencia en 1932 usando el fraude y la proscripción nada más que para satisfacer sus propios intereses.

«Si usted tuviera el alma de jefe —escribió— no se hubieran servido, cuando la gran crisis de hace tres años, los luculianos banquetes que se servían en la Casa de Gobierno mientras había trescientos mil argentinos que sufrían hambre por falta de trabajo, trescientas mil madres cuyos senos exhaustos por la miseria apenas podían amamantar a sus hijos y un millón de niños que no crecían y morían por falta de alimentación apropiada y suficiente». (142)

«Cuando rajes los tamangos buscando ese mango que te haga morfar», cantaba la gente del pueblo, letra que tan bien había sido interpretada por Enrique Santos Discépolo con su tango *Yira, yira*. Eran los tiempos de la «Década Infame», bautizada así por el periodista y escritor José Luis Torres, caracterizada por la corrupción, el fraude y la entrega del patrimonio nacional.

Para 1933, el gobierno de Justo había firmado con Inglaterra el pacto Roca-Runciman, por el que la Argentina le cedía a los frigoríficos anglo-norteamericanos el ochenta y cinco por ciento de las exportaciones de carne, reservándose nada más que el quince por ciento, pero solo para los establecimientos locales que no persiguieran fines de lucro. Además, había asegurado a los capitales británicos la libre importación del carbón y el trato benévolo a sus inversiones, y había pactado un empréstito por trece millones de libras esterlinas, del cual el país solo recibió tres millones y medio porque el resto se destinó a compensar utilidades de las empresas inglesas que no habían podido ser remitidas por escasez de divisas. (143)

También se había sancionado la ley 12.155, creando el Banco Central de la República Argentina, con capitales estatales y privados. Sin embargo, la Carta Orgánica permitía que el capital extranjero tuviera ocho representantes sobre un total de catorce votos. Es decir, que el Imperio británico dominaba en la Argentina la emisión monetaria, la política de cambio y la de créditos, cuando el Estado nacional había aportado la mitad del capital. (144)

Los ingleses hacían negocios; los ministros, en su mayoría socios de los británicos, se llenaban los bolsillos; y el pueblo la pasaba muy mal.

Por eso, Fasola Castaño, en su carta, tras acusar a Justo de ser «un hijo espurio de la revolución», aludió al presidente constitucional que habían depuesto y que había fallecido en 1933, y le espetó: «El señor Yrigoyen, con todos sus defectos, tenía esa virtud: parecía condolerse de los males de los humildes, y a su manera, les tendía una mano cada vez que ellos acudían a él. Por eso reinó y manda todavía desde su sepulcro en algunos corazones argentinos. ¿A qué humildes tiende usted la mano?».

Perón se conmovió con la carta y la valentía de su antiguo jefe y el 28 de marzo de 1936, le escribió desde Chile: «Usted, mi querido General, ha presentado la dura y cruda realidad del proceso argentino; asimismo, ha tenido la claridad meridiana en semblantear las verdaderas causas de la personalidad política del Presidente de la Nación. Indudablemente ha acertado en sus extensos conceptos, que más que juicios documentados, reflejan con exactitud el momento oscuro que vive la Patria. Cuente usted, mi General, con el apoyo de todos aquellos oficiales que vemos en su acabada presencia un liderazgo distinguido del resto de los hombres que conducen el Ejército, y sepa usted que compartimos en todo la descripción que ha hecho, para el bien de la salud moral pública».

En un párrafo siguiente agregó estas reflexiones: «A poco de asumir el actual Presidente de la República, muchos de nosotros nos dimos cuenta que las intenciones y el rumbo de la primigenia revolución se había torcido; y pensar, mi querido General, que fuimos algunos utilizados en los designios y en los provechos de aventuras personales. El haber sido genuinamente ilusos en lo político, no nos puede convertir en cómplices de tales aventuras. Quizás esta fue nuestra terrible falta. Hombres esclarecidos como

usted nos permitirán seguramente retornar a un sendero más argentinista que el actual».

Finalmente, Perón se despidió: «Me solidarizo, como oficial de nuestro pundonoroso Ejército, y como ciudadano de nuestra gran Patria argentina con su posición y le hago llegar, en la forma más palmaria, mi adhesión a su causa que es la causa de todos los oficiales argentinos y el reconocimiento permanente a su persona». (145)

Juan Perón se trasladó a Santiago de Chile junto con Potota, su esposa, con la que ya hacía siete años que compartía su vida. A partir del nuevo destino, ambos se entusiasmaron con la posibilidad de estar más tiempo juntos. Su misión era obtener información estratégica sobre la organización del Ejército chileno, y ya no tendría que quedarse hasta altas horas de la noche preparando sus clases, ni lo enviarían lejos en misiones de reconocimiento. Se instalaron en un piso frente a la Plaza de Armas, en el centro, muy cerca de la residencia del embajador argentino, Federico Quintana. Juntos iban a las recepciones oficiales, al Club Ñuñoa, donde hacían sociales, y con frecuencia emprendían excursiones a distintos lugares en la *voiturette* roja con la que se habían trasladado desde Argentina.

Según testimonio de quienes los conocieron entonces, Juan y Potota eran un matrimonio ejemplar. Lo único que empañaba esa felicidad era que no podían concebir hijos y, poco después, las constantes hemorragias de Aurelia. «Ya en esa época Potota empezó a sentirse mal, y Perón la hizo ver con todos los médicos chilenos. Era un buen marido», aseguró Mercedes Achával de Lonardi, la esposa del oficial que dos años después lo reemplazó en la embajada. (146)

Los médicos recomendaron su internación en una clínica que quedaba alejada de donde vivían. Desde allí, Potota le escribió a su marido: «Cariño, me duele todo el cuerpo, realmente me siento como si me hubieran dado una paliza, pero en realidad me siento

mejor. Bastante mejor que la semana pasada. Lo único que realmente me mortifica es que no te puedo ver. Sí, ya sé que estás muy ocupado y además bastante lejos; ya sé que apenas tengas un huequito te venís volando para aquí. Pero no importa. No puedo mentirte y decirte que te quedes tranquilo, que estar sin vos no me molesta. Sí, estar separados me hace más daño que cualquier otra cosa, que cualquier enfermedad que los médicos quieran inventar». (147) Pero no era ninguna ficción. Potota estaba muy enferma.

En abril de 1937, debían regresar a la Argentina, pero el Estado Mayor prorrogó su estada para que el teniente coronel Perón pusiera al tanto de las tareas al mayor Eduardo Lonardi, su reemplazante.

Poco después, Lonardi se enredó en un episodio de espionaje, en el que fue sorprendido en el mismo momento en que revisaba documentación confidencial comprada a un exmilitar chileno. El mayor culpó a su antecesor y desde entonces se transformó en uno de sus más acérrimos enemigos. Será el General que lo derrocará veinte años después y aunque en su discurso de asunción a la presidencia de facto pronunció la frase «Ni vencedores ni vencidos», lo obligó al exilio, que se extendió por dieciocho años.

A comienzos de 1938, el teniente coronel Perón y su esposa regresaron a Buenos Aires. Potota había tenido una leve mejoría, pero no duró mucho.

El 24 de junio, el mismo día del santo de Juan, Aurelia sufrió un desmayo. La internaron de urgencia en la Clínica Marini y los médicos determinaron que debían operarla inmediatamente. Potota padecía cáncer de útero.

Perón se desesperó. Por primera vez en su vida desatendió su trabajo en la Escuela de Guerra Naval donde impartía clases de Operaciones Combinadas. Pasaba las horas tomado de la mano de su esposa, mientras rezaba por su recuperación.

El 9 de septiembre, con las pocas fuerzas que le quedaban, Potota le dijo a Juan que llamara a María Tizón, su hermana. Luego

les pidió que le alcanzaran la Biblia que estaba sobre la mesa de luz. Les dijo que apoyaran sus manos y colocó las suyas sobre las de ambos. Les rogó que le prometieran que contraerían matrimonio una vez que ella hubiera partido.

Sorprendido, Juan consintió. «¿Qué podía hacer yo?, si se estaba muriendo», aseguró después. (148)

Aurelia Tizón de Perón falleció el 10 de septiembre de 1938, a la una menos cuarto del mediodía, a los treinta años según consta en su partida de defunción, (149) y a los treinta y seis de acuerdo con una documentada investigación publicada hace un par de años. (150)

Juan, con cuarenta y tres o cuarenta y cinco años, quedó devastado con la muerte de su esposa. Habían vivido juntos durante una década. «Sentí ese día creo que por primera vez en la vida, el sabor de lo irremediable, la desesperación de quien tiene las manos atadas. El miedo a la soledad o a la mala compañía. Todo lo tapé con exceso de trabajo, no quería pensar en ella. Ocupaba mi cabeza con muchas cosas, pero andaba a los tumbos». (151)

En febrero de 1939, supo que la superioridad lo enviaba en misión militar a Italia. Se lo comunicó el ministro de Guerra, general Carlos Márquez, quien había sido oficial en sus tiempos de cadete y luego su profesor en la Escuela Superior de Guerra.

Él mismo lo relató en un reportaje. Sostuvo que Márquez lo citó y le dijo: «Vea Perón, la guerra mundial se nos viene encima. No la evita nadie. Hemos hecho todos nuestros cálculos, pero la información de la que disponemos es insuficiente. Nuestros agregados militares nos dan cuenta de lo que pasa en su esfera, pero en la próxima guerra el noventa y nueve por ciento le corresponderá a la parte civil, a los acontecimientos de política internacional. Es un asunto de los pueblos, no ya de los ejércitos. Usted es profesor de Estrategia, de Guerra Total, Historia Militar. Me

parece el hombre adecuado para enviarme los datos que necesito». (152)

En abril de 1939, el teniente coronel Perón partió hacia Europa a bordo del vapor *Conte Grande*. Lo fueron a despedir amigos y familiares, entre ellos su tío Conrado Perón y sus hijas; su tía segunda Mercedes Perón, un viejo amor de su juventud que no fue correspondido; y su cuñada María Tizón. (153)

«Yo fui alpino —le dijo Perón a su biógrafo—; estuve incorporado en la división alpina "Tridentina" en el año 1939. Me pusieron la pluma blanca en el sombrero cuando escalamos el monte Grappa. He hecho varios viajes por Italia. La recorrí tres veces en automóvil, "un 1500" de aquella época, que era el "non plus ultra". También residí en Aosta con la escuela alpina. El título de maestro esquiador lo he conseguido en Sestriere». (154)

Entre junio y diciembre de 1940 fue asistente del agregado militar en la Embajada Argentina en Roma, teniente coronel Virginio Zucal. Después se trasladó a Milán y Turín, donde asistió a cursos sobre sindicalismo y economía.

«Vine a Europa en 1939. Aquí me di cuenta de lo que se venía. Me fue fácil verlo. Muchos argentinos viajaban en esa época solo para ver la torre inclinada de Pisa. En Torino yo era un "tano" más en los cursos escolásticos. Me desasnaron en muchos aspectos. Allí me enseñaron a darme cuenta de problemas esenciales. Por ejemplo, el sindicalismo. El sindicalismo tiene su desenvolvimiento en los siglos XIX y XX. El del siglo XX toma su nacimiento en las corporaciones de la Edad Media, las que junto a los enciclopedistas llevan a la Revolución Francesa. Todo esto me interesó vivamente y me hice un especialista en poco tiempo», recordó en una entrevista realizada en Puerta de Hierro durante su exilio. (155)

Sin duda, fue esta experiencia la que lo llevó un par de años después a pedir el Departamento Nacional del Trabajo, creado en 1907 por el presidente José Figueroa Alcorta, provocando la

sorpresa de los otros oficiales, que no comprendieron la razón por la que Perón quería encabezar tan ignota dependencia.

Y también pudo aclarar sus ideas respecto de la economía. «Completé un curso de Economía Política con un grupo de profesores italianos. No creo que exista en el mundo mejor escuela de economía que la italiana. Se puede adecuar al capitalismo, al fascismo y eventualmente al socialismo, sin perder coherencia. Porque tienen muy claros a todos esos sistemas y sus trampas. Resulta imposible venderles "gato por liebre" en materia de producción y comercialización», explicó en 1967, durante un reportaje en Madrid. (156)

Además, durante su estada en Europa, visitó Alemania, Francia, España; seis meses después de finalizada la Guerra Civil, Portugal, Hungría y Albania. (157)

Los autores que se ocuparon de la vida Juan Perón coinciden en que no se conocen informes oficiales producidos por él durante su misión, salvo uno sobre las tropas de montaña. Unos lo explican asegurando que fueron ocultados porque lo comprometían por su supuesto fascismo. Otros sostienen que le encomendaron esa misión para ayudarlo a superar el trance familiar de la muerte de su esposa, y que se le pidió un estudio sobre las tropas alpinas italianas. Así lo señaló el teniente coronel Augusto Maidana, quien lo visitó en Merano y sostuvo que «él había ido a estudiar la conducción operativa alpina. Recuérdese que el tema de la guerra en las montañas era una hipótesis de conflicto con Chile y era Perón uno de los mayores especialistas del país en Chile y en la frontera común». (158)

Sin embargo, el abogado Ignacio Cloppet publicó en 2014 cartas inéditas que Perón escribió a su cuñada María, la misma con la que su fallecida esposa le había pedido que se casara. Durante más de ochenta años habían permanecido guardadas en el archivo familiar y fueron aportadas por Ezequiel Eskenazy Storey, sobrino nieto de las

Tizón. (159) Por estas cartas se pueden indagar las impresiones y el pensamiento de Perón en aquellos años.

A un mes de haber llegado a Italia, le escribió a María desde Roma, con fecha 28 de mayo de 1939:

> …Trato de penetrar la psicología de los pueblos que recorro, conocer sus costumbres, sus leyes, sus instituciones, como asimismo las manifestaciones espirituales actuales. Mis conocimientos históricos me ayudan mucho. Pienso que estos pueblos se encuentran hoy en una de sus etapas evolutivas más trascendentales y que nosotros asistimos a los prolegómenos de un nuevo estado de cosas que la historia conocerá como el resurgimiento de un gran movimiento espiritual contemporáneo, lógica reacción contra un siglo de materialismo «comunisante». […] En Italia —continuó— Mussolini, pese a la reacción de muchos ha echado las bases de ese movimiento y sigue imperturbable en esa tarea. Si no sobreviene la guerra y los enemigos le dan tiempo el milagro se realizará. Si el cataclismo se precipita, solo Dios puede decir a dónde iremos a parar. Por el momento esta gente trabaja febrilmente y trabaja bien. (160)

Pero la guerra estalló cuatro meses después de que Perón escribiera esta carta, y faltaba un año para que Italia ingresara en la contienda.

En un párrafo siguiente, relató que había asistido a un acto masivo de mujeres: «Una concentración de setenta mil muchachas de toda Italia. Comienza la obra de la mujer y de la mujer joven. Este gran hombre que es Mussolini sabe lo que quiere y conoce bien el camino para llegar a ese objetivo». (161)

Cinco años después, el 3 de octubre de 1944, el coronel Perón inauguró la División del Trabajo y Asistencia de la Mujer en la Secretaría de Trabajo y Previsión, el primer organismo estatal que se ocupó de las mujeres en la Argentina. Designó como jefa de la nueva área a la doctora Lucila de Gregorio Lavié y como segunda nombró a la destinataria de aquella carta, su cuñada María Tizón, a quien presentó como «profesora e inspectora del Consejo Nacional de Educación».

En aquel acto dijo en su discurso que «más de novecientas mil mujeres en nuestro país intervienen en la producción, desempeñándose en los más variados oficios y profesiones», y tomó la vieja consigna del movimiento feminista nacido en el país a principios del siglo XX, igual salario por igual trabajo, y agregó que era «fundamental para la existencia de una verdadera justicia social y un normal desenvolvimiento del trabajo».

Después apuntó a un tema que aún se discute en la actualidad y que hoy se nombra como «tareas de cuidados». «Si la organización moderna de la sociedad —señaló— exige a la mujer el doble esfuerzo en funciones dentro y fuera del hogar, la retribución adecuada a su labor pasa a ser un imperativo elemental de esa justicia. Aparte de que los salarios femeninos por debajo del nivel de vida y del salario vital individual, traen consecuencias graves de índole física y moral, que el Estado está en la obligación de evitar».

Por último, sostuvo que el principal objetivo del nuevo organismo era elaborar un Estatuto del Trabajo Femenino, donde debían agruparse todas las normas que protegían el trabajo de las mujeres.

Cuando un año después, Juan se casó con Eva Duarte, María Tizón abandonó el cargo y volvió a la actividad docente. (162) Para entonces, el protagonismo de las mujeres en la política nacional inició un camino irreversible.

Volvamos a 1939. En la carta a María, Perón le aseguró respecto al régimen fascista italiano:

> …Es mentira que haya tiranía y medidas violentas. Yo no siento, ni percibo en lo que veo un estado de cosas extraordinario. […] Este régimen no es, en el orden general, ni mejor o peor que los demás, tiene un coloso al frente y me he convencido una vez más que las instituciones no pueden ser buenas ni malas en sí, son los hombres los que las hacen perfectas o las prostituyen. […] Lo más difícil es mantener la justa proporción que debe existir en todos los regímenes, entre la parte de la población que produce (capital y trabajo) y la que dirige (que no produce). Hasta ahora el fascismo mantiene esa justa proporción pero, si las necesidades político internas lo

> lleva a aumentar el personal que dirige caerá en la burocracia que, un país pobre como Italia, no podrá resistir. (163)

Una semana después de que Alemania invadiera Polonia y se iniciara la Segunda Guerra Mundial, Perón volvió a escribirle a su cuñada, esta vez desde Merano, con fecha 8 de septiembre de 1939. Usó la metáfora de «la gran carrera se largó» y aseguró: «Le tengo una fe bárbara al matungo del Führer. […] Los alemanes, como siempre vencerán sin duda en la guerra continental, pero queda por considerar luego el aspecto general. Italia está a la expectativa. El Duce es aún más hábil de lo que yo imaginaba. Italia está serena y tranquila confiada en este gran hombre a quien le ha confiado la dirección de sus destinos». (164)

Luego, intentó una explicación de lo que él creía que sucedía en el viejo continente:

> Europa está envejecida y fatigada como sus hombres. Solo un resurgimiento de los valores morales puede salvarla. El materialismo del siglo la ha arruinado y tardará otro siglo para levantarse. Esta guerra, que es el segundo gran movimiento político-social de reacción contra el poderío financiero, político e imperialista de Inglaterra y Francia, cuenta con una situación general mucho más conveniente que la de 1914. Inglaterra y Francia tienen sin embargo el poder y la resistencia que da la riqueza. Los otros el ímpetu, la energía, la audacia y la decisión que dan la convicción de alcanzar el éxito y la necesidad de luchar para vivir o para morir. Los grandes valores materiales están del lado de los aliados; los grandes valores morales están del lado de los alemanes. La historia dirá después cuál de estos valores tiene la supremacía de la influencia en la guerra. (165)

Es claro que entonces no se conocían el Holocausto y las demás atrocidades que se descubrieron después. No obstante, ¿qué le pasaba a Perón? Es evidente que Mussolini lo deslumbró. Pero, además, ¿se había transformado en nazi o en fascista? ¿O estaba usando el proverbio árabe que dice «el enemigo de mi enemigo es mi amigo»?

Carlos Piñeiro Iñiguez sostuvo que «para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los oficiales del Ejército —y

prácticamente todos los oficiales jóvenes— eran germanófilos. Hasta se consideraba con total naturalidad el hecho de que el agregado militar de la Embajada de Alemania, general Günther Niedenfür se desempeñara como instructor en la Escuela Superior de Guerra». (166)

El biógrafo Joseph Page aseguró que «en todos sus discursos públicos Perón ha negado que fuera nazi o fascista. Lo máximo que ha llegado a admitir era un deseo de aceptar alguna determinada idea aunque esta hubiera sido compartida por Hitler o Mussolini».

En este sentido, el autor explicó que lo que le atraía a Perón de Italia y Alemania era que ensayaban una alternativa diferente frente al capitalismo y al comunismo. (167) Lo que en el futuro nombraría como «Tercera Posición».

Es cierto, además, que Perón nunca comulgó con la cuestión de la pureza racial, y rechazaba el uso de la violencia. «La formación militar de Perón —escribió Page— lo separaba de Mussolini, Hitler y los ideólogos fascistas de la Argentina. La gran estima que tenía por el ejército como institución siempre le impidió convertirlo en un instrumento del Estado». (168)

Por su parte, Cristian Buchrucker, en su libro *Nacionalismo y peronismo*, argumenta: «Como la mayoría de los nacionalistas argentinos, Perón veía en la lucha del Eje contra Inglaterra un desarrollo histórico favorable a los intereses de nuestro país. Más allá de simpatías ideológicas o subjetivismos, no podía negarse que un debilitamiento de las potencias anglosajonas a escala mundial implicaba la posibilidad de alcanzar posiciones de mayor independencia para los Estados iberoamericanos». (169)

Veamos qué dijo el propio Perón mucho después, en 1967, refiriéndose a su posición frente a la guerra. «En ambos bandos teníamos motivos suficientes para no sentirnos identificados. […] La guerra mundial fue una magnífica oportunidad que no podíamos desaprovechar para reasumir nuestra plena soberanía. Era evidente

que nuestros países "tutelares" no estaban en condiciones de "controlarnos" en esos momentos. No la dejamos pasar», aseguró aludiendo al golpe de Estado que un par de años después lo llevaría por primera vez a ser parte de un gobierno. (170)

La otra gran impresión que Perón tuvo en Europa fueron las visitas al Vaticano. En la carta a su cuñada de mayo de 1939 le anunció que le enviaba dos fotografías del papa Pío XII. «Se lo considera aquí como uno de los probables más grandes papas contemporáneos. En el Vaticano todo es simpático, grandioso y sugerente. ¡Cuántas ideas contrarias he modificado después de conocer esto!».

Tras exaltar «su valor espiritual tan formidable como doctrina humana y divina», concluyó: «El Vaticano deberá ser un símbolo para este tiempo que vivimos y un ejemplo para todas las generaciones de los hombres. Después de ver esto he pensado mucho en la razón que podría haber para dar en el mundo una mayor injerencia al Vaticano en el manejo de los pueblos y de las naciones». (171)

La influencia de la Doctrina Social de la Iglesia es muy clara en el pensamiento que Perón inculcará en su futuro movimiento. En aquel tiempo eran dos las encíclicas papales, «Rerum Novarum» de León XIII de 1891 y «Quadragesimo Anno» de Pío XI de 1931, las que ponían énfasis en concebir a la persona humana no como un mero engranaje de leyes económicas y, en este sentido, condenaban tanto al liberalismo como al comunismo. Hablaban de la necesidad de superar los conflictos con la participación de los individuos, las instituciones intermedias y el Estado, y de la distribución de la riqueza con un sentido de justicia social.

Cuando una década después, durante su primer gobierno se reformó la Constitución Nacional en 1949, Arturo Sampay, el jurista tomista y socialcristiano que encabezó la modificación, incluyó los postulados de la Doctrina Social de la Iglesia en la nueva carta

magna. (172) Y un mes después, el 9 de abril de 1949, el mismo presidente Perón clausuró el Primer Congreso Nacional de Filosofía en la Universidad de Cuyo, con un discurso que tomó estas ideas y que luego se publicó con el título *La comunidad organizada*, eje doctrinario y filosófico de lo que ya entonces se llamaba «Justicialismo», obra precursora del *Modelo argentino para el proyecto nacional,* que escribió poco antes de morir. Por último, el 17 de octubre de 1950, proclamó en la Plaza de Mayo las Veinte Verdades Peronistas. Una de ellas decía: «El Justicialismo es una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humanista». (173)

En junio de 1940, Italia se sumó a la guerra, y la misión de Perón en Europa finalizó. El 24 de mayo de 1941 arribó a Buenos Aires en el buque de bandera norteamericana *Brazil*. (174)

En cuanto llegó se presentó ante sus superiores para informarlos sobre su experiencia en el viejo mundo. Les habló de la cuestión social, de la necesidad de sancionar nuevas leyes que regularan el trabajo, de la oportunidad de poner límites a la dependencia de la Argentina de Inglaterra y de Francia, que ahora estaban distraídos con la guerra.

«En una reunión secreta informé lo que había visto. El ministro me encontró razón, pero los otros generales cavernícolas que pretendían convertir al ejército en una guardia pretoriana, me acusaron de comunista. Se resolvió sacarme de circulación y fui a parar a Mendoza, al Centro de Instrucción de Montaña», explicó después sobre la razón de su nuevo destino. (175)

Pero también dijo en otra entrevista: «Cuando llegué a la Argentina me encontré con una revolución en marcha. Pero lo que querían hacer era lo de siempre: un golpe de Estado. Que es un momento de la revolución, pero nunca la revolución. Esta se hace siempre de raíz. El país ya estaba harto de ver pasar nada más que

golpes de Estado». Y agregó: «Me dije: ¿qué pasa si alguien pelea en serio y les dice yo voy a jugar a ganar?». (176)

El 30 de junio de 1942, fue ascendido a coronel. Faltaba muy poco para que se transformara en el coronel Perón, el líder de los trabajadores.

---

118. Perón, Juan D. «Lo que yo vi de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930. Contribución personal a la historia de la revolución», pág. 2. Disponible en: https://historiaydoctrinadelaucr.com/2016/07/juan-domingo-peron-lo-que-yo-vi-de-la.html

119. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 16.

120. Ob. cit., pág. 16.

121. Sentencia 10 de septiembre de 1930. Corte Suprema de Justicia de la Nación. Disponible en: <http://www.saij.gob.ar/corte-suprema-justicia-nacion-federal-ciudad-autonoma-de-buenos-aires-acordada-sobre-reconocimiento-gobierno-provincial-nacion-fa30996876-1930-09-10/123456789-678-6990-3ots-eupmocsollaf>.

122. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 16.

123. Ob. cit., pág. 22.

124. Ob. cit., pág. 23.

125. Ob. cit., pág. 23.

126. Diario *La Nación.* 24/9/55.

127. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*. Ob. cit., pág. 119.

128. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., págs. 71-72.

129. Camusso, Marcelo. *Perón: formación militar y acción política.* Ob. cit., pág. 362.

130. Ob. cit., págs. 362-363.

131. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 77.

132. Crespo, Jorge. Ob. cit., pág. 11.

133. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 77.

134. Boletín Oficial de la República Argentina. 27/10/1948.

135. «Perón, el revisionismo histórico y su cosmovisión política: plus ça change», *El exilio de Perón. Los papeles del Archivo Hoover*, pág. 243, Chiaramonte, Juan Carlos y Klein, Herbert S. (coordinadores), Sudamericana, Penguin Random House Grupo Editorial, Buenos Aires, 2017.

136. Chiaramonte, Juan Carlos y Klein, Herbert S. (coords.). *El exilio de Perón. Los papeles del Archivo Hoover*. Ob. cit., pág. 245.

137. Galasso, Norberto. *Perón. Formación, ascenso y caída* (1893-1955) Tomo I, Colihue, Buenos Aires, 2005, pág. 514.

138. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., págs. 72-73.

139. Ob. cit., pág. 85.

140. Ob. cit., págs. 84-85.

141. Crespo, Jorge. Ob. cit., pág. 153.

142. Ob. cit., pág. 157.

143. Galasso, Norberto. *La Década Infame*, pág. 4. Centro Cultural Enrique S. Discépolo, Buenos Aires, 2006.

144. Galasso, Norberto. Ob. cit., pág. 7.

145. Crespo, Jorge. Ob. cit., págs. 159-160.

146. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*. Ob. cit., pág. 48.

147. Ob. cit., pág. 48.

148. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*, pág. 50, conversaciones de la autora con Enrique Pavón Pereyra en 2002.

149. Partida de Defunción de Aurelia Tizón de Perón. Registro Civil, Sección 18, Tomo II, Nro. 715.

150. Cloppet, Ignacio Martín. *Perón en Roma. Cartas inéditas (1939-1940). Amores y política,* pág. 22, Ediciones Fabro, Buenos Aires, 2014.

151. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 103.

152. Revista *Panorama*. Ob. cit. 14/4/70.

153. Pavón Pereyra, Enrique. *Vida íntima de Perón. La historia privada según su biógrafo personal,* págs. 59-69, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2011.

154. Pavón Pereyra, Enrique. *Conversaciones con Juan D. Perón*. Ob. cit., pág. 173.

155. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Ob. cit., pág. 44.

156. Rom, Eugenio P. *Así hablaba Juan Perón*, pág. 104, Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1982.

157. Camusso, Marcelo. *Perón: formación militar y acción política*. Ob. cit., pág. 379.

158. Camusso, Marcelo. Ob. cit., pág. 378.

159. Cloppet, Ignacio Martín. *Perón en Roma*. Ob. cit.*,* págs. 23-24.

160. Ob. cit., pág. 144.

161. Ob. cit., pág. 144.

162. Perón, J. D. Discurso al inaugurar la División del Trabajo y Asistencia de la Mujer. 3/10/1944. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Perón 1943-1944. Discursos, mensajes, declaraciones, documentos, entrevistas y escritos, págs. 601-604. Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2022.

163. Cloppet, Ignacio. *Perón en Roma*. Ob. cit., págs. 144-146.

164. Ob. cit., pág. 150.

165. Ob. cit., pág. 151.

166. Piñeiro Iñiguez, Carlos. *Perón: la construcción de un ideario,* pág. 180, Siglo XXI. Editora Iberoamericana, Buenos Aires, 2010.

167. Page, Joseph. *Perón. Primera Parte (1895-1952)*. Ob. cit., pág. 110.

168. Ob. cit., pág. 112 .

169. Buschrucker, Cristian. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1924-1955),* pág. 314, Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

170. Rom, Eugenio. *Así hablaba Juan Perón*. Ob. cit., pág. 106.

171. Cloppet Ignacio. *Perón en Roma*. Ob. cit., pág. 146.

172. Régolo Santiago. *Hacia una democracia de masas. Aproximaciones histórico-sociológicas a la reforma constitucional de 1949,* pág. 288, Nuevas Investigaciones, Buenos

Aires, 2012.
173. Perón, Juan D. *Escuela Superior Peronista. Filosofía Peronista*, pág. 14, Instituto Nacional Juan D. Perón de estudios e investigaciones históricas, sociales y políticas, Buenos Aires, 2016.

174. Cloppet, Ignacio. Ob. cit., pág. 168.

175. Revista *Panorama*. 14/4/70. Ob. cit.

176. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Ob. cit., pág. 45.

Capítulo 7

20 de marzo de 1974

Residencia de Olivos. El presidente Perón se reponía de su último episodio cardíaco. Los médicos le habían recomendado reposo.

Esa mañana, el General bajó de su habitación y saludó a su edecán, el teniente coronel Alfredo Sebastián Díaz.

—Buen día, teniente coronel Díaz.
—No tan buen día, General.
—¿Por qué?, indagó Perón.
—Porque hoy se inaugura la Central Atómica de Atucha, un viejo proyecto que usted dejó en su período anterior y el presidente no va a asistir. (177)

Por el decreto 10.936 del 31 de mayo de 1950, Perón había creado la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), un paso más en el Plan Nacional de Energía presentado en 1946, durante su primer gobierno. En 1953 se produjeron los primeros radioisótopos en el país, y un año después se inauguró en Mendoza una planta industrial para el tratamiento de minerales de uranio, la primera en América Latina. En 1954 se obtuvieron los primeros lingotes de uranio de producción nacional.

En la CNEA se crearon, además, laboratorios de física nuclear, radioquímica, electrónica y metalúrgica. Al mismo tiempo, empresas privadas se dedicaron a la fabricación de equipos de medicina nuclear, y los nuevos radioisótopos empezaron a utilizarse en aplicaciones médicas e industriales. (178)

Con ese marco, en el que Perón tanto tuvo que ver, ahora se iba a poner en funcionamiento la Central de Atucha y no lo habían incluido en su agenda.

El General pidió que le avisaran al ministro de Economía, José Ber Gelbard y al del Interior, Benito Llambí, para que lo acompañaran. Regresó a su cuarto y se vistió con un saco azul y un pantalón claro. Se iba a inaugurar la primera central nuclear de potencia del país y del continente, y él no sabía nada porque el ministro de Bienestar Social y secretario privado, José López Rega, había dispuesto que no le informaran porque era él quien quería inaugurarla. Ordenó, además, que prepararan el helicóptero de la fuerza aérea con el que se trasladarían hasta Lima, partido de Zárate, en la provincia de Buenos Aires, a unos cien kilómetros, donde era la inauguración.

El doctor Jorge Taiana, uno de los médicos de Perón y ministro de Educación, dio otra versión de lo sucedido: «El General se reponía en esos días de un reciente episodio cardiovascular y los médicos propusimos realizar una inauguración simbólica desde su residencia, a fin de evitarle toda clase de emociones y esfuerzos físicos. El General comprendió y aceptó».

«En la mañana del 20 de marzo de 1974 —agregó— visitamos al enfermo y convinimos en cumplir con lo pactado. Por la tarde, en las instalaciones del ministerio, escuchamos que las radios anunciaban el viaje presidencial. Como otras tantas veces, la voluntad de Perón había sido quebrada por la manipulación del Brujo», que era como lo llamaban a López Rega por sus inclinaciones esotéricas. (179)

En este sentido, el médico también hizo referencia a la razón por la que López Rega en tan solo ocho años se había inmiscuido tanto en la vida de Perón. Pasó de sirviente a ministro de la nación. Porque el hombre llegó a Puerta de Hierro en Madrid de la mano de María Estela Martínez de Perón, la tercera esposa del General, a quien él llamaba Chabela y la mayoría le decía Isabel, después de que esta cumpliera una misión en la Argentina enviada por su esposo, entonces exiliado, para desbaratar la interna que el sindicalista Augusto Timoteo Vandor le había armado en el movimiento. Es verdad que la mujer también había avanzado desde entonces. Ahora era nada más y nada menos que su vicepresidenta.

Taiana explicó que se trataba de:

«…La disminución de la capacidad volitiva a medida que avanza el tiempo y se aproxima la ancianidad. En el Perón de los últimos tiempos era evidente que mediaba un abismo entre su esfera intelectual y su esfera volitiva. Intelectualmente, estaba brillante. Conservaba la memoria, su raciocinio, intactos, como en sus mejores épocas. Si había algunas pequeñas diferencias, eran muy difíciles de captar. Pero entre esa esfera intelectual, esas elucubraciones y la acción, existía un abismo. Había un amplio foso. Es decir, él tomaba una decisión, teóricamente, pero esa decisión podía no llegar a cumplirla o hacerla cumplir. Ese divorcio entre el ser intelectual y la esfera volitiva, que se ve con frecuencia en los ancianos, era observable también en el Perón enfermo. Frente a eso hay personas familiares, amigos, que avanzan y ocupan ese espacio volitivo, ese foso.» (180)

Pero esta vez, de acuerdo con lo relatado por el edecán, no fue lo que sucedió. López Rega tuvo que ver, pero no por obligarlo a ir, sino por impedirle que lo hiciera porque él quería ser el protagonista del evento histórico. Sin embargo, Perón llegó una hora antes de lo previsto, es decir, a las diez de la mañana, y el acto estaba anunciado para las once.

Aseguró el abogado Pedro Michelini, antiguo colaborador de Perón, que fue recibido por el ingeniero Cosentino, autoridad científica de la CNEA, y se procedió a inaugurar la planta. «El único medio presente fue la revista *Mercado*, cuyo fotógrafo hizo las tomas pertinentes, publicación que en su primer número siguiente ilustró la portada con una foto en colores del acto de inauguración».

Y agregó después: «Cuando levantó vuelo el helicóptero para el regreso, por la ruta llegaban tres Ford Falcon y dos ómnibus con periodistas para efectuar las notas de la inauguración que iba a proceder a efectuar y monopolizar el señor López Rega. Obvian los comentarios para reflejar la furia que tenía el general Perón». (181)

En conversaciones con su biógrafo, Perón le contó cómo había sido su encuentro con este personaje cuando su mujer regresó a España:

> No volvió sola. La acompañaba una persona menuda, de voz demasiado aguda para su edad, digna de risa. Si no fuera por otras características que causaban más gracia y entonces tornaban poco importante el tema de la voz. Había sido según él, actor y cantante, y no sé de qué reducto lo trajo Chabela, pero cuando me lo presentó, este ñato mostró una particular y fundamental cualidad, una sumisión proverbial, digna de los lacayos que saben que van a atender a reyes de por vida. […] De tan servicial —continuó— juro que a uno le terminaba dando lástima pedirle algo por temor a que por no poderlo hacer se apareciera llorando; lo digo porque esto sucedió muchas veces, entonces yo le decía: «Está bien Lopecito, no importa, a veces hay cosas que no salen, deje nomás y suene esos mocos». (182)

Cuando Perón y su mujer regresaron a Buenos Aires, López Rega se instaló primero en la casa de Gaspar Campos y después en la residencia de Olivos, igual a como había vivido con ellos en Madrid. Pero ahora ya no era un sirviente, era ministro. Y la influencia que desde el comienzo había tenido en la esposa del General se había potenciado con el encumbramiento de ambos en altos cargos de la nación. Lo primero que hizo, con la anuencia de Isabel, fue alejar a los médicos de confianza.

El mismo General se lo contó a su viejo colaborador Ramón Landajo: «Mi estado de salud me obliga, no pocas veces, a quedarme en cama, ya que no ignoro que mis fuerzas flaquean. No ha de ser mucho el tiempo que pueda resistir, ya que me han impuesto controles sobre los médicos, imponiéndome en reemplazo de aquellos en los que tengo confianza, otros que vienen a hacerse el cartel a costa de mi vida. En un principio me alejaron al gringo Villani y a Carena que, al igual que Rodríguez Vigil, se esforzaron por cuidarme. Me impiden consultar a médicos de la capacidad e idoneidad de los profesores Cossio y Taiana, que son eminencias, para imponerme a ese "doctorcito" Vázquez que bien puede servir de ayudante de enfermero, pero no para asumir las responsabilidades de un consultor», en referencia a Pedro Eladio Vázquez, secretario de Deportes y Turismo de la nación, un hombre de López Rega y, como él, ligado a la organización parapolicial conocida como la Triple A.

Vázquez, además, era amigo y médico personal de Isabel, a quien uno de los cables de la CIA, desclasificados no hace mucho tiempo por los Estados Unidos, le atribuyó un antiguo romance con ella antes de que conociera a Perón. (183)

En su conversación con Landajo, el General agregó: «Y para más, el caradura de López Rega que aprovechándose de mi estado y de su dominio sobre Isabel, hace que escondan las medicinas, para luego él venir con su locura de las brujerías y los yuyos. Todo con la anuencia cómplice incluso de Isabel, que especula con ser gobierno, sin entender que con ello habrá de crucificarse. Ni las velas, ni los polvitos de la Madre María podrán salvarla», dijo aludiendo a María Salomé Loredo y Otaola de Subiza, una célebre sanadora popular que había muerto en 1928.

«López Rega está enloquecido, me crea toda clase de problemas, así le irá», le había escrito poco tiempo atrás a su amigo Jorge Antonio, que aún permanecía en Madrid y que muy bien lo conocía,

porque con sus intrigas, también a él lo había alejado de Puerta de Hierro. (184)

Hacía más de un mes que el ahora ministro de Bienestar Social, en una reunión de gabinete, le había propuesto crear una organización para combatir a los «infiltrados marxistas» en el movimiento, y Perón le había dicho que no. (185)

Las confabulaciones de López Rega, tanto en lo político como en lo doméstico, agotaban a Perón. No estaba para esas «pellejerías». Quería ocuparse de terminar el Modelo Argentino que dejaría a las nuevas generaciones porque estaba convencido de que serían las que iban a aplicarlo. La misma historia las iba a obligar.

«Las revoluciones se hacen con tiempo o con sangre», solía repetir el General, y la inauguración de la Central de Atucha demostraba, una vez más, que el tiempo era lo más conveniente, aunque era lo que a él le faltaba.

Se sentó en su escritorio, tomó las páginas en las que trabajaba y escribió:

> …La tecnología es uno de los más fuertes factores de dependencia de la actualidad. Resulta importante enfatizar que este hecho se agudiza en el caso del sector industrial. Si nuestra industria es ya fuerte, en el Modelo la deseamos aún mucho más importante. Necesita, entonces, una tecnología que cimente su desarrollo, pero esta necesidad no debe instrumentar la acción de un poderoso factor de dependencia. La alternativa surge clara: tenemos que desarrollar en el país la tecnología que nutra permanentemente a nuestra industria. […] Estado y sector privado deben volcar todos sus esfuerzos en ese sentido, cada uno en la medida de sus posibilidades. El gasto en investigación y desarrollo debe ser tan grande como jamás lo haya sido hasta ahora, pero tan bien programado como para soslayar cualquier posibilidad de despilfarro. Deben aprehenderse bien estos conceptos, pues son absolutamente esenciales: sin tecnología nacional no habrá una industria realmente argentina, y sin tal industria podrá existir crecimiento, pero nunca desarrollo. (186)

Y para conseguirlo, era necesario controlar los resortes del Estado para regular los intereses en pugna. Es decir, hacía falta gobernar.

177. Yofre, Juan B. «Perón confidencial: los secretos que guardó su edecán militar y los detalles ocultos de una pelea con López Rega». Disponible en: <https://www.infobae.com/sociedad/2019/07/28/peron-confidencial-los-secretos-que-guardo-su-edecan-militar-y-los-detalles-ocultos-de-una-pelea-con-lopez-rega/>.

178. De Vido, Julio y Bernal, Federico. *Néstor y Cristina Kirchner. Planificación y federalismo en acción*, pág. 236, Planeta, Buenos Aires, 2015.

179. Taiana, Jorge. *El último Perón*. Ob. cit., pág. 169.

180. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Ob. cit., pág. 264.

181. Michelini, Pedro. *Anecdotario de Perón I*. Ob. cit., pág. 21.

182. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 389.

183. Esquivada, Gabriela. «Archivos Desclasificados: el plan del ERP para secuestrar a un "exnovio de Isabel Perón" y a un diplomático de los EE.UU. que preocupó a la CIA». Disponible en: <https://www.infobae.com/sociedad/2019/04/29/archivo-desclasificados-el-plan-del-erp-para-secuestrar-a-un-ex-novio-de-isabel-peron-y-a-un-diplomatico-americano-que-preocupo-a-la-cia/>.

184. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*. Ob. cit., pág. 132.

185. Guruchain, Eduardo. *Un militar entre obreros y guerrilleros. Incluye la correspondencia entre el general Perón y el mayor Alberte*, pág. 352. Testimonio de Julio Troxler, Colihue, Buenos Aires, 2001.

186. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*. Ob. cit., pág. 292.

Capítulo 8

«En defensa de los sagrados intereses de la patria» (187)

«Con la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión se inicia la era de la política social argentina».
JUAN D. PERÓN (188)

En marzo de 1942, el coronel Juan D. Perón fue trasladado a la ciudad de Buenos Aires para integrar la Inspección de Tropas de Montaña, comandada por el general de brigada Edelmiro Farrell. Poco tiempo después, se sumó también el teniente coronel Domingo Mercante. En esa casa de la avenida Santa Fe al 3100, donde funcionaba la dependencia militar, comenzó a escribirse otra historia. (189)

En ese mismo mes se realizaron elecciones de renovación parlamentaria en las que el fraude, otra vez, fue el protagonista. Poco después, renunció el presidente de la nación Roberto Ortiz y asumió el mando el vicepresidente Ramón Castillo.

Mientras tanto, los negociados se acumulaban. Primero fue el escándalo de la carne que descubrió el senador Lisandro de la Torre, quien puso en evidencia las maniobras de evasión de los frigoríficos ingleses y norteamericanos con la complicidad de funcionarios locales y que terminó con el asesinato del senador Enzo Bordahebere en pleno debate en el recinto, ejecutado por un hombre de apellido Valdez Cora, quien solía frecuentar la casa del ministro de Agricultura, Luis Duhau, (190) directivo de la Sociedad Rural Argentina (SRA) y ligado a los frigoríficos extranjeros, el mismo que en un discurso en esa entidad había dicho que no creía que al país le conviniera producir todo lo que consumía. «No creo que sea antipatriótico consumir artículos extranjeros. Cultivaremos más y mejor nuestras tierras cuanto mayores sean nuestras importaciones». (191)

Después, en 1936, fue la prórroga de la concesión a la Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE), cuyos directores representaban capitales británicos pertenecientes a SOFINA, un trust internacional con sede en Bruselas. El Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, veinticinco años antes de que se venciera la concesión, la extendió hasta el año ¡1997!, más de medio siglo después, con la complicidad de funcionarios del gobierno nacional, pero también de los concejales radicales con la anuencia de su líder, el expresidente Marcelo T. de Alvear. (192)

Siguió el escándalo de la compra de veintidós hectáreas de tierras en El Palomar para ampliar las instalaciones del Colegio Militar. En 1940, el Estado pagó un peso con diez centavos el metro cuadrado a un intermediario de nombre Néstor Luis Casas, quien, a su vez y en el mismo acto, abonó sesenta y cinco centavos por metro a las propietarias María Antonia y María Luis Pereyra Iraola, y ellas con ese dinero levantaron la hipoteca que pesaba sobre sus campos. Es decir, el único que había desembolsado dinero real en la transacción fue el Estado, con la complicidad de legisladores

nacionales, generales, ministros y hasta el mismo presidente de la nación. (193)

Ni los niños cantores de la Lotería Nacional se salvaron. Porque en 1942, esas criaturas vestidas con pantalones cortos, corbatitas y medias tres cuartos, falsearon el resultado del sorteo con la introducción de una bolilla que les permitió quedarse con el gran premio. Aparecieron implicados en el fraude familiares de expresidentes, jueces, exministros y hasta un concejal de Balcarce, en la provincia de Buenos Aires. (194)

Años después, durante su exilio, Perón recordará estas estafas y dirá en una entrevista: «Todo era matizado por una permanente política de fraudes, sobornos y violencias. La estructura de poder y el sistema realmente no daban para más. Solo la innata ineptitud de los radicales impedía que tomasen el poder nuevamente». (195) Es que los radicales también estaban implicados.

En febrero de 1943, el presidente Castillo anunció que el candidato de los demócratas nacionales para las elecciones generales sería Robustiano Patrón Costas, senador por Salta, un conservador muy cercano a los intereses de los Estados Unidos. El año anterior habían muerto tres expresidentes: los generales Justo y Marcelo T. Alvear y el doctor Marcelo Ortiz. Los líderes de los partidos políticos tradicionales ya no estaban.

Las cosas habían cambiado. Estados Unidos se impuso sobre Gran Bretaña y era ahora la potencia del mundo occidental capitalista.

En la Argentina, el Partido Socialista seguía siendo parte de la política semicolonial y, como en el pasado, tampoco se enfrentaba al nuevo imperialismo. El Partido Comunista lideraba varios sindicatos, pero había perdido el tren al subordinar los intereses nacionales a la política exterior de la Unión Soviética. El Partido Demócrata Progresista no se recuperó tras el suicidio de su líder, Lisandro de la

Torre, en 1939. Los anarquistas no pudieron adecuarse a las nuevas formas de producción que cada vez eran menos artesanales.

La guerra había generado en el país la necesidad de sustituir las importaciones. Así aparecieron nuevos empresarios, muchos de ellos inmigrantes, que impulsaron una nueva industria que, a su vez, generó puestos de trabajo diferentes. Se produjo un hueco en la política que nadie ocupaba.

Como dijo Perón décadas después, no dejaron pasar la oportunidad. Así fue que el 10 de marzo de 1943 se constituyó el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), una agrupación secreta integrada por tres coroneles, entre ellos Juan Perón; trece tenientes coroneles, uno fue Domingo Mercante; y un capitán. El objetivo era defender la unidad del Ejército, la defensa del neutralismo ante la Segunda Guerra Mundial, la recuperación del país de la corrupción y el fraude, y la necesidad de frenar el avance del comunismo que creían inminente. (196)

Existen varias versiones sobre si Perón fue el fundador de este grupo. Pero lo cierto es que se incorporó y fue quien escribió la proclama revolucionaria, tras el derrocamiento del presidente Castillo.

Muchos años más tarde, en septiembre de 1973, en el mensaje que envió a la IV Conferencia Cumbre de Países No Alineados reunida en Argel, Perón escribió: «Con el alma llena de espíritu patriótico y sin mezquindades de ninguna especie, aquellos revolucionarios de 1943 lanzamos una proclama que yo mismo escribí la noche anterior. En ese punto de partida, decíamos ayer lo mismo que sostenemos hoy a treinta años de distancia». (197)

El viernes 4 de junio de 1943, la población conoció la proclama que, tras afirmar que el gobierno anterior había «defraudado las esperanzas de los argentinos, adoptando como sistema la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción», y que había «llevado al pueblo al escepticismo y a la postración moral, desvinculándolo de la

cosa pública, explotada en beneficio de siniestros personajes movidos por la más vil de las pasiones», prometieron defender «los sagrados intereses de la Patria»; entonces enumeraron:

> PROPUGNAMOS la honradez administrativa, la unión de todos los argentinos, el castigo de los culpables y la restitución al Estado de todos los bienes mal habidos.
> SOSTENEMOS nuestras instituciones y nuestras leyes, persuadidos de que no son ellas, sino los hombres quienes han delinquido en su aplicación.
> ANHELAMOS firmemente la unidad del pueblo argentino, porque el Ejército de la Patria, que es el pueblo mismo, luchará por la solución de sus problemas y la restitución de derechos y garantías conculcadas.
> LUCHAREMOS por mantener una real e integral soberanía de la Nación; por cumplir firmemente el mandato imperativo de su tradición histórica; por hacer efectiva una absoluta, verdadera y leal unión y colaboración americana y cumplimiento de los pactos y compromisos internacionales.
> DECLARAMOS que cada uno de los militares, llevado por las circunstancias a la función pública, se compromete bajo su honor:
> – A trabajar honrada e incansablemente en la defensa del honor, del bienestar, de la libertad, de los derechos y de los intereses de los argentinos.
> – A renunciar a todo pago o emolumento que no sea por el que por su jerarquía y grado le corresponde en el Ejército.
> – A ser inflexibles en el desempeño de la función pública, asegurando la equidad y la justicia de los procedimientos.
> – A reprimir de la manera más enérgica, entregando a la justicia no solo al que cometa un acto doloso en perjuicio del Estado, sino también a todo el que directa o indirectamente se preste a ello.
> – A aceptar la carga pública con desinterés y obrar en ella solo inspirados por el bien y la prosperidad de la Patria. (198)

Durante el levantamiento, el coronel Juan Perón estuvo a cargo del Estado Mayor en la Primera División del Ejército. Luego, fue designado como jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra, a cargo del general Pedro Pablo Ramírez. En esa oficina, otra vez volvió a encontrarse con el teniente coronel Mercante, quien fue nombrado como oficial mayor.

El movimiento estuvo encabezado por el general Arturo Rawson, quien no llegó a jurar el cargo de presidente de la república porque integró su gabinete con varios miembros del gobierno conservador

derrocado, aunque para mantener el equilibrio, sumó a generales de posición proalemana. Su mayor error fue no haber consultado a los oficiales que lo habían acompañado en el levantamiento.

Así fue que el 7 de junio de 1943, el general Pedro Pablo Ramírez juró como presidente, armó su gabinete y envió al general Farrell al Ministerio de Guerra que él dejaba vacante. Perón y Mercante permanecieron en sus puestos y otra vez los tres militares volvieron a estar juntos. (199)

En esa oficina del tercer piso de la entonces sede del Ministerio de Guerra, en Viamonte 1816, casi esquina Callao, en la ciudad de Buenos Aires, el coronel Perón comenzó a reunirse con representantes del movimiento obrero. Primero fueron los ferroviarios, aprovechando los contactos de Mercante, cuyo padre había sido dirigente de ese gremio. También acudía a su oficina Arturo Jauretche, uno de los fundadores de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), la agrupación integrada también por Homero Manzi y Raúl Scalabrini Ortiz, entre otros, que tanto había hecho por evidenciar el colonialismo y la dependencia argentina del Imperio inglés durante la Década Infame. (200)

Años después, Perón relató: «…Nosotros tratábamos de gestar nuestro propio espacio político dentro del ministerio de Guerra, junto con Mercante que se había transformado en mi mano derecha. En el ministerio recibíamos gran cantidad de visitas gremiales y desarrollábamos una actividad permanente. […] En poco tiempo, el ministerio se transformó en un hervidero de gente, pero al principio los iniciales contactos con activistas gremiales eran casi en secreto».

Luego, agregó: «Nunca falta el buey corneta que aliente sospechas sobre el accionar político, teniendo en cuenta que evidentemente esa no era nuestra función. El coronel Emilio Ramírez, jefe de policía, llegó a decir refiriéndose a Mercante y a mí: "Ojo con esos dos que están llevando comunistas al ministerio"». (201)

El 11 de octubre de 1943, el general Farrell fue designado vicepresidente de la nación y debió abandonar el Ministerio de Guerra, cuya titularidad fue ocupada por el coronel Juan Perón. Dos semanas después, el nuevo ministro pidió que lo designaran al frente del Departamento Nacional de Trabajo, sin abandonar la cartera de Guerra.

«Me di cuenta que la manija, que la gran palanca, en ese momento del mundo y del país estaba en un departamento olvidado que se llamaba "Departamento Nacional de Trabajo y Previsión". Cuando se los dije, comentaron "¡Este está loco! ¿Para qué querrá eso?". Y allí empecé. Había en la Argentina tanta necesidad de comprensión y justicia, que todos comenzaron a seguirme. ¿Venían a verme trescientos obreros? Hablaba con los trescientos. ¿Venían a verme veinte? Hablaba con los veinte. ¿Qué venían tres solamente? Pues decía "que pasen los tres". Y les hablaba», recordó durante su exilio. (202)

El 27 de octubre de 1943, el coronel Perón asumió su nuevo cargo en la sede de la dependencia en la calle Victoria 618 (hoy Hipólito Yrigoyen), en las cercanías de la Plaza de Mayo.

En declaraciones a la prensa, se refirió a la importancia de la organización gremial: «Entiendo que el sindicato bien realizado es una de las bases fundamentales de la organización nacional del estado moderno. Considero que, para que sea eficiente y eficaz, el sindicato debe basarse en tres puntos esenciales: dirigentes capacitados que representen a los auténticos trabajadores y que estén absolutamente persuadidos de que para ellos no existirá mayor honor que ser exclusivamente dirigentes de sus propios gremios; absoluta disciplina gremial; defenderse contra la política ejerciendo únicamente funciones específicas, vale decir, custodiar única y celosamente los intereses gremiales». (203)

Es claro que estas declaraciones sorprendieron, ya que las formulaba un funcionario que, además, era militar. Hasta entonces,

los gobiernos no se ocupaban de la organización de los trabajadores, más bien la miraban con desconfianza, sobre todo el Ejército, que se había manejado como guardia pretoriana de los intereses empresariales y mucho más si eran británicos. Por eso, los gremios desconfiaban. Es que tenían una larga historia de lucha en la Argentina, impulsada por los tantos inmigrantes que habían llegado desde Europa, y también contaban con el ensayo de distintas formas de organización.

Comenzaron en 1890 cuando se creó la Federación de Trabajadores de la Región Argentina, integrada en principio por carpinteros y zapateros, la que alcanzó a funcionar durante dos años.

El 25 de mayo de 1901, anarquistas y socialistas fundaron la Federación Obrera Argentina (FOA), que luego cambió su nombre por el de Federación Obrera Regional Argentina (FORA). En 1903, los gremios de tendencia socialista se separaron de ese organismo y crearon la Unión General de Trabajadores (UGT). En 1909, algunos gremios pertenecientes a la FORA y la UGT en su totalidad, fundaron la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA). Tres años después, en 1912, se disolvió y todos los sindicatos se asociaron a la FORA. En 1922 se creó la Unión Sindical Argentina (USA) y, en 1926, se fundó la Federación Obrera Argentina (COA), llegando a coexistir las tres centrales obreras: la FORA de tendencia anarquista; la USA, sindicalista, y la COA, socialista reformista.

En marzo de 1929 se reunieron todos los sectores gremiales, excepto los anarquistas, y crearon la Confederación General del Trabajo (CGT). Pasaron siete años y, en 1936, veinticinco gremios desconocieron a la dirección de la CGT; un año después volvieron a formar la Unión Sindical Argentina (USA). (204)

En diciembre de 1942, la CGT se dividió en CGT N.° 1, dirigida por el ferroviario socialista José Domenech, y la CGT N.° 2, encabezada por el municipal Francisco Pérez Leiros, de la misma

tendencia ideológica, aunque en esta central se sumaron también los sindicatos comunistas.

En 1943, cuando el Coronel insistía en que debían unirse y organizarse, existían tres entidades gremiales: la USA, en la que actuaba Luis Gay, del gremio telefónico; la CGT N.° 1, con Domenech; y la CGT N.° 2, en la que se enrolaban Ángel Borlenghi, del sindicato de comercio, quien durante el primer gobierno peronista será ministro del Interior, y José Vicente Tesorieri, también socialista del gremio de los estatales, que en el futuro será diputado nacional por el peronismo, entre tantos otros.

Al asumir como director de Trabajo, también dijo a la prensa: «La dependencia no está capacitada para organizar ni coordinar en forma eficiente los intereses de patronos y obreros, y no alcanza los fines superiores que debe perseguir; por lo que es urgente encarar la constitución de un organismo con amplias atribuciones legales y de orden técnico, con funciones ejecutivas y facultades tan vastas como las de un ministerio de Estado». (205)

Aspiraba a que ese organismo fuera el primer Ministerio de Trabajo de la Nación, pero la Constitución vigente lo impedía porque limitaba la cantidad de ministerios. Así fue que, un mes después, mediante el decreto 15.074, se elevó la dirección a categoría de secretaría con rango ministerial, dependiendo directamente de la presidencia de la nación. (206)

Y la organizó con los profesionales que encontró en sus oficinas, entre ellos, José Francisco Figuerola, especialista en estadística, graduado en las universidades de Barcelona y de Madrid, profesor de Derecho Corporativo y de Legislación del Trabajo, y exfuncionario del gobierno de Miguel Primo de Rivera; fue el alma del Primer Plan Quinquenal en el gobierno de Perón. (207) También encontró a Juan Atilio Bramuglia, abogado laboralista graduado en la Universidad de La Plata y doctor en Jurisprudencia de la Universidad de Buenos

Aires, discípulo del dirigente socialista Mario Bravo, y futuro canciller. (208)

También trabajaron Armando Spinelli, especialista en Derecho del Trabajo, quien tuvo a su cargo la redacción del Estatuto del Peón; el doctor Juan Carlos Brusca; el conservador Ramón Cárcano, quien había sido gobernador de Córdoba en los tiempos del gobierno de Justo y conocedor de los temas previsionales, por eso, fue designado al frente del Instituto Nacional de Previsión Social creado en 1944 para iniciar la tarea administrativa de ordenar las cajas de jubilación existentes.

Otros colaboradores fueron Juan Raúl Pichetto, miembro de sección de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra (OIT); Eduardo Stafforini, a cargo de la División Asesoría Jurídica, creador del término «justicialismo» y el encargado de preparar el anteproyecto de creación de los tribunales del trabajo, una de las medidas medulares que tomó la secretaría; y Carlos Desmarás, formado en el radicalismo y a quien el socialista Alfredo Palacios calificó como uno de los jóvenes laboralistas más talentosos de su tiempo. (209)

También se incorporó la poeta y escritora Blanca Luz Brum, excolaboradora del fundador del Partido Socialista del Perú, José Carlos Mariátegui; y del general nicaragüense Augusto Sandino, por lo que fue expulsada del Partido Comunista; también se había desempeñado como jefa de prensa, Propaganda y Radio del candidato del Partido Radical chileno, Juan Antonio Ríos, quien alcanzó la presidencia de ese país. Ella fue la jefa de prensa de la Secretaría de Trabajo y Previsión. (210)

Tras recorrer el grupo de colaboradores de la secretaría, todos ellos especialistas en la materia, resulta sorprendente que, durante sus gobiernos, Perón fuera calificado por sus opositores como el líder de un movimiento que rechazaba lo académico, sintetizado en la frase «alpargatas sí, libros no». Nada más alejado de su espíritu. Por

eso no dudó en reclutarlos por su experiencia y no por su procedencia política.

Seguramente se habrá acordado de estos primeros pasos cuando, treinta años después, en 1974, escribió en el *Modelo argentino* que en el gobierno era necesario «contar con funcionarios estables, de la mayor capacidad, que permanezcan ajenos a los cambios políticos». (211)

Pero volvamos a 1943, cuando lo que después se llamaría «peronismo» estaba dando sus primeros pasos. El gremio de los ferroviarios fue la base desde la que empezó a construirse. En diciembre de 1943, en una asamblea del gremio en Rosario, Domenech proclamó a Perón como «el primer trabajador del país» y fue en esa reunión que el Coronel se dirigió a los obreros como «compañeros». (212)

El sábado 15 de enero de 1944, a las nueve de la noche, se produjo en la provincia de San Juan un movimiento sísmico con epicentro a treinta kilómetros de la capital, el más violento registrado en América hasta entonces. El terremoto destruyó el noventa por ciento de los edificios de la ciudad y afectó también a la población de los departamentos de Albardón, Pocito, Caucete, Angaco y Chimbas. No se pudo establecer la cantidad de muertos, aunque se dijo que se estimaban en diez mil. Recién más de setenta años después, en 2018, se pudo publicar en San Juan un primer listado de fallecidos. (213) La ciudad se quedó sin luz y sin agua, las familias sin techo y el gobierno provincial colapsó.

El domingo, el coronel Perón habló por radio en nombre del presidente, e informó que el Ejército había tomado las providencias para llevar auxilio a los sanjuaninos, pero que era necesaria «la colaboración generosa del pueblo argentino».

Después anunció: «La Secretaría de Trabajo y Previsión convoca para el día lunes a todas las personas dirigentes o representantes de la banca, del trabajo, de la industria, del comercio, de las grandes

entidades deportivas y culturales, del teatro, del cine y de cualquier otra representación para formar la comisión de una gran colecta en beneficio de los damnificados por el terremoto de San Juan. Espero a todos estos señores en el recinto del ex Concejo Deliberante el día lunes a las 18 horas, y espero también que nadie ha de faltar a esta cita de honor y solidaridad nacional». (214)

La comisión se formó y los actores y actrices salieron por las calles con alcancías para recoger las contribuciones. El mismo Perón informó por radio: «Una comisión de artistas integrada por Luisita Vehil, Olinda Bozán, Angelina Pagano, Pierina Dealessi, Aída Alberti, Niní Marshall, Blanca Podestá, Libertad Lamarque, Iris Marga, Mecha Ortiz, Silvana Roth, Enrique Muiño, Ángel Magaña, Pepe Arias, Francisco Álvarez y Oscar Valicelli recolectó fondos ante la concurrencia de los comercios más importantes de la ciudad». Todas figuras de primer nivel y popularidad del ambiente artístico. (215)

También dijo que él personalmente se sumaba a la campaña: «Me acompañarán en mi recorrido del sábado por la mañana en la calle Florida, cadetes del Colegio Militar y artistas de cine, teatro y radio». Fue el 22 de enero de 1944. Ese día, Juan Perón conoció a la actriz Eva Duarte, que formaba parte de ese grupo; después comenzó a colaborar con él en la formación del nuevo movimiento y se convertiría en su segunda esposa. (216)

El mismo día que el Coronel fue designado secretario de Trabajo y Previsión, el 2 de diciembre de 1943, pronunció un discurso por radio en el que declaró: «Se inicia la era política social argentina», y antes, en su asunción, prometió ante el presidente de la nación: «Si nunca he desmayado en las tareas de mi obligación, las redoblaré ahora aún más y llegaré hasta el límite de la resistencia humana, si ello es preciso, para cumplir en la mejor forma con el alto honor que me habéis dispensado». (217)

Y eso hizo. Desde que asumió el cargo de la secretaría, se produjo una catarata de medidas tendientes a mejorar la situación

de los trabajadores. Se firmaron en todo el país ciento veintisiete convenios de trabajo con la intervención de las asociaciones patronales y cuatrocientos veintiuno con la intervención de los sindicatos. Estos acuerdos contemplaron aumentos de salarios por convenios colectivos, aguinaldo, vacaciones pagas y estabilidad en el empleo.

En un estudio sobre los orígenes del peronismo que escribió el exministro de la Corte Suprema, Carlos Fayt, a quien no se lo puede sospechar de peronista, sostiene que en diez meses, la Secretaría de Trabajo y Previsión incorporó mediante decreto a dos millones de personas a los beneficios del régimen jubilatorio y creó desde los Tribunales de Trabajo hasta el Estatuto del Peón de Campo. (218)

El mismo Perón explicó cómo había sido posible la tarea. «Poco a poco, los dirigentes obreros se acostumbraron a llegar hasta allí y a ser tratados como amigos. Unos trajeron a otros y estos a terceros. Al poco tiempo teníamos el respeto y la confianza, cuando no la simpatía, de casi todo el disperso cuadro del sindicalismo argentino».

Y también narró el contexto de cómo se sucedieron los hechos. «Cuando estábamos muy bien encaminados en estas cosas, el presidente, general Ramírez, pretextando que eso consolidaría la revolución, no encontró mejor cosa que romper relaciones con el Eje. Una macana grande como una casa. Fue una medida totalmente inconsulta con respecto a los mandos militares. Como consecuencia de eso lo "reemplazamos" en la presidencia por el general Farrell, un hombre de nuestra confianza». (219)

Cuatro meses después, el 8 de julio de 1944, el coronel Juan Perón fue designado vicepresidente de la nación. De esta manera acumuló tres cargos: ministro de Guerra, secretario de Trabajo y Previsión y la vicepresidencia.

Con esta designación, por un decreto suscripto por el presidente Farrell y el contralmirante Alberto Teisaire, terminaron de desplazar a

los sectores germanófilos del nacionalismo de derecha liderados por el general Luis Perlinger, quien también aspiraba a ser vicepresidente.

Ese día, cuando juró su nuevo cargo, cuarenta sindicatos convocaron a sus trabajadores a la Plaza de Mayo para celebrar su designación. Y ese día, por primera vez, el coronel Juan Perón les habló desde el balcón de la Casa Rosada. En su discurso sostuvo:

> Solo ostento tres títulos que enorgullecen: el de ser soldado, el de ser considerado primer trabajador argentino y el de ser un patriota. […] Esta confianza que habéis dispensado y esta fe que estoy seguro dispensaréis tienen a un objetivo superior: a la unidad de todos los argentinos, para lo cual es necesario hacer desaparecer luchas odiosas y diferencias absurdas, para que en este país con nuevos ideales, con los lábaros de la pureza y virtud a su frente, se pueda decir algún día que se ha cumplido el ideal tan antiguo como el mundo, de que no haya hombres excesivamente ricos ni hombres excesivamente pobres. […] Es necesario —enfatizó — que la revolución llegue a las almas; porque es este país, donde la naturaleza con toda prodigalidad ha derrochado a manos llenas la riqueza material, deberíamos dar todos los días gracias a Dios por sus dones maravillosos; pero esa riqueza no es todo. Es necesario también tender hacia la riqueza espiritual, hacia eso que constituyen los únicos valores eternos y que son los que unirán, si es necesario, a los catorce millones de argentinos, en defensa de la patria, a costa de cualquier sacrificio. (220)

En 1974, la Argentina tenía veinticinco millones de habitantes, y Perón seguía diciendo lo mismo en su *Modelo argentino:* «Este Modelo no es una construcción intelectual surgida de minorías, sino una sistematización orgánica de ideas básicas desarrolladas a lo largo de treinta años». Y proponía para los habitantes de la Argentina:

> Que se realicen en sociedad, armonizando los valores espirituales con los materiales, y los derechos del individuo con los derechos de la sociedad; que hagan una ética de su responsabilidad social; que se desenvuelvan en plena libertad, en un ámbito de justicia social; que esa justicia social esté fundada en la ley del corazón y la solidaridad del pueblo, antes que en una ley fría y exterior; que tal solidaridad sea asumida por todos los argentinos, sobre la base de compartir los beneficios y los sacrificios equitativamente distribuidos y que comprenda a la nación como un unidad

abierta generosamente con espíritu universalista, pero consciente de su propia identidad. (221)

Desde la vicepresidencia, en agosto de 1944, el coronel Perón con la ayuda del doctor Figuerola impulsó la creación del Consejo Nacional de Posguerra (CNP) con el objetivo de realizar estudios para un plan de ordenamiento económico y social, e informar a la población sobre la situación nacional y la necesidad de planificar el comportamiento de la Argentina en el contexto internacional de la finalización de la guerra. Se sumaron a la tarea las secretarías de Trabajo y Previsión, y las de Industria y Comercio. Por primera vez en el país se proponía una planificación integral para gobernarlo. (222)

«Creé el Consejo Nacional de Posguerra, cuya misión era estudiar cómo hacíamos para que no nos robaran, como había sucedido en 1918, cuando los vencedores no nos pagaron un centavo por los productos con los que los habíamos abastecido», contó Perón en una entrevista en 1970 aludiendo a lo que había sucedido al terminar la Primera Guerra Mundial. (223)

El objetivo era preparar un plan de industrialización, que se trabajó sobre un borrador de cuatro puntos elaborado de puño y letra por Perón, y que se conoció por testimonio de Figuerola:

I. Necesidades previsibles de: a) materias primas de origen nacional; b) combustibles; c) energía eléctrica de origen término e hidráulico; d) máquinas e implementos; e) medios de transporte.
II. El estado y grado de suficiencia de los sistemas actuales de producción, explotación y distribución de los elementos indicados en el apartado anterior.
III. Un programa mínimo a ejecutar en cinco años o plazo más corto de las obras e inversiones que, en coordinación con las explotaciones ya existentes deban realizarse de inmediato para asegurar un suministro adecuado de materias primas, combustibles y equipos mecánicos, así como un plan debidamente concertado de transportes y las medidas complementarias de carácter financiero o comercial, a fin de obtener un desarrollo racional, conveniente y sistemático de la industria y de la agricultura del país, basado en los estudios a que refieren los apartados precedentes.

IV. Un avance de descentralización industrial y formación de zonas industriales, teniendo en cuenta la variedad del suelo y del clima, la diversificación de la producción, el emplazamiento de las fuentes naturales de energía, las vías de comunicación, los medios de transporte y los mercados consumidores. (224)

El consejo fue presidido por Perón y su secretario general fue Figuerola. Además, estaba integrado por representantes patronales y obreros, funcionarios de Defensa Nacional, Trabajo y Previsión, Industria, Comercio, Hacienda, Agricultura, Obras Públicas, Relaciones Exteriores, Ganadería, Migraciones, Aprendizaje y Orientación Profesional, Racionamiento, Ahorro Postal y Banco de la Nación. (225)

También se sumaron empresarios como Miguel Miranda, dirigente de la Unión Industrial Argentina (UIA), donde se desempeñaba como secretario de la Unión de Fabricantes de Conservas, vicepresidente de la Asociación de Fabricantes de Dulces, Conservas y Afines, y presidente de la Cámara Argentina de Cromo-Hojalatería Mecánica. Perón lo conoció y quedó impresionado por su historia. El empresario, de la nada, había logrado una fortuna invertida en más de veinte fábricas. (226)

En 1945, tanto dentro de las fuerzas armadas, como en los centros de poder económico y en la Embajada de los Estados Unidos, había malestar por la acumulación de poder que había conseguido el coronel Perón en solo dos años.

El 23 de abril, los diarios dieron a conocer el «Manifiesto de la industria y el comercio», en el que más de trescientas entidades empresarias atacaban la gestión de la Secretaría de Trabajo y Previsión, y la hacían responsable del alza de los precios. Dos días después, Perón respondió recordando la gestión del presidente Yrigoyen en contra de la «oligarquía económica que sustentaba a la oligarquía política».

El 21 de mayo llegó a la Argentina Spruille Braden, el nuevo embajador de los Estados Unidos, quien se convirtió en el líder de la

oposición a Juan Domingo Perón. En torno a él se nuclearon los dirigentes de la Unión Cívica Radical, el socialismo, los demócratas progresistas y los comunistas. Conformaron la alianza Unión Democrática, que también contaba con el apoyo de los conservadores y de un sector de la Iglesia.

Mientras tanto, los sindicatos reaccionaron y el 12 de julio, la CGT organizó una gran manifestación de apoyo a Perón que congregó alrededor de doscientas cincuenta mil personas que desfilaron por la Diagonal Norte de la ciudad de Buenos Aires.

Por su parte, Braden había realizado una gira por las provincias para defenestrar a Perón, y el 19 de septiembre encabezó, junto con la dirigencia de los partidos opositores, la Marcha de la Constitución y de la Libertad, en la que manifestaron unas sesenta mil personas desde el Congreso hasta la Plaza de Mayo. A los cuatro días abandonó el país, porque fue designado subsecretario de Estado en su país.

Sin ninguna intencionalidad, claro, el mismo embajador le dejó picando la consigna al Coronel, quien durante su próxima campaña política aprovecharía su nombre para sintetizar en tres palabras al imperialismo y a la situación colonial en la que se encontraba la Argentina a la que él prometía liberar defendiendo los intereses nacionales. De esa desafortunada injerencia norteamericana surgió la consigna: «Braden o Perón».

A principios de octubre de 1945 se produjo una crisis dentro del gobierno nacional y el detonante fue una decisión administrativa a la que se puede calificar como menor.

El ministro del Interior Hortensio Quijano designó como nuevo director de Correos y Telecomunicaciones a Oscar Nicolini, un hombre que hacía veinte años que trabajaba en esa dependencia y era amigo de la familia de Eva Duarte. El teniente coronel Francisco Rocco, jefe de una de las unidades de Campo de Mayo, aspiraba a ese cargo. «La vinculación de Nicolini con la compañera de Perón era

notoria y por consiguiente su designación fue interpretada como una concesión de tálamo; una prueba más de que, como se venía afirmando, "esa mujer" ejercía una irresistible influencia en el ánimo de Perón. El nombramiento fue un trapo rojo a los ojos de la oficialidad de Campo de Mayo y la indignación ya no pudo disimularse», escribió Félix Luna. (227)

Al poco tiempo de iniciar su relación con Eva, el 9 de julio de 1944, Perón la llevó como acompañante a la velada de gala del Teatro Colón. El padre Hernán Benítez, quien luego fuera confesor de ella, aseguró que «en el saludo y el besamanos del entreacto se puso de manifiesto el desprecio de las señoras de los generales y almirante hacia "la actriz que vivía con Perón". La saludaron como a una intrusa». (228)

Hacía seis años que Perón era viudo. Tenía entonces cuarenta y nueve o cincuenta y un años. Eva, con veinticinco, era soltera. La cuestión era que no estaban casados y vivían juntos en un edificio de la calle Posadas de la ciudad de Buenos Aires, aunque en distintos departamentos enfrentados, para mantener las apariencias, tema que a ninguno de los dos les preocupaba demasiado.

Por eso solía aparecer en público acompañando a Perón. Se decía que uno de los oficiales que había integrado el GOU fue pasado a retiro porque la había interrumpido en uno de sus programas radiales. La veían participar en las reuniones que se realizaban en el departamento del Coronel. La influencia de Eva «quedó reflejada en los despachos de la embajada de los Estados Unidos, muchos de los cuales eran fruto de conversaciones con los cada vez más irritados oficiales del ejército argentino. Eva, informaban esos despachos, controlaba ahora la censura y la propaganda del régimen». (229) Y todo por el nombramiento de Nicolini.

El general Eduardo Ávalos, jefe de la guarnición de Campo de Mayo, se entrevistó con el presidente Farrell. Perón recordó después esos días: «Le pidieron terminantemente mi renuncia. Era el 9 de

octubre de 1945. En principio Farrell aceptó. De todos modos si no aceptaba le pedirían la renuncia suya, y entonces sí que se pondría fea la cosa. Yo quise facilitar las cosas y entregué mi renuncia a los cargos de vicepresidente, de ministro de Guerra y de secretario de Trabajo y Previsión. La deposité en manos del general Pistarini que era mi amigo. Por cuerda separada, pedí mi retiro de la actividad militar». (230)

Al día siguiente, el 10 de octubre de 1945, Perón se despidió en un acto frente a la secretaría en el que se reunieron unos setenta mil trabajadores y fue cuando anunció: «Dejo firmado un decreto de una importancia extraordinaria para los trabajadores. Es el que se refiere al aumento de sueldos y salarios, implantación del salario móvil, vital y básico y la participación en las ganancias. Dicho decreto que he suscripto en mi carácter de secretario de Estado tiene las firmas de los ministros de Obras Públicas y de Marina, y beneficia no solamente a los gestores de la iniciativa —la Confederación de Empleados de Comercio— sino a todos los trabajadores argentinos». (231)

El decreto número 33.302 se hizo efectivo recién el 20 de diciembre 1945, después de que la CGT convocara a otra masiva manifestación. A partir de este dictamen, se aumentaron los sueldos; se aplicó el salario mínimo, vital y móvil; y se instituyó el aguinaldo.

Este anuncio agitó aún más a la oposición de la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el Demócrata Progresista y el Comunista, más los altos mandos de la Marina que acusaron al presidente Edelmiro Farrell de ser cómplice de Perón y propiciaron la finalización del gobierno militar sosteniendo que la Corte Suprema de Justicia debía asumir el gobierno. El Ejército, en cambio, se inclinó por apoyar a Farrell, quien debía cambiar su gabinete y fijar una fecha para realizar elecciones, que fue lo que finalmente

sucedió. Los empresarios impulsaron un *lock out* durante tres días en oposición al decreto del que había hablado Perón.

El 12 de octubre fue detenido y trasladado a la isla Martín García. Superado el desconcierto inicial, el 16 de octubre la CGT decidió convocar a un paro general a partir de las cero horas del jueves 18 de octubre. Pero los trabajadores se adelantaron un día y desde las fábricas del conurbano marcharon hacia la Plaza de Mayo.

Ese día se estrenó en la Argentina una manera desconocida de manifestarse. Miles de hombres y mujeres, vestidos con sus ropas de trabajo, invadieron las calles y desconcertaron a los porteños que nunca habían visto una manifestación parecida, multitudinaria pero pacífica. «Era gente con cara difícil», describió tiempo después con desprecio un aristócrata sorprendido. Ese día también nacieron los motes de «cabecita negra» y «descamisados», que se mantuvieron en el tiempo para referirse despectivamente al pueblo trabajador.

En las provincias se produjeron situaciones similares. En Tucumán, los trabajadores de los ingenios azucareros marcharon a pie desde Lules y Mercedes hasta la ciudad, y reclamaron en las escalinatas de la Casa de Gobierno. En Córdoba se reunió una multitud proveniente de las canteras y de Alta Córdoba.

El 17 de octubre de 1945, el coronel Juan Perón fue trasladado al Hospital Militar Central, y por la noche lo condujeron a la Casa de Gobierno, donde quedó en libertad. Pero antes le rogaron que se dirigiera a la multitud, que no quería retirarse de la Plaza de Mayo. Por segunda vez habló desde el balcón de la Casa Rosada y les dijo: «Hoy a la tarde, el Poder Ejecutivo ha firmado mi solicitud de retiro del servicio activo del Ejército. Con ello he renunciado voluntariamente al más insigne honor a que puede aspirar un soldado: llevar las palmas y los laureles de general de la Nación. Lo he hecho porque quiero seguir siendo el coronel Perón y ponerme con este nombre al servicio integral del auténtico pueblo argentino».

«Desde esta hora —agregó—, que será histórica para la República, que sea el coronel Perón el vínculo de unión que haga indestructible la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía; que sea esta unión eterna e infinita para que este pueblo crezca en esa unidad espiritual de las verdaderas y auténticas fuerzas de la nacionalidad y del orden; que esa unidad sea indestructible e infinita para que nuestro pueblo no solamente posea la felicidad sino también sepa defenderla dignamente».

Y remarcó, una vez más, la necesidad de una unión basada en valores espirituales: «Esa unidad la sentimos los verdaderos patriotas, porque amar a la Patria no es amar sus campos y sus casas, sino amar a nuestros hermanos. Esa unidad, base de toda felicidad futura, ha de fundarse en un estrato formidable de nuestro pueblo, que al mostrarse hoy en esta plaza, en número que pasa de medio millón está indicando al mundo su grandeza espiritual y material». (232)

Los trabajadores y trabajadoras que colmaban la plaza habían triunfado. También quienes replicaron las manifestaciones en las provincias. Pese al clima festivo y pacífico, la jornada terminó con la muerte de Darwin Pasaponti, un manifestante de diecisiete años que fue baleado en la cabeza al pasar frente al diario *Crítica*, donde se produjo un tiroteo entre los opositores de Perón y los integrantes de la Alianza Libertadora Nacionalista.

Desde entonces y hasta el presente, el 17 de octubre es recordado como el Día de la Lealtad, el día en el que nació el peronismo.

---

187. Proclama de la Revolución del 4 de junio de 1943. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Perón 1943-1944. Ob. cit., pág. 126.

188. Discurso por radio del coronel J. D. Perón por la inauguración de la Secretaría de Trabajo y Previsión. 2 de diciembre de 1944. Ob. cit., pág. 161.

189. Crespo, Jorge. *El Coronel*. Ob. cit., pág. 206.

190. Casal, H. D. *Los negociados*, pág. 41, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

191. Galasso, Norberto. *Historia de la Argentina. Desde los pueblos originarios hasta Néstor Kirchner. Tomo II,* pág. 206*,* Colihue, Buenos Aires, 2012.

192. Casal, H. D. Ob. cit., pág. 85.

193. Ob. cit., págs. 21-23.

194. Ceres, Hernán. (Diciembre de 1970). «Los Niños Cantores». *Todo es Historia*. Nro. 44.

195. Rom, Eugenio. *Así hablaba Juan Perón*. Ob. cit., pág. 101.

196. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944. Discursos, mensajes, declaraciones, documentos, entrevistas y escritos*, pág. 90. J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2022.

197. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*, pág. 183, Tomo IV, Abril Educativa y Cultural, Buenos Aires, 1973.

198. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944*, Registro Nro. 6. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., pág. 126.

199. Crespo, Jorge. Ob. cit., pág. 264.

200. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944*. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., pág. 24.

201. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit.*,* pág. 152.

202. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Ob. cit.*,* pág. 46.

203. Perón, Juan D. Ob. cit.*,* pág. 37.

204. Panettieri, José. *Los Trabajadores*, pág. 195, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1967.

205. Perón, Juan D. (30 de octubre de 1943). «Proyéctase dar una nueva estructura al Departamento de Trabajo». *La Nación*, pág. 4.

206. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944*. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., pág. 38.

207. Fayt, Carlos. *La naturaleza del peronismo*, pág. 83, Viracocha, Buenos Aires, 1967.

208. Rein, Raanan y Panella, Claudio (compiladores). *La Segunda Línea. Liderazgo peronista 1945-1955. Pueblo Heredero*. Ob. cit., pág. 52.

209. Luciani, María Paula. «La etapa formativa de la Secretaría de Trabajo y Previsión (1943-1946): Primeros pasos organizativos y figuras relevantes», Anuario del Instituto de Historia Argentina, Nro. 14, pág. 7, 2014. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6721/pr.6721.pdf>.

210. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*. Ob. cit., pág. 84.

211. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*. Ob. cit., pág. 310.

212. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944*, J. D. P. Los Trabajos y los Días, Ob. cit., pág. 164.

213. Arancibia, Juan José. *Víctimas del terremoto del 15 de enero de 1944. Primer listado de fallecidos*, pág. 91, Cámara de Diputados de San Juan, San Juan, 2018.

214. Perón, Juan D. *Perón 1943-1946*, J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., pág. 189.

215. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944*, J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., pág. 205.

216. Perón, Juan D. *Perón 1943*, J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., pág. 206.

217. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944*. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., págs. 157-158.

218. Fayt, Carlos. *La naturaleza del peronismo*. Ob. cit., pág. 109.

219. Rom, Eugenio. *Así hablaba Juan Perón*. Ob. cit., págs. 106-107.

220. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944*. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., pág. 378.

221. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*. Ob. cit., págs. 212-213.

222. Falivene, Graciela y Dalbosco, Hugo. *El estado peronista. Los planes quinquenales del peronismo: la primera experiencia argentina de planificación integral*, págs. 22-23, EDUNPAZ, Buenos Aires, 2019.

223. Revista *Panorama*. Ob. cit. 14/4/1970.

224. Fay, Carlos. *La naturaleza del peronismo*. Ob. cit., págs. 82-83.

225. Ob. cit., pág. 94.

226. Rein, Raanan y Panella, Claudio (compiladores). *La Segunda Línea. Liderazgo peronista 1945-1955. Pueblo Heredero*. Ob. cit., pág. 249.

227. Luna, Félix. *El 45,* pág. 228, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984.

228. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*. Ob. cit., pág. 92.

229. Page, Joseph. *Perón*. Ob. cit., pág. 140

230. Rom, Eugenio. *Así hablaba Juan Perón*. Ob. cit., pág. 144.

231. Discurso de Perón el 10 de octubre de 1945. Disponible en: <http://archivoperonista.com/discursos/juan-domingo-peron/1945/discurso-despedida-secretaria-trabajo-prevision>.

232. Discurso de J. D. Perón. 17 de octubre de 1945. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Perón y el 17 de Octubre, págs. 26-27, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2002.

Capítulo 9

31 de marzo de 1974

Residencia de Olivos. El general Perón volvió a registrar taquiarritmia cardíaca. Los médicos le recomendaron reposo absoluto y reiteraron la urgencia de instalar en la quinta un equipo de emergencia médica, con enfermeros y asistencia tecnológica. (233)

«Vení Isabelita, vení a ver el trabajo que me están haciendo los muchachos», le dijo Perón a su esposa y vicepresidenta de la nación. (234)

Eran las ocho y media de la noche, y el General estaba reunido en el chalecito de la quinta con su edecán el coronel Alfredo Díaz, el coronel Damasco, Grispino y el comisario Scoppa.

Le estaban presentando la primera versión completa del *Modelo argentino para el proyecto nacional*, y el General seguía con mucha atención la proyección que le habían preparado con transparencias sobre acetato sintético.

Era un primer borrador del documento, «muy avanzado, con todos los contenidos previstos, del que el jefe justicialista tomó detallado conocimiento y al que, como lo indican hechos posteriores,

le dio su entera aprobación, aunque no pueda hablarse todavía de una versión terminada y definitiva». (235)

Isabel se quedó una media hora y después «se lo llevó» para que cenara. Ya eran las nueve de la noche y los médicos habían dicho «reposo absoluto».

El General, mansamente, accedió al regaño de su mujer, y recordó una conversación que había tenido con los doctores Taiana y Cossio, y que había sido publicada por el *Times* de Nueva York unos meses antes. ¿Quién la había filtrado? Taiana de ninguna manera. Era un hombre honorable, una eminencia médica que respetaba su juramento hipocrático y lo quería. Cossio tampoco, y además lo había desmentido. (236)

Debió de ser López Rega. Si con la excusa de su enfermedad había instalado un micrófono en su mesa de luz para poder oír durante la noche cualquier quejido o movimiento y entonces se levantaba e iba atenderlo. Si escuchaba de noche, por qué no iba a hacerlo de día durante la revisación de los médicos. (237) Este fue el diálogo entre Perón y sus médicos:

> Perón: Díganme la verdad. Como ustedes saben yo no soy «un enfermo» sino «el enfermo». Sé que no me queda demasiada cuerda. Estoy cansado. Ya no soy el mismo de antes. Es difícil para mí poder concentrarme, ¡yo que acostumbraba a trabajar treinta horas por día!
> Cossio: Bien General. Lo importante es que siga usted, estrictamente, las instrucciones que le hemos aconsejado.
> Perón: Yo soy obediente. Sé cuándo tengo que dar órdenes y cuándo tengo que cumplirlas; y el cumplimiento de las órdenes no es lo que importa ahora. Lo importante es que el país está en la balanza y tengo que tomar decisiones. Acérquese, Taiana, ¿qué le está pasando a este viejo?
> Taiana: Usted está delicado. Pero ya que usted habla del país debo serle franco. Sus facultades podrían sufrir una declinación. Y a nuestro entender usted no va a seguir las instrucciones, usted va a seguir trabajando, y así es imposible controlarlo. Creo que usted debe estar preparado para esta situación límite. Habrá posibles pérdidas de memoria, una fatiga muy intensa. Su corazón es fuerte, pero soporta una tremenda tensión. Sus pólipos también constituyen un problema.
> Perón: Perfectamente, entonces, me queda poca cuerda. ¿Cuándo moriré?

Cossio: No, no. De manera alguna se trata de eso.
Taiana: Usted debe cuidarse, ¿eh? Podría durar años.
Perón: Sé muy bien que eso no es verdad. ¿Sería tanto como para aguantar una presidencia de cuatro años?
Taiana: Con ese esfuerzo usted rápidamente reduciría la posibilidad de sobrevivir. Como amigo y como médico debo decirle que usted no debe hacerse cargo de la Presidencia, y que tiene que disminuir el trabajo que está haciendo ahora. (238)

La conversación había ocurrido, y Perón la recordaba muy bien. Igual que uno de los últimos diálogos que había tenido en Puerta de Hierro con su médico de España: «Mire, Puigvert. En estos años he estudiado mucho, he revisado mucho y me he dado cuenta de los errores que cometí en mi primer período. Errores que voy a hacer lo posible de no repetir. Como yo ya tengo conciencia de lo que es gobernar, no volveré a caer en ellos». (239)

Por eso, en el borrador que le acababan de presentar, había dejado muy en claro que «el gobierno debe hacer lo que el pueblo quiere y defender un solo interés: el del pueblo. Las tareas de gobierno deberán orientarse hacia dos finalidades esenciales: la grandeza de la Nación y la felicidad del pueblo. Lo justo es desarrollar una acción racional tendiente a alcanzar la prosperidad, sin que para ello sea preciso sacrificar el mínimo de libertad a que los pueblos tienen derecho».

«El país —había escrito— necesita ver materializado el Proyecto Nacional. De lo contrario, otros serán los efectos sociales que se obtengan. Corresponde al gobierno conducir debidamente el proceso; conciliar la acción de todos los partícipes del quehacer social, allí donde esta acción sea necesaria; coordinar la marcha del país y establecer los adecuados sistemas de control para corregir el rumbo cuando se haya desviado».

Después, en cinco puntos, sintetizó la forma en cómo ese gobierno debía hacerlo:

a) Tener centralizada la conducción y descentralizada la ejecución.

b) Actuar con planificación, estableciendo la suficiente flexibilidad que permita introducir los reajustes que correspondan. Entre los planificadores y quienes decidan y ejecuten, debe existir una absoluta conciencia de trabajo en equipo.
c) Posibilitar la participación de todo el país, procurando instrumentar la forma para facilitar el alcance de los objetivos propuestos.
d) Concebir al gobierno como un medio al servicio total de la comunidad para lo cual deberá lograr la máxima eficiencia posible.
e) Contar con funcionarios estables, de la mayor capacidad, que permanezcan ajenos a los cambios políticos. (240)

---

233. Taiana, Jorge. *El último Perón*. Ob. cit., pág. 152.

234. Castellucci, Oscar. «En busca del tiempo perdido. Cómo y por qué Juan D. Perón escribió el Modelo argentino para el proyecto nacional», *Perón, Modelo Argentino para el Proyecto Nacional (1974)*, Testimonio del comisario general ®José Scoppa, 6/10/2003. Ob. cit., pág. 106.

235. Castellucci, Oscar. Ob. cit.

236. (14 de agosto de 1973). «Desmiente el Dr. Cossio a un artículo de Times de Nueva York». Diario *La Opinión.*

237. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Testimonio de Jorge Taiana. Ob. cit., pág. 267.

238. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*. Ob. cit., págs. 64 y 65.

239. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Testimonio del doctor Antonio Puigvert. Ob. cit., pág. 352.

240. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*. Ob. cit., págs. 308, 309 y 310.

Capítulo 10

Gobernar es hacer lo que el pueblo quiere (241)

«Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar. Nosotros hemos ofrecido únicamente nuestra voluntad de bien público. Haremos todo lo que podamos. Por eso no nos atrevimos a anunciar todo lo que nos proponíamos hacer».
JUAN D. PERÓN (242)

«Por fin estaba libre; Eva había vuelto a trabajar conmigo con más espíritu y con mayor pasión. Pensábamos al unísono, con el mismo cerebro, sentíamos con una misma alma. Era natural por ello que en tal comunión de ideas y de sentimientos naciera aquel afecto que nos llevó al matrimonio», escribió Perón en 1956, durante los primeros meses de su exilio en Panamá, refiriéndose a los días posteriores a la jornada del 17 de octubre de 1945. (243)

Hacía siete años que Juan Perón era viudo. Aunque tuvo algunos efímeros encuentros amorosos, no había pensado en volver a contraer matrimonio.

«Nos casamos en el otoño de 1945 en la iglesia de San Francisco en La Plata. Celebró el oficio un padre jesuita, Hernán Benítez, que fue luego el padre espiritual de Evita y la asistió hasta el día de su muerte», continuó el relato en alusión a la ceremonia religiosa, pero equivocando fechas y protagonistas. (244)

Porque, en verdad, se casaron en primavera. Primero por civil, el 22 de octubre de 1945, según consta en la partida de matrimonio. Y aquí también existen distintas versiones. Una es la del historiador Félix Luna, quien aseguró que el escribano a cargo del Registro Civil de Junín se trasladó hasta la ciudad de Buenos Aires con el libro correspondiente y los casó en el departamento de la calle Posadas, en presencia de los testigos: Domingo Mercante, por parte del novio, y Juan Duarte, el hermano de la novia. (245)

Otra versión es la de Jorge González Crespo, quien aseguró que en esa fecha viajaron a Junín, los pagos de la familia Duarte, y en el Registro Civil se celebró la ceremonia ante el escribano Hernán Ordiales, quien la anotó en el Acta N.° 182. (246)

El casamiento por iglesia estaba previsto para finales de noviembre, pero recibieron el aviso de un atentado en contra del Coronel y la fecha se postergó. Fue el 10 de diciembre de 1945, en la parroquia de San Francisco de La Plata, tal como sostuvo Perón en su escrito, pero el sacerdote que los casó no fue Benítez, sino fray Pedro Errecart. (247)

Para entonces, las elecciones que iban a realizarse el 7 de abril de 1946, fueron adelantadas para el 24 de febrero por el presidente Farrell, quien en un decreto aseguró: «A través de expresiones de la opinión pública llegadas al Poder Ejecutivo por órganos de prensa y otros conductos se ha evidenciado la aspiración generalizada de que se anticipe la fecha señalada», y agregó que era: «El propósito de las autoridades surgidas de la revolución, en cuanto permitirá abreviar el plazo dentro del cual el país elegirá libremente a sus

mandatarios constitucionales, reintegrándose al regular desenvolvimiento de sus instituciones políticas». (248)

Tenían apenas dos meses para llevar a cabo la campaña electoral, sin agrupación política propia y con todos los partidos y fuerzas económicas en contra. Contaban con el apoyo de los sindicatos y las oficinas provinciales de la Secretaría de Trabajo y Previsión, ahora a cargo del coronel Mercante.

«Los días de la campaña electoral pusieron a dura prueba las energías de Eva, que recorría a lo largo y a lo ancho del país, hablando siempre, incitando a los desheredados a unirse a nosotros en la batalla, que debía servir para hacer triunfar sus derechos. Trabajábamos día y noche, a veces no nos veíamos por semanas enteras y todo encuentro nuestro era, desde el punto de vista sentimental, una novedad, un descubrimiento». (249)

Y sí, tuvieron que postergar la luna de miel. Es cierto que Eva recorrió el país, pero no hablando, sino como acompañante de su marido, saludando a miles de personas e inaugurando un rol inédito hasta entonces para la esposa de un candidato.

Perón debía abocarse, además, a organizar a quienes lo apoyaban. Según el testimonio de Mercante, en los primeros días de noviembre se había puesto en marcha la conformación del Partido Laborista (PL): «Fue nuestra primera organización política y la más importante hasta la constitución del Partido Peronista» (250) La primera Junta Nacional quedó integrada por Luis Gay como presidente; Cipriano Reyes y Manuel Pedrera como vicepresidentes, primero y segundo respectivamente; y Luis Monsalvo como secretario general. (251)

Por su parte, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, Mercante convocó a una reunión nacional de dirigentes sindicales que se realizó en un salón del Concejo Deliberante porteño, en la que les dijo:

«Yo no los llamé para que vengan a plantearme pedidos. Los he citado para otra cosa. Les quería decir que desde ahora y hasta las elecciones, en el país no deben producirse ni un solo pedido de mejoras, ni una huelga, ni un solo movimiento de fuerza. De aquí en adelante, los trabajadores de todo el país deben limitarse a una cosa: ¡Ganar las elecciones! Todavía estamos muy lejos del triunfo. ¡Los enemigos son muy poderosos y nosotros no controlamos todo el gobierno ni mucho menos! Tampoco disponemos de medios para contrarrestar con eficacia la acción de nuestros enemigos, que cuentan con diarios, partidos organizados, dinero, organizaciones de toda clase y apoyos muy poderosos, nacionales y extranjeros. Tenemos que subordinarlo todo al triunfo de electoral. Después, cuando Perón sea presidente, recién entonces ustedes plantearán lo que corresponda con la seguridad de que serán atendidos como siempre. Entretanto, cada sindicato debe ser un comité. Y esta Secretaría también será un comité.» (252)

Debían enfrentar a la Unión Cívica Radical y a los partidos Socialista, Comunista y Demócrata Progresista, que contaban con el apoyo de todas las cámaras empresariales, de los diarios *La Nación*, *La Prensa, Crítica* y *La Vanguardia*, y de la embajada de los Estados Unidos.

> Los viejos partidos —recordó después Perón— revivieron la Unión Democrática, soliviantados desde el exterior por el ahora secretario de estado adjunto, Spruille Braden. Él me acusaba de fascista y yo aprovechaba y cargaba las tintas con las consignas antiimperialistas. Era como un juego, todos sabíamos que la suerte estaba echada. Todos, menos los ciegos emisarios de la antipatria, que me acusaban de tirano y no querían ver que el pueblo estaba detrás de mí en forma inequívoca. No quisieron ver, producto de su necedad, que la marcha del 17 fue la chispa que encendió a las masas y abrió las compuertas del torrente, precipitándose el pueblo en los cauces de la historia. (253)

Antes de aquella jornada histórica, el coronel Perón había intentado llegar a un acuerdo con el líder radical cordobés, Amadeo

Sabattini, pero fue rechazado. «El Peludo Chico», apodo que se ganó por su cercanía a las premisas de Hipólito Yrigoyen, a quien llamaban «el Peludo», respondió: «¿Qué arreglo podríamos hacer con este señor al que le quedan pocas horas en el gobierno, ya que será desalojado por el general Ávalos?», en referencia a lo que había sucedido en octubre, cuando Perón había sido detenido. Claro que no previó la movilización popular posterior que cambió el curso de los acontecimientos.

Dicen que cuando el Coronel se enteró de los dichos de Sabattini, expresó: «Lo que pasa es que los sesos de "ese tanito" de Villa María caben en una cajita de fósforos». (254)

A pesar de esta opinión, Perón insistió con Sabattini. Porque, tal como lo explicó Cipriano Reyes, el radicalismo era el único partido organizado que permanecía en pie y en condiciones de ganar la elección por sí solo. (255) Pero no lo logró.

Más de dos décadas después, desde el exilio, otra vez habría de insistir. Esta vez con Ricardo Balbín, líder de la Unión Cívica Radical del Pueblo, junto con quien convocó a otros partidos para conformar «La Hora del Pueblo», un conglomerado de agrupaciones políticas que en 1970 se juntaron para enfrentar a la «Revolución Argentina», encabezada por el gobierno de facto del general Juan Carlos Onganía. Con esta herramienta forzaron la salida democrática y las elecciones del 11 de marzo de 1973.

Pero en 1945, el acuerdo no fue posible, y debieron arreglarse con lo que tenían, los trabajadores, que no era poco. Pero también necesitaban otras fuerzas políticas.

Monsalvo, secretario del Partido Laborista, aseguró que, durante una reunión, el Coronel «tomó lápiz y papel y dibujó un croquis con tres nombres: PL, Junta Renovadora Radical y Partido Independiente (de este último no teníamos conocimiento de su existencia). Nos dijo: estos tres partidos tienen que constituir el Movimiento Peronista Nacional que yo debo organizar y conducir en esta

emergencia. La consigna tiene que ser: hay que sumar y no restar». (256)

En diciembre de 1945 ya se habían integrado los militantes de FORJA. La Junta Nacional de esa agrupación, con la firma de su presidente y secretario, Arturo Jauretche y Darío Alessandro respectivamente, resolvieron su disolución, dejando en libertad a sus afiliados, quienes se sumaron al nuevo movimiento. (257)

De esta manera se conformaron las «tres patas» sobre las que se apoyó Perón para ganar las elecciones de 1946. El PL, la Junta Renovadora Radical, liderada por Hortensio Quijano y Armando Antille, y el Partido Independiente, integrado por dirigentes de las provincias ligados al conservadorismo, en el que estaban: Filomeno Velazco, el jefe de policía que mandó bajar los puentes sobre el Riachuelo el 17 de octubre para que pasara el pueblo; el contralmirante Alberto Teisaire, luego diputado y vicepresidente desde 1954 hasta el golpe del año siguiente; Héctor Sustaita Seeber; José Visca; y Héctor J. Cámpora, futuro presidente de la Cámara de Diputados y presidente de la nación en 1973.

Así comenzaron la campaña programada en tres giras, dos en ferrocarril con la locomotora que bautizaron «La Descamisada» y dos vagones reservados para el candidato y sus acompañantes, que hoy se conservan en la quinta de San Vicente, uno de los museos históricos de la provincia de Buenos Aires. La tercera fue al litoral, en el buque *París*, un vapor fluvial a ruedas laterales, bastante destartalado, que había sido construido en 1896, en Escocia, y que su estado tan precario los hacía llegar tarde a la mayoría de los actos.

Un día después de la Navidad de 1945, el 26 de diciembre, Perón partió desde la estación de Retiro, donde se reunieron miles de personas para despedirlo. Recorrió Córdoba, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy. De vuelta pasó por Santiago del Estero,

donde lo esperaba Evita para recibir juntos el Año Nuevo. Desde entonces, lo acompañó en el resto de los viajes.

El 25 de enero de 1946 inició la segunda gira, en la que visitó San Juan, San Luis y Mendoza. Esta vez, «La Descamisada» tuvo que andar más despacio y debió detenerse en paradas no previstas porque la multitud se agolpaba para saludarlos. Pero no todas fueron aclamaciones. El tren estuvo a punto de volar por el aire si no fuera porque el obrero ferroviario Ramón Baigorria retiró a tiempo de las vías un paquete con más de quinientos cartuchos de gelignita. (258)

Dos semanas después sufrieron otro atentado en el regreso de un viaje fuera de la gira, cuando al vagón en el que viajaban Perón y Evita «se le cortó» uno de sus ejes, aunque no descarriló.

La tercera gira partió el 31 de enero de 1946, con actos programados en Rosario, Goya, Paraná, Resistencia y Corrientes. Mientras el buque se deslizaba por el río Paraná fueron saludados por miles de personas reunidas en ambas orillas. No pudieron desembarcar en Goya porque hubo aviso de un posible atentado. Los partidarios de Perón lo esperaban en la Plaza Mitre y, enterados de lo que sucedía, marcharon al centro de la ciudad en repudio a la amenaza. Los opositores se ubicaron en los techos de las casas y dispararon contra los manifestantes; mataron a Juan Ramos, de diecisiete años, y fue herida de gravedad Haideé Lezcano, de treinta y cinco. (259)

Mientras tanto, se discutían las candidaturas. Se conformó una Junta Ejecutiva de Coordinación Política, donde se acordó que cada partido debía elegir a sus representantes para las listas, con un cincuenta por ciento para los laboristas. Los radicales renovadores y los independientes se repartieron el resto por partes iguales.

Se realizaron elecciones internas, en las que no faltaron fraudes y trampas. Perón mismo denunció las irregularidades en los comicios

de los radicales renovadores a través de una carta dirigida a Quijano que se publicó en los diarios. (260)

Ese mismo día, el 12 de enero, la mayoría de los comercios de la Capital Federal cerraron sus puertas en un *lock out* de las grandes tiendas que se resistían a pagar el aguinaldo dispuesto por el decreto 33.302, que Perón había anunciado antes de ser detenido y que fue promulgado después por el presidente Farrell. El Comité Nacional de la UCR apoyó a los empresarios y denunció «el absurdo de que para mejorar las condiciones de los humildes haya que empobrecer a los pudientes» y alertó sobre «la nivelación en la miseria». Los socialistas dijeron algo parecido y afirmaron que solo la unidad de los trabajadores contra la dictadura y el nazi-fascismo podrían solucionar los problemas. El Partido Comunista se dirigió a los patronos y les aconsejó que se entendieran «con los sindicatos libres». Es decir que los trabajadores de los gremios que apoyaban a Perón no entraban en la sugerencia. (261)

En este punto se puede entender cómo a la izquierda y a las fuerzas «progresistas» de aquel tiempo se les pasó el tren de la historia para abrazar a la clase obrera.

El 14 de enero, el Congreso Nacional del Partido Laborista eligió candidatos a presidente y vicepresidente de la nación. Proclamaron la fórmula Perón-Mercante, que fue rechazada por la Junta Ejecutiva de Coordinación Política «porque los militares no aceptarían que estuviera constituida por dos de sus camaradas». (262)

Finalmente, el segundo lugar de la fórmula lo ocupó Quijano, porque Perón les recordó que él era el primer afiliado del laborismo y candidato a presidente, y prefirió que los radicales renovadores designasen a quien quisieran para que ocupara ese cargo. (263)

También hubo disputas por el candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires, discusión en la que intervino Evita y fue, tal vez, la primera pelea del flamante matrimonio. La Junta propuso a Alejandro Leloir, de origen radical yrigoyenista, acompañado de

Juan Atilio Bramuglia, proveniente del socialismo y promovido por los laboristas.

Según aseguró Félix Luna por testimonio de Eduardo Colom, quien acompañó a Perón en algunas giras, Eva consideraba a Leloir como «un oligarca», y a Bramuglia como «un traidor», porque no podía olvidar cuando se había negado a presentar un recurso de *habeas corpus* mientras el Coronel había estado detenido. (264) En cambio, lo quería a Mercante, que siempre había sido leal y que, en el futuro, lo nombraría como «el corazón de Perón».

Finalmente, la cuestión se dirimió con la candidatura de Mercante a gobernador y Juan Bautista Machado como vice. Lo que no se resolvió fue el enfrentamiento entre los laboristas y los renovadores, que después se trataron como adversarios en la legislatura provincial. (265) Pero ese era un problema para resolver después. Ahora había que terminar la campaña y ganar las elecciones.

La Unión Democrática, con la fórmula José Tamborini-Enrique Mosca, ambos de la UCR, también había realizado giras por las provincias a bordo del «Tren de la Victoria», que tuvo sus propios atentados. El 29 de enero de 1946 regresó a Buenos Aires «con banderas argentinas al frente, exhibiendo las perforaciones de balazos y marcas de las pedradas». (266)

El 12 de febrero de 1946 se proclamó la fórmula Perón-Quijano en la Plaza de la República, frente al Obelisco. La gente ocupaba más de tres cuadras por la avenida 9 de Julio hasta la calle Bartolomé Mitre. Perón, antes de hablar, se quitó el saco y quedó en mangas de camisa, en un gesto que se repetirá en el futuro en cada uno de sus discursos. Los bombos, instrumento inédito en las manifestaciones, retumbaron acompañando cánticos coreados por la multitud: «Perón encontró un hermano, Hortensio J. Quijano» y el ya repetido «Yo te daré, te daré Patria hermosa, te daré una cosa, una cosa que empieza con P: Perón». Días antes, durante un acto en el Luna Park, organizado por la Secretaría Femenina del laborismo,

las mujeres habían sumado su propio canto: «Sin corpiño y sin calzón, somos todas de Perón», con el que le respondieron a Evita cuando intentó justificar la ausencia del Coronel porque estaba resfriado y no la dejaron hablar. Porque Perón era de todas. (267)

Ese mismo día, el gobierno de los Estados Unidos entregó en exclusividad a la agencia United Press el texto completo del *Blue Book on Argentina*, conocido en estas tierras como el *Libro azul*, en el que denunciaban las vinculaciones de Perón con las potencias del Eje, en sintonía con las denuncias de la Unión Democrática durante la campaña. El promotor había sido el exembajador Spruille Braden, en una brutal injerencia en los asuntos internos del país.

Por esto, en su discurso, Perón dijo: «En nuestra Patria no se debate un problema entre "libertad o tiranía", entre Rosas o Urquiza, entre democracia y totalitarismo. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la "justicia social" y la "injusticia social"», frase citada en el capítulo seis de este libro.

Después, embistió contra el exembajador norteamericano y lo denunció de esta manera: «Inspirador, creador, organizador y jefe verdadero de la Unión Democrática. En consecuencia, sepan quienes voten el 24 de febrero por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista que con ese acto entregan, sencillamente, su voto al señor Braden. La disyuntiva en esta hora trascendental, es esta: Braden o Perón». (268)

El Coronel sostuvo que el *Libro azul* había sido redactado por Gustavo Durán, el secretario privado de Braden, un comunista que había participado de la guerra civil española, donde conoció a Vittorio Codovilla, jefe del Partido Comunista argentino.

Según el periodista Rogelio García Lupo, Durán reconoció su autoría. En 1961, en una carta al historiador inglés Hugh Thomas, aseguró: «… en el *Libro Azul* sobre Perón, también del gobierno de

los Estados Unidos, en la preparación de cuyo borrador sí tuve yo alguna participación». (269)

La Unión Democrática cerró su campaña con un acto en el Luna Park en el que, al finalizar, se cantó *La Marsellesa* como señal de triunfo. Por su parte, Perón decidió concluir la suya con un mensaje radial. Porque fue el primer dirigente que entendió la importancia de la radio como herramienta masiva de comunicación política y también el lenguaje que debía usar. Les habló a sus votantes, los trabajadores, y no solo a los porteños, sino a los de todo el país:

> El voto —les dijo— es un derecho inalienable del ciudadano y ha de defenderse con la vida, si es preciso. Se descuenta que algunos patrones urbanos y campesinos pondrán toda clase de obstáculos a sus trabajadores para evitar que voten, no concurra a ninguna fiesta que inviten los patrones el día 23. Es necesario que se quede en casa y el 24, bien temprano, tome las medidas para llegar a la mesa en que ha de votar. Recurra a la tropa del ejército más próxima si alguien quiere presionarlo en ese sentido. Denuncie al expendedor de nafta que no le provea combustible. Evite todo incidente para impedir que lo detengan. No beba alcohol de ninguna especie el día 24. Si el patrón de la estancia, como han prometido algunos, le cierra las tranqueras con candado, rompa el candado o la tranquera o corte el alambrado y pase para cumplir con la Patria. Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro. Si no hay automóviles, ni camiones, concurra a votar a pie, a caballo o en cualquier forma, pero no ceda ante nada.

Frente al edificio de Diagonal Norte y Cerrito, donde Perón pronunció su discurso, otra vez se reunieron sus partidarios para acompañarlo. El diario *La Prensa* los describió: «Algunos concurrentes vestían indumentarias que habitualmente no se observan en Buenos Aires, luciendo simples camisetas y cubriéndose de la llovizna con arpilleras». (270)

El mismo día de este discurso, se publicó el *Libro azul y blanco* en respuesta al *Libro azul* del Departamento de Estado de los Estados Unidos, impreso en papel de diario, del que se vendieron más ochenta mil ejemplares. Fue un verdadero *best seller* de la época, en el que se detalló la actuación de Braden, su participación

en la creación de la Unión Democrática y la forma en que se había inmiscuido en la política nacional.

En el apéndice documental se incluyó un capítulo con el título «El círculo Braden», en el que se detalló un listado de nombres de los amigos del exembajador, con sus respectivos currículums; así se los describía: «… vinculados con los negocios de nuestro país. […] Círculo de resentidos que se amparaban en la embajada norteamericana solicitando su apoyo, casi caritativamente para salvar las migajas que los decretos revolucionarios restaban a sus inmensas fortunas».

Figuraban los candidatos de la Unión Democrática: «Juan Pascual Tamborini, ha sido diputado y senador nacional, ministro del Interior durante la presidencia de Alvear. Fue uno de los inspiradores y dirigentes del movimiento antiyrigoyenista. Se dedica preferentemente a la obstetricia. Es socio del Jockey Club, en donde consagrose como vice-campeón de "rummy" en 1945».

Sobre Enrique Mosca, el libro lo describió de esta manera: «Fue ungido vicepresidente de la República en la mesa tendida en homenaje al señor Braden […]. Afirma ser abogado. Fue gobernador de Santa Fe y dejó sin efecto la Constitución provincial de 1921, sancionada durante la gobernación de Luciano Molinas. […] Como presidente del Consejo Nacional de Educación no se le recuerda una sola iniciativa en beneficio de la cultura primaria del país. Huyó de Mendoza siendo interventor federal, corrido por la multitud durante la presidencia de Alvear, presentando su renuncia a su rápido arribo a Buenos Aires. No registra antecedentes intelectuales».

En la publicación figuraron también Joaquín de Anchorena, Justiniano Allende Posse, Pablo Catalayud, Luis Colombo, Félix Álzaga Unzué, Octavio Amadeo, Julio A. Noble, Mariano Castex, Alejandro Ceballos y la familia Bemberg, todos ligados por distintos negocios a compañías de servicios públicos en manos de capitales

extranjeros. Se incluyeron, además, diversos documentos probatorios. (271)

El 24 de febrero de 1946, el coronel Perón llegó quince minutos antes de que se abrieran los comicios. Votó a las ocho y veinte de la mañana, en la calle Juncal 2961, donde depositó su sufragio en la urna número seis. (272) Después, se recluyó en la casa de Evita en el barrio de Colegiales. El escrutinio empezó esa misma noche y duró cuarenta y cinco días. Tenían más que merecido un descanso.

«Los primeros seis meses siguientes fueron los únicos que pasamos tranquilos, en una casa verdaderamente nuestra. Vivíamos en la calle Martín García, en la casa de propiedad de Evita, pequeña, recogida, indicada para pasar una luna de miel que, sin embargo, más de una vez, nos vimos obligados a interrumpir», escribió Perón. (273)

Y porque los interrumpían, muchos días se fueron a San Vicente. Un testigo privilegiado fue el padre Benítez, quien recordó que, la primera vez que los visitó en la quinta, Evita le dijo: «Padre, aquí viene como amigo. Póngase cómodo, deje al cura en el perchero».

Luego describió cómo la pareja disfrutaba de ese tiempo libre:

«Perón trabajaba todo el día. A las once le daba a Eva su lección de equitación con montura inglesa y cuatro riendas. Después, como un ritual obligado, se hacía el invariable asado. […] A eso de las cinco de la tarde, Naipaul (el empleado que cuidaba la casa) preparaba el sulky e iba a la panadería para traer tortitas quemadas o bizcochitos de grasa para el mate. Las noches eran largas. Se comía, por el calor, debajo de un bosquecillo de sauces y paraísos donde había una mesa larga con tablones. Eva lucía sus especialidades: tomates rellenos con atún y mayonesa, milanesas a la napolitana, suprema de pollo. Se tomaba vino semillón (León o el Vasquito de litro) en vasos grandes con soda y hielo». (274)

El coronel estaba convencido de su triunfo y, aun en el descanso, mantenía contacto permanente con Figuerola, quien ya trabajaba en

el plan futuro usando la enorme información acumulada en el Consejo Nacional de Posguerra. Contaba con los informes de las reparticiones oficiales, las necesidades de los trabajadores y patrones, y los dictámenes de los servicios técnicos y administrativos. Tenían clara la situación real de la Argentina. (275) Además, el presidente Farrell preparaba las herramientas para que Perón gobernara: la nacionalización del Banco Central y de los depósitos, la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) y la sanción del régimen jurídico de sociedades mixtas.

El 9 de abril de 1946, se conoció el escrutinio definitivo. La fórmula Perón-Quijano obtuvo casi un millón y medio de votos, el cincuenta y cuatro por ciento frente al cuarenta y cuatro obtenido por Tamborini-Mosca. Lograron ciento nueve diputados contra cuarenta y siete de la oposición, y casi la totalidad de los senadores, menos dos. Se impusieron en las provincias, salvo en Córdoba, San Juan, San Luis y Corrientes.

El 31 de mayo, el presidente Farrell reincorporó a Perón al servicio activo del Ejército y lo ascendió al grado de general de brigada.

El 4 de junio de 1946, luciendo su flamante uniforme, el general Juan Domingo Perón recibió los atributos del mando y prestó juramento como presidente de la nación.

«Es a partir de entonces —recordó durante su exilio— que comenzó una etapa decisiva en la lucha por la soberanía nacional y popular. Lucha que comenzáramos tres años antes, siendo un oscuro e ignorado oficial de nuestro Ejército […]. Cuando asumimos la presidencia constitucional de la Nación, yo contaba con cincuenta años de edad. Estaba en el mejor momento de mis posibilidades humanas y mentales». (276)

¿Cuáles fueron las ideas en las que se apoyó el general Perón para encarar su gobierno? Durante su exilio, en el primer libro que

publicó en 1956, *La fuerza es el derecho de las bestias*, explicó los pasos que había seguido.

Lo primero fue resolver la cuestión de la independencia económica: «Era indispensable si anhelábamos mantener y consolidar las conquistas sociales ya iniciadas en esos días de Trabajo y Previsión». Y para ello «era menester recuperar el patrimonio nacional en poder de los capitales colonialistas y realizar buenos negocios para "parar" la economía anémica de los argentinos», sostuvo. (277)

El presidente de facto saliente, el general Farrell, le había dejado una herramienta financiera fundamental. El 25 de marzo de 1946 firmó el decreto 8.503 de nacionalización del Banco Central de la República Argentina (BCRA). Con esta medida, aseguró Perón, el BCRA se convirtió «en un banco de bancos, mediante la nacionalización de los depósitos, y a los demás bancos en agencias del mismo. Esto permitió por primera vez en nuestro país un control financiero por el Estado, pues hasta entonces ese era resorte de los bancos extranjeros de plaza. Ese fue el primer paso de la reforma económica que emprendimos: hacer argentino el dinero del país». (278)

La historia del Banco Central aporta datos para evaluar si efectivamente este debía ser el primer paso para el resto de las reformas que el presidente Perón se proponía.

Hacía poco más de una década que se había creado el BCRA, por la ley 12.155 promulgada el 28 de mayo de 1935 por el poder ejecutivo a cargo del general Agustín P. Justo, con la función de manejar la moneda, el crédito y los cambios. Es decir, debía decidir sobre la circulación monetaria, la orientación del crédito hacia determinados sectores productivos y la regulación de la tasa de interés; fijar el cambio para comerciar con el extranjero y el nivel de cotización de los papeles públicos.

Excelente creación si no fuera por la conformación de su directorio, que estaba compuesto por doce miembros, de los cuales siete pertenecían al capital privado, en su mayoría de origen inglés. Por su parte, el Estado argentino aportó la mitad del capital para conformarlo, pero no tenía derecho a voto en las asambleas, aunque contaba con la facultad de nombrar al presidente del banco. Claro que el poder ejecutivo, con acuerdo del Senado, debía elegirlo de una terna presentada por la Asamblea de Bancos Accionistas, en la que no participaban los representantes estatales. El funcionario designado tenía siete años de gestión, uno más que el período presidencial, para demostrar su independencia del gobernante de turno.

Pero, en verdad, lo que se debía evidenciar era la independencia de los intereses económicos predominantes, en su mayoría extranjeros. Porque, por ejemplo, en medio de la crisis de la década de 1930 y cuando los recursos del fisco estaban más que debilitados, el BCRA tenía expresa prohibición de prestarle a los gobiernos nacional, provinciales y municipales. De esta manera, empujaba a recurrir al endeudamiento externo, es decir que, aun para pagar gastos que podían saldarse con moneda nacional, se debía volver a pedir prestado a los capitales ingleses, muchos de los cuales integraban el banco.

A esta altura es necesario aclarar que la creación del BCRA fue una consecuencia de una de las cláusulas secretas del Pacto Roca-Runciman, firmado entre Inglaterra y Argentina en 1935, durante el gobierno de Justo que, si bien se centró en el comercio de la carne, incluyó ítems referidos al transporte, o sea, ferrocarriles también dominados por capitales británicos, y este banco con predominio de esos mismo capitales, que les permitía el control financiero del país. (279)

En los considerandos del decreto que nacionalizó el BCRA se afirmó que los bancos, cuando otorgan sus préstamos, crean

depósitos, que al moverse activamente por los cheques que contra ellos se giran, desempeñan la misma función que los billetes. «Parece claro —explicaba la norma— que al recibir los fondos que la población deposita en los bancos, cosa que equivale a prestárselos, y emplear esas sumas en conceder créditos y realizar inversiones directas, recogiendo importantes ganancias, es en verdad algo muy parecido a un privilegio, que solo puede ser admitido como una especialísima concesión de la autoridad pública, bajo severas condiciones de vigilancia y contralor ejercidas por el Estado como intérprete del interés general de la colectividad».

Después, expresaba que el BCRA debía estar al servicio de la producción del país mediante las siguientes funciones: 1) Concentrar y movilizar reservas y ejercer el control de cambios para moderar los efectos del comercio exterior y los movimientos internacionales sobre el valor de la moneda y la actividad económica interna. 2) Ejercer la regulación del crédito y los medios de pago para crear las condiciones de lograr un alto grado de ocupación y el poder adquisitivo de la moneda. A partir de entonces, los bancos privados se transformaron en agentes del BCRA, que era el que recibía los depósitos y pagaba los intereses. (280)

En 1955, tras el derrocamiento de Perón, el BCRA dejó de estar al servicio de los intereses nacionales. A partir del ingreso al Fondo Monetario Internacional (FMI), al que el gobierno peronista se había negado, la Argentina optó por pedir préstamos al exterior antes que usar los fondos propios para cubrir sus deudas. La rueda del endeudamiento que Perón había detenido, otra vez se puso en marcha.

«Simultáneamente con esto —explicó Perón— comenzamos a estudiar la realización de la primera etapa de la independencia económica: la recuperación de la deuda y los servicios públicos», y según los datos que él mismo aportó: «… nuestra deuda externa ascendía en diversas obligaciones a más de seis mil millones de

pesos, en ese entonces algo así como unos dos mil millones de dólares, por la cual pagábamos ochocientos millones de pesos anuales en amortizaciones e intereses (doscientos cincuenta millones de dólares)». (281)

Pero ¿cómo se había llegado a contraer esta deuda? Para explicarlo hay que ir casi al comienzo de la historia de la patria, y entonces se podrá comprender la relación del endeudamiento con el colonialismo, y con el deplorable estado de la mayoría del pueblo trabajador en la Argentina.

Los primeros gobiernos patrios, pese a la guerra por la independencia, fueron moderados en sus gastos. Aunque desde 1810 hasta 1820 se registraron déficits, no recurrieron al financiamiento externo, entre otras razones porque los países poderosos del mundo no reconocían a la Argentina como nación soberana. La consecuencia fue ejércitos mal pagos y desprovistos, que debieron sobrevivir con los recursos que ellos mismos podían obtener donde operaban.

En 1820 se había acumulado una deuda interna de un millón seiscientos mil pesos plata, lo que equivalía a las recaudaciones de un año. En 1821 se elevó a cinco millones porque se sumó la deuda militar y el costo del licenciamiento de los soldados que ya no peleaban en los campos de batalla.

Fue por esa razón que, en 1822, la Legislatura de Buenos Aires autorizó al gobierno de la provincia la contratación de un empréstito con la casa Baring Brothers de Londres por un millón de libras esterlinas, con un interés del seis por ciento anual. Los intermediarios del gobierno cobraron por sus servicios cien mil libras, que fueron descontadas del préstamo, igual que el pago por adelantado de dos años de intereses y amortizaciones que recibió la Baring, además de su propia comisión.

Lo cierto es que, después de tanto descuento, el gobierno porteño recibió poco más de quinientas sesenta mil libras, es decir,

casi la mitad de lo que había pedido, aunque se endeudó por la totalidad del crédito más los intereses. Para colmo, en 1826 estalló la guerra con el Brasil por el territorio de la Banda Oriental, y el dinero sirvió para financiar la contienda.

Además, la garantía del préstamo fue la tierra. «La provincia de Buenos Aires ha quedado hipotecada en su totalidad. Todos sus bienes, rentas, sus tierras quedan afectadas, es decir, hipotecados, es decir, sometidos en un todo a la voluntad del acreedor. [...] Desde ese momento, Inglaterra tiene un derecho real para intervenir a la fijación de los aranceles aduaneros y en la administración de la tierra pública. Las tierras públicas no podrán ser dispuestas sin consentimiento expreso de los acreedores. E Inglaterra tiene medios suficientes para hacer valer sus derechos». Mientras tanto, se las concedió en «arrendamientos a largo plazo. A esta operación se la llamó pomposamente enfiteusis», denunció Scalabrini Ortiz en la década de 1930. (282) Más de un siglo y medio después, Perón insistirá con la necesidad de cuidar los recursos naturales.

En este punto, cabe destacar que se trató de una política colonialista de Inglaterra para toda América del Sur, una vez finalizada la guerra por la independencia en 1824 con la batalla de Ayacucho. Entre 1822 y 1826, los británicos concertaron diez empréstitos en las viejas colonias españolas porque «la primera arma de la dominación económica es el empréstito. La segunda es el dominio de las vías marítimas comerciales. En ambas, Inglaterra descuella». (283) Por esta razón, el gobierno peronista apuntó no solo a terminar con las deudas, sino también a fortalecer la marina mercante nacional.

Lo cierto es que los países no pudieron pagar. Perú entró en mora en 1825. Colombia un año después. Argentina y Guatemala en 1828. México en 1933. Brasil pudo cumplir con las obligaciones contraídas pero con mucho sacrificio. (284)

En 1842, los banqueros ingleses intentaron negociar el pago de los intereses atrasados del préstamo con Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires. Rosas les manifestó que había autorizado al ministro argentino en Londres para que propusiese al gobierno inglés el pago de la deuda con la cesión de las islas Malvinas, de las que se habían apoderado en 1833, hacía nueve años. Los británicos desecharon la oferta. Con su propuesta, el gobernador dejó en claro que las Malvinas pertenecían a la Confederación Argentina y, por lo tanto, tenía el poder de canjearlas. Durante su mandato no se incrementó la deuda ni tampoco se pagaron los intereses. (285)

Después de sancionada la Constitución Nacional de 1853, se desató la crisis económica. Se derogó la Ley de Aduanas de 1835, impulsada por Rosas, que defendía las manufacturas locales de las importadas. La Argentina, bajo la presidencia de Bartolomé Mitre, se integró al mercado mundial, aceptando la división internacional del trabajo, en la que Europa producía productos industriales mientras que los países periféricos proveían los alimentos y las materias primas. (286)

La guerra de Secesión de los Estados Unidos (1861-1865) favoreció a la Argentina porque el algodón que el país del norte exportaba a Europa, fue sustituido por lanas nacionales. Pero cuando esa guerra terminó, los norteamericanos volvieron a vender sus productos, y los ganaderos locales se vieron obligados a instalar la primera fábrica de paños para colocar la lana que ya no tenía mercado en el exterior.

La recesión golpeó al gobierno nacional con la disminución de sus ingresos fiscales. La actividad económica se contrajo, la falta de dinero empujó a los propietarios a vender inmuebles y tierras que nadie quería comprar, porque su valuación fue de la mitad de su precio. Quebraron muchos comercios y los que tenían oro prefirieron llevarlo al exterior. Ahí fue cuando el presidente Nicolás Avellaneda,

al abrir las sesiones legislativas de 1876, dijo que los argentinos estaban dispuestos a economizas sobre su sed y su hambre con tal de cumplir con los compromisos ante los mercados extranjeros.

Y el pueblo argentino tuvo hambre y sed, porque el gobierno rebajó los sueldos y las pensiones. El presupuesto nacional que era de diecisiete millones, tres menos que los años anteriores, se repartió de la siguiente manera: cinco millones para el Ministerio de Guerra y Marina y ocho para pagar la deuda. Con los cuatro restantes debió afrontar el resto de los gastos.

En 1885, durante la presidencia de Julio A. Roca, se tomó un empréstito llamado de «obras públicas», y cinco años después, durante el mandato de Carlos Pellegrini, se pidió un crédito al banco Morgan para pagar los vencimientos. Es decir, se tomó deuda para pagar deuda.

En 1931, la deuda externa superó los mil millones de pesos moneda nacional, que se redujeron a poco más de quinientos mil en 1945, durante el gobierno de facto del general Farrell, como resultado del recate de empréstitos emitidos en libras esterlinas para los que se usaron parte de los saldos bloqueados en el Banco de Inglaterra. (287)

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la Argentina se había transformado de deudora en acreedora de Inglaterra, porque gran parte de sus saldos comerciales favorables estaban constituidos por libras bloqueadas con garantía oro en el banco de ese país y no se hallaban disponibles. Esto permitió al gobierno de Perón concretar pagos al exterior por casi doscientos sesenta y cinco mil millones de dólares, el total de la deuda externa, y nacionalizar los servicios públicos. Además, se negó a ingresar al Fondo Monetario Internacional recientemente creado. (288)

Dos décadas después, desde su exilio en Madrid, Perón escribió en su libro *La hora de los pueblos*: «Cuando en 1946 me hice cargo del gobierno, la primera visita que recibí fue la del presidente del

Fondo Monetario Internacional, que venía a invitarnos a que nos adhiriésemos al mismo. Prudentemente, le respondí que necesitaba pensarlo, y enseguida destaqué a dos jóvenes técnicos de confianza del equipo del Gobierno para investigar a este "monstruo tan peligroso", nacido, si tengo memoria, en los sospechosos acuerdos de Bretton Woods. El resultado de ese informe fue claro y preciso. En síntesis, se trataba de un nuevo engendro putativo. Yo, que tengo la ventaja de no ser economista, puedo explicarlo de manera que se entienda».

Y detalló, después, no solo la historia del FMI, sino también cómo fue que Estados Unidos reemplazó a Inglaterra con su moneda en el predominio del mundo occidental.

«Hasta después de la Primera Guerra Mundial existió el "área esterlina", que cobijó a numerosas monedas merced al oro de Inglaterra, que la guerra fue llevando paulatinamente hacia Fort Knox», en referencia a la base militar que almacena las reservas de oro de los EE. UU. Y después agregó que fundaron el Banco Central de Inglaterra y declararon: «Si antes el área esterlina estaba garantizada por el oro de Inglaterra, ahora lo estaba por el Imperio inglés. Pero resulta que los EE. UU., en el ínterin había acumulado el ochenta por ciento del oro del mundo y dicta su famosa ley fiduciaria, que establecía que quien presente un dólar en el Banco de la Reserva Federal recibiría su equivalente en oro. Esta promesa, aunque jamás se cumplió, tuvo la suficiente atracción natural como para forzar el nacimiento del "área dólar". Es así como, desde ese momento, el dólar pasa a ser la moneda de cambio en el mundo occidental, en tanto la esterlina deja de serlo».

Con claridad pedagógica, sostuvo que cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial:

> La pérdida de gran parte de la reserva oro de los Estados Unidos amenazaba gravemente la existencia del «área dólar», gravedad que sigue aumentando con los gastos de posguerra, con lo que Estados Unidos se colocaba en situación parecida a

> la de Inglaterra después de la guerra anterior, si alguna nación conseguía la formación de esa reserva. En consecuencia, era preciso crear el instrumento necesario para consolidar el «área dólar». El Fondo Monetario Internacional fue la solución. En él participarían la mayoría de los países occidentales, comprometidos mediante una larga contribución al Fondo, desde donde se manejarían todas sus monedas, se fijaría no solo la política monetaria, sino también los factores que directa o indirectamente estuvieran ligados a la economía de los asociados. […] Este Fondo —concluyó— creado, según decían, para estabilizar las monedas del «mundo libre», no ha hecho sino envilecerlas en la mayor medida. Mientras tanto, los Estados Unidos se encargaban, a través de sus empresas y capitales, de apropiarse de las fuentes de riqueza en todos los países donde los tontos o los cipayos le daban lugar, merced a su dólar ficticiamente valorizado con referencia a las envilecidas monedas de los demás. […] Para nosotros, el valor de nuestra moneda lo fijábamos en el país, como también nosotros establecíamos los cambios de acuerdo con nuestras necesidades y conveniencias. Para el intercambio internacional recurrimos al trueque, y así nuestra moneda real fueron nuestras mercaderías. Ante el falseo permanente de la realidad monetaria internacional y las maniobras de todo tipo a que se prestaba el insidioso sistema creado, no había más recurso que hacerlo así o dejarse robar impunemente. (289)

La otra idea en la que Perón basó su gobierno fue la de apropiarse de la renta agraria diferencial, es decir, la que resultaba de los bajos costos que la producción agraria imprimía a los productores locales con relación a lo que debían invertir los europeos, gracias a la fertilidad de la tierra y el clima favorable de la pampa argentina.

El historiador Norberto Galasso sostiene en su biografía:

> Raúl Scalabrini Ortiz calculaba que el costo del kilo de carne producido en la Argentina era cinco veces menor al costo del kilo de carne producido en Francia. Federico Pinedo estimaba que la diferencia era aún mayor: ocho veces. De aquí resulta que, en condiciones normales, los precios obtenidos por nuestras exportaciones redituaban, además de una utilidad normal, una superutilidad o renta diferencial de magnitud importantísima, con la cual se podrían haber echado las bases de un enorme desarrollo industrial (acero, automotores, etc.). Sin embargo, la historia argentina no toma ese curso: gran parte de esa renta diferencial era captada por las empresas extranjeras, preferentemente británicas, en las diversas etapas que iban desde el lugar de producción hasta el lugar de consumo: transporte ferroviario, silos, seguros, frigoríficos, puertos, consorcios exportadores de cereales, transporte marítimo. (290)

Para apropiarse de esta renta, el expresidente Farrell también le dejó a Perón la herramienta adecuada. El 28 de mayo de 1946, mediante el decreto ley 15.350, se creó el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), que le permitió intervenir en el control del comercio exterior y poner fin a la especulación de grupos monopólicos privados que, mediante trampas en las declaraciones impositivas, presentaban mayores costos en las importaciones y menores en las exportaciones, quedándose con las ganancias que el nuevo gobierno pretendía derivar para fortalecer la industria.

Hacía tres años que sus equipos trabajaban con estas ideas. Por eso, una vez electo, le pidió al presidente Farrell que sancionara todos estos decretos. Y Farrell lo hizo entre marzo y mayo de 1946. Tenía las ideas, contaba con las herramientas y todo estaba listo para la planificación. Porque también hacía tres años que Perón lo había dicho por radio: «Mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar». (291)

---

241. Perón. Juan D. Discurso del 17 de octubre de 1950. «Veinte verdades peronistas».

242. Perón, Juan D. *Perón 1943-1944*. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Discurso por radico del coronel J. D. Perón a los obreros ferroviarios, 10 de enero de 1944. Ob. cit., pág. 183.

243. Perón, Juan D. *Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella. Los Libros del Exilio,* Vol. 1, pág. 170, Corregidor, Buenos Aires, 1996.

244. Ob. cit., pág. 170.

245. Luna, Félix. *El 45*. Ob. cit., pág. 410

246. González Crespo, Jorge. *Eva Perón. La primera parte de una vida*, pág. 105, Ayer y Hoy, Buenos Aires, 1996.

247. Ob. cit., pág. 106.

248. Reyes, Cipriano. *La farsa del peronismo*, pág. 21, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1987.

249. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 170.

250. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*. Tomo II. Ob. cit., pág. 39.

251. Reyes, Cipriano. Ob. cit., pág. 18.

252. Luna, Félix. *El 45*. Ob. cit., pág. 423.

253. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 191.

254. Reyes, Cipriano. Ob. cit., págs. 30-31.

255. Ob. cit., pág. 32.

256. Sentís, José Rubén. *Perón en campaña. 35 meses para la toma del poder*, pág. 102, Lectura Crítica, Buenos Aires, 2021.

257. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*, Tomo II. Ob. cit., pág. 4.

258. Sentís, José Rubén. Ob. cit., págs. 121-122.

259. Ob. cit., pág. 128.

260. Reyes, Cipriano. Ob. cit., pág. 37.

261. Luna, Félix. *El 45*. Ob. cit., pág. 378.

262. Ob. cit., pág. 38.

263. Sentís, José Rubén. Ob. cit., pág. 103.

264. Luna, Félix. Ob. cit., pág. 452.

265. Aeolo, Oscar. *Orígenes de una fuerza política: el Partido Peronista en la Provincia de Buenos Aires 1947.1955.* UNMDP, *Revista SAAP*, Vol. 4, Nro. 2, jul/dic, CABA, 2010.

266. Luna, Félix. Ob. cit., pág. 390.

267. Pichel, Vera. *Evita íntima*, pág. 80, Planeta, Buenos Aires, 1993.

268. Navarro, Marysa. *Evita,* pág. 134, Planeta, Buenos Aires, 1994.

269. García Lupo, Rogelio. «El Libro Azul de Estados Unidos contra Perón que no pudo evitar su victoria». Disponible en: <https://www.iade.org.ar/noticias/el-libro-azul-de-eeuu-contra-peron-que-no-pudo-evitar-su-victoria>.

270. Sentís, José Rubén. Ob. cit., pág. 154.

271. Perón, Juan D. *Libro azul y blanco* (respuesta al Libro Azul del Departamento de Estado de los EE. UU.), págs. 44-47, Editorial Freeland, Buenos Aires, 1973.

272. Sentís, José Rubén. Ob. cit., pág. 105.

273. Perón, Juan D. *Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella*. Ob. cit., pág. 170

274. Galasso, Norberto. *Yo fui el confesor de Eva Perón (Padre Hernán Benítez*), págs. 28-29. Homo Sapiens, Buenos Aires, 1999.

275. Fayt, Carlos. *La naturaleza del peronismo*. Ob. cit., pág. 85.

276. Rom, Eugenio. *Así hablaba Juan Perón*. Ob. cit., pág. 122.

277. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias. Los libros del exilio 1955-1973,* Volumen I, pág. 30, Corregidor, Buenos Aires, 1996.

278. Ob. cit., pág. 31.

279. Scalabrini Ortiz, Raúl. *Las dos políticas: la visible y la invisible. Marzo 1936,* pág. ٥٢, Cuadernos de FORJA, Ediciones de la UNLA, Universidad Nacional de Lanús, Buenos Aires, ٢٠١٢.

280. Decreto 8.503/1946. Boletín Oficial 5/4/1946. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-8503-1946-312191>.

281. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 31.

282. Scalabrini Ortiz, Raúl. *Política británica en el Río de la Plata,* págs. 76-77, Plus Ultra, Buenos Aires, 2001.

283. Ob. cit., págs. 66-68.

284. Rosa, José María. *Historia Argentina,* pág. 379, Tomo III, Oriente, Buenos Aires, 1979.

285. Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo Luis. *Baring Brothers y la historia política argentina*, pág. 47, Colihue, Buenos Aires, 2013.

286. Ob. cit., pág. 129.

287. Sourrille, Juan Vital. *La posición de activos y pasivos externos de la República Argentina entre 196 y 1948,* pág. 7, Oficina de la CEPAL en Buenos Aires, Buenos Aires, 2005.

288. Rappoport, Mario. *La deuda externa argentina y la soberanía jurídica: sus razones históricas.* Disponible en: <https://filadd.com/doc./deuda-externa-rapaport-pdf-economia-politica>.

289. Perón, Juan D. *La hora de los pueblos. Latinoamérica, ahora o nunca*, págs. 48-49, Instituto Nacional Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 2008.

290. Galasso, Norberto. *Perón. Formación, ascenso y caída (1893-1955)*, Tomo I. Ob. cit., pág. 446.

291. Perón, Juan D. Mensaje por radio a los obreros ferroviarios. 10/1/1944. Perón 1943-1944. J. D. P. Los Trabajos y los Días. Ob. cit., pág. 183.

Capítulo 11

15 de abril de 1974

Casa de Gobierno. Después de casi tres meses, el general Perón regresó a trabajar en su despacho. Habían instalado en la residencia de Olivos un equipo de emergencia médica con enfermeros y asistencia tecnológica. (292)

Acaba de firmar el decreto 1046/74 por el que se conformó la Comisión de Consulta y Estudio para la Reforma de la Constitución Nacional, bajo la responsabilidad del Ministerio de Justicia, a cargo de Antonio Benítez, del de Interior, encabezado por Benito Llambí, y de la Secretaría General de la Presidencia, con Solano Lima al frente. Dispuso que esta comisión elevaría un documento al presidente por medio de la Secretaría de Gobierno de la Presidencia conducida por el coronel Damasco, el mismo que era responsable del desarrollo del *Modelo argentino para el proyecto nacional*.

Perón le había dictado a Damasco lo que creía que había que reformar para «reforzar la independencia de los poderes del Estado, vigorizar el Poder Judicial básicamente para la lucha contra la corrupción, facilitar el crecimiento económico, instituir el cargo de Primer Ministro o Ministro Coordinador, crear el ministerio de Ciencia

y Tecnológica y Medio Ambiente, e incluir en su articulado el cumplimiento del Proyecto Nacional y otros temas más». (293)

Tenía claro que primero había que «conformar la verdadera identidad del país, el tipo de sociedad preferido y el perfil del hombre argentino» y la idea era que el *Modelo* debía concluir con una reforma de la Constitución Nacional de 1853, que era la que todavía regía con sus posteriores modificaciones, luego de que la carta magna de 1949 fuera derogada por un bando militar.

El General había descansado y se sentía con fuerzas. Necesitaba hablar con Damasco para precisar la tarea que era enorme, y no quería hacerlo en Olivos, donde la presencia de López Rega se le hacía insoportable.

«En cualquier momento le doy un manijazo a ese», le había dicho a un amigo luego de que supo que el ministro lo había desairado. La residencia presidencial estaba plagada de micrófonos, lo que volvía imposible cualquier clase de reserva, aun en sus asuntos privados. (294)

Si hasta el secretario de prensa, Emilio Abras, había enviado a los diarios una serie de fotografías en las que se veía a López Rega rebosante de salud, mientras que Perón aparecía vestido de entre casa, físicamente disminuido, portando un bolsito de polietileno transparente en el que se veían un antisudoral de aerosol y la loción para después de afeitarse. (295)

Tanta era su recuperación que, en una carta a su médico español, el doctor Puigvert, le anunciaba que entre mayo y junio quería viajar a su casa de Puerta de Hierro. «Volveremos a mi casa, a mis pájaros, a mis árboles», le escribió. (296)

Ahora quería discutir con Damasco el decreto que había garabateado durante su descanso para la creación del Consejo de Consulta y Estudio para el Proyecto Nacional, que estaría integrado "por los asesores de la secretaría general de Gobierno y aquellos

funcionarios de los distintos organismos del Estado que se considere oportuno convocar para las tareas asignadas», que serían las de:

A. Realizar las consultas pertinentes con todas las organizaciones que componen la Comunidad Organizada.
B. Efectuar los estudios correspondientes a fin de analizar y armonizar las distintas ideas que sobre el Proyecto Nacional expongan las organizaciones del pueblo.
C. Elaborar un documento especial en el que consten agrupados por temas las opiniones que viertan las organizaciones del pueblo sobre el Proyecto Nacional.

Y para que no se produjeran confusiones, incluyó un artículo que expresaba que «a fin de armonizar las tareas con la Comisión de Consulta y Estudio de la Reforma Constitucional, este cuerpo realizará sus estudios de manera tal que el documento de compatibilización coincida con la de las tareas del Consejo de Consulta y Estudio para el Proyecto Nacional». (297)

Todo era una cuestión de planificación. Así lo había experimentado durante sus dos primeros gobiernos, en los que había inaugurado esa forma de gobernar. Por eso, casi veinte años después, escribía con convicción en su *Modelo*:

> La democracia social requiere que la programación institucional sea instalada en su seno como un proceso y no como un evento transitorio que actúe con conceptos similares a los que rigen la planificación en los demás campos de la actividad social integrada; que sea conducida en forma interdisciplinaria; que los juristas que participen de la labor interdisciplinaria tengan como objetivo programar la norma para mañana antes que el código que consolida lo pasado; y que se hallen dispuestos a crear todas las nuevas instituciones jurídicas que la transformación requiera, sin ataduras de ninguna naturaleza. […] El camino a seguirse para efectuar los ajustes institucionales necesarios deberá partir, naturalmente, de una reforma de la Constitución Nacional. Para ello es preciso recoger las opiniones de los distintos sectores representativos de la comunidad argentina. (298)

Es que todo se trata de planificar: «… de conocer la situación en que se encuentra el país, fijar los objetivos a que quiere llegarse, y luego ponerse en marcha sobre cada objetivo. Es singularmente sencillo de enunciar, y extraordinariamente difícil de realizar». (299)

---

292. Taiana, Jorge. *El último Perón*. Ob. cit., pág. 152.

293. Asís Damasco, Luis. «La Secretaría de Gobierno existente en los años 1974-1975 y la Jefatura de Gabinete». Ob. cit., pág. 11.

294. Pavón Pereyra, Enrique. *El asesinato de Perón. Cronología de la conspiración que marcó nuestra historia*, pág. 119, Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2014.

295. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*. Ob. cit., pág. 168.

296. Ob. cit., pág. 99.

297. Asís Damasco, Luis. *La Secretaría de Gobierno existente en los años 1974-1975 y la Jefatura de Gabinete*. Borrador del decreto en el archivo personal del coronel Vicente Damasco. Ob. cit., pág. 8.

298. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*. Ob. cit., págs. 307-308.

299. Perón, Juan D. *Primer Plan Quinquenal. Plan de Gobierno 1947-1951*, pág. 33. Ediciones Fabro, Buenos Aires, 2020.

Capítulo 12

«Recibí una colonia y les devuelvo una patria justa, libre y soberana» (300)

«Es menester planificar gradualmente el esfuerzo que permita la felicidad del pueblo, empeñado en asegurar la grandeza de la Patria y la felicidad de sus descendientes».
JUAN D. PERÓN (301)

«Cuando llegué a la Casa Rosada, lo primero que hice fue enterarme de cómo era el organismo estatal que yo debía manejar. Me encontré con que había un despacho general, con un oficial mayor, que es el que les pone el sello a los decretos y después se para detrás del presidente y le dice: "media firma" o "firma entera", según el caso. Ese era un organismo. El otro era el jefe de la Casa Militar, del cual dependen los edecanes, y que da las audiencias a la gente que ha de recibir el presidente. Un tercero es el secretario privado, que contesta las cartas de los que piden. El cuarto organismo era el secretario político, que reparte los puestos. Esa era

la organización del gobierno cuando yo llegué a la Casa Rosada», sostuvo Perón durante una reunión partidaria, poco más de un mes después de asumir la presidencia. (302)

No es cierto que no supiera cómo era el funcionamiento, porque durante los años de la revolución de 1943, había estado muy cerca de la dependencia. Pero debía reorganizar su funcionamiento si quería cumplir con sus objetivos. Tenía en claro las ideas, había que diseñar la forma.

El general Perón asumió la presidencia acompañado de apenas ocho ministros, que era la cantidad que permitía la Constitución Nacional: Ángel Gabriel Borlenghi en Interior, Juan Atilio Bramuglia en Relaciones Exteriores y Culto, Ramón José Cereijo en Hacienda, Belisario Gache Pirán en Justicia e Instrucción Pública, Juan Carlos Picazo Elordy en Agricultura y Juan Pistarini en Obras Públicas; el general José Humberto Sosa Molina como ministro de Guerra y el contralmirante Fidel Amadón en el Ministerio de Marina. Y eso era todo.

Después de tomarles el juramento de rigor, el primer decreto que firmó fue la designación de José Figuerola en la Secretaría Técnica, el mismo funcionario que había encontrado tres años antes en el viejo Departamento Nacional de Trabajo. (303)

«Eran los jefes de equipo de ejecución que se habían preparado y que ya operaban en la secretaría de Trabajo y Previsión y en el Consejo Nacional de Posguerra, de modo que al asumir la presidencia ya tenía formado el gabinete. Les dije, tienen una semana, vayan al ministerio, desaten el paquete y vean qué nos han dejado. Fue una semana en la que nadie se movió del lugar de trabajo, vivíamos a sándwich de lomo. Teníamos un metro y medio de carpetas con planes para realizar. Convoqué al secretario de la Presidencia y le dije: "Esos planes los guarda hasta podamos ponerlo en marcha"», dijo Perón muchos años después en una entrevista con Pino Solanas. (304)

La nueva secretaría tenía como misión la planificación, la coordinación y la ejecución de todas las cuestiones vinculadas a las esferas financieras, económicas y sociales, además de recopilar información, orientar las estadísticas, elaborar los datos y responder las demandas específicas del poder ejecutivo. La creó con rango ministerial, bajo su dependencia, porque necesitaba una estructura de coordinación administrativa que pudiera sobrevolar las posibles oposiciones políticas internas para elaborar el plan de gobierno y también para ir creando estructuras de coordinación transversal. Además, tenía claro que el éxito de la gestión dependía del tiempo que les demandara materializar sus promesas y, para ello, debían reordenar la economía y también los recursos técnicos y administrativos del Estado. (305)

Con la cobertura de su especificidad técnica, la secretaría creó en torno del presidente una estructura organizativa que estaba por encima de los ministerios, al tiempo que no era advertida como una amenaza política. Figuerola no tenía ningún apoyo político o social, más que el del mismo Perón. Pasó desapercibido en el ámbito local, aunque en agosto de 1946, el embajador norteamericano Messersmith escribió en su informe: «Figuerola está muy cerca de Perón y quizá no haya nadie tan cerca de Perón como Figuerola que goza de la completa confianza del presidente». (306)

Hubo otra persona que advirtió la influencia del funcionario, y esa fue Eva. El embajador español José María de Areilza, aseguró en sus *Memorias* que Figuerola «fue uno de los cerebros de la Casa Rosada donde tenía su despacho. Redactó el plan de los cinco años; hizo la reforma administrativa y el censo de la nación. Los progresos sociales de la etapa peronista fueron en gran parte obra de los proyectos de ley de Figuerola. […] Evita tenía celos de que Figuerola —extraordinario y eficaz burócrata— influyera mucho en la política del gobierno y en el propio general, recortando con ello su propio poder». Después, agregó que Evita le dijo: «¿Es usted muy amigo

del gallego Figuerola? Pues sepa que es un sinvergüenza y un traidor». (307)

Lo cierto es que Figuerola, que no era gallego, sino catalán, trabajaba organizando las estructuras y las formas de gestión, solicitando los proyectos elaborados por los ministerios para armonizarlos. El 1 de julio de 1946 se creó el Consejo Económico y Social (CES), que funcionó como una comisión reducida con la conducción de un presidente y del mismo Figuerola, integrada por dos representantes de los organismos oficiales, dos de los trabajadores y dos de los patrones.

Y acá entró en escena el otro hombre fundamental en los primeros años de gobierno: Miguel Miranda, presidente del Banco Central desde marzo de ese año, que fuera designado por el presidente Farrell, y ahora nombrado por Perón también al frente del CES. (308)

Desde el exilio, y tras explicar que la recuperación que se proponía costaba alrededor de treinta mil millones de pesos que no tenía, Perón contó que decidió convocar «a una reunión privada a los técnicos en economía más calificados en el concepto de algunos asesores económicos», y relató:

> Me perdí diez horas explicándoles mis planes y dándoles todos los datos necesarios para encarar el problema. Se fueron luego a estudiar y tres días después nos reunimos de nuevo para considerar soluciones. Confieso que quedé defraudado pues, conversaron mucho, no dijeron nada y lo poco que trajeron no lo entendí, porque lo hicieron en una terminología tan rara y tan confusa que dudo que ellos mismos se entendieran. La reunión terminó un poco intempestivamente pues uno de ellos me dijo: «Señor, usted debe gastar tantos miles de millones que no tiene. Si no tiene dinero, ¿cómo quiere comprar?», a lo que yo respondí: «Amiguito, si yo tuviera el dinero no lo habría llamado a usted, habría comprado» y aquí terminó la entrevista. (309)

Después, Perón contó que se había convencido de que no era una cuestión de técnicos, sino de comerciantes, y decidió llamar a

Miranda. Le explicó lo de la reunión con los funcionarios y se produjo este diálogo:

> —¡General! ¿Usted cree que si fueran capaces de algo estarían ganando un sueldo miserable como asesores?
> —Pero Miranda, ¡vea que hay que comprar mucho y no tenemos dinero!
> —Esa es la forma de comprar, sin dinero. ¡Con plata compran los tontos! (310)

El presidente Perón tenía muy presente la historia personal de Miranda, al que llamaban el «zar de las finanzas» y el «rey de la hojalata». Había nacido en Buenos Aires en 1891, era hijo de inmigrantes españoles. Desde los doce años trabajó en un taller de hojalatería y luego ingresó en la empresa Bunge & Born. Empezó como aprendiz, después fue capataz, luego ayudante de contador y, finalmente, corredor. En 1918 se independizó e inauguró un pequeño taller donde fabricaba botones. Siete años después, estableció su propia fábrica de cromo-hojalatería. En 1930 ya era dirigente de la Unión Industrial Argentina (UIA) y, tres años más tarde, los Talleres Miguel Miranda de Hojalatería Mecánica, ubicados en Directorio y Puan, en el barrio de Caballito de la ciudad de Buenos Aires, ocupaban a unos trescientos trabajadores de ambos sexos y tenían inversiones en Argentina y en Uruguay. (311)

Miranda vivía con su familia en una casa al lado de la fábrica y dirigía personalmente su negocio. Era parte de esa burguesía de origen inmigratorio que, como describía Arturo Jauretche, carecía de «berretines y complejos». Se había hecho «desde abajo». (312)

El embajador español José María de Areilza lo describió como:

«…un hombre de aspecto vulgar, rechoncho, con cara de listo, nariz respingona y unos ojos claros, saltarines y alegres. Tenía, a pesar de su fama de ministro despótico y seco, una inmensa simpatía humana, contagiosa y risueña. Su voz aflautada daba más gracia a su conversación íntima, repleta de modismos del porteño coloquial y de juicios críticos, atroces y veraces, de muchas cosas y

personas que le rodeaban. Su despacho se hallaba en la misma Casa Rosada en el extremo opuesto al despacho presidencial. Era un buen gastrónomo y me pedía platos españoles cuando venía a almorzar a la Embajada. Era fumador de grandes habanos, en cadena, y le gustaba el coñac a cualquier hora. Era un verdadero patriota criollo. […] Había sido militante socialista. Era poco partidario de libros y teorías, haciendo burla de economistas y profesores. Procedía por intuición, en grandes ráfagas del sentido común.» (313)

«Este es mi hombre», dijo Perón y aseguró que Miranda «fue desde entonces el artífice de esa tremenda batalla que se llamó la recuperación nacional que culminó con la independencia económica argentina». (314)

Empezó primero repatriando la deuda externa. El 17 de julio de 1946 se anunció el rescate total de lo que se debía en dólares y francos, y lo hizo con las divisas acumuladas por la provisión de cereales, armas y carnes durante la guerra. (315) Después, Miranda le dijo a Perón: «General, vamos a empezar por los ferrocarriles ingleses». (316)

Sin embargo, el acuerdo con los ingleses se empantanó y la primera nacionalización fue la de los teléfonos, que se realizó con la directa intervención de Cereijo, el ministro de Hacienda, y sin la participación de Miranda. Usaron el decreto 15.349 de Farrell, el de las sociedades mixtas, y se creó la Empresa Mixta Telefónica Argentina (EMTA), con capitales privados y estatales. (317)

La historia de la telefonía en Argentina había comenzado en 1881, cuando se instalaron las compañías Gower Bell, de origen británico; la Continental de Teléfonos Bell Perfeccionado, con capitales norteamericanos, y la Societé du Pantéléphone, de Bélgica. Cinco años después, en 1886, las tres empresas se fusionaron y crearon la Unión Telefónica (UT), con capitales ingleses.

En 1920, durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen, se intentó nacionalizar el servicio, pero se opuso la compañía y también la

Asociación Argentina de Comercio, que argumentó que Francia e Inglaterra habían fracasado con un intento similar por mala administración y caída de la productividad. «No cometamos el error patriótico de quererlo explotar todo por el Estado, si no deseamos retrogradar al igual que otras naciones», sostuvieron los comerciantes.

En 1929, la norteamericana International Telephone and Telegraf Corporation (ITT), con el financiamiento de los grupos Morgan y Mellon, compró a los ingleses la UT de la Argentina, al mismo tiempo que adquirieron las telefónicas de México, Chile, Uruguay y Brasil. Pero con la guerra, las inversiones de la firma decayeron. Había dificultades para la importación de equipos y la empresa no pudo responder a la demanda. En 1944, el Consejo Nacional de Posguerra dispuso una valuación del patrimonio de la UT con la idea de nacionalizarla.

Finalmente, el 3 de septiembre de 1946 se firmaron los contratos en un acto encabezado por el presidente Perón; el ministro Cereijo; el presidente de la ITT de Nueva York, coronel Sosthenes Behn; el encargado de negocios para Sudamérica, Bill Arnold; y el embajador norteamericano, George Messersmith. De este modo se creó la Empresa Mixta Telefónica de Argentina (EMTA).

El Estado adquirió los activos de la empresa por trescientos diecinueve millones de pesos moneda nacional, unos noventa y cinco millones de dólares, y además tomó a su cargo el rescate de los títulos por deuda de la compañía por unos ciento treinta millones de pesos. Se firmaron, además, otros dos documentos *ad referendum* del Congreso, por los que la ITT fue contratada para el asesoramiento técnico, y por los que la Standard Electric Argentina S. A., de propiedad de la ITT pero que se había radicado en el país en 1925, suministraría el material telefónico durante diez años.

En septiembre de 1946, los acuerdos fueron convertidos en la ley 12.894 por el Congreso Nacional, con la crítica de la oposición que

cuestionó el costo y las obligaciones contraídas. Por su parte, el ministro Cereijo afirmó que el monto abonado era «muy inferior al valor actual de los bienes de la empresa» que, según el informe de los peritos, oscilaba entre los quinientos y los setecientos millones de pesos.

Lo cierto es que la instalación de aparatos telefónicos recuperó los niveles de los tiempos anteriores a la guerra, alcanzando en dos años un incremento en el servicio del trece por ciento. En 1948, con la conversión del sistema de la Central Mitre, Buenos Aires se convirtió en una de las pocas ciudades del mundo que poseía todos los teléfonos automáticos. La EMTA ocupaba entonces el noveno lugar entre las empresas públicas telefónicas del mundo detrás de Inglaterra, Francia, Rusia, Japón, Australia, Suiza y Holanda.

Pero si las nuevas empresas eran mixtas, es decir, con participación del Estado y también del capital privado, y este seguía teniendo alta injerencia en la prestación de los servicios públicos, ¿por qué hablaron de nacionalización?

Quien respondió esta pregunta fue el mismo Miguel Miranda cuando, a fines de 1946, puso en sus cargos al directorio de la EMTA:

«¿Qué se busca con la formación de sociedades mixtas? En primer lugar, obtener la argentinización (fíjense que digo argentinización y no nacionalización) de las grandes compañías de servicios públicos de capitales foráneos. Este propósito no responde a ningún principio de hostilidad hacia el capital extranjero sino a una bien entendida defensa de nuestro interés económico pues ha de saberse que nuestro país gira anualmente más de quinientos millones de pesos por servicios de los capitales al exterior. Para advertir lo que este constante y repetido drenaje de fondos, que se van y no vuelven, representan para nuestra economía basta recordar que por la exportación de todo nuestro excedente de carnes, solo recibimos unos cuatrocientos millones de pesos por año. […] En

segundo lugar, con la formación de sociedades mixtas deseamos alcanzar: a) la participación del ahorro nacional en empresas industriales; b) la cooperación y la participación de los obreros y empleados de las empresas en la dirección y beneficios de las mismas.» (318)

Pero no funcionó. En marzo de 1948, el decreto 8.104 retiró la personería jurídica a la EMTA. El ministro del Interior, Ángel Borlenghi, aseguró que «el capital privado no demostró tener interés suficiente para intervenir en la financiación y sostenimiento de la empresa». En 1949, el gobierno creó la empresa Teléfonos del Estado, que pasó a depender de una Dirección General creada para ese fin. (319) Lo que sí se hizo efectiva fue la nacionalización del servicio.

El 22 de septiembre de 1946 fueron puestos en funciones los cargos directivos del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI). Presidido por Miranda, el directorio estaba integrado por cuatro representantes del Estado: el Ministerio de Agricultura, la Secretaría de Industria y Comercio, el Banco Nación, el Banco de Crédito Industrial, y otros cuatro de sectores de la industria, el comercio, la ganadería y la agricultura. Miranda centralizó las tres herramientas económicas fundamentales: el Banco Central, el Consejo Económico Social y el IAPI.

Aunque quedó en el imaginario colectivo como el organismo que compraba las cosechas a los productores para venderlas al exterior durante el gobierno peronista, fue mucho más que eso. Un informe de 1948, publicado en los diarios, da cuenta de su verdadera envergadura: «… como una pieza de fondo de la reforma bancaria argentina. El IAPI ha contribuido a consolidar el nuevo sistema bancario argentino, que ha puesto el capital al servicio de la producción que ha substituido el capitalismo monopolista de explotación, por las nuevas formas argentinas del capitalismo social,

propugnados del bienestar colectivo y del mejoramiento en las condiciones de vida de las clases sufrientes y humildes». (320)

En su investigación sobre la experiencia del primer peronismo en cuanto al comercio exterior, Susana Novick enumera las funciones del IAPI. Además de la compra de cereales a los productores, fue el gran financiador de las reparticiones públicas nacionales para la compra de bienes de capital, y también de los gobiernos provinciales que recibieron fondos para la compra de camiones, tractores y equipos para obras viales. Intervino en la adquisición de los ferrocarriles, teléfonos y buques para la Marina Mercante, y también benefició al sector privado en la industria frigorífica, la metalúrgica y la jabonera, además de crear un sistema de autoseguro para cubrir riesgos de empresas con mercaderías de propiedad del instituto almacenadas en depósitos propios o arrendados.

También actuó como regulador del mercado interno comprando productos que no encontraban colocación, fijaba los precios de las mercaderías, adquiría excedentes de sobreproducción y se comprometía a no venderlos en el mercado interno; creaba comisiones mixtas para afrontar las crisis de algunos productos o compraba materia prima que entregaba a los industriales para que la procesaran por cuenta y orden del instituto.

En las actividades productivas que eran prioritarias, se entregaron créditos sin obligación de devolución para campañas de fomento de la producción agropecuaria, para planes de lucha contra las plagas y para la compra y distribución de semillas. Vendía a menor precio productos en zonas perjudicadas por fenómenos climáticos haciéndose cargo del déficit, pagaba adicionales a productores en zonas de sequía y promovía la venta de productos a precio de costo a la industria local.

En cuanto al abastecimiento, llegó a la expropiación de productos escasos y la distribución directa a los consumidores, además de subsidiar algunos productos de consumo masivo para mantener el

nivel del salario real. Para cumplir con los cupos de exportación, el IAPI sostuvo a los frigoríficos cuya actividad había sido afectada por la sequía, igual que a otras producciones agrícolas.

La misma investigadora clasificó sus tareas en el orden externo en el financiamiento a países extranjeros para realizar compras en el mercado argentino, sobre todo de alimentos, y encargó a astilleros europeos la construcción de naves de pasajeros y de carga refrigerada, con lo que se aumentó la flota mercante nacional. Y, por supuesto, su principal tarea fue colocar los productos argentinos en el mercado internacional gestionando los mejores precios. Firmó acuerdos comerciales con países sin liquidez por causa de la guerra como Suiza, Hungría, Italia, Países Bajos, Noruega, Finlandia, Dinamarca y Suecia; estas naciones, a su vez, proveían maquinarias o productos necesarios para el desenvolvimiento de la industria nacional, como arpillera, cemento, caucho, madera y material de transporte, que eran colocados a precios promocionales en el mercado local. «No solo se controlaba qué mercadería importar a qué precio y con qué aranceles, sino también qué debía producirse en el país —al determinar precios de cereales y carnes— y a quiénes debíamos vendérselo en el exterior. Se regulaba el abastecimiento interno y se protegía a la industria nacional». (321)

De esta forma, el IAPI llevaba a la práctica la Tercera Posición que Perón impulsaba en los tiempos de la posguerra, que pretendía la no alineación con las dos potencias que entonces se disputaban el mundo: los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La oposición vociferaba en las sesiones de la Cámara de Diputados con argumentos que defendían la «libertad de comercio». Cuestionaba que las ganancias obtenidas por el IAPI no volvían al productor rural y, por supuesto, también las denuncias sobre supuestos negociados.

Pero lo que sí era claro es que el IAPI fue el gran sostenedor del aumento de los salarios reales. Al centralizar el comercio exterior,

pudo cortar el vínculo hasta entonces automático entre los precios internacionales y los nacionales de los bienes agropecuarios. (322) Se dejaron de pagar los alimentos a cifras exorbitantes, como había sucedido anteriormente cuando los ingleses comían carne de primera y barata mientras que las familias trabajadoras de la Argentina debían contentarse con las sobras y muy caras.

La taba se había dado vuelta y el monopolio de la exportación lo tenía ahora el Estado y no las cuatro firmas cerealeras de siempre: Bunge & Born, Louis Dreyfus y Cía., La Plata Cereal y Luis De Ridder Ltda. A pesar de ser acusado de autoritario por meterse donde no le correspondía, lo cierto es que el gobierno no expropió a las cerealeras, sino que se superpuso a ellas imponiéndoles sus normas: le compraba al productor a mejores precios de lo que le pagaban antes, y lo vendía al exterior discutiendo precios en el mercado mundial. Lo que retenía no era más que una buena parte de la renta diferencial que antes se la quedaban los consorcios. (323) Complementó esta tarea con la nacionalización de los puertos y los elevadores de granos manejados por las grandes cerealeras.

Aunque no eran los únicos que se llenaban de dinero. Jorge A. Ramos lo explica, pero mirando desde abajo, y lo describe como «las dinastías de un vasto reino integrado por explotadores menores de distinta importancia y que en su conjunto integraban el sistema de comercialización y financiación de las cosechas. La estructura comenzaba con el acopiador de pueblo rural, seguía con los propietarios de almacenes de ramos generales, comisionistas, especuladores y llegaba a los exportadores de granos, el nivel más alto en el mecanismo del despojo al productor».

Asimismo, Ramos escribe: «El fraude en las "pesadas" y liquidaciones era legendario. Se le pagaba parte en "especie" y se llevaban las libretas contabilizadas por los propios comerciantes. Cuenta Manuel Ortiz Pereyra que a los chacareros en un pueblo del sur de la provincia de Buenos Aires un almacenero italiano les

anotaba en su libreta, entre otros muchos artículos comprados, la venta de tantos pesos en concepto de "Persicola". Uno de ellos preguntó después de varios años de pagar la "Persicola" qué producto era ese. Y el comerciante, que era italiano, respondió: "Ma, eso va per si cola. Si non cola, non va"». (324)

No solo los productores se vieron libres del robo por goteo durante años, sino que, además, en un plazo promedio de doce días, cobraban el ciento por ciento del importe de su cosecha en una sucursal de un banco de su zona. (325)

Era lo que tantas veces Perón había visto en sus tiempos de subteniente en los pueblos de las provincias hacía más de cuarenta años y que le había hecho exclamar: «Si algún día puedo, esto será lo primero que remedie». (326)

Fue el IAPI el gran motor del Primer Plan Quinquenal 1947-1951, que el presidente Perón presentó el 21 de octubre de 1946, a un año de la histórica jornada del 17 de octubre, que lo había llevado adonde ahora estaba. Más de dos décadas después, explicó:

> Cuando llegó el momento lanzamos el Primer Plan Quinquenal que eran setenta y seis mil obras. Indudablemente, al lanzar estas setenta y seis mil obras todo se puso en movimiento, el país rompió la inercia, se puso en marcha el plan de desarrollo. La primera consecuencia fue que esos ochocientos mil desocupados se ocuparon en dos o tres meses. Cuando se ocuparon los ochocientos mil desocupados, los salarios subieron solos, porque cuando hay plena ocupación al salario no hay que impulsarlo, sube solo. Cuando subieron los salarios el poder adquisitivo de la masa popular, que es el verdadero consumo, eso tonificó inmediatamente al comercio que se adecuó para responder la demanda de ese consumo multiplicado. Eso demandó a la industria la transformación necesaria para la distribución por el comercio. En consecuencia, la industria se puso en marcha y todo el mundo comenzó a pensar en el desarrollo industrial. Tan pronto se puso en marcha la industria y comenzó a necesitar materia prima la producción, hubo de abastecérsela. Y así, el ciclo de la producción, la transformación, la distribución y el consumo quedaron en proceso de aumento. […] Naturalmente que la habilidad nuestra —agregó— no fue otra que mantener esos cuatro factores del ciclo económico bien nivelados. El desarrollo es como el apetito que viene comiendo. (327)

El presidente presentó el Plan Quinquenal frente a una Asamblea Legislativa convocada para ese fin. Lo hizo acompañado por Figuerola, con quien compartió la exposición, en un gesto inédito que no volvería a repetirse: ver a Perón en un mismo escenario con alguien que no fuese Evita. Durante su discurso, explicó la razón de la modalidad: «En primer término hay que distribuir las tareas con inteligencia: el estadígrafo va a exponer la situación, el estadista dará los objetivos y el técnico ha de indicar el camino para alcanzarlo. La distribución del trabajo debe hacerse racionalmente; y respetar a cada uno en lo que cada cual sabe, es normalmente el mejor camino para llegar al éxito». (328)

Por primera vez en la historia nacional, un gobierno elaboró un plan de cinco años en el que se expresaban los objetivos sociales, políticos y económicos a alcanzar, los recursos que se iban a emplear, y quiénes lo ejecutarían.

¿Por qué ningún gobierno antes del de Perón lo había intentado? Él mismo lo respondió en las clases de la Escuela Superior Peronista tiempo después: «Sea por la gravitación de los grandes intereses imperialistas que trababan el lógico desarrollo de nuestra economía e identificaban sus propios problemas con los del país; sea por la modalidad de nuestros gobernantes, que imbuidos del liberalismo de la hora, se creían vedados de intervenir en la solución y planteo de los grandes problemas; sea también en gran parte debido a la falta de capacitación de la llamada clase dirigente, el hecho es que la República llegó hasta nuestro tiempo sin una organización adecuada, consecuencia de una falta de conducción integral». (329) Dicho sin tanta retórica, sucedía que la Argentina debía responder a los objetivos que fijaban los centros de poder externos en connivencia con los locales, que eran quienes manejaban la economía nacional. El país, endeudado desde siempre, debía cumplir con sus compromisos.

En un largo discurso, explicó que el programa de cinco años estaba compuesto por un «plan sintético» donde se exponían los grandes objetivos, y un «plan analítico» en el que cada ministro y secretario de Estado presentaba sus propuestas. «Me queda a mí después la tarea de vigilar y coordinar la ejecución», aseguró. (330)

El plan estaba dividido en tres tomos. El referido a la Gobernación del Estado abarcaba los capítulos sobre la política, la salud pública, la educación, la cultura, la justicia y la política exterior. El segundo era el de Defensa Nacional, con un capítulo único sobre el Ejército, la Marina y la Aeronáutica. Y el tercero era el de la Economía e incluía la población, la obra social, la energía, los trabajos públicos, el transporte, la producción, el comercio exterior y las finanzas.

La propuesta fue exhaustiva y se reunió en un volumen que superó las quinientas páginas. Cada capítulo iba acompañado por un proyecto de ley que debía aprobar el Congreso. Un total de veintisiete leyes: la de creación del cuerpo de abogados del Estado, la de modificación del Régimen Municipal de la Capital Federal, la del voto femenino, la de derechos electorales para los suboficiales de las fuerzas armadas, la de organización de la sanidad y la de construcción de establecimientos para atender la salud pública. Seguía la ley de bases sobre la educación primaria, secundaria y técnica, y la de reforma universitaria; la ley de reorganización de la justicia federal, la de extensión del fuero del trabajo, la de regulación de las funciones notariales y la de creación de la jurisdicción contencioso-administrativa; la ley de organización del servicio exterior, la de inmigración, colonización y oblación; la ley de arrendamientos rurales y de aparcería; la ley de accionariado obrero, la de seguro social y la de fomento a la vivienda. También leyes sobre la energía y la de reorganización de la Dirección Nacional a cargo; la de pesca y caza marítima; la de defensa de la riqueza forestal; la de creación del Centro Nacional de Investigaciones

Agropecuarias; la de fomento de la industria nacional y la de modificación de la Ley de Aduanas.

En el caso de la salud pública, por ejemplo, el secretario Ramón Carrillo fue tan minucioso que su planificación iba acompañada de cuadros con la especificidad de cada obra, lugar geográfico, cantidad de población a atender y el costo.

«Todo bien estudiado, bien planeado en lo sintético, bien planificado en lo analítico y con el pueblo convencido es un partido en el que habrá muy poca gente que patee contra nuestro arco», sostuvo el presidente a quien no solo le preocupaba el entorpecimiento que presentaría la oposición, que estuvo ausente en la Asamblea Legislativa y que iba a cuestionar cada una de las leyes del plan, sino también las diferencias internas dentro del mismo peronismo que no estaban resueltas. (331) Además, había que convertir en leyes un total de quinientos ochenta decretos que se habían firmado durante el gobierno de facto y que fueron aprobados entre diciembre de 1946 y agosto del año siguiente. (332)

En una nota publicada en la revista *Primera Plana* en la década de los sesenta, el entonces presidente de la Cámara de Diputados, Ricardo Guardo, explicó cómo se manejaban en el parlamento:

«Perón nos vinculó a Diego Luis Molinari, presidente del bloque de Senadores, y a mí, directamente a las funciones de gobierno. Concurríamos todas las mañanas a la Casa Rosada. A eso de las seis y cuarto ya estábamos ahí, como perros de estancia. […] Luego nos sentábamos en el despacho a conversar con el Presidente sobre todos los problemas que se iban a tratar en las cámaras. […] Perón comentaba los debates parlamentarios del día anterior y los temas que se iban a tratar esa tarde. […] Hay que tener en cuenta —continuó— que debimos enfrentar a una oposición cerrada, dura, constituida por cuarenta y nueve diputados con experiencia parlamentaria y habilidad oratoria. Nosotros, en cambio, teníamos ciento nueve que eran una mezcla de radicales, conservadores,

socialistas, trotskistas, nacionalistas y sindicalistas que componían un bloque difícil de manejar.» (333)

En 1947, por esa inexperiencia, el diputado opositor radical Ernesto Sanmartino los había calificado como «aluvión zoológico».

Años después, Perón recordó cuánto le costó organizar a su recién nacido movimiento. «No había homogeneidad. Me pasó el hecho curioso de que el Partido Laborista había ganado diputaciones con una lista de hombres que se armó horas antes de que se venciera el plazo para presentarla. En este sentido, las primeras reuniones de la Cámara fueron terribles por la falta de un plan y porque no había una ideología común entre la gente que constituía el bloque». (334)

Las discusiones entre facciones del laborismo y la Junta Renovadora, que ya se habían expresado durante la campaña electoral, se acentuaron. El presidente de la Cámara de Diputados, Ricardo Guardo, debía hacer malabares para que se pusiera de acuerdo el subbloque de sesenta y cuatro legisladores laboristas con los veintisiete de la Junta Renovadora, los tres de los radicales yrigoyenista de Salta y Jujuy, los cuatro radicales de La Rioja, los dos independientes y los otros seis que no decidían dónde ponerse. Cada uno respondía a sus autoridades partidarias. (335)

La primera disidencia se produjo a un par de meses de iniciado el gobierno y fue por la aprobación de las Actas de Chapultepec, un acuerdo panamericano firmado el 6 de marzo de 1945, durante la conferencia realizada en México, por el que se establecía un pacto de solidaridad entre los países americanos y que ampliaba la Doctrina Monroe de 1823 que avalaba la intercesión de los Estados Unidos ante cualquier intervención europea en el continente. Este nuevo acuerdo incluía, además, el ataque o la sanción a las propias naciones americanas, que luego fue completado en 1947 por el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), y al año

siguiente por la creación de la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Una vez restablecida la democracia en la Argentina, Estados Unidos le pidió al gobierno de Perón que el Congreso ratificara el pacto, lo que provocó la reacción de los nacionalistas que lo habían apoyado en su carrera a la presidencia. En el Senado se aprobó por unanimidad, pero en la Cámara de Diputados, el bloque radical se abstuvo y el acuerdo internacional logró nada más que ochenta y tres votos afirmativos contra siete negativos de los propios peronistas liderados por John William Cooke. (336)

Era un desorden que no podía continuar, insistía Perón, quien recordó: «Por esto se me ocurrió organizar el Partido Único de la Revolución Nacional. […] Esto generó la desaparición del Partido Laborista que había encauzado electoralmente a las fuerzas sindicales y me preocupé para que en su carta orgánica se incluya la incorporación de sindicatos, agrupaciones gremiales, centros políticos, afiliados individuales y, muy especialmente, quedó establecido que en ningún caso podían integrar el PURN personas de ideas totalitarias o integrantes de la oligarquía». (337)

Las autoridades de cada una de las fuerzas renunciaron para sumarse a la nueva organización, que adoptó el lema: «Todos serán artífices del destino común, pero ninguno instrumento de la ambición de nadie», y el escudo que aún hoy representa al Partido Justicialista.

Sin embargo, el intento fracasó, sobre todo porque el laborista Cipriano Reyes se negó a disolver su partido. (338) En enero de 1947 se reunió un Congreso Constituyente en el que se decidió crear el Partido Peronista, utilizando el apellido del líder que los aglutinaba y que facilitaba superar los conflictos. (339)

«Yo no quería que esto sucediera —aseguró después Perón— pero descubrí fácilmente que la unidad dentro de la diversidad, sino de principios por lo menos sí de medios, estaba sintetizada en mi

persona. Decidí entonces dos cosas: aceptar el personalismo político que la realidad me imponía, e intentar al mismo tiempo erigir un congreso partidario que pusiese en claro las cosas. Yo sería el conductor». (340)

No eran tiempos de discusiones internas. Existían muchos frentes que el gobierno debía enfrentar. Por un lado, los poderes económicos internacionales, y por eso el presidente había pedido que se aprobaran las Actas de Chapultepec. Antonio Cafiero, entonces un dirigente universitario, contó que él le había preguntado: «¿Cómo usted que ha promovido la soberanía de la República, aceptó ese pacto ignominioso que nos ata a los Estados Unidos?» Perón le respondió: «Jovencito, nunca escapa el cimarrón cuando dispara por la loma». (341)

El otro frente lo conformaban todos los partidos políticos y la prensa. Pero el más grave era la Corte Suprema, integrada por cinco jueces más el procurador general, todos ligados a la oligarquía y que habían sido designados durante la Década Infame, salvo uno que fue exceptuado. El 30 de abril de 1947, la Cámara de Senadores los destituyó por unanimidad acusados, fundamentalmente, por haber avalado los golpes de Estado de 1930 y 1943. (342)

El 9 de julio de ese año, en la Casa Histórica de Tucumán, el presidente Perón declaró la independencia económica de la República Argentina, en el mismo sitio en el que ciento treinta años antes se había proclamado la independencia política de España y de toda otra dominación.

Urgía la organización porque había mucho para hacer y porque, además, en breve, se sumarían también las mujeres. Dentro de las leyes que se presentaron al Congreso por el Plan Quinquenal, fue la del sufragio femenino. En ese mismo enero de 1947, Eva Perón inició una campaña radial para presionar a los legisladores que se hacían los distraídos y el proyecto no avanzaba. Los opositores, pero también los peronistas.

«La mujer argentina ha llegado a la madurez de sus sentimientos y sus voluntades. La mujer argentina debe ser escuchada, porque la mujer argentina supo ser aceptada en la acción. Se está en deuda con ella. Es forzoso restablecer, pues esta igualdad de derechos, ya que se pidió y se obtuvo, casi espontáneamente, esa igualdad en los deberes», dijo Eva, el 27 de enero de 1947, en su primer mensaje pronunciado por LRA Radio del Estado y la Red Argentina de Radiodifusión.

Dos meses después, el 19 de marzo, cerraba la campaña con estas palabras:

> Debemos facilitar a las mujeres que llegarán después de nosotras, la base de operaciones, para exaltar y realizar, nuevas preocupaciones y nuevas complejidades de gobierno. Debemos asimismo, entregar al hombre el valor de nuestro pensamiento armónico, del exacto sentido de la realidad. Dígase lo que se quiera, la mujer argentina posee la sutileza de discriminar entre lo aceptable y lo desechable. Su intuición estará, pues, al servicio de un sistema de ideas y hechos políticos, en cuyo democrático manejo revelará probidad, versación y aguda percepción de los intereses que le atañen directamente, para la conservación de su hogar, su familia, su fe y su trabajo. Si la mujer sabe remediar o rehacer; si la mujer sabe trabajar y sufrir; si la mujer se ve obligada a asistir y ser actora en el drama de la existencia cotidiana, también la mujer sabrá votar, vale decir, obrar, opinar, dar fe de su destino. (343)

Evita, sin ocupar cargo alguno en el gobierno, fue adquiriendo, de a poco, cada vez más protagonismo. Al comienzo actuaba en forma desordenada: podía asistir a un acto gremial y luego repartir juguetes en el Hotel de Inmigrantes; o pronunciar un discurso por radio sobre el abaratamiento de la vida y después visitar la Cámara de Diputados para impulsar el proyecto del voto femenino. Más tarde comenzó a trabajar tres días por semana en una oficina del cuarto piso del edificio de Correos y Telégrafos. En ese lugar atendía a quienes querían hablar con Perón. No solamente colaboraba con su marido, sino también aliviaba la tarea de su hermano, Juan Duarte, que ahora era el secretario privado del presidente. Después, se

trasladó al Ministerio de Trabajo y Previsión, en el mismo edificio donde había nacido la Secretaría de Trabajo y Previsión, en el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires.

Muy pronto, la oposición centró sus ataques en ella, quien, sin ostentar ningún cargo, emprendió una gira por Europa. «En 1947 llegó una invitación oficial para que visitemos España. Asuntos importantes de gobierno me obligaron a renunciarla, pero decidí que Eva fuese con un pequeño séquito de personas, entre las cuales, el conocido armador Alberto Dodero se encargó de los gastos del viaje. Junto con la invitación de España, llegó también la de Italia, Portugal y Francia», relató Perón.

El viaje incluía la donación de varias toneladas de trigo para mitigar el hambre de España e Italia, empobrecidas por la guerra, y significaba, además, un gesto de independencia frente a los Estados Unidos que pretendía excluir del Plan Marshall a las naciones vencidas en la guerra y castigar a otras como la Argentina que habían permanecido neutrales.

Evita permaneció dos meses en Europa. Dieciocho días los dedicó a recorrer distintas ciudades de España, aclamada por multitudes que admiraban su belleza y agradecían la ayuda de la Argentina en momentos tan difíciles. Recibió además la Gran Cruz de Isabel la Católica, la más alta condecoración otorgada por el gobierno español que el generalísimo Francisco Franco le entregó en el Salón Grande del Palacio Real. Luego saludó desde los balcones a la muchedumbre, unas cuarenta mil personas amontonadas en la Plaza Oriente. (344)

Después, visitó Italia, Portugal, Francia y Suiza. Pero, según Perón, lo que más la conmovió fue la audiencia en el Vaticano, y así lo relató: «Entrando en la Plaza de San Pedro, me dijo, tuve la impresión de haber entrado a otro mundo. Roma parecía alejada mil millas y casi ni se sentían los rumores. En el Vaticano todo era quieto, silencioso, ordenado, maravilloso. Aquel pequeño Estado que

vive en torno de una majestuosa Basílica, es un continente. El Papa me pareció una visión. Su voz era como un sonido, moderado y lejano. Me dijo que seguía muy de cerca tu obra, que te consideraba un hijo predilecto y que tu política ponía en práctica de manera más que laudable, los principios del Cristianismo», muy parecido a lo que Perón le había escrito más de diez años antes a su cuñada María Tizón. (345)

El viaje a Europa fue un éxito. Evita fue admirada y aplaudida en los salones más ilustres, y no tuvo mayores inconvenientes, salvo algunas manifestaciones de grupos de izquierda que asociaban el nombre de Perón al de Hitler y al de Mussolini.

Volvió distinta. La primera señal fue su atuendo: simplificó su peinado y olvidó las grandes galas para adoptar el traje sastre que, desde entonces, quedó asociado a su nombre. Luego se dedicó a acelerar la sanción de la ley del voto femenino que había quedado detenida en la Cámara de Diputados. Lo consiguió un mes después de su regreso. El 9 de septiembre de 1947 fue sancionada, y promulgada el 23 de septiembre cuando fue entregada a Evita en nombre de todas las mujeres argentinas en un acto en Plaza de Mayo.

Más tarde se abocó a la organización de una fundación dedicada a atender los casos que escapaban al control y a la actividad del Estado.

Según Perón, la idea nació en el ámbito doméstico. Afirmó que una noche, en la mesa, al contarle el proyecto, «parecía una máquina calculadora». Cuando terminó de exponer, él le preguntó:

—Y dónde están los fondos?
—Muy sencillo, comenzaremos con los tuyos…
—¿Con los míos? ¿Y cuáles?
—Tu sueldo de presidente.

«El primer decreto ley relacionado con la Fundación fue emitido por mi mujer en la mesa; nunca fue codificado pero fue más drástico que una ley escrita», concluyó Perón. (346)

En 1948, la obra se puso en marcha y fue monumental. Eva supervisaba en persona cada hogar, hospital o programa destinado a los niños, las mujeres y los ancianos necesitados del país. Consiguió el apoyo de los sindicatos y las donaciones se multiplicaron, además de contar con la contribución del Estado, proveniente del dinero recaudado en las loterías y casinos. Aseguró Hugo Gambini, en su *Historia del peronismo*, que la cuenta bancaria que Evita abrió el 19 de junio de 1948, con un aporte personal de diez mil pesos, aumentó a ciento veintidós millones en solo un año, y en 1952 alcanzó los dos mil millones. (347)

La oposición la acusó de extorsionadora, en alusión a las contribuciones compulsivas impuestas a los patrones, quienes debían descontar a su personal dos días de trabajo por planilla. Sus partidarios, en cambio, aseguraron que era parte de la redistribución de la riqueza prometida por el gobierno peronista.

Eva no perdía el tiempo en esas discusiones, aunque se ocupó de aclarar: «El dinero de nuestras obras viene del mismo pueblo. No es dinero que sobra en el bolsillo de nadie: muchas veces es dinero que llega a mis manos gracias al sacrificio de muchos obreros juntos». (348)

Tampoco ella se ocupaba de las finanzas de la fundación. Perón le advirtió que no debía firmar nada sin consultar. «De esas cosas se encargará Cereijo», le dijo, aludiendo a su ministro de Hacienda y con la intención de protegerla para que no cometiera errores. Y ella le hizo caso. Se dedicó a su trabajo con la absoluta convicción de que donde había una necesidad, existía un derecho, y con el mayor cuidado de no ofender a quienes recibían su ayuda.

Muchos años después, cuando Eva ya no estaba y Perón tampoco, la que no hizo caso a este consejo fue su tercera esposa,

María Estela Martínez. Siendo presidenta por el fallecimiento de Perón, firmó un cheque de la «Cruzada Justicialista de la Solidaridad» para saldar la deuda de la sucesión de su marido con las hermanas de Evita, de tres mil cien millones de pesos, lo que le valió la cárcel durante más de cinco años después de que el golpe cívico, militar y eclesiástico del 24 de marzo de 1976 la derrocara. (349)

Pero volvamos a Eva. La fundación trabajaba con una sincronía asombrosa. Los necesitados enviaban miles de cartas por día que eran clasificadas bajo la supervisión de Atilio Renzi, su estrecho colaborador. Después, continuaban los asistentes sociales que constataban la veracidad del pedido. Por último, partían los camiones con los artículos solicitados hasta cada una de las casas de donde provenían los pedidos.

Vera Pitchel aseguró que «la tarea de dirección de Eva Perón se multiplicaba hasta los límites de la resistencia humana. Aun cuando tenía secretarios para tomar nota y personal para hacer los pedidos a quien correspondiera, ella quería estar y atender todo, sin delegar, aun en detalles mínimos, su representatividad. Sus jornadas empezaban sobre las nueve de la mañana y terminaban luego de agotadoras horas cuando la noche ya se hacía alta». (350)

Perón mismo recordó durante su exilio la enorme tarea que emprendió. «Eva se puso inmediatamente al trabajo, desde aquel momento perdí prácticamente a mi mujer. Nos veíamos raramente, de pasadita, como si viviéramos en dos ciudades distintas. Eva, efectivamente, pasaba con mucha frecuencia la noche en su oficina y volvía a casa al amanecer. Yo, que de ordinario salía de la villa a las seis de la mañana para ir a la Casa Rosada, me la encontraba en la puerta, un poco cansada pero siempre satisfecha de sus fatigas. Un día le dije: "Eva, descansa y piensa que también eres mi mujer". Ella se puso seria y me respondió: "Es justamente así como me doy cuenta de que soy tu mujer"». (351)

Para contar con una justa dimensión de la obra, señala Enrique Pavón Pereyra en su libro *Evita, la mujer del siglo*, en 1948, la Fundación envió al interior del país con trabajo y vivienda a 20 148 familias y otras 1638 pudieron ver reconstruidos sus hogares; 13 402 mujeres obtuvieron trabajo; más de 10 000 familias recibieron casas; 5236 mujeres fueron curadas de diversas enfermedades y luego recibieron empleos; 785 ancianos fueron atendidos por la fundación; 323 ciegos fueron alojados en establecimientos especiales; se otorgaron subsidios a 35 679 personas y se dieron billetes de transporte para 20 260 personas que no tenían cómo regresar a sus ciudades de origen.

Siguiendo uno de los apotegmas del gobierno de su marido que rezaba que «en la Argentina de Perón, los únicos privilegiados son los niños», la fundación dedicó buena parte de su obra a los más pequeños. Además de las escuelas y hogares, se organizó el Campeonato Infantil Evita, que convocaba a 150 000 niños cada año. Con la excusa del deporte, cada uno de ellos era sometido a un examen médico, y se le brindaba la atención adecuada en caso de enfermedad.

Se construyeron un total de 1000 escuelas y 18 escuelas hogares en el interior del país, donde estudiaban unos 3000 niños de familias de escasos recursos. También se construyeron colonias de vacaciones en Córdoba, Mar del Plata y en la provincia de Buenos Aires.

En el ámbito de la salud, se levantaron cuatro policlínicos en la provincia de Buenos Aires, con capacidad de quinientas camas cada uno, y con equipamiento de la máxima tecnología, atención gratuita y un cuerpo de profesionales especialmente elegidos. En el interior del país, la fundación también construyó hospitales en las provincias de Salta, Mendoza, Jujuy, Santiago del Estero, San Juan, Catamarca, Corrientes, Entre Ríos y Rosario, además de una clínica de recuperación infantil en Terma de Reyes (Jujuy) y otra para niños

enfermos del pulmón en Ramos Mejía (provincia de Buenos Aires), y el Instituto del Quemado, un centro modelo ubicado en la Capital Federal. (352)

Además de atender esta cantidad de obras, la fundación elaboró el Plan Agrario Eva Perón, que ofrecía equipos mecanizados para auxiliar a los pequeños productores del campo, y fundó la Escuela de Agricultura y de Ganadería en seiscientas cincuenta hectáreas de la provincia de Buenos Aires, donde los alumnos realizaban prácticas de las más diversas actividades rurales. (353) Fue la obra social más grande que se hubiera emprendido en la Argentina y, en una tarea coordinada con el gobierno, complementó el Plan Quinquenal.

Mientras tanto, el 1.° de marzo de 1948, en un acto multitudinario en la estación de Retiro, en la ciudad de Buenos Aires, el silbato de la locomotora La Porteña anunció que los ferrocarriles eran argentinos y ya no eran propiedad de los ingleses. Perón no pudo asistir porque había sido operado de una apendicitis. En cambio, asistió el ministro Pistarini.

Más que una transacción económica, la recuperación del control del transporte ferroviario era también un gesto simbólico de la independencia económica de la que hablaba el presidente. Porque como había asegurado Raúl Scalabrini Ortiz: «El instrumento más poderoso de la hegemonía inglesa entre nosotros es el ferrocarril. El arma del ferrocarril es la tarifa. Con ellas se pueden impedir industrias, crear zonas de privilegio, fomentar regiones, estimular cultivos especiales y hasta destruir ciudades florecientes. Es un arma artera, silenciosa y con frecuencia indiscernible hasta por el mismo que es víctima de ella». Con cifras precisas explicó: «Una bolsa de harina remitida de Salta paga dos pesos con cincuenta y tres si se la envía desde Córdoba (862 kilómetros) y solamente dos pesos con seis si se la remite desde Buenos Aires (1600 kilómetros). Es decir, que la molienda es imposible en Córdoba y el salteo tiene

forzosamente que alimentarse de harina molida en Buenos Aires». (354)

De su puño y letra, Perón explicó cómo fue posible la compra a los británicos, tal como se lo había dicho Miranda: «Al firmar el contrato de compra-venta de los ferrocarriles estableció dos cuestiones fundamentales en cuanto a la adquisición y la forma de pago: a) que se compraban en dos mil veintinueve millones de pesos los bienes directos e indirectos de las empresas, y b) que la forma de pago sería al contado y en efectivo con disponibilidades de fondos argentinos existentes en Estados Unidos si se mantenía la convertibilidad de la libra que lo hacía posible, si no el pago sería en especies. Fue precisamente mediante estas dos cláusulas que Miranda logró pagar "hasta el último centavo, ni un centavo" como había prometido».

Como Inglaterra declaró la inconvertibilidad de la libra esterlina, de acuerdo con el contrato, se podía pagar en especies. «Pagamos con trigo —continuó Perón— pero, como quiera que fuese, ese trigo había que pagarlo a los agricultores. La elevación de precios en los cereales producidos a los chacareros a un precio de veinte pesos el quintal, los que quedaron contentos pues antes lo vendían a seis pesos. Luego de un tiempo ese mismo trigo lo vendió a los ingleses en pago de los ferrocarriles, a razón de sesenta pesos el quintal, ganando en la operación un sesenta y seis por ciento, con lo que el precio inicial quedó reducido en un treinta y tres por ciento, es decir unos seiscientos setenta y seis millones».

Por último, explicó cómo se pagó esa cifra. «De manera muy simple: emitió seiscientos setenta y seis millones de pesos con lo que pagó a los chacareros. De las veinticinco mil propiedades raíces adquiridas como bienes indirectos, bastaba vender una parte para obtener casi mil millones de pesos. Con ello se retiraba de circulación los seiscientos setenta y seis millones y el resto se incorporaba al Estado conjuntamente con los ferrocarriles y pagado

hasta el último centavo, y aun ganando dinero, sin un centavo. ¡Cómo me reí en esos días de los técnicos tan pesimistas como inoperantes e intrascendentes». (355)

Sin embargo, las críticas se multiplicaron. Los radicales acusaron a Perón de «vendepatria». Los diarios escribieron que los ingleses habían salido ganando y hasta los nacionalistas que apoyaban sus políticas también lo cuestionaron porque perpetuaba el colonialismo económico. (356)

Si bien solía destacar como virtud la heterogeneidad de su movimiento, cada vez veía con más claridad que era necesario explicitar la doctrina que animaba a su gobierno. Aprovechó la clausura del Congreso Nacional de Filosofía en Mendoza, al que asistieron pensadores de diecinueve países del mundo. En su discurso, que después se publicó con el título de *La comunidad organizada*, sorprendió con un recorrido por distintas corrientes filosóficas para proponer su modelo superador del individualismo liberal y del colectivismo marxista mediante un equilibrio en el que cada uno pudiera aportar a la comunidad restableciendo la armonía entre el progreso material y los valores espirituales. (357)

No fue a partir de este texto que Perón logró la armonía entre los propios. En un nuevo intento, el 25 de julio de 1949, convocó en el estadio del Luna Park la Primera Asamblea Nacional del Partido Peronista. Fue en ese marco que Evita anunció la creación del Partido Peronista Femenino (PPF), única experiencia en el mundo de una fuerza política integrada solo por mujeres. Para ello fue necesario modificar la ley que regía a los partidos. En septiembre de ese año se aprobó la ley 13.645, que le permitió a la nueva fuerza femenina constituirse en forma independiente y también la habilitó a incluir mujeres en las listas electorales del partido masculino.

La reacción de la oposición no tardó en manifestarse. El diputado radical Ricardo Balbín sostuvo que la ley había sido aprobada solo para que el Partido Peronista pudiera manejar sus divisiones internas

y mantener la unidad que sus autoridades no lograban concretar. En parte tenía razón, pero también se trató de inaugurar la posibilidad de participación política de las mujeres que se había abierto luego de la sanción de la ley del sufragio femenino.

Evita, en el discurso de lanzamiento del PPF, les había encargado dos misiones fundamentales a las militantes, realizar un censo de la población femenina, que facilitaría el empadronamiento para que pudieran votar, y la fundación de Unidades Básicas de mujeres en todo el territorio nacional. Además, les dio como tarea custodiar la doctrina y trabajar por la unidad del peronismo.

Es que venía de participar de los arduos debates que se desataron durante la Convención Constituyente, en la que el peronismo contaba con mayoría propia. El problema no fueron los radicales que participaron de la primera sesión y se retiraron para no regresar más. La cuestión se planteó entre los mismos peronistas.

El biógrafo Joseph Page aseguró que una de las primeras víctimas fue José Figuerola, quien por su cercanía a Perón tenía muchos enemigos dentro del mismo gobierno y había sido el encargado de redactar el primer borrador de la nueva Constitución. Fue cuestionado y su proyecto fue dejado de lado. En su lugar, asumió la responsabilidad una comisión parlamentaria encabezada por el jurista Arturo Sampay, «cuyos puntos de vista eran un poco más progresistas, pues reflejaban las enseñanzas sociales y económicas de la iglesia católica. Ya se comentó la inquina que la misma Evita profesaba en contra del funcionario, y antes de finalizar la convención, los delegados incluyeron un artículo que decía que solo los argentinos nativos podían ejercer cargos en el gabinete». (358)

El 11 de marzo de 1949, el catalán Figuerola, a pesar de lo mucho que había trabajado para Perón desde 1943, presentó su renuncia. «Tres cosas no me perdonaron: el nombramiento como secretario de Asuntos Técnicos, que haya redactado el Primer Plan

Quinquenal y que me confiaran el anteproyecto de la reforma constitucional», aseguró mucho después. Cuando le preguntaron quiénes no lo habían perdonado, respondió: «Más vale no hablar, según testimonios recogidos fue Eva Perón. Ella está muerta. Dejémosla tranquila». (359)

Otra polémica se desató por el artículo 77 referido a la reelección presidencial, vedada por la anterior Constitución. Algunos autores sostienen que, además de los radicales, quien más se opuso fue el coronel Mercante, gobernador de la provincia de Buenos Aires y presidente de la Convención Constituyente. Aseguran que pretendía suceder a Perón en el período siguiente. Desde entonces se fue debilitando «el corazón de Perón», como hasta entonces lo llamó Evita, y su relación con el presidente no volvió a ser la misma.

El artículo 40 también fue objeto de disputa. Los precedentes 38 y 39 declaraban que «la propiedad privada tiene una función social» y que «el capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objeto el bienestar social». El 40 establecía que «los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación, y que los que se hallaren en poder de particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine». También disponía que «los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación en su producto, que se convendrá con las provincias». (360)

Los embajadores de Estados Unidos, Suecia, Bélgica y Holanda objetaron la forma de indemnización que se proponía para las expropiaciones. Lo mismo expresaron los pocos representantes de compañías extranjeras que aún administraban servicios públicos.

Perón ordenó eliminar esa cláusula, pero Sampay y Mercante «se demoraron», hasta que el artículo fue aprobado. (361)

En donde no hubo discusión fue con los artículos del Capítulo III. En el marco de la justicia social se incluyeron los derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura, dando una nueva forma de organización y representación de los distintos estratos de la sociedad.

En el caso de los trabajadores, no solo se consagraban derechos que ya estaban reconocidos por la ley, sino que se reemplazaba el concepto liberal-capitalista por el cual cada uno, con su capacidad de trabajo, era considerado como una mercancía a ser ofertada en el mercado, por una idea social del trabajo como motor de las conquistas sociales y fundamento del crecimiento de la comunidad.

En el inciso 1 del artículo 37, se definía al trabajo como «el medio indispensable para satisfacer las necesidades espirituales y materiales del individuo y de la comunidad, la causa de todas las conquistas de la civilización y el fundamento de prosperidad general, de ahí que el derecho de trabajar debe ser protegido por la sociedad, considerándolo con la dignidad que merece y proveyendo ocupación a quien lo necesite».

Luego, seguía la enumeración de derechos a una retribución justa, a la capacitación, a condiciones dignas de trabajo, a la preservación de la salud, al bienestar, a la seguridad social, a la protección de la familia y al mejoramiento económico.

El Decálogo de los Derechos del Trabajador, que desde 1949 tuvo rango constitucional, reflejaba las disposiciones de la Declaración Universal de los Derechos Humanos proclamada por las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, menos de un año antes de que Argentina lo incorporara en su carta magna, que expresa: «Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y los recursos de

cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad».

La Constitución de 1949 se ocupó también de los derechos de la familia marcando otra clara diferencia con el espíritu liberal de la Constitución de 1853, que consideraba a la nación como la suma de individuos aislados e iguales ante la ley, sin diferenciar entre aquellos que debían trabajar para responder a las necesidades de su familia y otros que no tenían esa responsabilidad.

Además, en el artículo 37, II, inciso 1, la Constitución de 1949 garantizaba la igualdad jurídica de los cónyuges y la patria potestad, avanzando en el camino de la igualdad entre los géneros.

Con estos derechos, el peronismo otra vez seguía la norma jurídica internacional. La Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU establecía en su artículo 25 que «la maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio tienen derecho a igual protección social».

En 1954, la ley 14.367 dispuso el cese de «las discriminaciones públicas y oficiales entre los hijos nacidos de personas unidas en sí por matrimonio de personas no unidas entre sí por matrimonio y las calificaciones que la legislación vigente establece respecto a estos últimos».

En cuanto a los ancianos, el artículo 37, III, inciso 1, también se ocupaba de su protección, una vez más siguiendo a las Naciones Unidas, que disponía el derecho a un seguro por vejez y a un nivel de vida adecuado que asegure la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales a las personas de la tercera edad.

Por último, entre los derechos sociales, la Constitución de 1949 incluyó el derecho a la educación y la cultura, que fue completado por leyes y decretos, como por ejemplo, la Ley Universitaria 13.031

que ya estaba vigente al sancionarse la carta magna pero que, en lo concerniente a la gratuidad y acceso irrestricto a los claustros, pudo concretarse luego de que el presidente Perón firmara el decreto 29.337, el 22 de noviembre de 1949, por el que se suprimieron definitivamente los aranceles en las universidades nacionales. (362)

La nueva Constitución Nacional fue sancionada el 11 de marzo de 1949. El esquema liberal de 1853 fue dejado atrás y reflejó las modificaciones que se habían producido en la Argentina desde que Perón había asumido el gobierno nada más que tres años antes.

Dos meses después, en la apertura de la Asamblea Legislativa del 1.° de mayo, el presidente se refirió a la nueva Constitución y dijo: «Otros hombres y otros tiempos, influidos por nuevas ideas y nuevas formas de vida, verán al necesidad de modificar sus disposiciones, de ajustar nuevamente sus preceptos, de perfilar contornos que ya resulten borrosos o desvaídos. Sería ingenuo pretender que nuestra obra fuere imperecedera, pero la buena fe con que han actuado cuantos han intervenido en las reformas actuales nos permite esperar que, cuando nuevas reformas sean necesarias, los hombres del 49 merezcan el mismo respeto y reverencia que nosotros hemos sentido y proclamado por los hombres del 53». (363)

El 27 de abril de 1956 fue derogada por una proclama militar del gobierno de facto que derrocó a Perón, con la firma de Pedro Eugenio Aramburu, y de la misma forma fue restituida la de 1853, con sus modificaciones de 1860, 1866 y 1898. Cuando en 1973, el general Perón asumió su tercera presidencia, fue su intención reformar la Constitución Nacional, pero no le alcanzó la vida. Y casi cuatro décadas después, cuando fue modificada en 1994, los convencionales constituyentes ni se acordaron de citarla.

---

300. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias*. Declaraciones en Asunción, United Press, 5/10/1955. Ob. cit., pág. 22.

301. Perón, Juan D. *Primer Plan Quinquenal. Plan de Gobierno 1947-1951*. Presentación del Plan Quinquenal, 21/10/1946. Ob. cit., pág. 13.

302. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*, Tomo II. Ob. cit., pág. 16.

303. Decreto Nro. 1. 4/6/1946. AGN. ST657.

304. Solanas, Pino y Gettino, Octavio. *Perón, la revolución justicialista*, Video documental, Madrid, 1971. Disponible en: <https://pjdigital.ar/videoteca_2.html>.

305. Simonetti, Natalia. «La Secretaría Técnica como espacio de proyección racional en la burocracia estatal (1946-1954)», XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche, Universidad Nacional de Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009. Disponible en: <https://cdsa,aacademica,org/000-008/149.pdf>.

306. Rein, Raanan. *Peronismo, populismo y política argentina 1943-1955,* pág. 28, National Archives. Documents of the Departament of Stek. Record Group 59 (Washington D. C.) 835.00/1946, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1998.

307. Areilza, José María de. *Memorias Exteriores 1947-1964,* pág. 20, Planeta, Barcelona, 1984.

308. Decreto 2.098 del 1 de julio de 1946.

309. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias*. Ob. cit., pág. 32.

310. Ob. cit., pág. 33.

311. Rein, Raanan y Panella, Claudio (compiladores). *La Segunda Línea. Liderazgo peronista 1945-1955. Pueblo Heredero*. Ob. cit, pág. 245.

312. Jauretche, Arturo. *El medio pelo en la sociedad argentina*, pág. 166, Peña Lillo, Buenos Aires.

313. Areilza, José María de. Ob. cit., pág. 22.

314. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias*. Ob. cit., pág. 33.

315. Sorrouille, Juan V. *La posición de activos y pasivos externos de la República Argentina entre 1946 y 1948*. Ob. cit., pág. 14.

316. Perón Juan D. Ob. cit., pág. 34.

317. Bellini, Claudia. «El fracaso de la Empresa Mixta Telefónica Argentina 1946-1948», pág. 2, CONICET-UBA. Buenos Aires, 2013. Disponible en:

<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/26553>.
318. Bellini, Claudia. Ob. cit., pág. 10.

319. Ob. cit., págs. 16-17.

320. Diario *La Nación*. 3 de abril de 1948.

321. Novick, Susana. «La experiencia del primer peronismo sobre comercio exterior», págs. 3-4. Disponible en: <www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/18-Novick.pdf>.

322. Gerchunoff, Pablo y Antúnez, Damián. «De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo», pág. 11. Disponible en: <https://www.fhuc.unl.edu.ar>.

323. Galasso, Norberto. *Perón. Formación, ascenso y caída (1893-1955)*. Ob. cit, pág. 448.

324. Ramos, Jorge A. *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina. 5. La era del peronismo (1943-1976)*, pág. 118, Peña Lillo, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2013.

325. Ob. cit., pág. 120.

326. Revista *Panorama*. 17 de abril de 1970. Ob. cit.

327. Solanas, Fernando y Gettino, Octavio. F. *Perón, la revolución justicialista*, video documental, Madrid, 1971. Disponible en: <https://pjdigital.ar/videoteca_2.html>.

328. Perón, Juan D. *Primer Plan Quinquenal. Plan de Gobierno 1947-1951*. Ob. cit., pág. 33.

329. Perón, Juan D. *Realizaciones peronistas. Escuela Superior Peronista. 1951*, pág. 45, Instituto Nacional Juan D. Perón, Buenos Aires, 2016.

330. Berrotarán, Patricia. «La planificación de la época peronista. Argentina 1946-1949», pág. 9, Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en: <http://nulan.mdp.edu.ar, DOC-20230515-WA0013>.

331. Berrotarán, Patricia. Ob. cit., pág. 10.

332. Corbetta, Juan Carlos. «La transformación del estado argentino: 1943-1955. Su estudio a través de la legislación», pág. 252, Universidad Nacional La Plata. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Tesis doctoral. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/7467>.

333. Revista *Primera Plana*. 31 de mayo de 1966. La Primera Presidencia IV. El reñidero parlamentario.

334. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 202

335. Bellotta, Araceli. *El peronismo será feminista o no será nada*, pág. 190, Galerna, Buenos Aires, 2019.

336. Galasso, Norberto. *Perón. Formación, ascenso y caída 1893-1955*. Tomo I. Ob. cit., pág. 467.

337. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 202.

338. Page, Joseph. *Perón (1895-1952)*. Ob. cit., pág. 191.

339. Mackinnon, María Moira. «Sobre los orígenes del Partido Peronista. Notas introductorias», pág. 17. Disponible en: <https://origenespartper_unsam>.

340. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 203.

341. Cafiero, Antonio. *Desde que grité ¡Viva Perón!*, pág. 34, Pequén, Buenos Aires, 1983.

342. Galasso, Norberto. Ob. cit., pág. 457.

343. Bellotta, Araceli. *Eva Perón, abanderada de los humildes*, págs. 75-76, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2008.

344. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*. Ob. cit., pág. 116.

345. Ob. cit., pág. 123.

346. Perón, Juan D. *Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella*. Ob. cit., pág. 181.

347. Gambini, Hugo. *Historia del peronismo*, pág. 164, Tomo I, Planeta, Buenos Aires, 1999.

348. Bellotta, Araceli. *Eva Perón, abanderada de los humildes*. Ob. cit., pág. 82.

349. Sáenz Quesada, María. *Isabel Perón*, pág. 330, Planeta, Buenos Aires, 2003.

350. Pichel, Vera. *Evita Íntima*. Ob. cit., pág. 179.

351. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 181.

352. Pavón Pereyra, Enrique. *Evita, la mujer del siglo*, pág. 215, Zupa, Buenos Aires, 1973.

353. Bellotta, Araceli. Ob. cit., págs. 86-87.

354. Scalabrini Ortiz, Raúl. *Política británica en el Río de la Plata*, pág. 109, Plus Ultra, Buenos Aires, 2001. Disponible en: Cuaderno-N°1.-Política-británica-en-el-Río-de-la-Plata.-Raúl-Scalabrini-Ortiz.pdf (labaldrich.com.ar)

355. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias*. Ob. cit., pág. 35.

356. Page, Joseph. Ob. cit., pág. 203.

357. Perón, Juan D. *La comunidad organizada*, pág. 79, Instituto Nacional J. D. Perón, Buenos Aires, 2008.

358. Page, Joseph. Ob. cit., pág. 239.

359. Simonetti, Natalia. *La Secretaría Técnica como espacio de proyección racional en la burocracia estatal (1946-1954)*. Ob. cit., pág. 6.

360. Constitución de la Nación Argentina. 1949, págs. 33-34, Banco de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

361. Page, Joseph. Ob. cit., pág. 243.

362. Constitución Nacional 1949. Ob. cit., págs. 23-33.

363. Mensaje Presidencial del 1.° de mayo de 1949, pág. 4, Congreso Nacional, Cámara de Diputados. Disponible en: <https://www.hcdn.gob.ar/secparl/dgral_info_parlamentaria/dip/arhivos/1949_Mensaje_presidencial_Perxn.pdf>.

Capítulo 13

7 de junio de 1974

El presidente Perón regresó de su viaje al Paraguay. Llegó al aeroparque disneico, ojeroso, demacrado, al borde de un grave colapso. (364)

«No quiero hacer el viaje a Paraguay. Háblele a Stroessner, Lopecito, dígale que vamos a esperar hasta el verano», le dijo el General a López Rega cuando se levantó la mañana anterior. (365)

Los médicos habían desaconsejado que hiciera ese esfuerzo. «Primero, porque la situación física del General desaconsejaba de una manera rotunda todo viaje, todo esfuerzo físico, toda tensión que pudiese ser suprimida. Y consideramos especialmente que un viaje al Paraguay, que además de la distancia, además de la precariedad de los medios, estaba el factor emotivo. Él volvía a Paraguay por primera vez desde el año 55, es decir, habían pasado casi veinte años. Había sido su lugar de refugio. Y seguramente lo iba a emocionar», explicó uno de sus médicos, Jorge Taiana. (366) En verdad, había estado en Asunción dos años antes, luego de su primer retorno al país. Pero esta era su primera visita oficial.

López Rega le respondió que era imposible suspender el viaje porque todo estaba preparado. «Sí, voy a ir, esa gente me espera desde hace muchos años», respondió Perón y lentamente comenzó a vestirse. (367)

Partió desde Buenos Aires en avión rumbo a Formosa. Desde allí lo trasladaron en helicóptero al barreminas *Neuquén* y por el río llegó hasta Asunción, donde la misma cañonera en la que había abandonado la Argentina después de su derrocamiento, lo saludaba con salvas de cañón.

Era un día lluvioso, igual que veinte años atrás, cuando se refugió. La temperatura era de ocho grados. Se descompensó en el avión, «pero de todos modos asiste estoicamente a la totalidad de los actos previstos en una nutrida agenda, capaz de agotar a cualquier individuo de floreciente salud. El periplo paraguayo lo expone a permanecer de pie largas horas, a subir escaleras y a mojarse profusamente bajo una copiosa llovizna invernal», aseguró el biógrafo Pavón Pereyra. (368)

Dicen que una multitud se reunió en las barrancas del río Paraguay para saludarlo mientras el barco pasaba en los más de tres kilómetros que recorrió. Cuando uno de los médicos que lo acompañaba, el doctor Carlos Seara, le dijo: «General, ¡qué momento este!», Perón le respondió: «Sí, la verdad que sí, qué cosas tiene la vida». Para entonces, la temperatura en Asunción era de tres grados. (369)

Stroessner lo declaró huésped ilustre de la ciudad de Asunción, y Perón en su discurso dijo: «Acuden a mi espíritu las imágenes de mi viaje de 1954, cuando llegué como portador de las reliquias que mi Patria ofrecía al Panteón de los Héroes paraguayos. […] Esa evocación va unida al homenaje que el pueblo argentino testimonió, por mi intermedio, a una de las mayores figuras de vuestra historia, el mariscal Francisco Solano López, cuyo nombre sagrado es reverenciado también por los argentinos».

Después visitó el panteón y fue condecorado con el Collar de la Orden Nacional del Mérito que lleva el nombre del héroe paraguayo. Y dijo: «La política internacional argentina se orienta hacia la integración de los pueblos y las Naciones de América. Las uniones regionales y continentales facilitan el progreso económico y el bienestar de los pueblos y promueven la paz entre las naciones». (370)

Pero la razón del viaje no era el homenaje, sino la firma del tratado que, meses más tarde, se transformó en el Ente Binacional Yacyretá, encargado de levantar la represa hidroeléctrica, según declaró el entonces embajador en el Paraguay, José María Rosa. (371)

Perón regresó agotado. Su médico Jorge Cossio, que también lo había acompañado, le dijo a su colega Taiana, que los esperaba en el aeroparque: «Conducen al General a las puertas de la muerte». A las horas, los primeros síntomas comenzaron a manifestarse. Reapareció un cuadro traqueobronquial con repercusión en el aparato circulatorio. (372)

Al día siguiente, el 8 de junio, el presidente se entrevistó con Balbín en la Casa de Gobierno. En cuanto lo saludó, le dijo al líder radical: «Me muero». (373)

Había llegado a Asunción agotado, cansado y sin fuerzas, igual que hacía dos décadas cuando partió al exilio. La diferencia era que ahora tenía ochenta años, estaba muy enfermo y le exigían hasta el límite de sus fuerzas.

---

364. Taiana, Jorge. *El último Perón*. Ob. cit., pág. 180.

365. Revista *La Semana*. Julio de 1978.

366. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Ob. cit., págs. 271-272.

367. Revista *La Semana*. Ob. cit.

368. Pavón Pereyra, Enrique. *El asesinato de Perón*. Ob. cit., pág. 69.

369. Yofre, Juan B. (1 de julio de 2022). «Las horas finales de Perón, el intento de resucitarlo y falsa "técnica milenaria" para conservar su cuerpo», *Infobaires*. Disponible en: <https://www.infobae.com/sociedad/2022/07/01/las-horas-finales-de-peron-el-intento-de-resucitarlo-y-falsa-tecnica-milenaria-para-conservar-su-cuerpo>.

370. Asociación Cultural Mandu'arã. «Recuerdos de la visita del Gral. Perón». Disponible en: <https://www.facebook.com/asociacion.manduara/posts/recuerdos-de-la-visita-del-general-per%C3%>.

371. Page, Joseph. *Perón. Segunda Parte (1952-1974),* pág. 287, Javier Vergara, Buenos Aires, 1984.

372. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 180.

373. Page, Joseph. Ob. cit., pág. 288.

Capítulo 14

«Hemos mal acostumbrado a nuestro pueblo» (374)

«En 1946, cuando tomé el gobierno, no se fabricaban en el país ni los alfileres que consumían nuestras modistas. En 1955 los dejo fabricando locomotoras, camiones, tractores, automóviles, motocicletas, motonetas, máquinas de coser, escribir y calcular, etc. y construyendo vapores». (375)

JUAN D. PERÓN

Hacía tres años que Perón gobernaba la Argentina, y el pueblo trabajador se acostumbró a comodidades que hasta entonces ni siquiera había soñado. Las cocinas a leña fueron reemplazadas por las de gas. La inauguración del gasoducto Comodoro Rivadavia construido en solo dos años cambió la vida cotidiana: (376) mil setecientos kilómetros de tubos, que partían de la Patagonia y pasaban por once poblaciones antes de llegar hasta la Capital Federal. Hasta entonces solo usaban el gas natural quienes vivían en el litoral y podían pagar las altas tarifas porque, además, era importado.

Tampoco las familias tenían que comprar barras de hielo para refrigerar los alimentos, porque las heladeras se multiplicaron. Hasta en los hogares más humildes había un aparato de radio en torno al que se reunían para escuchar sus programas favoritos, y también la voz del presidente, quien seguía usando la radiofonía para comunicarse con la población.

Y también los grandes actos masivos en la Plaza de Mayo. El Día del Trabajador, el 1.° de mayo, dejó de ser una jornada de lucha con represión, heridos y muertes, para convertirse en una fiesta. El General salía al balcón de la Casa de Gobierno y les preguntaba si estaban conformes con su gestión. Desde 1948, además, se elegía la Reina del Trabajo, una costumbre que entonces era valorada porque les daba un lugar especial a las mujeres y que hoy se la cuestiona porque se hacía hincapié en la belleza, aunque no era el único atributo por el cual se las escogía. (377)

Ni qué hablar del turismo. Miles de familias trabajadoras se trasladaban en los veranos gracias a las vacaciones pagas y al aguinaldo. Iban a las sierras o al mar. El Ministerio de Obras Públicas había construido dos grandes colonias en Chapadmalal, a treinta kilómetros de Mar del Plata, y otra en Embalse Río Tercero, Córdoba, con capacidad para instalar a ocho mil pasajeros entre ambas. Se sumaban también las iniciativas de los gobiernos provinciales, los sindicatos y los distintos ministerios con sitios destinados para sus empleados. (378)

Pero no fueron solo los trabajadores quienes se beneficiaron. En esos años nacieron cientos de empresas nuevas y se consolidaron otras. En 1947, Agostino Rocca fundó Techint, y Eicer Madanes inauguró Fate. El año siguiente, Franco y Antonio Macri iniciaron su empresa de construcción participando del Plan Eva Perón de Viviendas, y Torcuato Di Tella multiplicó su producción, que había comenzado a principios del siglo xx. Otros casos fueron los de José

Blanco, de Navenor; José Muro de Nadal, de Papelera Argentina y Papelera Río Paraná; y Nicasio Antelo, de Picardo y Antelo. (379)

La reacción de los sectores opositores no tardó en aparecer, incluso en la misma clase media que también era favorecida. Tal como sostuvo Ezequiel Adamovsky en su *Historia de la clase media argentina,* «las personas "blancas, educadas y decentes" (especialmente las de ingresos no muy altos) tuvieron que habituarse a compartir el espacio público con "los cabecitas", apretujarse con ellos en los colectivos o tenerlos sentados al lado en la mesa de un café céntrico».

Y citó un artículo publicado en 1947 en *Tribuna Democrática*, en el que se aseguraba:

> Hoy es imposible hasta transitar por las calles: la irrespetuosidad, la insolencia, la procacidad, hacen el ambiente intolerable. […] Se nota el relajamiento de las costumbres: un léxico abyecto; interjecciones obscenas; inmoralidades de toda índole. […] No exageramos al afirmar que hoy es peligroso pedir una referencia mientras se viaja; preguntarle la hora al mozo; preguntar al peluquero si hay agua caliente; inquirir en un restaurante si tal plato demorará mucho o solicitar el menor servicio a un portero. Vivimos una hora en que aquellos que desempeñan servicios modestos guardan un odio hondo hacia quién es o tiene algo, y como en los discursos presidenciales se los incitó en mil formas, cree que cumpliendo mal o envalentonándose cambia de condición, se eleva, vale más entre sus semejantes. (380)

Es que ya no eran sirvientes, eran trabajadores con dignidad y derechos reconocidos. Cuando en 1955, Perón fue derrocado, se produjo un debate entre Eduardo Amadeo y Ernesto Sábato, dos intelectuales que habían apoyado ese golpe de Estado. Ahí terció Arturo Jauretche, entonces exiliado en Montevideo, quien respondió: «No, amigo Sábato. Lo que movilizó a las masas hacia Perón no fue el resentimiento, fue la esperanza. […] No eran resentidos. Eran criollos alegres porque podían tirar las alpargatas para comprar zapatos y hasta libros, discos fonográficos, veranear, concurrir a los restaurantes, tener seguro el pan y el techo y asomar siquiera a las

formas de vida "occidentales" que hasta entonces les habían sido negadas». (381)

Quien también se exilió en Montevideo, aunque por otras razones, fue Miguel Miranda, «el zar de las finanzas», el que había hecho posible con su gestión económica todas esas transformaciones. El mismo Perón explicó después los motivos: «A partir del año 1949 nuestro país tropezó con serios escollos. La economía argentina había aprendido a capear sucesivos temporales, después de varias décadas de zozobras, producto del fortalecimiento continuo que habíamos alcanzado. […] Sí, es verdad que las dos tremendas sequías deterioraron los hábitos de abundancia que estaba adquiriendo el pueblo y que de repente se vieron interrumpidos. Todo proceso de cambio social tiene alzas y bajas, este no fue la excepción». (382)

Hubo dos grandes sequías en 1949 y 1951, pero lo que más perjudicó fue el Plan Marshall, del que la Argentina se quedó afuera. El plan preveía: «El cincuenta y cinco por ciento de los bienes necesarios para reconstruir Europa serían aportados por Estados Unidos y el resto de los recursos debían salir de otros países, entre los cuales la Argentina estaba destinada a ocupar un lugar preferencial debido a su alta capacidad productiva en lo que se refiere a materias primas. Sin embargo, cuando comenzó a hacerse efectiva la ayuda económica al Viejo Continente, nuestra participación quedó relegada al tres por ciento del total de las compras realizadas en América Latina para la exportación», explicó Perón a su biógrafo, y agregó: «Braden, viejo enemigo del movimiento peronista, seguía moviéndose entre bambalinas. Esto nos obligó a recurrir a la firma de convenios bilaterales para la venta de productos, pero ello no impidió que la maniobra del Departamento de Estado norteamericano influyera negativamente en la situación económica nacional». (383)

Antonio Cafiero, entonces un joven economista que trabajaba como agregado financiero en la Embajada Argentina en Washington, contó que habían hecho un informe y que viajó para presentarlo. «Vine en el 48, cuando todavía estaba Miranda en la conducción económica. Aquí no se le dio importancia al informe que yo traía. Se interpretó como una noticia derrotista en medio de una euforia que parecía no tener límites. Volví a los Estados Unidos y desde allí fui apreciando en qué medida la situación argentina comenzaba a deteriorarse, luego de la euforia de los dos años siguientes a la guerra». (384)

La Argentina se estaba quedando sin divisas, con problemas para pagar sus compromisos externos, irrumpió la inflación y la moneda comenzó a debilitarse. Miranda fue reemplazado y no de la mejor manera.

El embajador español José María de Areilza recordó esos días de enero de 1949, cuando recibió al senador uruguayo Víctor Eduardo Haedo, quien le dijo: «Vengo de ver al presidente. Está alteradísimo con las malas noticias económicas de todos los sectores. Me ha dicho que destituirá a Miranda de modo fulminante y que si es preciso lo someterá a proceso público. […] Prepárate, porque sus enemigos tratarán de anular y deshacer cuanto hizo, por el mero hecho de llevar su firma». El diplomático aseguró también que lo había visitado un familiar del ministro en desgracia con este mensaje: «Estoy enfermo y no podría soportarlo. Pregúntele a mi amigo el embajador de España si podría salir para Madrid en un avión de la Iberia». De Areilza le recomendó que partiera hacia el Uruguay, donde no necesitaba pasaporte, y así se hizo. (385) Cuatro años después, el 21 de febrero de 1953, Miguel Miranda falleció a causa de un infarto en Montevideo.

¿Se había equivocado Miranda? La verdad es que cumplió con los objetivos que se le habían pedido. Sin embargo, tuvo el error de creer, igual que Perón, que en breve se desataría otra guerra y que a

la Argentina no le faltarían divisas. Tanto creyó en eso, que almacenó dos cosechas de lino y maíz para obtener mejores precios, que nunca se presentaron. El presidente se desprendió de él por la misma razón por la que lo había convocado: su osadía y sus métodos poco ortodoxos.

«Miranda era un bolichero con talento, con una dosis apreciable de audacia y de dureza. Ha puesto en órbita la imaginación, que es también ingrediente de un buen gobierno. Pensaba el país "en grande", que es comenzar a ser grande. Cuando hubo que dar organicidad a sus proyectos, la conducción hubo de ser confiada a gente que no tocara de oído», dijo después Perón. (386)

Designó a Roberto Ares como ministro de Economía y a Alfredo Gómez Morales en el Ministerio de Asuntos Económicos, luego Ministerio de Finanzas. Cereijo continuó como ministro de Hacienda y también presidente del Consejo Económico y Social, el mismo equipo al que le había encomendado un estudio sobre la situación económica y proponer soluciones, cuyo resultado había sido lapidario con el ministro anterior. (387)

Más de dos décadas después, Gómez Morales refirió un diálogo en el que el presidente le dijo: «Sí, ya sé que Miranda en algunas cosas chapuceaba bastante, pero dígame, si yo lo hubiera llamado a usted en 1946 y le hubiera dicho que había que hacer esto, que había que nacionalizar el Banco Central, que había que nacionalizar los depósitos, etc., usted, funcionario de carrera ¿qué hubiera contestado?». Gómez Morales respondió que le habría dicho que no se podía hacer. «¡Ah, eso me pasó con muchos, Miranda dijo que sí, que se podía hacer y ese es el mérito de Miranda», concluyó. (388)

Un año antes, en marzo de 1950, una misión encabezada por Cereijo se vio obligada a viajar a los Estados Unidos para negociar un préstamo con el Eximbank por ciento veinticinco millones de dólares, una cifra irrisoria vista desde el presente. Lo concedieron porque necesitaban arreglar «el problema de sus empresas en la

Argentina: Swift, Braniff, Panagra, distribuidoras de películas cinematográficas, etc.», aseguró Cafiero quien participó de esas reuniones. (389)

Debía enfrentar una cada vez más virulenta oposición que se hacía escuchar en el Congreso, en el «Bloque de los 44», de la UCR. Ya habían sido expulsados el diputado Sanmartino, quien en el recinto calificó al pueblo peronista que había votado el 24 de febrero como el «aluvión zoológico», y Agustín Rodríguez Araya, porque en un discurso pronunciado en Santa Fe comparó al gobierno con «Alí Babá y los cuarenta ladrones». El jefe del bloque, Ricardo Balbín, fue desaforado a pedido del juez Alejandro Ferrarons, que quería procesarlo por desacato, también por sus expresiones durante un acto en Rosario. Por esta causa, el líder radical fue condenado y cumplió la pena de prisión durante casi dos meses en el Penal de Olmos, hasta que fue indultado por el presidente. (390)

Fue un tiempo muy difícil para Perón, porque a las preocupaciones del gobierno sumó la salud de su esposa, a fines de 1949. «Una fuerte anemia la obligó a someterse a intensas curas. La veía pálida y cada día me parecía más delgada, más consumida. Insistía en que reposase, pero ella no atendía razones. Reaccionaba contra la debilidad que la postraba, obligaba a las pocas fuerzas que aún le restaban y a su inextinguible fuerza de voluntad». (391)

Por esos días, Evita le confesó a Vera Pitchel que padecía de fuertes hemorragias y que no quería consultar a los médicos porque los consideraba «oligarcas que quieren joderme con el asunto de mi enfermedad para que no trabaje más». (392)

Casi no comía. El historiador Pavón Pereyra aseguró que la marquesa de Chinchilla, esposa del agregado aeronáutico de la Embajada de España en Buenos Aires, le advirtió a Perón el riesgo que corría su mujer, después de acompañarla durante toda una jornada, desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. En esas nueve horas de trabajo solo la vio comer pastillas de menta. El

general conversó con Evita y ella le dio como toda respuesta: «Cuando esté loca y necesite un especialista como Carrillo (en alusión al ministro de Salud) no dudes que lo voy a llamar». (393)

El 9 de enero de 1950 su cuerpo ya no pudo disimular la enfermedad y Eva se desvaneció durante un acto en el sindicato de taxistas. Su médico personal, Oscar Ivanissevich, que era también ministro de Educación, diagnosticó apendicitis aguda y decidió operarla.

Muchos años después, el oncólogo Abel Canónico, reveló que Ivanissevich le había confiado que cuando extirpó el apéndice «tocó algo raro en el útero, pero nadie se atrevió a aprovechar ese momento para poner un espéculo vaginal y hacer un análisis». Aseguró que se perdió la oportunidad de frenar el proceso de la enfermedad y atribuyó la actitud de los médicos al carácter de la señora. «Es que Eva no era fácil, era una mujer muy temperamental. Le tenían mucho respeto. No querían que se hiciera nada que ella no hubiera previsto». (394)

Un mes después de la internación, Evita reinició sus actividades, redoblando sus esfuerzos, como si supiera que le quedaba muy poco tiempo de vida. De nada sirvieron las recomendaciones de Ivanissevich, quien terminó renunciando como médico y como ministro.

Perón se desesperaba: «Durante algún tiempo pareció que las medicinas la hubiesen ayudado; había recuperado un poco de fuerzas pero muy pronto advertí que se trataba de una mejoría efímera. Evita ya no tenía sangre, ya no tenía pulso: estaba descarnada y blanda como una sombra. Era toda nervios y voluntad. En su rostro no se notaban más que los ojos, hundidos, encendidos por la fiebre, cercados de ojeras. El mal la devoraba sin piedad. "Si no te sometes a reposo, te mueres", le decía yo y ella me respondía: "Si me someto a reposo, ¿quién cuidará de esa gente?". No había

palabras que lograran convencerla de la necesidad de moderar el ritmo de su trabajo». (395)

En agosto reaparecieron las hemorragias y Perón la obligó a realizar un examen con el profesor en ginecología de Córdoba, Humberto Dionisi, recomendado por el ministro de Asuntos Técnicos, el doctor Raúl Mendé, que había sido su discípulo. El resultado fue lapidario: Evita padecía de un carcinoma endofítico en el cuello del útero. Los médicos coincidieron en que la única salida era una intervención quirúrgica complementada con un tratamiento de radiaciones.

El ginecólogo Jorge Albertelli le comunicó la noticia al presidente luego de revisar a Evita en la residencia presidencial previa aplicación de anestesia. Fue el 22 de septiembre de 1951 y aseguró: «La cara del General trasuntaba su estado de ánimo. No interrumpió mi exposición en ningún momento. Su tristeza era evidente; hasta me pareció entrever una lágrima furtiva». Después de un silencio prolongado, Perón le dijo: «Lo que acabo de conocer, si bien lo intuía, me ha afectado profundamente. Quiero que sepan que Eva representa algo muy grande como esposa, como compañera, como amiga, como consejera y como punto de apoyo leal en la lucha en la cual estoy empeñado. No puedo juzgar la parte médica; confío en ustedes y apruebo lo que aconsejen, así que procedan. Deseo ardientemente que la suerte no sea esquiva y ayude». Después se despidió y agregó: «Les ruego me disculpen; deseo retirarme y meditar un poco. Les agradezco de antemano todo lo que puedan hacer». (396)

Otra vez la vida lo ponía ante la misma situación dolorosa. Ya lo había vivido con Aurelia, su querida Potota, a la que perdió por la misma enfermedad. Sabía lo que sucedería y estaba dispuesto a acudir a los mejores médicos del mundo para salvar a Evita, o por lo menos, para que no tuviera que sufrir como su primera esposa.

Un mes antes de recibir esta noticia, ambos habían compartido el palco durante el acto que se llevó a cabo en la avenida 9 de Julio, en el que se reunieron más de dos millones de personas convocadas por la CGT y llegadas desde todos los sitios del país. Le pedían que ella fuera la candidata a vicepresidenta, acompañándolo en la fórmula que se iba a presentar en las elecciones de noviembre. Fue el 22 de agosto de 1951 y pasó a la historia como el «Cabildo Abierto del Justicialismo».

Cuando subió al palco, Eva no pudo contener la emoción al ver esa enorme cantidad de gente y le preguntó a Perón: «¿Qué les digo?». Él le respondió: «Decí que sí, pero sin decirlo». Ella prometió responder en cuatro días, pero ante la insistencia de la multitud, en un diálogo que nunca más se repitió en la historia argentina entre un líder y el pueblo, redujo el tiempo a dos horas. La confusión en el palco era total, no había forma de convencer a la muchedumbre, que seguía insistiendo. Perón se impacientó, y se escuchó su voz cuando dijo: «Levanten este acto». (397)

Sin embargo, una semana después, el 31 de agosto, por cadena nacional, Eva Perón renunció de manera indeclinable. A las ocho y media de la noche, la Radio del Estado y la Red Argentina de Radiodifusión transmitieron su discurso con el que anunció al pueblo su decisión de no aceptar el ofrecimiento, una actitud que quedó grabada en la historia argentina con el título de «el renunciamiento», junto al famoso párrafo: «No tenía entonces, ni tengo en estos momentos, más que una sola ambición, una sola y gran ambición personal: que de mí se diga, cuando se escriba el capítulo maravilloso que la historia seguramente dedicará a Perón, que hubo al lado de Perón una mujer que se dedicó a llevarle al presidente las esperanzas del Pueblo, que luego Perón convertía en hermosas realidades, y que a esta mujer el Pueblo la llamaba cariñosamente Evita». (398)

Cuando Evita renunció a la candidatura, en su mensaje radial repitió que su decisión surgía: «De lo más íntimo de mi conciencia, y por eso es totalmente libre y tiene toda la fuerza de mi voluntad definitiva», y al referirse a Perón, subrayó: «Con la grandeza extraordinaria de su alma supo dejar mi decisión de estos días librada al arbitrio de mi propia conciencia y de mi propia voluntad». En el párrafo siguiente, otra vez se refirió al tema: «… mi decisión porque es irrevocable y nace de mi corazón», cuando sostuvo que sabía que el pueblo la comprendería. Tanta insistencia conduce a pensar que sucedió lo contrario.

Existen varias versiones sobre esta decisión. Hay quienes sostienen que Eva renunció por su salud. Una de las tantas películas sobre su vida muestra a Perón oponiéndose a su candidatura al grito de: «No sabés que tenés cáncer». (399) Pero, de acuerdo con el testimonio del doctor Albertelli citado más arriba, se demostró que el presidente se enteró un mes más tarde de este acto.

La versión que resulta más coherente es que fueron las fuerzas armadas las que amenazaron a Perón en caso de que ella se presentara. Les preocupaba el enorme poder que Evita había construido. Según un cable enviado por el embajador español a su gobierno, Eva ejercía el control de la ayuda social mediante la fundación y el de la CGT, y también controlaba todos los diarios de la capital y muchos de las provincias, las radios y la subsecretaría de prensa que supervisaba todo el sistema informativo, y la distribución de papel y la asignación de publicidad oficial. Manejaba el Congreso, con legisladores que respondían a sus órdenes, y el Consejo Superior del partido. En el gobierno había logrado librarse de casi todos los ministros que ella no podía controlar. (400)

Vera Pitchel reprodujo un diálogo entre Perón y Eva que ella misma le refirió luego del multitudinario acto en la avenida 9 de Julio. Sostuvo que cuando regresaron a la residencia, el General le dijo:

> Estuviste bien. Decir sí, sin decir nada… Otra cosa no se podía hacer. Tenemos a los militares en contra, golpeando en los cuarteles y en las guarniciones. Lucero (el ministro de Guerra) me trae a diario los informes y son bastante serios… Y los de la CGT, que tardaron tanto en decidirse. No viejita… Mirá, mejor dejar el asunto como está… Entre lágrimas, Eva le preguntó: «¿Te parece?», y él respondió: «Sí, viejita… Es lo mejor que podemos hacer. Darle la vicepresidencia a cualquiera será una forma de apaciguar a esas fieras que tienen todo en sus manos en este momento. Quiero que comprendas, mi amor, quiero que comprendas. La política es así: a veces hay que hacer grandes sacrificios, llevarse grandes desilusiones, para salir de un pantano. La vicepresidencia te correspondía, pero no puede ser. Mejor lo dejamos así». «¿Son tan fuertes? ¿Tienen tanto poder?» —preguntó ella— y Perón le aseguró: «Sí, mi vida. No se animan todavía a estar contra mío. Lo disimulan estando contra vos. Y esto los hace fuertes. ¡Hijos de puta! Pero no te preocupes, mi amor, estarás a mi lado como siempre y haciendo lo que hacés, y cuidando tu salud que es lo que más me importa en este momento… Descansá, querida, todo estará bien». (401)

Raúl Mende, el ministro de Asuntos Técnicos que Evita impuso después de la renuncia de Figuerola, aseguró que entre el 22 y el 30 de agosto, ella le había pedido su opinión sobre esta decisión, y que él le aconsejó: «No empañe usted su gloria personal que tiene bien ganada por su obra personal. No la cambie usted por el oropel de la vicepresidencia. Además, yo no desearía oír que, con alguna razón, la acusasen de ambiciosa». Y ella le respondió: «No aceptaré para no resultar un pretexto a la revolución que los militares no tardarán en hacerle al General. Porque se la harán». Y después, le confesó: «Usted sabe, Mendé, cómo me gustaría ser la primera mujer argentina y de América que llega a la Vicepresidencia en su país. Realmente el cargo me tienta. Pero, desde el principio, mi decisión fue no aceptar. Si dejé correr mi nombre en boca del pueblo y dejé que se alentase mi candidatura fue para evitar que algunos hombres ambiciosos y desleales se disputasen en el partido el segundo lugar. Y dividiese a nuestro movimiento. Por eso acepté que las cosas tomasen el rumbo que tomaron, siempre decidida a no aceptar, renunciamiento que me pondría en condiciones de sugerir acaso el

nombre de mi reemplazante y evitar que llegase alguien que terminase por traicionar a Perón». (402)

Finalmente, ese lugar lo volvió a ocupar Hortensio Quijano, quien también estaba muy enfermo, tanto que falleció el 3 de abril de 1952, antes de finalizar su primer mandato. Debieron realizarse nuevos comicios para reemplazarlo, y en 1954 resultó electo el contralmirante Alberto Teisaire, uno de los primeros en declarar en contra del presidente después de su derrocamiento. Evita no se había equivocado.

Era verdad lo que Perón le había explicado. En lo que no acertó es en que después de su renunciamiento, los militares iban a desistir del complot que ya estaba en marcha como reacción a la modificación de la Constitución que habilitaba su reelección y por la candidatura de su mujer. Aunque es cierto que después del anuncio de Eva, muchos oficiales se bajaron del intento.

No, ella no se había equivocado. Apenas un mes más tarde, el 28 de septiembre de 1951, tropas al mando del general Benjamín Menéndez (R) se acantonaron con la intención de derrocar a Perón. Contaban con el apoyo de algunos oficiales, aunque varios de ellos, como el general Eduardo Lonardi, se retiraron de la intentona. También tenían la anuencia de los políticos opositores como Arturo Frondizi de la UCR, Américo Ghioldi del Partido Socialista, el conservador Reynaldo Pastor y el demócrata progresista Horacio Thedy.

En una entrevista sobre este levantamiento, Ghioldi aseguró: «Perón era un hombre sin escrúpulos, capaz de cortar sus afectos más íntimos para lograr objetivos políticos, y cuando se entronizó en el poder le advertí al doctor Nicolás Repetto que solo podríamos derribarlo con la ayuda del ejército. Entonces me puse a conspirar por primera vez y tomé contacto con algunos militares, principalmente con Arturo Osorio Arana, estrechamente vinculado con Lonardi». (403)

Pero el movimiento fue sofocado. Los suboficiales del Regimiento Motorizado C-8, leales al gobierno, impidieron la salida de los tanques. La CGT declaró un paro por veinticuatro horas y convocó a una manifestación de apoyo en la Plaza de Mayo.

A las tres y media de la tarde, el presidente salió al balcón y le habló a la multitud: «Compañeros, esta chirinada ha terminado cobarde y oscuramente, y ha demostrado que nuestros soldados, marinos y aviadores están en sus puestos y tienen lo que hay que tener para defender esos puestos. […] Ninguno de ellos fue capaz de pelear y hacerse matar en su puesto. Compañeros, nosotros los soldados, sabemos que nuestro oficio es uno solo: morir por nuestro honor, y el militar que no es capaz de morir por su honor, no es digno de ser militar ni de ser argentino». (404)

Sin embargo, cuatro años después, él mismo no permaneció en su puesto y partió al exilio cuando pudo haber combatido contra los que otra vez se levantaron y esta vez lo derrocaron. Y los hubiera vencido. «Las probabilidades de éxito eran absolutas —explicó Perón en la primera entrevista periodística que dio luego de ser depuesto —, pero para ello habría sido necesario prolongar la lucha, matar a mucha gente, destruir lo que tanto costó crear. Bastaría pensar en lo que habría ocurrido si hubiera entregado armas en los arsenales a los obreros decididos a empuñarlas. Siempre evité el derramamiento de sangre, por considerar a este hecho un salvajismo inútil y estéril entre hermanos. Los que llegan con sangre, con sangre caen. Su victoria tiene siempre el sello imborrable de la ignominia y por eso los pueblos tarde o temprano terminan por abominarlos». (405)

Pero volvamos a 1951. Los sublevados fueron juzgados por un tribunal militar y condenados a prisión perpetua, entre ellos, el capitán Alejandro Lanusse, quien quince años después se tomaría revancha intentando impedir el regreso del General al país. Por su parte, Evita desde su lecho de enferma, mandó a llamar a los dirigentes de la CGT, José Espejo, Florencio Soto e Isaías Santín y al

ministro de Defensa, general Humberto Sosa Molina, y ordenó la compra de cinco mil pistolas automáticas y dos mil quinientas ametralladoras con sus municiones, para formar milicias obreras. El príncipe Bernardo de Holanda las iba a vender y la fundación pagaría los gastos. Poco después de su muerte, Perón ordenó que las depositaran en el Arsenal Esteban de Luca, donde él había revistado en sus tiempos de teniente. Luego las transfirió a la Gendarmería Nacional y fueron usadas en su contra. (406)

El domingo 11 de noviembre de 1951 se realizaron las elecciones generales. El peronismo se presentó con la fórmula Perón-Quijano, igual que la primera vez. El presidente fue reelecto por el 63,51 por ciento de los votos, frente al candidato de la UCR, Ricardo Balbín, que obtuvo el 32,33 por ciento, mientras que el resto de los postulantes no superó el 3 por ciento de los sufragios. El gobierno obtuvo la totalidad de las bancas de diputados menos doce, y el Senado completo.

En estas elecciones nacionales que suelen ser recordadas porque votaron las mujeres y también pudieron ser elegidas, se suele omitir que, además, por primera vez, pudieron sufragar los suboficiales de las fuerzas armadas que estaban excluidos y también los habitantes de los territorios nacionales que hasta entonces nunca habían podido elegir a un presidente. Misiones, Chaco y La Pampa fueron transformadas en provincias, las dos últimas con el nombre de Presidente Perón y Eva Perón. (407)

Sin embargo, la oposición acusó al gobierno de hacer trampas electorales. Argumentaron que la ley electoral 14.032 impedía la formación de coaliciones, porque los partidos perdían su reconocimiento legal si no presentaban candidatos propios. Fue la forma que Perón encontró para que no volviera a formarse una Unión Democrática, todas las fuerzas opositoras unidas en su contra, a las que de todas maneras había vencido en la primera elección. Se quejaron también de que *La Nación* fue el único diario que cubrió su

campaña, de que no tenían espacio en las radios, que fue el medio que había usado el presidente reelecto donde solo pronunció cuatro discursos. (408)

Perón no podía viajar a las provincias porque su mujer se estaba muriendo. «Hice venir de los Estados Unidos al doctor Pack, un famoso cancerólogo, amigo nuestro y asesor del Instituto argentino para el cáncer y de la Fundación Eva Perón. El doctor Pack visitó a mi mujer hacia fines de 1951; la invitó a vivir de manera más regulada y tranquila y me dijo que claramente que las esperanzas de salvarla serían nulas si no seguía sus consejos», escribió Perón. (409)

El General quería el mejor especialista del mundo para que tratara a su mujer. Canónico recomendó al doctor George Pack del Memorial Sloan-Kettering Cancer Center de Nueva York y él mismo viajó a Estados Unidos para explicarle el caso y traerlo a la Argentina. Pero la verdad es que Evita nunca habló con este médico. Fue alojado en la Quinta de Olivos, entonces lugar de descanso del presidente. Tomó contacto con la paciente no bien llegó a Buenos Aires, pero ella no lo supo. Nunca se habría dejado tratar por un «yanqui». La examinó en la residencia una vez que la anestesiaron los médicos locales. Diagnosticó un tumor de grado II y confirmó que la única solución era hacer una gran cirugía.

La operación se realizó un mes más tarde, una semana antes de las elecciones, el 5 de noviembre de 1951, en el policlínico Presidente Perón de Avellaneda, uno de los establecimientos construidos por la fundación. El último rostro que Evita vio antes de entrar en el sopor de la anestesia fue el del médico argentino, doctor Ricardo Finochietto. Al terminar, Pack aseguró que había extirpado todo el mal junto con el útero, las trompas, los ovarios y un ganglio sospechoso. Fijó un plazo de seis meses para determinar el éxito o el fracaso de la operación, insistió en que la señora debía descansar y advirtió que no existía esperanza de salvación si ella no seguía sus

instrucciones. Por esta razón, durante los comicios, Evita depositó el sufragio en una urna que le acercaron a su lecho de enferma. (410)

La que no pudo votar fue la candidata socialista, Alicia Moreau de Justo, porque había pasado a la clandestinidad luego del fallido golpe de Estado del general Menéndez, que contó con el apoyo de dirigentes de la oposición, entre ellos, el de la doctora. (411)

Pero Eva no mejoró. El 1.° de mayo de 1952, habló por última vez desde el balcón de la Casa de Gobierno, mientras Perón la sostenía de la cintura porque apenas podía mantenerse en pie. Cuando terminó de hablar, Evita quedó exhausta. Tiempo después, Perón aseguró: «Le costó gran fatiga, tanto que al terminar el discurso se desvaneció entre mis brazos. En la sala, detrás de la vidriera, a través de la cual se oía aún la voz de la multitud que la llamaba, solamente se sentía mi respiración; la de Eva era imperceptible y fatigosa. Entre mis brazos tenía la apariencia de una muerta. Desde entonces el mal no le dio tregua; quebrantó sus últimas fuerzas y la obligó a guardar cama. Aquellos días de lecho fueron infernales para Evita; estaba reducida a la sola piel a través de la cual se notaba ya la blancura de los huesos. Solamente sus ojos permanecían vivos y locuaces». (412)

El 4 de junio de 1952, el general Juan Domingo Perón asumió la presidencia por segunda vez. Pese a las recomendaciones, Eva insistió en acompañarlo. Hacía mucho frío, pero nadie pudo convencerla de que se quedara en la cama. Pesaba nada más que treinta y ocho kilos, y debieron fabricarle un sostén de alambre y yeso para que pudiera mantenerse erguida, al lado del presidente en el auto descapotado que los trasladó por la Avenida de Mayo. Le aplicaron tres dosis de calmantes antes de salir, y luego, otras dos más en la Casa de Gobierno.

«El día antes de morir —escribió Perón— me mandó a llamar y quiso permanecer sola conmigo. Me senté a la orilla de la cama y ella hizo un esfuerzo para incorporarse. Su respiración era ya un

estertor agónico. "No me queda ya mucho que vivir", dijo balbuceando las palabras. "Te agradezco cuanto has hecho por mí. Te pido una sola cosa… No abandones a la gente pobre… Es la única que sabe ser fiel"».

Después, agregó: «Durante la noche, Evita tuvo un colapso y entró en coma. Murió al amanecer. En la alcoba estaban conmigo su madre, su hermana, su confesor, el padre Benítez, y los médicos que la asistían, el profesor Finochietto y los doctores Tacchini y Taiana; afuera llovía como un diluvio. Antes de expirar, Eva me había recomendado no dejarla enterrar; quería ser embalsamada». (413)

Eva no murió al amanecer. Falleció el 26 de julio de 1952, a las ocho y veinticinco de la noche según comunicó la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación. No existe documento alguno que manifieste que quería ser embalsamada, y todo indica que hasta su propia familia se opuso a esa medida. Solo Perón sostuvo que ella le había pedido la conservación de su cuerpo y le encargó la tarea al doctor Pedro Ara Sarriá, un médico español especialista en esa tarea quien, luego de los largos funerales, se abocó al trabajo en una sala especialmente acondicionada en el segundo piso del edificio de la CGT.

«Yo fui tres veces a ver Evita —confesó después el General—; cada vez experimentaba una emoción diversa. Ante la puerta sentía un extraño sudor que me descendía por la espalda; el ruido de la llave al girar en la cerradura me parecía convertirse en un trueno. Luego seguía un gran silencio, como si el umbral de aquella puerta fuese el umbral de la eternidad. Eva estaba inmóvil, blanca como una nubecilla. Una vez me le acerqué y estuve tentado de tocarle el rostro; alargué la mano pero la retiré súbitamente; tenía miedo de que el calor de mi mano y mis dedos la redujesen a polvo como sucede con el aire en los sepulcros antiguos. Ara se me acercó y me dijo en voz baja: "No tenga miedo. Está intacta como cuando estaba viva"». (414)

Pero Eva no estaba viva. Perón tenía cincuenta y siete años, aunque eran casi sesenta reales, y se había quedado solo otra vez. El país descansaba sobre sus hombros y tenía que seguir gobernando.

El 18 de febrero de 1952, anunció el Plan de Emergencia para combatir la inflación. Explicó que los salarios, los precios y las tarifas públicas quedarían congelados por dos años. «El lema argentino de la hora ha de ser producir, producir, producir. El pueblo es el encargado de producir. El Justicialismo solo puede asegurar una justicia distributiva en relación con el esfuerzo y la producción». (415) Se creó la Comisión Nacional de Precios y Salarios, para vincular los sueldos con los niveles de productividad y evitar los aumentos sin justificación. Dio resultado. La inflación de 1952 apenas superó la del año anterior y en los dos siguientes se redujo al cuatro y al tres por ciento respectivamente.

A fines de 1952, se presentó el Segundo Plan Quinquenal 1953-1957, para cuya aplicación el presidente apeló a la activa participación del pueblo. El 20 de diciembre se inició una campaña de difusión en todo el país bajo el lema «Apoyemos al Plan Quinquenal que es afirmación de la Patria». Estaba dividido en cinco capítulos y estaba mejor organizado que el primero. Para algunos autores sentó las bases para un desarrollo autónomo en áreas estratégicas como los sectores de la siderurgia y el petrolero, para otros significó una entrega al capital extranjero.

Un informe secreto de la Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA) elaborado en 1954 y desclasificado recién en 1997, hizo una evaluación bastante positiva del plan y sostuvo sobre el mismo: «… un proyecto original, ambicioso y exhaustivo de los objetivos económicos del gobierno y le da a Perón poderes prácticamente ilimitados para regular todas las fases de la vida económica argentina». Agregó que el grueso de la inversión «se destina al transporte, el combustible y la energía» y que estaba

concentrándose primero en la parte agrícola. «Destina una parte sustancial de los ingresos de divisas de la Argentina dentro de los próximos dos años para la importación a gran escala del equipo previsto en el Plan para el desarrollo». Por último, precisó que probablemente trataría de implementarlo «a través de créditos externos privados y de la inversión privada extranjera. […] Probablemente también ofrezca condiciones más atractivas para los inversores en las áreas de especial interés para el Gobierno, en particular el petróleo. También puede permitir a los actuales inversores privados remitir los atrasos acumulados de ganancias, regalías y dividendos, en la medida en que lo permita la disponibilidad de los intercambios».

Finalmente, la agencia de inteligencia norteamericana concluyó: «A pesar de tales medidas, es dudoso que Perón sea capaz de atraer suficiente capital extranjero, sobre todo en el ámbito del transporte, la energía y otros servicios básicos, para permitir el cumplimiento sustancial de los principales proyectos que figuran en el Plan Quinquenal». (416)

Para Perón, en cambio: «El Segundo Plan Quinquenal puso a la República Argentina directamente rumbo a la industrialización, fijando dos etapas fundamentales; la primera, tendiente a consolidar lo que teníamos como industria; y la segunda, a organizar, para que en el futuro la culminación de esa industria nos llevara a la realización de la industria pesada. Era el objetivo del segundo Plan Quinquenal, resolver toda la línea del hierro y del acero completa, como así también la del aluminio y muchas otras». (417)

En su primer escrito desde el exilio agregó: «El régimen justicialista había lanzado una "consigna negra" para los parásitos: "cada argentino debe producir por lo menos lo que consume". La organización del pueblo, el trabajo organizado iba cerrando el cerco alrededor de los que consumen sin producir. Ese fue uno de los motivos de la reacción». (418)

El Plan estaba dando resultados. Según Perón, lo demostraban los balances de 1953 y 1954. Pero, sobre todo, insistía en la importancia de explicar las razones de las medidas que había tomado. «Hice un llamado especial al pueblo para que cuidase hasta en los menores detalles la economía doméstica. Pedí que cada argentino produjera por lo menos lo que consumía. [...] De a poco fuimos preparando en la gente una mentalidad de ahorro, de cuidado, de jerarquización del consumo». Estaba convencido de «que era posible ejercitar una política de persuasión y orientación del pueblo hacia determinados consumos, preparándolos mediante técnicas y argumentos adecuados para enfrentar las adversidades. En la formulación del plan está implícito uno de los objetivos básicos de la filosofía justicialista: sin la participación del pueblo es inútil esgrimir fórmulas salvadoras», aseguró. (419)

Por eso, accedió a que el 15 de abril de 1953, la CGT convocara a un acto en la Plaza de Mayo en apoyo al gobierno y también para continuar con sus explicaciones. Mientras el presidente pronunciaba su discurso, se escucharon dos explosiones. El historiador Félix Luna, al que no se lo puede sospechar de peronista, explicó que «un grupo de jóvenes activistas habituales de la FUBA, que se habían adiestrado en el manejo de armas y explosivos, ya habían intentado matar a Perón en uno de sus viajes, pusieron explosivos durante un acto que realizó la CGT en la Plaza de Mayo, que tenía al Presidente como orador». (420)

Cuando se produjo la primera detonación, Perón interrumpió su discurso y dijo: «Compañeros, estos, los mismos que hacen circular los rumores todos los días, parece que hoy se han sentido más rumorosos, queriéndonos colocar una bomba», y en cuanto terminó de pronunciar la frase, otra bomba explotó. «Podrán tirar muchas bombas —agregó— y hacer circular muchos rumores, pero lo que nos interesa a nosotros es que no se salgan con la suya, y de esto, compañeros, yo les aseguro que no se saldrán con la suya. Hemos

de ir individualizando a cada uno de los culpables de estos actos y les hemos de ir aplicando las sanciones que les correspondan. Creo que, según se puede ir observando, vamos a tener que volver a la época de andar con el alambre de fardo en el bolsillo». La multitud le respondió: «¡Leña! ¡Leña!», y entonces el presidente les dijo: «Eso de la leña que ustedes me aconsejan, ¿por qué no empiezan ustedes a darla?».

Al término de ese acto, militantes de la Alianza Libertadora Nacionalista incendiaron la Casa del Pueblo, sede del Partido Socialista ubicada en la avenida Rivadavia 2150; la Casa Radical, en Tucumán 1880; la del Partido Demócrata Nacional, en Rodríguez Peña 525; y el edificio del Jockey Club, en Florida 559 de la ciudad de Buenos Aires. (421)

Cuando años después, le preguntaron por estos episodios a Cafiero, entonces ministro de Comercio Exterior, respondió: «Sí. Pero recuerde que la violencia comenzó con las bombas que se colocaron en la Plaza de Mayo durante la concentración peronista de ese día. Desgraciadamente, empiezan las primeras manifestaciones de violencia en la vida política argentina. Aquellos vientos iban a traer después fuertes tempestades». (422)

Es que, durante la manifestación, murieron cinco personas, y noventa y tres quedaron heridas. Luego se conocieron los apellidos de algunos de los autores del atentado: Álzaga, Lanusse y Elizalde, que se declaraban «independientes», y entre los radicales figuraban Arturo Mathov y Roque Carranza, quien luego fuera ministro de Raúl Alfonsín y que tras su muerte, una estación del subterráneo de la ciudad de Buenos Aires fue bautizada con su nombre, que aún conserva. (423)

Y las tempestades se desataron. Una semana antes de aquel acto en la Plaza de Mayo se conoció la noticia de que Juan Duarte, el hermano de Evita y secretario privado del presidente desde su primer gobierno, se había suicidado. Fue en el marco de lo que

entonces se llamó «la crisis de la carne» y de los rumores reproducidos por la prensa opositora que lo acusaban de regentear una red de mataderos clandestinos y de tener negocios oscuros con el empresario Jorge Antonio, presidente de la Mercedes Benz de Argentina.

Juancito tenía cuarenta años, era soltero, le gustaba la farra y la noche, y sus romances con actrices famosas solían ocupar las revistas. Pero no era un delincuente. La muerte de su hermana lo quebró y como muchos otros funcionarios que respondían a Evita, quedó desprotegido tras su desaparición. Lo atacaba la oposición, pero también muchos del propio gobierno y oficiales de las fuerzas armadas.

El día anterior a la muerte de su cuñado, el presidente había declarado: «Yo tengo la obligación de pensar que la gente es honrada hasta que deja de serlo, y deja de serlo cuando yo lo puedo comprobar, y cuando yo lo puedo comprobar estén seguros de que va a la cárcel, así sea mi propio padre. […] He ordenado una investigación en la presidencia de la República, para establecer la responsabilidad de cada uno de los funcionarios, empezando por mí. Y donde haya delito va a ir a la Justicia, como ha sido mi norma inquebrantable desde que estoy en el gobierno». (424)

La investigación estuvo a cargo del general León Justo Bengoa, quien no pudo encontrar ningún delito. Para entonces, Juancito ya se había suicidado y la oposición, que antes acusaba a Duarte, ahora señalaba a Perón como su asesino.

«Lo cierto es que Duarte, gravemente enfermo (de un mal que se creía incurable en aquella época), a quien asistía el doctor Melchor Costa, se había ido perdiendo en el laberinto de la angustia: no podía separarse de la idea de su cruel muerte (la de Evita). Esta le poseía completamente y devoraba. Ya no podía descansar, se negaba asimismo el reposo que tanto bien le hubiera hecho para aquietar su espíritu y su cansancio febril. Pero no fue así y un día, a

las siete de la mañana, recibí yo en mi despacho por medio del Coronel Díaz, la noticia de que Juan Duarte había tomado la trágica resolución que ya todos conocemos. Pero él, como su hermana, como esa gran mujer que fuera proclamada Llama Viva de la Revolución, tampoco descansaría después de su muerte», escribió después Jorge Antonio. (425) Juancito padecía sífilis, enfermedad para la que entonces no existía tratamiento.

Luego del derrocamiento de Perón, se creó la Comisión Policial 58 para investigar el caso de su muerte. Estuvo a cargo del capitán de fragata Aldo Luis Molinari y de Fernández Alvariño, alias «Capitán Gandhi», su nombre de guerra en los comandos parapoliciales antiperonistas. El Capitán Gandhi ordenó exhumar el cadáver de Duarte y le cortó la cabeza con la excusa de examinar dónde había sido el disparo. Catalina de Elía sostiene en su investigación: «Como la de San Juan Bautista, su santo, pasean en una bandeja la cabeza cercenada del hermano de Evita por los pasillos del Departamento Central de Policía». Querían demostrar que no había sido un suicidio, sino un homicidio ordenado por Perón. Pero no lo lograron. (426)

En abril de 1954, el peronismo ganó las elecciones legislativas por una gran mayoría. La economía repuntaba. «Habíamos salido de la inflación, habíamos recuperado el nivel el ingreso de producto, a punto tal que en 1953 el aumento del producto es del siete por ciento con respecto al año anterior, y en el 54 todavía más. Estábamos reconstruyendo las reservas monetarias y obteniendo fuertes superávits en la balanza comercial. Vendimos toda nuestra cosecha y así engrosamos las reservas del país», aseguró el entonces ministro Cafiero. (427)

Fue en esa época en que se desató el conflicto con la Iglesia. Relató Cafiero que él debía asistir a la Conferencia de Quitandinha, Brasil, una reunión de ministros de Economía de todo el continente americano. Por esa razón, se reunió con el Presidente y le dijo: «Mire, General, los temas económicos de la reunión los dominamos,

los vamos a solucionar, pero a mí me preocupan las preguntas políticas que me van a hacer. Me van a preguntar sobre ese conflicto que estamos viviendo con la Iglesia. Él me respondió: "No se preocupe Cafiero, este es un problema con algunos obispos que se están metiendo en política. No hay que dar por el pito más de lo que el pito vale. Explique a los que le pregunten que no hay tal conflicto con la Iglesia Católica. […] Nosotros tenemos todos los atributos de nuestra condición cristiana, cómo pensar en otra cosa. Esto está totalmente fuera de mi forma de pensar y de mi forma de sentir», concluyó.

Pero el conflicto existía. Y si empezó con algunos curas y obispos, terminó siendo con casi toda la Iglesia, a tal punto que Perón fue excomulgado.

Primero fue por los cuestionamientos de los sacerdotes a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), que de alguna manera competía con las actividades que desarrollaba la Acción Católica Argentina con la juventud. La rama femenina de la UES funcionaba en la Quinta de Olivos, residencia de descanso presidencial. Los curas decían que el presidente pasaba horas en el lugar, en compañía de señoritas de quince años, y sugerían que tenía relaciones «non sanctas» con ellas, lo que en el futuro le valió una causa judicial por estupro. Luego continuó por la fundación del Partido Demócrata Cristiano en la Argentina avalado por la Iglesia como intento de competir con el peronismo. Y siguió por el apoyo que el gobierno le dio al pastor evangelista norteamericano, Tommy Hicks, quien durante tres meses llenó los estadios de Atlanta y Huracán en Buenos Aires curando a los enfermos.

El pastor llegó a reunir hasta cien mil personas por noche, y lo visitaban en el hotel donde se alojaba la señora Tow, esposa del vicepresidente de la nación Alberto Teisaire, acompañada de otras mujeres de senadores nacionales. Carlos Ortiz, quien asistió a Hicks como traductor, aseguró que quedó impresionado porque al día

siguiente de cada reunión, en los estadios: «La Municipalidad —con camiones— tenía que recoger sillas de ruedas, muletas, etc., de los enfermos sanados. Al volver a casa en tren, que iba lleno de los que habían concurrido al estadio, los sordos contaban que oían, los ciegos que habían recibido la vista lo gritaban en el tren y por los pasillos vi a personas que caminaban y corrían, para mostrar que no eran más paralíticas». (428)

El presidente le dio su apoyo porque aseguran que lo había sanado a él mismo. Perón sufría de psoriasis, y ningún médico lograba curarlo. Paulatinamente iba empeorando, a tal punto que no se dejaba fotografiar tanto como antes. Recibió al pastor quien le explicó que había venido a la Argentina para iniciar «una campaña de salvación y sanidad». Dicen que le preguntó: «¿Puede sanarme a mí?». Y Hicks le respondió: «Deme su mano». «Y allí mismo, estirando las suyas sobre el gran escritorio, oró por el General Perón. El poder de Dios fluyó hacia el cuerpo del Presidente; Dios hizo instantáneamente un milagro de gracia y de misericordia. Ante los ojos de todos los presentes, el eczema había desaparecido. Dando un paso hacia atrás en tremenda admiración, pasó su mano por su rostro y exclamó con sorpresa: "¡Dios mío!". Había sido realmente sanado. El Nombre de Jesús había prevalecido», relató el pastor Horacio Taluf. (429) Perón le concedió a Hicks todo lo que le pidió.

El 1.° de noviembre de 1954, Día de Todos los Santos, el episcopado dio a conocer una pastoral condenando «las aberraciones del espiritismo». Diez días después, el presidente sostuvo durante una conferencia de gobernadores que se había reunido con las autoridades eclesiales, quienes le aseguraron que condenaban a «esos curas o a esos católicos que están perturbando», y que estaba seguro de que «han de sostener su palabra cuando el gobierno y las organizaciones del Estado o del pueblo argentino tomen las sanciones que han de tomar contra esos prelados que no solo están contra el gobierno, sino que están

también contra la propia Iglesia, al ser señalados como levantados contra la dignidad eclesial de la República». (430)

A fines de diciembre de ese año, se tomaron una serie de medidas que afectaron a la Iglesia. El decreto 20.564 suprimió la Dirección General de Enseñanza Religiosa. El Congreso aprobó la ley de divorcio vincular y reimplantó la ley de profilaxis que autorizaba la apertura de prostíbulos. Además, una resolución ministerial eliminó la enseñanza religiosa en las escuelas.

En mayo de 1955, una marcha organizada por la Acción Católica en el centro de la ciudad terminó con dos policías heridos, veinte manifestantes presos y dos ómnibus inutilizados. Como respuesta, los diputados derogaron la exención de impuestos a las instituciones religiosas y se aprobó un proyecto de reforma constitucional para separar a la Iglesia del Estado. En la fiesta patria del 25 de mayo, por primera vez el presidente no asistió al tradicional tedeum.

Como contrapartida, durante la festividad de Corpus Christi, una multitud se congregó en la misa de la catedral, donde se vieron a dirigentes opositores, muchos de ellos que nada tenían que ver con la Iglesia e incluso eran anticlericales confesos. A su término se organizó una marcha por la Avenida de Mayo, que al llegar al Congreso izó en uno de los mástiles una bandera del Vaticano y en el otro una argentina que terminó quemada. El gobierno y la oposición se acusaron mutuamente del sacrilegio.

El 15 de junio, el vicario general del arzobispado de Buenos Aires, Manuel Tato, y el diácono asesor, Ramón Novoa, fueron deportados a Roma por orden del gobierno. El conflicto escaló, y tal como afirmó después el ministro Cafiero, «conducía a todos a una verdadera tragedia». (431)

Un día después, el 16 de junio de 1955, a la una menos veinte del mediodía, aviones de la Marina de Guerra y de la Aeronáutica sobrevolaron la ciudad de Buenos Aires con el objetivo de bombardear la Casa de Gobierno para matar al presidente. En el

fuselaje de los aviones se veía el símbolo de «Cristo Vence», una letra V con la cruz en el medio. Muchos años después, durante la lucha por el regreso del General al país, la militancia peronista lo transformó en «Perón vuelve». Simplemente unieron uno de los costados de la cruz y lo convirtieron en una letra P.

El saldo de esta tragedia nunca fue esclarecido con exactitud: algunos hablaron de trescientos muertos, otros aseguraron que fueron trescientos cincuenta, y más de mil heridos. Lo cierto es que durante cinco horas cayeron un centenar de bombas en la Plaza de Mayo, pero también en la entonces residencia presidencial, donde hoy se levanta la Biblioteca Nacional; en los barrios de Mataderos, Liniers y San Cristóbal; y hasta en el hospital Ramos Mejía; en un acto de terrorismo con pocos antecedentes en la historia mundial.

Cuando la primera bomba detonó en la Casa Rosada, un batallón de infantes de Marina intentó tomar el edificio, pero fue repelido por el Regimiento de Granaderos.Los sublevados, comandados por el almirante Samuel Toranzo Calderón, tomaron la base aérea de Morón y el aeropuerto internacional de Ezeiza, recientemente inaugurado, para usarlo como base de reabastecimiento. Además, contaron con la participación de civiles armados que coparon el edificio de Radio Mitre, desde donde emitieron un comunicado a la población: «Argentinos, escuchad este anuncio del cielo volcado por fin sobre la tierra argentina. El tirano ha muerto. Nuestra Patria, desde hoy, es libre. Dios sea loado».

El propósito del ataque fue que, después de que se asesinara a Perón, se instaurara un triunvirato civil integrado por Miguel Ángel Zavala Ortiz de la Unión Cívica Radical, Américo Ghioldi del Partido Socialista y Adolfo Vicchi del Partido Conservador.

Pero el presidente no había muerto. Estaba en los sótanos del Ministerio de Ejército, desde donde ordenó la represión militar. Fue entonces cuando una escuadrilla de aviones, leal al gobierno, atacó la base de Ezeiza e inutilizó a varios aviones rebeldes.

Mientras tanto, en la ciudad, el bombardeo continuaba. Una bomba impactó en la boca del subterráneo, otra cayó sobre un trolebús repleto de pasajeros. Las ráfagas de ametralladoras derribaban transeúntes aterrados que buscaban dónde guarecerse.

Alrededor de las cuatro de la tarde, grupos de trabajadores convocados por dirigentes sindicales como Augusto Timoteo Vandor y Héctor Tristán, entre otros, comenzaron a llegar a la plaza para defender al presidente. Venían en camiones portando palos y ganchos de los frigoríficos. Y una hora más tarde, tropas leales marcharon hacia el aeropuerto para reprimir a los rebeldes.

Los sublevados decidieron replegarse y buscaron refugio en el Uruguay. Antes de entregarse, pidieron que la rendición se efectuara ante el Ejército, que no había participado en la masacre, para evitar un linchamiento popular. El 7 de julio de 1955, por decreto del poder ejecutivo, se dieron de baja a setenta y nueve marinos y veintiséis aeronáuticos que habían participado del ataque y que se encontraban prófugos. Los apresados en territorio nacional fueron detenidos en la Penitenciaría Nacional. El jefe de la conspiración fue condenado a degradación y prisión perpetua.

No existen en los archivos oficiales la totalidad de los nombres de los que murieron en aquella jornada porque fueron destruidos por la autodenominada Revolución Libertadora que derrocó a Perón tres meses más tarde. Sí, en cambio, se cuenta con la nómina de los sublevados. Entre ellos figuran los ayudantes del ministro de Marina, contralmirante Aníbal Olivieri, también partícipe del levantamiento: los capitanes de fragata Horacio Mayorga, Emilio Eduardo Massera y Oscar Montes. Mayorga estuvo involucrado después en la Masacre de Trelew, el fusilamiento de prisioneros en 1972. Massera integró la Junta Militar que produjo el golpe de 1976 y fue el responsable de uno de los mayores centros clandestinos de detención en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), y Montes fue canciller de esa dictadura.

Entre los civiles, Zavala Ortiz huyó al Uruguay, pero tiempo después fue designado canciller del presidente Arturo Illia y fue quien logró que el gobierno del Brasil detuviera a Perón en el aeropuerto de Río de Janeiro, para impedir su retorno en 1964. Ghioldi, en cambio, fue embajador en Portugal durante la dictadura de 1976. (432)

«¿Hay muchos muertos y heridos? ¿Ha muerto mucha gente del pueblo?», le preguntó el presidente a Jorge Antonio cuando fue a verlo al Ministerio de Guerra. Y él le respondió: «Sí, señor. Hay mucha gente herida o muerta». Entonces, el empresario aseguró que Perón dijo: «¡Fíjese, qué terrible! ¿Por qué no terminaron directamente conmigo? ¿Por qué este derramamiento de sangre de nuestro pueblo? Solamente unos paranoicos o degenerados mentales han podido inmolar así, indiscriminadamente, tantas vidas inocentes». (433)

El bombardeo dejó una honda impresión en Perón, a tal punto que comenzó a pensar con seriedad la posibilidad de retirarse del gobierno. El 30 de agosto de 1955 ofreció su renuncia al presidente del Partido Peronista, Alejandro Leloir. La CGT convocó a un paro general para el día siguiente y a una concentración en la Plaza de Mayo para apoyarlo. El General quería pacificar al país, pero cuando salió al balcón, se enardeció. Tras referirse a la masacre de dos semanas antes, que según él había matado a doscientas personas inocentes, pronunció la frase que los antiperonistas recuerdan hasta en el presente: «Cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos». Durante la llamada «resistencia peronista» que comenzó luego de su derrocamiento, la militancia la tradujo con el canto: «Cinco por uno, no va a quedar ninguno».

Contó después el ministro Mendé que el General libró una dura batalla contra él mismo después de los bombardeos. «El 16 de junio desató en Perón una lucha que solo habría de acabar el 19 de septiembre. Los términos de aquella lucha interior fueron desde ese

momento: la guerra civil o el abandono del poder, el sacrificio del pueblo o el propio sacrificio. [...] No creo que jamás haya sufrido tanto Perón como verse él mismo enfrentado ante aquella disyuntiva: él, que nunca había concebido su destino sino en función del destino de su pueblo». (434)

Y después, escribió que uno de esos días, cuando llegó a la residencia, lo encontró en el comedor diario «paseando de extremo a extremo de la habitación, con los brazos unidos por las manos detrás de su cuerpo. Recuerdo que entonces, me dijo: "Tengo ganas de largar todo y mandarme a mudar. ¿No le parece que yo también tengo derecho a que me dejen tranquilo de una vez por todas?"». (435)

Tres meses después, el 16 de septiembre de 1955, el golpe se impuso, encabezado esta vez por el general Eduardo Lonardi, aquel viejo enemigo desde 1936, cuando ambos se habían desempeñado como agregados militares en la Embajada de Chile. Exigieron la renuncia del presidente; y la Marina de Guerra, con el contralmirante Isaac Rojas a la cabeza, bombardeó los depósitos de petróleo de Mar del Plata y amenazó con destruir los de La Plata y los de Dock Sud.

Cuatro días duró el levantamiento. La última noche que Perón permaneció en la Argentina, la del 19 de septiembre, la pasó solo en la casa de Evita de la calle Teodoro García, donde habían vivido juntos los primeros tiempos de su matrimonio. Juntó papeles de su archivo personal, las cartas de su esposa y el manuscrito de *Mi mensaje* que ella había dictado poco antes de morir. Ahí también redactó su carta al general Lucero, con el ofrecimiento de su retiro para evitar la guerra civil y negociar la paz. En esa casa también estaban las joyas de Eva. Pudo habérselas llevado o pudo esconderlas. Pero no lo hizo. (436)

En la madrugada del 20 de septiembre, una junta militar le exigió que abandonase el país para «restablecer la paz». Y Perón aceptó.

Había debatido en su interior la decisión final.

A las ocho y media de la mañana abandonó la residencia presidencial y se dirigió a la embajada paraguaya. Luego se trasladó a la cañonera *Paraguay*, que estaba en reparaciones en el puerto. Casi dos semanas permaneció en la embarcación, hasta que el 3 de octubre, el avión Catalina de la fuerza aérea de ese país, lo trasladó hasta asunción. Durante sus caminatas por la cubierta habrá mirado hacia la ciudad, para ver si otra vez era rescatado por el pueblo, como aquel 17 de octubre de una década antes. Pero no sucedió.

Seguramente se habrá repetido aquello que respondió durante esos días a quienes le sugerían que resistiese: «Gobernaríamos sobre un pueblo desangrado. Y cansado de luchar. Con el país destruido. El pueblo mismo no tardaría mucho tiempo en hacernos responsables de todo. Además, concluida la locura que sería una guerra civil, deberíamos exigir del pueblo grandes sacrificios, aún mayores que los que impondría la lucha misma. ¿Lograríamos que el pueblo respondiese a nuestras exigencias?».

Luego continuó explicando: «Nosotros hemos mal acostumbrado a nuestro pueblo, tal vez por las circunstancias y condiciones en que hubimos de afrontar el Gobierno. Lo hemos mal acostumbrado, de tal manera que cree que es obligación del gobierno —obligación de Perón— la solución de todos sus problemas. Yo considero que ha llegado la hora en que el pueblo, mediante sus organizaciones, enfrente solo cualquier situación, comenzando por esta que ha de empezar mañana».

Perón concluyó: «Tal vez sea necesario que el pueblo afronte solo una época en la que nuevamente, como antes de 1943, no consiga nada sin luchar contra sus enemigos. Creo que está en condiciones de luchar solo, sin el "andador" que es mi presencia en el Gobierno… Quizás cuando pruebe otra cosa, verá con toda claridad y con suficiente perspectiva, todo cuanto nuestro

movimiento ha significado y significa… Entonces, sobrevendrá la reacción». (437)

---

374. Mende, Raúl. *A veces el que pierde, gana*, pág. 220, Instituto Nacional Juan D. Perón de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, Buenos Aires, 2010.

375. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias.* Ob. cit., pág. 44.

376. De Vido, Julio y Bernal, Federico. *Néstor y Cristina Kirchner. Planificación y federalismo en acción*. Ob. cit., pág. 219.

377. Lobato, Mirta Zaida. «Representaciones del trabajo femenino bajo el peronismo: la elección de las reinas del trabajo», *Encrucijadas,* Nro. 34, UBA, 2004. Disponible en: <http://repositoriouba.sisbi.uba.ar>.

378. Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa. *La democratización del bienestar en Nueva Historia Argentina* (1943-1955), pág. 302, Tomo VIII, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

379. Gerchunoff, Pablo y Antúnez Damián. «De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo». Ob. cit., pág. 14.

380. Adamovsky, Ezequiel. *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión 1919-2003*, pág. 273, Planeta, Buenos Aires, 2012.

381. Jauretche, Arturo. *Los profetas del odio y la yapa,* pág. 8-9, Obras completas, Volumen 4, Corregidor, Buenos Aires, 2012.

382. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 237.

383. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., págs. 239-240.

384. Cafiero, Antonio. *Desde que grité ¡Viva Perón!*. Ob. cit.*,* pág. 41.

385. Areilza, José María de. *Memorias exteriores 1947-1964*. Ob. cit., pág. 53.

386. Pereyra Pavón, Enrique. *Conversaciones con Juan D. Perón*. Ob. cit., pág. 66.

387. Belini, Claudio y Haberfeld, Leandro. «Antes de la Estabilización. La política económica peronista en contexto del agravamiento de la crisis, 1949-1951», Serie de Documentos de Trabajo del IIEP, Nro. 53, julio de 2020. Disponible en: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/1136/140978>.

388. Entrevista al doctor Alfredo Gómez Morales. Archivo de Historia Oral, págs. 47-48, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, junio de 1972. Disponible en:

<https://www.academia.edu/35578041/NUEVA_HISTORIA_ARGENTINA_EDITORIAL_SUDAMERICANA>.

389. Cafiero, Antonio. Ob. cit., pág. 42.

390. Gambini, Hugo. *Historia del peronismo*, Tomo I. Ob. cit., pág. 294.

391. Perón, Juan D. *Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella*. Ob. cit., pág. 185.

392. Bellotta, Araceli. *Eva Perón, abanderada de los humildes*. Ob. cit., pág. 93.

393. Testimonio de Enrique Pavón Pereyra a la autora. 2003.

394. Bellotta, Araceli. Ob. cit., pág. 94.

395. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 185.

396. Albertelli, Jorge. *Los «cien días» de Eva Perón,* págs. 33-34, Cesarini Hnos. Editores, Buenos Aires, 1994.

397. Pichel, Vera. *Evita íntima*. Ob. cit., págs. 215-220.

398. Perón, Eva. *Discursos completos 1949-1952,* pág. 353, Tomo II, Artes Gráficas, Piscis, Buenos Aires, 2004.

399. Película *Eva Perón*, dirigida por Juan Carlos Desanzo, con guion de Juan Pablo Feinmann. 1996.

400. Zanatta, Loris. *Eva Perón, una biografía política*, pág. 257, Sudamericana, Buenos Aires, 2011.

401. Pichel, Vera. *Evita íntima*. Ob. cit., págs. 221-222.

402. Mende, Raúl A. *A veces el que pierde, gana*. Ob. cit., pág. 173.

403. Gambini, Hugo. *Historia del peronismo*, Tomo I. Ob. cit., pág. 390.

404. Ob. cit., pág. 394.

405. Michelini, Pedro E. *Perón. Develando incógnitas. Algunos hechos poco claros de su vida política*, pág. 27, Corregidor, Buenos Aires, 1993.

406. Pichel, Vera. Ob. cit., pág. 226.

407. Política Peronista. Clases de la Escuela Superior Peronista, pág. 88, Instituto Nacional Juan D. Perón, Buenos Aires, 2016.

408. Page, Joseph. *Perón (1895-1852)*. Ob. cit., pág. 298.

409. Perón, Juan D. *Como conocí a Evita y me enamoré de ella*. Ob. cit., pág. 185.

410. Bellotta, Araceli. Ob. cit., pág. 101.

411. Bellotta, Araceli. *El peronismo será feminista o no será nada*. Ob. cit., pág. 209.

412. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 186.

413. Ob. cit., pág. 187.

414. Ob. cit., pág. 188.

415. Gerchunoff, Pablo y Antúnez, Damián. «De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo». Ob. cit., pág. 26.

416. Falivene, Graciela y Dalbosco, Hugo. *El estado peronista. Los planes quinquenales del peronismo: la primera experiencia argentina de planificación integral,* págs. 50-51, EDUNPAZ, Buenos Aires, 2019.

417. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón.* Ob. cit.*,* pág. 243.

418. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias.* Ob. cit.*,* pág. 61.

419. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 245.

420. Luna, Félix. *Perón y su tiempo. El régimen exhausto (1953-1955)*, Tomo III, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

421. Ob. cit., pág. 215.

422. Cafiero, Antonio. Ob. cit., pág. 47.

423. Gambini, Hugo. *Historia del Peronismo. La obsecuencia (1952-1955)*, pág. 210, Tomo II, Planeta, Buenos Aires, 2001.

424. Diario *Democracia*. 9 de abril de 1953.

425. Antonio, Jorge. *¿Y ahora qué?*, pág. 123, Verum et Militia, Buenos Aires, 1966.

426. De Elía, Catalina. *Maten a Duarte. Historia secreta de la muerte del hermano de Evita*, pág. 28, Planeta, Buenos Aires, 2020.

427. Cafiero, Antonio. Ob. cit., pág. 50.

428. Hicks, Tommy. *Este poder puede ser tuyo*, pág. 10, Peniel, Buenos Aires, 2007.

429. Michelini, Pedro. *Anecdotario de Perón II*, pág. 114, Corregidor, Buenos Aires, 1996.

430. Gambini, Hugo. Ob. cit., pág. 245.

431. Cafiero, Antonio. Ob. cit., pág. 52.

432. Chaves, Gonzalo L. *16 de junio de 1955. La masacre de Plaza de Mayo*, Editorial de la Campan, La Plata, 2003.

433. Antonio, Jorge. Ob. cit., pág. 160.

434. Mendé, Raúl. *A veces el que pierde, gana*. Ob. cit., pág. 133.

435. Ob. cit., págs. 183-184.

436. Ob. cit., pág. 236.

437. Ob. cit., pág. 220.

Capítulo 15

15 de junio de 1974

Residencia de Olivos. Perón se quejó de dolores precordiales. Ese mismo día, su esposa y vicepresidenta de la nación, Isabel Martínez y el ministro de Bienestar Social, José López Rega, iniciaron una gira por Europa para visitar España, Suiza e Italia. (438)

El General se había quedado solo, con la única compañía de Zulema, el ama de llaves que el sindicalista Lorenzo Miguel le recomendó cuando regresó y se instaló en Vicente López, en la casa que el Partido Justicialista le había comprado. Cuando se mudaron, la mujer los acompañó. Perón detestaba la residencia de Olivos.

«Hija, cuando esto termine nos vamos a ir a esa casita linda que me regalaron los muchachos y vamos a hacer jardinería y a estar tranquilos», le dijo en referencia a la casa de la calle Gaspar Campos que extrañaba.

Zulema era la esposa de un ferroviario y durante la resistencia había trabajado en un hospital. En esos días juntaba los estuches de supositorios y se los daba a Andrés Framini para que los rellenaran con pólvora y luego explotaran en las vías del tren. (439)

Perón se sentía tan solo como cuando tuvo que abandonar el país, sin saber en dónde podría vivir. Entonces había dicho: «La soledad en el hombre es una constante, ya que uno mismo es el hacedor del propio destino. Cuando en torno a uno se crean cortinas o cercos que nos apartan o alejan de la realidad, lo que en nuestra condición humana aceptamos y, quizás algunas veces nos resultan agradables o cómodas, pero contribuyen a hacernos cometer errores y afectan nuestra conducta hacia nuestros semejantes».

«En estos momentos han caído esos muros que me ocultaban una dolorosa realidad que negaban muchos de los simuladores y traidores que usufructuaban mi confianza, pero de la que eran los arquitectos y beneficiados, lo que me ha hecho entender lo amargo y duro de esta soledad que he vivido y vivo», pensaba a los pocos meses del exilio. (440)

Casi dos décadas después lo reafirmaba, con la diferencia de que ahora tenía ochenta años, estaba muy enfermo y, sobre todo, se sentía cansado y con el peso de un país sobre sus hombros. Veía la realidad claramente, solo que tenía una enorme impotencia para modificarla.

Tanto veía la realidad, que unos días antes se había despedido de su sobrino que vivía en la Patagonia. Antonio Perón Jáuregui era el único familiar directo que le quedaba. Ese día, cuando visitó Olivos, le regaló su registro internacional para conducir automóviles. «¿Sabés? —le dijo—, haré pronto un largo viaje, pero a un país donde no se precisa ningún documento. De todos modos, como Chabela me lo ha pedido, ella no tiene por qué enterarse de que lo tenés vos».

Cuando Antonio le contó que la gente del sur le había encargado que lo llevara para allá, Perón le respondió: «¿Irme al sur? ¿A Río Negro o a Bariloche? De buen grado viajaría a Mamuil Malal, a los pagos de mi compadre Bertil. Hay varias excursiones cordilleranas que repetiría con placer, si me acompañara gente baqueana como

Don Félix o Pedro San Martín. Pero, ya ves, tampoco ellos quisieron aguardar el retorno de este amigo fiel», en referencia a sus paisanos que ya habían muerto. Esta soledad era peor que la del exilio. Era la soledad de los ancianos que se van quedando sin sus amigos y sus parientes.

El General hizo un silencio, miró al sobrino y exclamó: «¡Imposible! ¡Si apenas puedo sostenerme en pie! Toda la vida me he considerado patagónico de alma, de Sierra Cuadrada, de Puerto Camarones, de Comodoro, lo mismo da. Y hoy más que nunca anhelo regresar al territorio de mi infancia… La patria del hombre es la niñez».

Después, insistió en dar una vuelta en su auto por los alrededores de la residencia. Al bajar, le dijo: «Estas son las llaves de este Ford que te llevás también, como herramienta de trabajo. Esmerate en cuidarlo, que no entre al taller, porque en el taller lo acostumbran a regresar». (441)

Así, el General se había despedido del único pariente que le quedaba. Al día siguiente le dijo adiós a su pueblo desde el histórico balcón de la Casa Rosada. Les deseó a todos: «Dios derrame sobre ustedes todas las venturas y la felicidad que merecen», y les aseguró: «Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra del pueblo argentino». (442)

Un mes antes, el 1.° de mayo, les había dejado su testamento político. Para eso había escrito el *Modelo argentino para el proyecto nacional*, que no era solamente un documento teórico, sino que se trataba de una metodología para construir en el país la Comunidad Organizada de la que había hablado durante toda su vida. Confiaba en que el coronel Damasco iba a impulsar el proyecto; había comprendido su espíritu y el original estaba en su poder.

Pero, sobre todo, Perón ansiaba que el pueblo argentino hiciera suyo ese proyecto. Por eso lo había concluido con este deseo: «En esta etapa de mi vida quiero, como nunca, para mis conciudadanos,

justicia y paz: convoco con emoción a todos los argentinos a hundir hondas raíces en su tierra grande y generosa, como único camino esencial para florecer en el mundo». (443)

---

438. Taiana, Jorge. *El último Perón*. Ob. cit., pág. 180.

439. Abal Medina, Juan Manuel. *Conocer a Perón. Destierro y regreso*. Ob. cit., pág. 398.

440. Landajo, Ramón. *Al final del camino*. Ob. cit., pág. 7.

441. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*. Ob. cit., pág. 153.

442. Discurso del presidente Juan D. Perón. 12 de junio de 1974.

443. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*. Ob. cit., pág. 325.

Capítulo 16

«Les dejé una doctrina, una mística y una organización» (444)

«Solo hace falta leer con cuidado todos estos comentarios y la información que reproducen, cuyo origen ya conocemos. Así se podrá advertir qué clase de argentinos son los protagonistas de esta historia triste y dramática para nuestro país. Aquellos que desconocen los manejos de la prensa internacional, pueden comprobar sin embargo lo bastardo de estos "apóstoles de la democracia" que tanto declamaban libertad y derechos. Son los escribas a sueldo de los que se han adueñado del mundo, y los propagandistas de un sistema que dice defender al hombre, y solo busca dominarlo y someterlo a sus arbitrios».

JUAN D. PERÓN (445)

El 3 de octubre de 1955, Juan Perón arribó a Asunción. Se alojó en la casa del empresario argentino Ricardo Gayol, ubicada en la calle Pedro Cardozo 469, en el residencial barrio Las Mercedes. Gayol estaba radicado en esa ciudad hacía más de cincuenta años. Había presidido la Casa Argentina en el Paraguay y su residencia solía utilizarse con fines protocolares cuando el gobierno local quería alojar a algún mandatario o a alguna visita de importancia. Su estada en ese lugar fue una sugerencia de las autoridades

paraguayas para recibirlo como «amigo» y no como «caído». Como no podían hacerlo oficialmente, la decisión fue que se alojara en la casa de un compatriota.

«No bien llegó lo llevé a mi dormitorio que habíamos preparado para él. Está situado en la planta alta y comunica con una amplia galería con balaustrada, desde donde se puede avizorar el río Paraguay y un horizonte de lapachos, que en el tiempo de su llegada estaban florecidos. Allí lo dejé, luego de indicarle todo lo que podría necesitar para su aseo. No había transcurrido una hora cuando Perón me llamó. Ya había dispuesto todo el contenido de su maleta. Todo en perfecto orden: los pañuelos apilados, en un cajón las medias, en otro su ropa interior, las camisas prolijamente colgadas, los zapatos alineados en el piso del *placard*. Todo en un orden tan estricto que hubiese avergonzado a la mujer más ordenada», dijo Gayol en una entrevista. Y después agregó: «Al rato oigo que me llama: "¡Gayol! ¡Gayol!". Ya había dispuesto sus pertenencias y necesitaba hablar con alguien. Recuerdo que, espontáneamente, sin yo provocarlo con preguntas y en forma un poco desordenada, se refirió a los acontecimientos que provocaron su caída: "Gayol, compréndame, para defenderme no podía permitir que se destruyese todo"».

Luego continuó: «Ese día visitó al presidente Stroessner en su casa; más tarde el general Stroessner vino a visitarlo a mi casa, en retribución de la visita anterior, todo como si se tratase de un presidente en ejercicio», y aseguró que el mandatario paraguayo hizo instalar en el escritorio que utilizaba Perón una línea telefónica directa con su despacho. (446)

Dos días después, el 5 de octubre, el General hizo declaraciones al gerente de la oficina de la agencia United Press en el Paraguay, Germán Chaves. Dijo que él no había renunciado, y que la nota que había dirigido al Ejército era una propuesta para resolver la crisis. Que si hubiera querido renunciar, la habría enviado al Congreso de la

Nación. Por lo tanto, era Presidente Constitucional de la República Argentina mientras el parlamento no aceptara su dimisión. (447)

Al día siguiente, la cancillería argentina envió una nota de protesta al presidente paraguayo y pidió que lo expulsara de ese país porque violaba sus obligaciones como refugiado. En Buenos Aires, el diario *Crítica* publicó un editorial afirmando que se estaban comprometiendo las relaciones con el Paraguay y que Perón quería «seguir el juego sucio». *The New York Times,* bajo el título «El exilio en el Paraguay», sostenía que no era cierto que en los últimos años los miembros de la CGT estuvieran detrás del presidente depuesto y que si los obreros argentinos pudiesen manifestar su posición seguramente lo repudiarían.

El 8 de octubre, Juan Perón cumplió sesenta y dos años. No tenía mucho para celebrar, y tampoco contaba con amigos o familiares para hacerlo. Sin embargo, la esposa de Gayol, Blanca Regojo, se sorprendió: «Nunca en mi casa se vieron tantas flores; ramos, canastas, jarrones, por todos lados, hasta en el piso». Y su marido agregó:

«Ese día deben haber desfilado para estrechar la mano del general Perón más de tres mil personas. Perón se ubicó en una puerta que da hacia el jardín de la residencia, con la espalda bien cubierta desde el interior de la casa; y los visitantes entraban por una puerta y salían por la otra, luego de saludarlo. Desde la noche anterior, precisamente a la medianoche, comenzó la música. Los militares le trajeron una serenata con un conjunto folklórico de las fuerzas armadas; y no cesó el desfile de pequeños conjuntos. La música duró hasta las dos de la mañana. Se interpretó música folklórica, pero no faltó "Los Muchachos Peronistas". La gente del pueblo se hizo presente con "chipitas", dulces, trabajos de ñandutí. Sus ahijados paraguayos no dejaron de visitarlo.» (448)

Pero la presión del gobierno de facto en la Argentina se hizo sentir, y Stroessner le sugirió a Perón que se trasladara a Villarrica,

un pueblo a ciento cincuenta kilómetros de Asunción, en el departamento del Guayrá. Como una cruel paradoja, el traslado se realizó el 17 de octubre de 1955, exactamente una década después de que los trabajadores argentinos lo rescataran de la prisión en la isla Martín García.

Según relató el general Sinforiano Godoy, entonces a cargo del Comando de la Segunda Región Militar de Villarrica con la misión de cuidar su seguridad, cuando llegó por la mañana se produjo un gran revuelo en el pueblo. Algunos vecinos le pidieron autorización para saludarlo. Querían celebrar el 17 de octubre con él. El militar la concedió pensando que asistirían unas diez personas, pero luego comentó: «Por la noche se volcó el pueblo entero. Una cantidad enorme de personas fue llegando, en ómnibus, autos y toda clase de vehículos. Venían con músicos para traerle una serenata al General. En vista de eso, nuestro comando no podía estar ausente, así pues, nos largamos todos para allí, con la banda de música. Durante casi toda la noche, Perón recibió el saludo y la simpatía de los guayreños. Nuestra banda amenizó toda la velada, junto con otros pequeños conjuntos de música paraguaya, y no dejó de ejecutarse "Los muchachos peronistas"».

Se alojó en la hacienda San Miguel, propiedad del exministro del Interior local, Rigoberto Caballero. El oficial Godoy aseguró que cuando el General iba a la ciudad para dar una vueltita, todo el mundo salía a la calle para saludarlo. (449) Hasta había recibido el pedido de ser padrino de uno de los hijos de Cecilio Barreiro, un habitante que se le acercó un día que estaba sentado en la Plaza de los Héroes. Perón con tristeza le dijo: «Acepto, pero qué compadre suyo voy a ser, amigo; que no sé adónde voy a ir a parar y que no sé qué va a ser de mí». (450)

De esta manera, el pueblo paraguayo le agradecía que un año antes, el 14 de agosto de 1954, siendo presidente de la nación, había devuelto los trofeos de la Guerra de la Triple Alianza que,

entre 1864 y 1870, devastó a aquel país. «Vengo personalmente a cumplir con el sagrado mandato encomendado por el pueblo argentino de hacer entrega de las reliquias que, esperamos, sellen para siempre una inquebrantable hermandad entre nuestros pueblos y nuestros países», dijo Perón en su discurso de entonces tras recibir el grado de general de División Honoris Causa del Ejército del Paraguay, que todavía ostentaba.

En cambio, en la Argentina ya no lo era. El 29 de octubre, un Tribunal de Honor integrado por cinco generales, algunos de los cuales habían estado en su círculo íntimo en el gobierno, lo acusó de «falta gravísima», le quitó el título de General y el uso del uniforme del Ejército. En un informe de más de cien páginas justificó la decisión acusándolo de los delitos de incitación a la violencia, ataques a la religión católica, la quema de la bandera y estupro. Además, solicitó al juez Luis Botet que se lo condene a cadena perpetua por traición a la patria, de acuerdo con el artículo 20 de la Constitución Nacional y junto con él, a todos los legisladores y diputadas que le habían otorgado poderes especiales y la suma del poder público. También exigió que se le pidiera al Paraguay su extradición. (451) Para Juan Perón empezó, entonces, el calvario judicial.

Las diputadas y los legisladores no le habían concedido nada. Celebraron una sesión especial para expresar su apoyo al gobierno luego del acto en la Plaza de Mayo de 1953 durante el cual explotaron varias bombas. En cuanto a la incitación a la violencia, los episodios se registraron luego de aquel atentado. La bandera se quemó después del acto opositor de la festividad de Corpus Christi en la plaza del Congreso y no pudo probarse quiénes fueron los autores del hecho. La causa por estupro tenía que ver con Nelly Rivas, la estudiante de la UES, que se había instalado en la residencia presidencial. Ella misma relató cómo había sucedido.

Todo comenzó en la Navidad de 1953, la primera que Perón pasaba sin Evita. Un grupo de las estudiantes decidió acompañarlo durante esa noche. Luego, ante la soledad del General, Nelly comenzó a visitarlo en la residencia y a hacerse cargo de los caniches, Monito y Tinolita. Después pidió permiso a sus padres para instalarse ahí.

Pavón Pereyra afirmó que «él la quería como un padre, se preocupaba por sus estudios, cuando regresaba a la residencia le preguntaba por sus tareas escolares, la trataba como a una hija. [...] A Perón no le interesaba lo que pudieran decir los demás. Sabía cuáles eran sus sentimientos y no se preocupaba por andar explicándolos, aunque después lo pagó caro». (452)

En una conferencia de prensa que Perón ofreció durante su estada en Venezuela, respondió a la pregunta que le hizo el periodista Arístides Moleón, de Internacional News Service: «Fíjese, Moleón. Esa señorita a quien conocí, era una niña que concurría como muchas otras a la UES. Es una criatura, y como hombre no pude o no puedo ver en ella más que lo que es: una nena. Por mi edad, por mi experiencia, puede tener la seguridad que no transgredí códigos morales».

«Esa niña —añadió— merece la consideración y el respeto que no le tienen quienes sirven a la difamación y a la infamia. Son bajezas propias de los impotentes o desviados, que suponen todo lo negro y sucio».

Durante casi dos años, Nelly Rivas vivió con el General. Ella misma afirmó después: «He vivido en la residencia presidencial como una hija, y allí pude comprobar que Perón era un hombre agobiado por una inmensa soledad, abrumado de trabajo, sin esposa, sin hijos, sin familia...». (453)

La autodenominada Revolución Libertadora encarceló a los padres de Nelly Rivas, a quienes acusó de complicidad con el delito de estupro. Por resolución de la Cámara de Apelaciones en lo

Criminal y Correccional, José María Rivas y María Sebastiana Viva de Rivas fueron condenados y confinados en Villa Devoto y en el Asilo Correccional de Mujeres, respectivamente. A Nelly la recluyeron en el Asilo San José, «para reconstruir su moral», donde sufrió todo tipo de vejaciones. Durante un año permaneció en el reformatorio, y cuando quedó en libertad, debió iniciar un tratamiento psicológico de tres sesiones semanales. Más tarde, conoció a Carlos, un muchacho que trabajaba en la embajada norteamericana en Buenos Aires, con quien contrajo matrimonio.

Durante los dieciocho años que Perón vivió en el exilio, Nelly no tomó contacto con él. Volvió a verlo poco después del 17 de noviembre de 1972, cuando se produjo su primer regreso. Acompañada de su marido, una mañana entró por la puerta de servicio de la casa de Gaspar Campos, donde se alojaba el expresidente. Perón estaba en la cocina. Nelly entró, lo saludó y le dijo: «Dígale a los muchachos que refuercen la vigilancia, porque así como llegué yo puede hacerlo cualquiera». Ella le contó de sus sufrimientos, de las vejaciones de la «Libertadora», de cómo lo había extrañado después de su partida. Le habló de Monito y Tinolita, los caniches que había cuidado hasta que murieron de viejos, y le confesó que le había mandado al exilio a Canela y Picha, dos de las crías de los perritos originales. (454)

Pero volvamos a fines de 1955. Ante la ofensiva judicial en la Argentina, Perón le comunicó a Stroessner la decisión de aceptar la invitación de Anastasio Somoza para trasladarse a Nicaragua.

En la madrugada del 2 de noviembre, se embarcó en el avión presidencial paraguayo rumbo a Centroamérica. Pero cuando sobrevolaban territorio brasileño, llegó una comunicación de Somoza que decía que no era aconsejable que fuera. Sin saber qué rumbo tomar, el piloto decidió aterrizar en Río de Janeiro, donde debieron pasar la noche en el avión. Al día siguiente, realizaron una escala en San Salvador de Bahía y desde allí partieron hacia Caracas,

Venezuela, donde llegaron el 5 de noviembre de 1955. Perón se entrevistó con el presidente venezolano, Marcos Pérez Jiménez, quien le comunicó que el gobierno de Panamá estaba dispuesto a recibirlo. Ese mismo día partió hacia ese país. (455)

En cuanto arribó a Panamá, el presidente Ricardo Arias puso a su disposición un chofer y un agente de la Guardia Nacional para que se ocupara de su seguridad. Le indicó, además, que podía alojarse en el Hotel Washington, en la ciudad de Colón, un edificio que apenas guardaba el recuerdo de los viejos esplendores de principios de siglo, cuando hospedaba a las personalidades del mundo que llegaban para conocer el canal recién inaugurado.

El periodista argentino Ramón Landajo, quien trabajaba en el diario *Novedades* de México, lo visitó en esos días y describió cómo era el lugar donde vivía Perón:

«Dos destartalados sillones y una mesa en iguales condiciones, que utilizaba como escritorio, era —junto con una mesa ratona sobre la que había colocado un viejo calentador eléctrico— el moblaje de su despacho. En uno de los lados, la puerta abierta mostraba una pequeña habitación, con una vieja cama de dos plazas, con respaldar de caño de hierro, donde la descascarada pintura blanca mostraba el paso del tiempo. Dos mesas de noche, sobre una de las cuales se encontraba una imagen de la Virgen de Luján junto a un retrato de Eva Perón, realizado por el artista Mezzadra. […] Un viejo abanico, como llaman los panameños al ventilador de techo, giraba lentamente, dando un poco de fresco al pesado ambiente. Las puertas del balcón, abiertas de par en par, dejaban ver el paisaje tropical, verde brillante, junto a los cursos de agua de los que emergía una nube de vapor que nos envolvía.»

Ahí escribía su libro *La fuerza es el derecho de las bestias*. En cuanto a las personas que frecuentaba, señaló que Perón tenía esporádicas visitas el ingeniero Carlos Pascalli, exembajador argentino en Panamá, Vitorio Radeglia, quien había tomado contacto

en Paraguay y se había colado en el avión, un agente de los servicios argentinos que vendía información a la CIA de los Estados Unidos y a la KGB comunista. Después llegó Isaac Gilaberte. Y eso era todo. En esa charla con Landajo, Perón se lamentó: «Como usted puede comprobar, yo, que tenía tanto poder, estoy solo y abandonado. No hay tantos amigos como uno pudo suponer, y la lealtad de estos, en no pocos casos, está sujeta a intereses. Tal como decía Disraeli, los amigos son circunstanciales, los intereses son permanentes».

Y luego continuó relatando: «De todos aquellos que juraron dar la vida por Perón cuando llegó la hora de la verdad, me negaron. Mis generales no solo no supieron cumplir con sus deberes para con la Patria, sino que fueron los que rápidamente negociaron mi renuncia que no existió, pero los llevó a ello su cobardía, y el propósito de asegurar el futuro personal, de sus mujeres y queridas. De cuantos me rodeaban y conformaban ese círculo íntimo, Atilio Renzi (el mayordomo) se alzó con el santo y la limosna; Renner (su secretario privado), simulador al extremo, fue quien me anunció la posibilidad que me iban a asesinar, como también la claudicación de los mandos militares. Luego desapareció. Hasta el momento de subir al auto del embajador para llevarme a la cañonera, solamente hubo uno, Isaac Gilaberte».

La actitud del hombre lo había conmovido. Recordó que mientras preparaba su valija, entró a su dormitorio y le solicitó que le hiciera un favor. «Supuse que iba a pedir que lo librara de compromisos o problemas que podrían surgir ya que había sido un colaborador de muchos años. ¿Cuál fue el favor solicitado? Que le permitiera acompañarme al exilio, continuando como chofer, sirviente o guardaespaldas, simplemente para cumplir con su sentimiento de lealtad, afecto y amistad. A él lo estoy aguardando aquí, en Colón, es un hombre de trabajo y del Pueblo. Mi chofer cuando estaba en el

Ejército, y luego con Eva y conmigo, a partir de la jornada histórica del 17 de octubre». (456)

Gilaberte llegó, le trajo a sus queridos perritos y se transformó en su sombra porque temían por su seguridad. En esos días, el diario *La Estrella* de Panamá informó que «un automóvil manejado por tripulantes de un avión naval de Argentina, que estuvo cinco días en el istmo, causó especulaciones en el sentido de que se planeaba asesinar a Perón». Mencionaba a un exteniente del Ejército argentino, Alberto Attías, quien estuvo preso cinco años durante el gobierno peronista y luego se había exiliado en México, y un capitán argentino de quien no precisó el nombre. La crónica aseguró: «La Guardia Nacional ha dispuesto que dos hombres lo protejan durante el día y tres por la noche. Miembros de la policía secreta vestidos de particular lo acompañan». (457)

En la Argentina, el 13 de noviembre, a menos de dos meses de instalado el gobierno de facto, el presidente Lonardi presentó su renuncia. Su deseo de que no hubiera «ni vencedores ni vencidos» que había expresado en su asunción no coincidía con la postura de las fuerzas armadas en el poder. En su lugar, juró el general Pedro E. Aramburu, acompañado por el contralmirante Isaac Rojas como vicepresidente, ambos partidarios de endurecer la persecución en contra del peronismo.

En diciembre de 1955, Perón escribió las primeras instrucciones para su movimiento. Las envió por intermedio de Radeglia que viajó a Chile, y estaba seguro de que llegarían a todos los servicios de inteligencia. *La Estrella* tituló «Perón hace llamado a la rebelión. Pide lucha contra la dictadura». Informó que Radeglia entregó a la publicidad una carta de Perón, fechada el 1.° de diciembre, «la cual fue entregada a los jefes del peronismo que actúan en la clandestinidad». Después, el diario transcribió un párrafo textual: «Es necesario seguir con nuestras organizaciones. Tanto las mujeres como los hombres peronistas deben seguir reuniéndose para

mantener el partido. Cada casa de un peronista será en adelante una unidad básica del Partido. La CGT y sus sindicatos atropellados por la dictadura deben proceder en forma similar. Yo sigo siendo jefe de las fuerzas peronistas y nadie debe invocar mi representación. Si hay elecciones sin el peronismo todo buen peronista debe abstenerse de votar. Esta es mi orden desde el exilio. ¡Viva el peronismo! ¡Viva la CGT!». (458)

La publicidad de las instrucciones provocó que el Hotel Washington le pidiera que abandonara su alojamiento. El hotel era propiedad de la Compañía del Canal de Panamá, de la cual era dueño el gobierno de los Estados Unidos, aunque estaba en Colón y en jurisdicción panameña. «Esto le causó gran indignación al general Perón, lo mismo que a nosotros los panameños. Recuerdo que Perón me preguntaba cómo era posible que eso sucediese estando el hotel fuera de la zona del Canal. No podía menos que contestarle que era una arbitrariedad de los "gringos", como lo fue cuando en su país, el embajador Spruille Braden trató de inmiscuirse en la política argentina», testimonió después, el mayor Alfredo Alemán, entonces ministro de Hacienda y del Tesoro de ese país. (459)

El General, entonces, decidió trasladarse. Alemán relató que se interesó mucho por conseguirse un apartamento frente a la embajada americana, «ese era su capricho. Por fin dio con lo que buscaba. Un apartamento humilde, en una casita de tres pisos y seis apartamentos en total, en la calle 38 frente a la sede diplomática. Así, el General salía todas las mañanas, paseando sus perritos, bajo las ventanas de los americanos. ¡Ajo! ¡Qué odio tan grande les tenía a los gringos!». (460)

Para entonces, María Estela Martínez Cartas, cuyo apodo artístico era Isabel, acababa de entrar en la vida de Perón. Existen varias versiones sobre cómo se conocieron. Unos dicen que a Gilaberte se le ocurrió contratar a unas bailarinas de la *troupe* del cubano Joe Herald que venían de Medellín, Colombia, entre ellas Isabel, para

alegrar una fiesta que darían a Perón unos días antes de la Navidad de 1955. (461) Otros sostienen que fue el periodista Luigi Romersa, enviado del diario boloñés *Il Resto del Carlino*, quien le sugirió al General asistir al espectáculo de bailarines de danzas criollas que se presentaba en el club nocturno Happy Land, en el que actuaba la joven. (462)

Sin embargo, Perón aseguró que fue Arnaldo Parra quien le había presentado al grupo. Parra era un comerciante y financista cubano que hacía más de treinta años que vivía en Colón, Panamá. Era presidente de la compañía Parra y Peláez, dedicada a la ganadería y la agricultura, y de JUPA S. A., empresa de negocios en la zona libre. Las jóvenes «le habían manifestado querer ver y saludar a Perón, ya que eran sus fervientes admiradoras. […] Para que me pudieran saludar, se les ocurrió, como era la víspera de Navidad, organizar en el balneario María Chiquita un asado, al que concurriría ese grupo, además de varios amigos de esta ciudad. Yo no ignoraba los aspectos anteriores a su presencia en este país, ya que había sido alertado por nuestros amigos en Colombia de la tarea en la cual se encontraban sospechosos argentinos que operaban desde la embajada en Bogotá. Por naturaleza, siempre he creído y creo que hay que dejar que los acontecimientos se produzcan, para así poder dar una respuesta efectiva».

Dejemos que el mismo General relate los acontecimientos, tal como lo hizo con Landajo, quien para entonces había renunciado a su trabajo en el diario de México y se había sumado al grupo.

> Como le dije, se hizo el asado, al que concurrieron estas chicas, algunas de ellas acompañadas por sus supuestos novios, encontrándose entre las mismas, Isabel. Mantuvimos algunas charlas con ellas, algunas de las cuales, como eran todas argentinas, manifestaban haber pertenecido a la UES, cosa totalmente falsa, pero que aceptaba con cierta «ingenuidad» para ver cuál era el final propuesto. Isabel, fue la que más insistió en conversar conmigo, señalando que su familia era fanática peronista, y que sabiendo que ella pasaría por Panamá, una escala dentro de la gira del conjunto, le pidieron que me diera un beso y si era posible, le enviara una foto

junto a ella. […] A mis años —continuó— el dulce de leche no lo como con tenedor. Me di cuenta de que algo ya estaba en marcha, por lo que creí prudente y conveniente terminar en ese momento la reunión. Junto con Pascalli y Gilaberte regresamos, quedando todos ellos en el balneario para continuar con la fiesta. Pocos días más tarde, Isabel se presentó en nuestro departamento en Panamá, lugar al que habíamos accedido tras que nos echaran los yanquis del Washington, con la finalidad de saludarnos y ofrecerse a colaborar. Así dos o tres veces más, hasta que en la última visita, a la que llegó llorando desesperadamente, lo que evidencia sus dotes artísticas, me contó la historia de que los empresarios del cabaret pretendían que las chicas del ballet alternaran con los clientes en los intermedios de la presentación. Me hizo la historia de que ella pertenecía a una excelente familia, y que su madre y hermanas, dado que su padre había fallecido cuando era pequeña, pretendían que se casara con el hijo de un general que en esos momentos era embajador de los gorilas en México. Como ella no lo quería, expresó que se escapó de la casa, y decidió recorrer el mundo, ganándose la vida como bailarina folklórica. Como antecedente mostraba una fotografía sacada en Mendoza, al frente de un piringundín de tercera donde también se presentaba un conjunto de bailes españoles. Me pidió dinero, que yo no disponía, para así poder regresar a la Argentina, donde su «madre espiritual» Isabel Cresto, le daría cabida en su hogar.

Por último, agregó que no había creído esa historia y por eso le contestó:

Lo único que podía ofrecerle, hasta tanto pudieran sus amigos enviarle el dinero, era que viniera al departamento y se encargara de los quehaceres domésticos. Lo aceptó de inmediato, y fue con Gilaberte hasta el hotel Roosevelt donde se hospedaban a retirar el equipaje. Esto no quedó en este incidente. Dos días más tarde, se me presentó el *cafishio* Herald, culpándome de entrometerme en su negocio, habiéndole quitado una bailarina, por lo que debería suspender presentaciones hasta tanto pudiera «formar otra artista». Fue tal el escándalo de este tipo, que tuve que darle unos pesos para no molestarme más. Es decir, que tuve que pagar a quienes buscaban otro propósito con sus contactos. Si bien hoy está con nosotros, sabemos que mantiene algunas entrevistas con argentinos que se acercan a casa, y con quienes charla en algunas de sus caminatas en lo que quiere hacer suponer son encuentros casuales. Igualmente, a través de las hijas de la empleada doméstica que tenemos, Flora, a quien hace sospechosos regalos, recibe correspondencia que nos ha dicho es de familiares. Estoy viendo cómo podemos solucionar esta situación, ya que además de resultar incómoda, no es nada positiva o favorable para mí.

Luego le advirtió a Landajo: «Dentro de la casa, como usted ha visto, convivimos Isabel, Gilaberte y yo. Ahora se suma usted. […]

Su llegada me fue anticipada por nuestra gente infiltrada en los servicios argentinos en Buenos Aires. Como podrá comprobar, mi confianza hacia ella no es total. Me contó una historia que simulé creer, pero no dudo que tiene contactos con gente de Argentina a la cual responde, no por convicción ideológica, ya que su infantil ambición de Mata Hari buscar rédito económico, más una posible futura notoriedad. Esto lo he aceptado, momentáneamente, ya que como dice el refrán, debemos dar soga para que en ella se ahorque quien nos quiera perjudicar». Después le ordenó que, junto con Gilaberte: «Deberán ejercer una estricta y disimulada vigilancia sobre todos los movimientos que haga Isabel, salvo cuando…».

Y continuó Perón: «En cuanto a su presencia en Panamá, escritas por la prensa amarilla del gorilismo, desdicen la realidad. Integraba un *ballet*, si así podemos llamarlo, a cuyo frente venía uno de esos cafiolos baratos que recluta muchachas sin experiencia, que contando con el apoyo y ayuda de los servicios gorilas, la enviaron para estos lados, pasando previamente por Venezuela, a fin de contar con cierta actuación que los justificara. Tanto ella como otras chicas de ese *ballet* fueron reclutadas por agentes del gorilismo, con el propósito de hacerlas llegar hasta Panamá y tratar de seducirme, para poder controlarme». (463)

El biógrafo Pavón Pereyra aseguró que después del primer encuentro, Isabel comenzó a visitar al General. En una de sus charlas le confesó que no pensaba continuar con el *ballet*, y entonces le preguntó:

—General, ¿no necesita usted una secretaria?
—Así es —respondió Perón.
—Yo podría ayudarle, incluso como camarera o algo así.
—Sí —dijo Perón—, pero yo no tengo dinero para pagarle.
—No importa.
—¿Pero aceptaría usted probar mi comida a diario? —insistió Perón, aludiendo a uno de los peligros que temía su entorno: el envenenamiento.

—En ese caso sería yo quien tendría que pagar a cambio de la dicha de poder hacerlo —aseguró Isabel.
—Trato hecho —concluyó Perón. (464)

Y fue así como Isabel se quedó con Perón. La joven tenía veinticuatro años, había nacido en La Rioja, el 4 de febrero de 1931. Era profesora de piano, dominaba el idioma francés y había integrado el *ballet* estable del Teatro Cervantes.

El General tenía serios problemas económicos. No contaba más que con catorce mil dólares que había logrado sacar de la Argentina; hay quienes elevan la cifra a cincuenta mil. El exsuboficial y custodio presidencial, Andrés López, quien poco después se sumó al grupo, contó: «No tenía un mango. Una vez le pregunté por los millones que todos decían que tenía y él me respondió: "Si hubiera tenido seiscientos millones de dólares no me hacían la revolución porque me compraba a todos los traidores"». (465)

Además, vivía en un clima paranoico, atento siempre a las informaciones que le hacían llegar sus amigos referidas a los distintos servicios de inteligencia dispuestos a eliminarlo. No sabía de dónde vendría el ataque, si de la naciente CIA, la KGB, los servicios argentinos o los tres combinados.

Por otra parte, sus partidarios se habían dispersado. Algunos por defección, otros por encarcelamiento o exilio obligado. En la prisión de Ushuaia permanecían detenidos John William Cooke, Héctor Cámpora, Jorge Antonio, Guillermo Patricio Kelly y José Espejo, entre otros. En Bolivia, un grupo de exiliados le enviaba información sobre lo que ocurría en el norte argentino. En Brasil también tenía amigos, y en Chile contaba con los capitanes Aparicio Suárez, Guillermo Barrena Guzmán, la senadora María de la Cruz, y Blanca Luz Brum, su antigua amiga y colaboradora de los tiempos de la Secretaría de Trabajo y Previsión.

En la Argentina, el 5 de marzo de 1956, con la firma del presidente de facto el general Aramburu, el contralmirante Rojas y los ministros Álvaro Alsogaray, Eduardo Busso y Luis Cerrutti Costa, se dio a conocer el decreto ley 4161, por el que se prohibía la utilización de imágenes, signos y expresiones representativas del peronismo y de las palabras «peronismo, peronista, justicialismo, justicialista, tercera posición», y de la marcha peronista, así como «el nombre propio del presidente depuesto o el de sus parientes», en clara alusión a Evita, cuyo cuerpo había desaparecido de la CGT donde descansaba y se desconocía su paradero.

Como pena, se estableció la prisión de treinta días a seis años, además del pago de una multa y la inhabilitación para desempeñar cargos públicos. Si se trataba de una empresa comercial, podía ser clausurada, y si eran partidos políticos o sindicatos, se los declararía disueltos. (466)

Tres meses después, el 9 de junio de 1956, el general Juan José Valle organizó un levantamiento militar en defensa del gobierno constitucional derrocado. El intento terminó en fracaso. El gobierno lo detuvo junto a otros oficiales y civiles, y decretó su fusilamiento, aplicando con retroactividad la ley marcial que había sido derogada. Entre el 10 y el 12 de junio de 1956 fueron pasados por las armas once oficiales y siete suboficiales, y en forma clandestina asesinaron a dieciocho civiles en las localidades bonaerenses de Lanús y José León Suárez.

Perón no estuvo de acuerdo con este levantamiento. Al respecto sostuvo:

> Lo del 9 de junio era previsible. Hasta mí llegaron dos compañeros, Morales y Lagomarsino, los que me informaron sobre las intenciones de los generales Valle y Tanco. Ya en mi poder contaba con información que por diversos canales me hicieron llegar, algunas de estricto carácter confidencial, y algunas tendenciosas que señalaban que más que para favorecer mi regreso o implantar un gobierno peronista ortodoxo, la intención era hacer una especie de continuismo peronista-lonardista. El fracaso estaba asignado de antemano, dado que dentro de las filas de esos valientes

> compañeros y camaradas, se habían infiltrado individuos que simulando peronismo, eran los gusanos de intriga y desconfianza, aparte de asquerosos delatores, quienes realizaban tareas de acción psicológica para crear temores y facilitar, tal como sostuve, la criminal represión y asesinato de patriotas. Nada pude hacer, ya que la tozudez de unos, junto a las desmedidas ambiciones de otros, se sumaban al ansia de sangre de quienes impusieron la hora triste y dolorosa que sufre el pueblo argentino. (467)

En julio de 1956 se realizó en Panamá un Encuentro de Presidentes Americanos, al que debía concurrir el general Aramburu. Las autoridades argentinas comunicaron al gobierno panameño que el mandatario asistiría siempre y cuando Perón abandonase ese territorio.

Una vez más se vio obligado a partir. El 20 de julio de 1956 se embarcó rumbo a Nicaragua, con la única compañía de Gilaberte. Durante los ocho días que permaneció en ese país se alojó en la casa del presidente Anastasio Somoza García, en la Loma de Tiscapa, desde donde se divisaba toda la ciudad y el lago Xolotlán. También pasó algunos días en la hacienda El Tamarindo, muy cerca del mar, a unos cincuenta kilómetros de Managua, también propiedad de los Somoza. (468)

Fue recibido por líderes sindicales en la Casa del Obrero, donde brindó una exposición. Frente a la situación que vivían los trabajadores en la Argentina en ese entonces, dijo: «He tenido momentos de arrepentimiento de no haber abierto los arsenales del país a las masas trabajadoras que deseaban defender las conquistas sociales hasta el máximo sacrificio. Quise evitar el derramamiento de sangre, sin pensar que después se derramaría a torrentes esa misma sangre en defensa de los intereses de la oligarquía».

También se refirió al «ametrallamiento sin piedad de esos trabajadores que se oponían al derribo de los bustos de Evita erigidos en las fábricas» y a las ejecuciones en masa ordenadas por el gobierno de facto. «En diez años de gobierno nunca ejecuté a un solo argentino», aseguró. (469)

Ante estas declaraciones, el médico Rafael Gutiérrez publicó una carta recordándole a Perón el caso del doctor Juan Ingalinella, un médico rosarino y militante del Partido Comunista que había sido torturado, después de ser detenido por la policía de Santa Fe, el 17 de junio de 1955, al día siguiente de los bombardeos de la Plaza de Mayo.

Perón le respondió con otra carta: «Como veo que el doctor Gutiérrez "está tocando de oído" comenzaré por decirle que el doctor Ingalinella, secretario del Partido Comunista de la provincia de Santa Fe, intervino en un incidente policial en la ciudad de Rosario de esa provincia, y fue allí detenido por tal causa. Dos empleados policiales lo sometieron a malos tratos como consecuencia de los cuales, el doctor Ingalinella falleció de un ataque cardíaco. Dichos empleados fueron procesados y condenados por la justicia como correspondía».

Y agregó: «En la República Argentina la organización nacional obedece al sistema federal y, en consecuencia, las provincias son autónomas, especialmente en los regímenes policiales y en la justicia, de manera que nada tiene que ver el jefe del Poder Ejecutivo federal, en una causa diligenciada por la justicia provincial». Por último, escribió:

> Es que, como sucede a menudo, los comunistas hicieron el consabido escándalo político por el «caso Ingalinella». […] De ahí a considerarme cerebro que dirige y ordena el crimen, hay un abismo. […] Sin embargo, no veo en toda su carta nada que haga suponer que condena los millares de obreros masacrados por la actual dictadura argentina, ni los doscientos cincuenta prisioneros fusilados sin juicio, ni el asesinato en la cárcel de los ministros Nicolini y general Pistarini, como los del célebre actor, Enrique Muiño; diputado García, Ricagni, etc., y los cien mil presos políticos y gremiales que gimen en las cárceles argentinas y en los campos de concentración de la helada Patagonia. Por eso, puedo reiterarle al doctor Rafael Gutiérrez que no he matado ni he muerto a nadie en mi vida. Dios quiera que pueda decir lo mismo. Juan Perón. (470)

Luego de asistir a un homenaje a Evita en el cuarto aniversario de su fallecimiento, el General regresó a Panamá. El Encuentro de

Presidentes finalizó y el general Aramburu retornó a la Argentina. No obstante, a su llegada, las autoridades lo emplazaron para que detuviera su actividad política con la amenaza de expulsarlo del país.

Otra vez debía buscar un lugar donde residir y no disponía de demasiadas alternativas. México le había ofrecido asilo, pero sabía que las presiones no tardarían en llegar. Colombia era un hervidero político, igual que Nicaragua, donde dos meses después asesinaron al presidente Somoza. Solo le quedaba aceptar la sugerencia del periodista Rodolfo Martínez, al que apodaban «Martincho», quien le había escrito desde Venezuela asegurándole que podría trasladarse sin problemas.

Martincho había hablado con el presidente de la Confederación Nacional de Trabajadores de Venezuela (CNT), Rafael García, para que sondeara al gobierno sobre la posibilidad de que Perón se trasladara a ese país. García aseguró: «Inmediatamente fui al ministerio de Trabajo, hablé con su titular, el doctor Carlos Tinoco Rodel. Este, a su vez, habló con el Presidente, el general Marcos Pérez Jiménez, quien le dijo que vería con complacencia que el general Perón viniese a radicarse en el país. Llamé a Martínez para comunicarle que tenía buenas noticias para él. Le participé la posición del general Pérez Jiménez, que hiciese todos los trámites, que "eso" estaba listo». (471)

El 8 de agosto de 1956, Perón llegó a Venezuela, donde las autoridades le asignaron dos custodios ante los rumores de un posible atentado. A esas alturas, el General contaba con su propia gente, todos exiliados dispuestos a colaborar con él: Gilaberte, que había viajado en barco con el automóvil Opel Olympia Rekord de origen alemán que tenían en Panamá; el antiguo suboficial de la residencia, Andrés López, que trasladó los caniches de Perón desde Buenos Aires hasta Caracas; el mayor Pablo Vicente; y Landajo, Martincho, Roberto Galán y su mujer Olga Gutiérrez. También estaban el general Tanco y otros oficiales, el periodista Américo

Barrios, Abel Reynoso y el mayor Pablo Vicente, entre otros. Y, por supuesto, Isabel. A medida que crecía el grupo, aumentaban los problemas para ella. Porque muchos de los seguidores de Perón no toleraban la idea de que ocupara el lugar que había dejado Evita, y algunos se dedicaron a hostilizarla para que se alejara de él.

Primero se instalaron en la casa de Martincho en el edificio Plaza, en la avenida Urdaneta. Después se mudaron a la quinta Mema, en la urbanización El Rosal.

Mercedes Vargas de Furmann, quien entonces vivía en la casa de enfrente, lo recordaba así: «Un vecino maravilloso, muy tranquilo y muy simpático. Cuando estuvo instalado tuve oportunidad de tratarlo. Nos unía un mismo cariño por los animales y las plantas que el General cuidada personalmente. Su vida era muy reservada. Él salía siempre con sus perros. En sus paseos siempre tenía una palabra amable con los vecinos, era muy apreciado. Ella era más reservada, pero igualmente amable. Recuerdo que les enseñaba a bailar a los perritos o tocaba el piano». (472)

El redactor del diario *El Nacional*, Germán Carias, que fue uno de los dos periodistas que el periódico destinó para hacer una guardia permanente a Perón, expresó: «Nos llamaba la atención su *hobby* o manía de recorrer la avenida Andrés Bello, como veinte cuadras y otras tantas de vuelta. Salía a las ocho y media de la mañana, con su perrito, recuerdo un caniche blanco con pintitas negras. Cuando iba pasando por la calle era muy popular. Los taxistas paraban sus carros para saludarlo, los vendedores de frutas le hablaban y se detenían las mujeres que volvían del mercado. Su único guardaespaldas en esos paseos, era su perrito». (473)

Todos coinciden en que, si bien el General estaba muy atento a los espías de los diversos servicios de inteligencia, no se preocupaba demasiado por su seguridad personal. Hasta que el 25 de mayo de 1956, una bomba destruyó su auto.

Gilaberte conducía por las calles de Caracas mientras se dirigía a comprar la carne para el asado del festejo que se realizaría esa noche en la casa del matrimonio Galán para celebrar el Día de la Patria. Al descender del vehículo estalló una poderosa bomba que destruyó los vidrios de ochenta ventanas de los alrededores. El explosivo estaba dirigido a terminar con la vida de Perón que, en ese momento, estaba en su domicilio en compañía de Isabel. Gilaberte salvó su vida de milagro, pero el atentado provocó la ruptura de relaciones entre la Argentina y Venezuela, después de que se comprobara que el operativo había sido coordinado por el embajador argentino en ese país, Carlos Toranzo Montero. (474)

Por su parte, varios dirigentes presos en el sur lograron escapar y pidieron asilo en Chile. En forma inmediata, el gobierno argentino exigió la extradición de los evadidos. Pero la justicia chilena no la concedió.

De a uno fueron llegando a Caracas: Cooke, Kelly y, el último, Jorge Antonio, quien había ideado la fuga. El empresario le contó a Perón lo que habían sufrido en los penales de Ushuaia y Río Gallegos, ambos a cargo de la Armada Argentina.

El relato de Antonio resultó un adelanto de lo que veinte años después se repitió, amplificado, en el centro de detención de la Escuela de Mecánica de la Armada, en la dictadura de 1976, cuando ya hacía dos años que Perón había partido de este mundo. Recordó que uno de los días en Ushuaia entró a su celda un oficial que se presentó como el teniente Esquivel y le dijo: «Estoy de servicio y me tocará cuidarlo a usted y a sus amigos todo el día». Antonio le preguntó cómo estaban sus compañeros, y el marino le respondió: «No, no se lo puedo decir. Ni usted sabrá nada de ellos, ni ellos nada de usted. Estamos tratando de deprimirlos. Queremos hacerles bajar las cabezas, humillarlos definitivamente, convertirlos en piltrafas humanas. Cuando esto ocurra serán como muñecos en nuestras manos y no habrá necesidad, siquiera, de tenerlos encerrados».

Y también le refirió que la noche del 9 de junio, después del fracasado levantamiento de Valle: «Fuimos sacados de nuestras celdas y llevados a la planta baja del penal, donde se nos mandó colocar de cara contra la pared, a nuestras espaldas quedaron los jefes, los oficiales y los suboficiales armados con ametralladoras. Se nos informó, uno a uno, que seríamos fusilados en cuanto llegara la correspondiente orden de Buenos Aires, la cual no tardaría de estar allí».

También recordó: «Tres horas duró aquello. Fueron tres horas pasadas en compañía de la muerte. ¿Cuántas veces nos sentimos morir en ese lapso, comparativamente breve pero excesivamente largo para unos hombres a quienes se pone cara contra una pared al tiempo de anunciársele su fusilamiento? Cuando me di vuelta, noté muchos rostros desencajados. No solo entre mis compañeros. También los había entre los oficiales y suboficiales que debieron fusilarnos. ¿Qué había sido aquello? ¿Un simulacro de fusilamiento? ¿Un modo terrible de ensañarse con nosotros y llevarnos al borde de la histeria, de "ablandarnos" y provocar nuestro desmoronamiento final?». Perón lo escuchó con mucha atención y le respondió: «Charlaremos, Jorge Antonio. Tendrá mucho que contarme». Desde entonces, conversaron todos los días. (475)

Mientras tanto, en la Argentina, en agosto de 1956, el gobierno de facto de Aramburu firmó el decreto ley 7.103 por el que dispuso que se iniciaran los trámites necesarios para ingresar al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, antecedente del actual Banco Mundial. Se acordó que la Argentina debía aportar una cuota de ciento cincuenta millones de dólares, a pagar en un veinticinco por ciento en oro, y el resto en moneda nacional. (476)

Esta decisión abrió la puerta para que un año después, con la firma del ministro Adalbert Krieger Vasena, se tomara un crédito *stand by* por setenta y cinco millones de dólares. Al mismo tiempo

se dieron por finalizados todos los convenios comerciales bilaterales para ingresar al Club de París, donde las deudas se convierten en exigibles, es decir, otro paso al sometimiento de la Argentina respecto de los países centrales. (477)

Como se trata de un tema de lamentable actualidad, vale explicar cuál fue entonces —y todavía es— la contrapartida de los créditos *stand by* con el FMI: un programa de estabilización que incluye un compromiso de reducir el déficit fiscal, disminuyendo la financiación a las provincias y a las empresas estatales. Un aumento de la presión impositiva. La devaluación de la moneda y una mayor libertad cambiaria. La disminución de la protección arancelaria e industrial. Levantamiento del control de precios. Restricciones en el aumento de salarios, y el fomento de la inversión de capitales extranjeros en detrimento de las pequeñas y medianas empresas nacionales. (478)

Otra vez se retomó el camino de la dependencia económica. El ajuste necesitaba de la represión y, a su vez, la dictadura precisaba darles un tinte legal a sus acciones. El gobierno, por decreto, había dejado sin efecto la Constitución de 1949, y el 12 de abril de 1957, también por la misma vía, convocó a elecciones para reformar la Constitución. (479) El peronismo estaba proscripto. Desde Caracas, Perón ordenó a sus partidarios que votaran en blanco. Los dos millones de sufragios que acataron la directiva demostraron que su movimiento no solo sobrevivía, sino que a pesar de su exilio seguía recibiendo la obediencia de sus seguidores.

Cuando en noviembre de 1957, la dictadura convocó a elecciones generales, Perón tomó una decisión y se la comunicó a Jorge Antonio. «Una tarde —escribió el empresario— nuestro jefe me dijo: "Jorge Antonio, tengo que comunicarle, por lealtad, un asunto de fundamental importancia, una resolución que acabo de adoptar personalmente tras mucho meditarlo, y que a usted le causará pena:

vamos a firmar un pacto con Arturo Frondizi"», en referencia al candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI).

Ante su silencio, el General expuso sus razones: «En la Argentina se nos persigue ignominiosamente. De ninguna manera podemos pensar en concurrir a las elecciones con candidatos propios. […] El voto en blanco —que fue de gran utilidad en oportunidad de la convención constituyente pues cohesionó la voluntad de resistencia del movimiento y puso en orfandad a los gorilas— puede legalizar, en esta ocasión, los atropellos y aberraciones de los libertadores, puesto que sin nuestra participación activa en el comicio, la victoria de Balbín puede descontarse. ¿Podemos nosotros dejar librado al país a semejante suerte?».

Aludía a Ricardo Balbín, candidato por la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) que contaba con el apoyo de Aramburu y de Rojas, el mismo que durante su gobierno había sido diputado nacional, encarcelado y luego indultado por él, y uno de los que se había sumado al golpe de Estado que lo derrocó. El mismo con quien, quince años después, se fundiría en un abrazo para demostrar que había que terminar con los enfrentamientos entre argentinos.

Perón respondió la pregunta que se había hecho:

> He pensado mucho antes de contestarme a mí mismo este interrogante. La continuación del gobierno de Aramburu representará, sin duda alguna, y como le acabo de señalar, la consolidación de todo lo actuado por él y sus seguidores. Pero además, le puedo asegurar que se reabrirán los sangrientos episodios de represión que ya conocemos; muchos de nuestros dirigentes, y aún militantes, serán asesinados sin ninguna compasión; habrá todavía más persecuciones y el país se convertirá en una gigantesca cacería de peronistas. Si nosotros permitimos eso, aparte de condenar a los nuestros a la continuidad de una lucha cuando necesitan un alto para rehacer la línea y prepararse para la próxima batalla, la historia con toda justicia nos tildará de egoístas, y por añadidura habremos dejado a Frondizi como a un hombre que verdaderamente buscó la unidad de los argentinos y la salvación del país, cuando sabemos que es todo lo contrario, que él solamente aspira a servirse de nosotros.

Tras asegurarle que le pedirían reparaciones «tanto morales como materiales» y que firmarían un documento, le dijo: «No creo, le repito Jorge Antonio, que cumpla con nada de ello. Pero, de cualquier modo, estaremos evitando un mal mayor. No podemos hacer otra cosa. […] Si por el contrario Frondizi cumple con el pacto, las próximas elecciones habrán de realizarse con nuestra presencia. En caso contrario, durará en el poder muy poco tiempo: dos o tres años en todo caso y, fatalmente, caerá por su propio comportamiento. […] Serán los suyos quienes lo derroquen. […] Mañana vendrá Frigerio para firmar el pacto. Traerá ya la rúbrica de Frondizi». (480)

El 3 de enero de 1958, Rogelio Frigerio se reunió con el General y cerró un acuerdo sobre varios temas y, en especial, se comprometió a que el futuro gobierno revisaría todas las medidas económicas adoptadas desde 1955 contra la soberanía nacional, la anulación de las disposiciones de persecución política, la suspensión de las proscripciones sindicales y políticas, la devolución de la CGT con la realización de elecciones gremiales en un plazo de ciento veinte días, el reconocimiento del Partido Peronista y la investigación del paradero del cadáver de Evita. (481)

Perón acababa de editar su segundo libro *Los vendepatria* (*Las pruebas de una traición*) cuando el 23 de enero estalló en Venezuela una rebelión contra el gobierno de Pérez Jiménez. Los diarios aseguraron que Juan Domingo Perón asesoraba a las autoridades en materia de represión. (482)

El embajador de Santo Domingo en Caracas, Rafael Bonnelly, aseguró: «A las tres de la tarde del día 23 de enero de 1958, un matrimonio argentino cuyo nombre no recuerdo, se hizo presente en la sede de mi embajada, portando una breve nota del general Perón. Me contaron que la casa del General había sido devastada por las turbas y que se encontraba en una casa cercana al Hotel Tamanaco.

[…] La pareja que llegó quería que yo lo sacara del lugar donde se encontraba pues las calles estaban repletas de revolucionarios».

Es muy probable que fuera el matrimonio Galán el que acudió a pedir ayuda. Según el testimonio de una vecina, cuando se produjo la caída de Pérez Jiménez, Perón por seguridad abandonó la quinta dejándola cerrada. «Aprovechando que la casa estaba sola, llegó gente que se llevó casi todo lo de valor: el piano, porcelanas, cosas de la cocina. Después del robo la casa quedó abierta, entonces vinieron soldados que se instalaron varios días, diciendo que para cuidarla, pero rompieron y estropearon lo que había quedado».

Y agregó: «El general Perón conservaba en un pote un moño de pelo en crineja (trenza) de Evita. Uno de los soldados rompió el pote con su fusil y la crineja cayó al suelo. Yo les reproché su actitud, pero patearon el pelo y no me dejaron recogerlo, estuvo unos días tirado por el piso y finalmente, cuando llegaron los últimos saqueadores, gente pobre de los ranchos de los cerros que rodean la ciudad, la trenza se perdió». (483)

Por su parte, el abogado Pedro Cruz Bajarez, quien había ayudado a Perón con sus tema legales, afirmó que los «saqueos que siguieron a la caída del régimen fueron por hambre y necesidad, no por odio». (484) Pero lo cierto es que la casa quedó destruida y la trenza de Evita se perdió, otro dolor para Juan Perón, que hacía ya tres años que no hacía más que acumular sufrimientos.

La casa donde se había refugiado el General se emplazaba en una calle sin salida, y allí pudo entrar el auto del embajador que lo fue a rescatar, quien recordó: «Nos ubicamos en el carro en este orden: atrás Perón, rodeado por Américo Barrios y Cooke; adelante Neuel al volante, la señorita Isabel y yo. Llegamos a la embajada sin novedad».

Pasaron la noche en la sede diplomática. Pero a la mañana siguiente, la situación se agravó. El embajador dominicano relató: «Comenzaron a llegar camiones de la Universidad de Caracas,

cargados de personas y en poco tiempo se reunieron más de tres mil. A las ocho tres manifestantes solicitaron hablar conmigo. […] Los recibí en presencia del secretario de la Embajada, doctor Hugo Villanueva, de un hermano mío de nombre Luis, y de mi hijo Rafael Francisco. Me pidieron que yo les entregara al general Perón y demás asilados».

Ante la respuesta negativa, le aseguraron que entrarían a buscarlo por la fuerza. «A esta afirmación tan categórica les contesté que si la muchedumbre invadía la embajada, podía asegurarles que probablemente cumplirían con su propósito y se lo llevarían, pero también les aseguraba que tenía diez ametralladoras para defendernos. Se me ocurrió decirles esto, porque el general Perón tenía una portátil en una especie de maletín. Se trataba de una metralleta pequeña. Basándome en ese dato cierto, no hice más que aumentar la cantidad de armas».

Y luego el diplomático aseguró: «Para impresionarlos más agregué: "No vamos a poder acabar con todos, por cierto, pero con esas armas y diez hombres válidos de que dispongo, de esa multitud se va a morir la mitad antes de perecer nosotros". Entonces se despidieron y parece que la advertencia produjo su efecto pues empezaron a calmar a la muchedumbre, lo que fue una lucha muy grande porque muchos no entendían razones y querían igual atacarnos».

Bonnelly comunicó la situación de peligro a las nuevas autoridades venezolanas, pero le respondieron que «lamentaban no poder disponer de ninguna fuerza para mandar a protegernos y que aconsejaban que abandonáramos la casa por la parte de atrás. Les contesté que no haría esa indignidad». Sin embargo, al rato, enviaron más de cien efectivos de la Guardia Nacional que se ubicaron entre la multitud y la embajada, y algunos, con la debida autorización, ocuparon posiciones dentro de la sede para defenderla.

Aun así, la situación no se calmó. El diplomático recordó:

«A las dos y media de la madrugada del día 27 de enero, se produjo un ataque, se oyeron numerosos disparos de armas de fuego, duplicados por la réplica instantánea de los guardias nacionales que nos defendían. Esos días no dormíamos casi, y cuando nos acostábamos un rato lo hacíamos vestidos. Estábamos en constante estado de alerta. […] Me levanté de un salto y llamé a Perón que descansaba en la habitación contigua. Perón ya estaba levantado, con un arma en la mano. […] Lo llevé aparte al General y le indiqué que él debía dirigir la defensa, que le correspondía ese honor. Declinó mi ofrecimiento con cortesía, diciéndome: «No, señor embajador, le corresponde a usted, que lo hará tan bien como podría hacerlo yo». Fue un gesto de caballerosidad que aprecié mucho.»

Los atacantes se retiraron, y ese mismo día una comisión de oficiales de alta graduación fueron hasta la embajada y comunicaron que el nuevo gobierno «no perseguía al general Perón, pero que vería con agrado, para evitar las tensiones incontrolables que provocaba su presencia, que abandonase el país. A tal efecto ofrecían poner a su disposición un avión y los salvoconductos correspondientes, para él y para todos sus acompañantes. […] Quedaron en que el avión estaría a su disposición por la tarde del 27 de enero, para que todos salieran con destino a Ciudad Trujillo. […] Por la tarde regresaron los mismos oficiales, pero solo traían un salvoconducto a nombre de Perón, para que este abandonara el país en el día, y que posteriormente se otorgarían los salvoconductos a los demás argentinos».

Perón se negó: «Salgo con toda mi gente o no salgo», dijo. Finalmente, lo convencieron y aceptó partir. «Luego de despedirse emocionado de sus acompañantes y del personal diplomático con quienes había compartido esos días dramáticos, subió al auto de la embajada. El avión salió en horas de la tarde del Aeródromo de La Carleta. Se trataba de un DC-3 de Transportes Aéreos Centro

Americanos (TACA), y al anochecer llegamos a Ciudad Trujillo». (485)

Según el testimonio de Napoleón Mogrovejo, corresponsal de UPI en Caracas, quien lo entrevistó en la embajada el día de su partida, Perón «estaba tan triste, tan desilusionado, le cayeron varias lágrimas mientras hablaba con nosotros. Fue cuando le hicieron unas fotos para *Life*, estaba muy demacrado y nervioso. Dijo que durante su estada en Venezuela se sintió muy feliz y sin problemas, pero que en ese momento se sentía muy preocupado por la situación en que se encontraba el pueblo venezolano». (486)

A los pocos días, de acuerdo con lo que las nuevas autoridades habían prometido, el resto de asilados recibió los salvoconductos y abandonó Caracas en un vuelo regular de Pan American.

Perón los esperaba en el Hotel Jaraguá, el más lujoso del país, donde se había instalado por orden del generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, quien hacía más de veinte años era el amo y señor de la República Dominicana. El dictador puso a su disposición cuatro edecanes militares y el uso permanente de un Cadillac con chofer oficial.

El Jaraguá era muy caro y por esa razón Perón e Isabel decidieron mudarse al Hotel Paz, que se acomodaba más a su exiguo presupuesto. Pagaban unos doce dólares diarios por una habitación doble. Disponían de dos cuartos con dos baños. (487)

Según el biógrafo Enrique Pavón Pereyra, para entonces la relación entre Perón e Isabel comenzó a consolidarse. El valor demostrado por ella durante la crisis en Venezuela y su decisión de acompañarlo en medio de los tiros afianzó el vínculo. Tal vez por eso, el General comenzó a nombrarla en público con el apelativo familiar de «Chabela» y a relajar su desconfianza. La mujer tenía ahora veintisiete años y continuaba a su lado. (488)

Sin embargo, Ramón Landajo dio otra versión. Aseguró que la misma noche en la que partió Perón hacia ciudad Trujillo «se inició

un nuevo proceso de intrigas y enfrentamientos dentro de la embajada dominicana». Sostuvo que Cooke, Américo Barrios, Roberto Galán e Isabel buscaban el alejamiento de Gilaberte y el suyo del entorno del General. «Tal fue la canallada de esos personajes, que en el momento de tener que presentar la lista de personas que solicitaban el salvoconducto de salida, borraron de ella a Gilaberte y a mí. Incluían en esa lista a personas de la amistad de Isabel, las cuales eran las que venían presionando sobre Perón a fin de que accediera a un matrimonio que, en definitiva, podía limpiar la imagen de un Perón frívolo y mujeriego».

Una vez en Santo Domingo, los acusaron de difamar a Isabel y mostrarla como una simple aventura del General, en vez de darle un lugar de «sacrificado privilegio», y los calificaron de traidores por no haberse alegrado por el triunfo de Frondizi en la Argentina. Ambos decidieron alejarse, aunque al principio Perón se opuso.

Landajo relató que la víspera de la partida el coronel Montás, uno de los edecanes de Perón, les dijo que Trujillo estaba al tanto de las maniobras que se tejían alrededor de Perón. Montás concluyó:

«No ignora el Generalísimo las maniobras hechas por quienes hoy son sus carceleros políticos. No desconoce quién es y cómo es, como tampoco a quiénes responden, cada uno de los hombres y mujeres que le acompañan. De todo está al tanto el General Perón, ya que yo, por indicación de mis superiores, le he dado amplio detalle de esta especie de conspiración. […] Perón, que es sumamente inteligente, ha respondido que controlará todo a su debido tiempo, pero que en estas circunstancias, y tras darme una amplia explicación de sus razones, debe aparentar debilidad y sometimiento, para ver si así, en el tiempo, puede revertir las cosas. No ignora el comportamiento de ustedes, y sabe que son los más leales de todos sus amigos. Pero, la política es sucia y a veces debe lastimar a quienes tiene más confianza y afecto. Espero que puedan superar estas situaciones desagradables que se dan en la lucha, y,

con el tiempo, podremos ver y comprobar si hubo acierto o equivocación en esta decisión del General.» (489)

Y sí, el tiempo lo demostró. A medida que pasaron los años, a ese círculo se sumaron otras personas y se cerró cada vez más, y las aspiraciones de Isabel llegaron a la cúspide, mientras que las de Perón quedaron inconclusas.

Pasados unos dos meses, el General manifestó su deseo de mudarse a una casa. Estaba cansado de la vida en un hotel. Trujillo puso a su disposición una que había construido su hijo Ranfis, que nunca había usado pero que estaba perfectamente equipada.

«Se ubicaba en la avenida Washington y también daba a la carretera Sánchez. Allí comenzó a cultivar un jardín en el terreno, primero yermo, de su nueva residencia. Logró unas rosas muy bonitas y hasta hortalizas», contó el administrador del Hotel Paz. (490)

Para entonces, el 1.° de mayo de 1958, Arturo Frondizi asumió la presidencia de la República Argentina, gracias al apoyo del peronismo. Pero no cumplió el acuerdo que había firmado con Perón. Tampoco logró resolver el enigma del cadáver de Evita, y le aseguró a su mamá, Juana Ibarguren, que desconocía su paradero, aunque suponía que lo habían llevado a Italia.

En su nueva casa, Perón otra vez disponía de un horario ordenado en el que se dedicaba a responder la abundante correspondencia que sus partidarios le enviaban pidiéndole directivas sobe cómo actuar frente al nuevo gobierno.

«Vivía trabajando. En su habitación siempre se oía el ruido de su maquinilla de escribir, se pasaba las horas escribiendo, despachando su correspondencia y escritos políticos que sus emisarios se encargaban de difundir en la Argentina. Otras veces se comunicaba con sus partidarios por medio de cintas magnetofónicas, que se grababan en su cuarto», describió uno de sus edecanes. (491)

En tres años, desde que Perón iniciara su exilio, la resistencia peronista se había ido organizando. Desde el fracaso del levantamiento de Valle ya no ponían sus expectativas en los militares leales. Pero, la comunicación entre los distintos grupos era dificultosa. No existían entonces las herramientas del presente y que habrían facilitado el contacto entre el líder y sus seguidores. Con la mayoría de la dirigencia gremial encarcelada o en el exilio, una nueva camada de sindicalistas jóvenes emergió y ellos fueron quienes se pusieron al frente de la lucha. Sus instrucciones se transmitían de boca en boca, se hacían copias de sus grabaciones y, para evitar la intercepción de los servicios de inteligencia, sus cartas debían dar grandes rodeos por correos de distintos países.

El General ordenó hostigar al gobierno nacional. El 15 de noviembre de 1958, en una carta dirigida a María de la Cruz, la dirigente chilena que le servía de enlace, Perón le escribió: «Frondizi ha resultado ser un hombre que no solo carece de capacidades sino también de sensibilidad y sentido común. Llegó a un pacto con nosotros, firmado solemnemente, por el que se comprometía prácticamente a restablecer el Justicialismo, lo que también prometió al pueblo desde todas sus tribunas preelectorales sin que hasta la fecha, en que han fenecido todos los plazos, haya cumplido ninguno de sus compromisos. El actual estado de cosas proviene, precisamente, de ese incumplimiento que le ha echado encima al Peronismo, con lo que no tiene sino opositores en toda la República y, usted sabe María, que muchos perros terminan por ser la muerte del ciervo». (492)

La respuesta a sus órdenes fue la huelga petrolera de fines de 1958, para denunciar los contratos petroleros que Frondizi estaba por firmar con dos empresas norteamericanas en zonas donde YPF había encontrado petróleo. Por ese conflicto, el 11 de noviembre, el presidente declaró el estado de sitio durante treinta días en todo el territorio nacional. Ese mismo día fueron arrestados los líderes del

Sindicato Unidos Petroleros del Estado (SUPE). Los dirigentes de las 62 Organizaciones, donde se habían nucleado los gremios peronistas, se reunieron con Frondizi y le exigieron el levantamiento del estado de sitio, el control de los contratos, que no se perjudicara a YPF y que se garantizara la Ley de Asociaciones Profesionales. Le encargaron al metalúrgico Augusto Timoteo Vandor que convenciera a Perón de los beneficios de la nueva estrategia de negociación para intentar mantener las mejoras sociales. (493)

Después, continuó el conflicto del gremio de la carne ante la decisión de privatizar el Frigorífico Lisando de la Torre. Frondizi retrucó con el Plan de Conmoción Interna del Estado (CONINTES), que habilitó a las fuerzas armadas a participar en la represión de huelgas y protestas, y operó como una maquinaria jurídico-militar que encarceló militantes, desarmó organizaciones de base y dejó cesantes a trabajadores por su filiación peronista o de izquierda. Frondizi subía la apuesta de la Libertadora y ofrecía el antecedente al terrorismo de Estado que se instaló en el país veinte años después.

Mientras tanto, en Ciudad Trujillo, Perón se reunía con dirigentes que venían desde la Argentina y también de otros países de América Latina. Alejandro Olmos y José Astorgano llegaron desde La Habana. Jerónimo Remorino, exministro de Relaciones Exteriores durante su gobierno, fue invitado a dar una conferencia sobre «Sindicatos y Política» en el aula magna de la facultad de Derecho. También llegó el mayor Pablo Vicente, el exgobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Aloé, y los sindicalistas Andrés Framini y Vandor.

Además, tenía tiempo para pensar proyectos para la tierra que lo albergaba. Según testimonio del doctor que lo atendió en aquel país, Clarence Charles Dunlop, entonces primer teniente médico que también tenía a Trujillo entre sus pacientes, por iniciativa de Perón, «totalmente desinteresada pues nunca participó de ningún negocio o empresa, sobre una idea suya hizo realizar un estudio que condujo a

la fundación de la Industria Molinos Dominicanos, para procesar el trigo y hacer harina, logrando el autoabastecimiento nacional de un producto que tenía que ser importado. Perón perseguía el abaratamiento de este producto esencial para la dieta de las clases más desposeídas».

«Esta iniciativa —agregó— la cometió por consejo de Perón, el general Rafael Trujillo Martínez, hijo del Generalísimo». Insistió en que «Perón solo dio la idea y colaboró en su planeamiento, pero no participó en lo más mínimo en el negocio. A la caída de Trujillo, todas las empresas de su propiedad y de su familia pasaron a poder del Estado, y entre ellas se destaca hoy Molinos Dominicanos como uno de los puntales del país», dijo en 1974, durante una entrevista. (494)

Durante su estada en República Dominicana, no tuvo problemas respecto de su seguridad. Su amigo Trujillo lo controlaba todo. Sin embargo, no pudo evitar que sufriera un percance que lo preocupó pero que pudo solucionar. Le secuestraron a uno de sus perritos, al que llamaban «el gordo». Lo relató Ángel Corides Reynoso, líder del Movimiento de los Descamisados dominicanos, agrupación que se formó por inspiración en el justicialismo argentino y que pudo actuar luego de la caída de la dictadura local.

«Una persona de apellido Pérez —dijo—, probablemente impelido por la necesidad, le secuestró a su perrito «El Gordo» y dicen que pedía quinientos pesos dominicanos (igual quinientos dólares) por el rescate. Se enteró el Generalísimo Trujillo e hizo montar todo un operativo en la ciudad y sus accesos para ubicar al culpable y rescatar al animalito. De haber caído en manos de las autoridades el culpable, lo habría pasado muy mal, pues Trujillo consideraba como propia la afrenta inferida a un huésped distinguido. Perón comprendió la situación. Su interés era recuperar a su perro y no sentía ninguna satisfacción en el castigo del culpable. No sabemos si pagó algo, pero lo que sí supimos es que se opuso a que las

autoridades interviniesen contra el raptor. Los muchachos nos referíamos a él llamándolo «San Lázaro» por su amor a los animales.» (495)

El ingeniero Félix Benítez Rexach, un hombre muy adinerado que había construido los puertos en la República Dominicana, solía visitar a menudo al General y le recomendó que partiera hacia Europa.

«Yo venía venir lo que se venía —afirmó—. Las cosas aquí se complicaron y le previne al general Perón: "General, usted no hace nada aquí, por qué no se va a España, allá en Madrid estará bien, será mejor para su salud. Además, allá hay mejores relaciones con la Argentina. Cuando usted quiera irse, yo lo llevo en mi yate". Me agradeció profundamente emocionado. Yo estaba dispuesto a hacer el cruce del Atlántico para poner a salvo al amigo». Era dueño del *Moineau*, un yate de trescientos cuarenta pies de eslora con capacidad para ochenta personas.

Para la Navidad de 1959, Perón e Isabel recibieron el regalo que esperaban desde que habían llegado a Santo Domingo, cuya situación política era más que inestable. Ese día les comunicaron que estaban otorgadas las visas para que pudieran radicarse en Madrid. Aunque a regañadientes, el generalísimo Francisco Franco devolvía el gesto de solidaridad que Perón había tenido en la década de 1940, salvando de la hambruna a los españoles con el trigo argentino.

Benítez Rexach recordó que arreglaron el viaje por aire. Perón «me volvió a agradecer el ofrecimiento y me informó que unos amigos ponían a su disposición un avión para el viaje a España». (496)

No fue una buena elección. La compañía Varig, de origen alemán con sede en Porto Alegre, Brasil, aceptó fletar un chárter, el Super Constellation G-9 con un mes de uso, que llegó desde Nueva York. Levantaron vuelo en la madrugada del 26 de enero de 1960, con un itinerario que tocaría las Islas Bermudas, las Azores y finalmente

Madrid. Pero cuando faltaban dos horas para llegar a las Bermudas, se paró un motor y debieron regresar. El encargado de mecánica de la Varig, Octavio Beck, explicó que la avería se debió a un fallo en el sistema de compresión, cuando volaban a dieciocho mil pies de altura. (497)

«Podían haber seguido adelante y llegar al primer destino, era el mismo tiempo de vuelo que hasta Ciudad Trujillo, pero el riesgo era que depositarían a Perón en tierra extraña que, además, era una colonia inglesa. Optaron por regresar y lo hicieron escoltados por dos aviones norteamericanos de salvamento. El comandante había pedido auxilio al servicio de guardacostas de Estados Unidos», expresó el entonces mayor Francisco Coradín Benezario, el edecán que lo había despedido pero que debió regresar para continuar con sus funciones hasta que volviera a partir. «Permanecimos en el hotel Hamaca, de la localidad balnearia de Boca Chica, situada no lejos del aeropuerto Trujillo, de Cabo Caucedo». (498)

Américo Barrios, uno de los pasajeros, informó que no se enteraron de la avería sino cuando faltaba media hora para aterrizar, porque casi todos iban durmiendo. Viajaban en el avión el General, Isabel, Barrios, Alberto Manuel Campos y John Delré. A las nueve y media de la noche del día siguiente, 27 de enero de 1960, volvieron a embarcarse y partieron. (499) Habían pasado exactamente dos años desde que llegara a tierra dominicana. Y cuatro años, un mes y veintisiete días desde que debió partir de la Argentina. En ese tiempo, habitó en tres países de América del Sur, siempre con la amenaza de ser desalojado o asesinado. Se alejaba aún más de su patria, sin embargo, comenzaba una etapa que sería definitiva para su regreso.

---

444. Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias.* Declaraciones a la agencia United Press en Asunción, Paraguay, 5 de octubre de 1955. Ob. cit., pág. 20.

445. Landajo, Ramón. Ob. cit., pág. 5.

446. Corbalán, I. Entrevista con Ricardo Gayol en abril de 1974. Copia remitida a la autora por Enrique Pavón Pereyra.

447. Perón, Juan D. Ob. cit., pág. 20.

448. Corbalán, I. Entrevista citada.

449. Corbalán, I. Entrevista con el general Sinforiano Godoy. Asunción. Abril 1974. Copia facilitada por Enrique Pavón Pereyra a la autora.

450. Corbalán, I. Entrevista al doctor Enrique Seall. Asunción. Abril 1974. Copia facilitada por Enrique Pavón Pereyra a la autora.

451. Kryskowski, Juan Pablo. «La etapa nómade del exilio de Perón 1955-1956», VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2018), pág. 7, Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo. Disponible en: <http://redesperonismo.org/articulo/la-etapa-nomade-del-exilio-de-peron-1951956/>.

452. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*, conversaciones de la autora con Enrique Pavón Pereyra. Ob. cit., pág. 159.

453. Bellotta, Araceli. Ob. cit., pág. 160.

454. Bellotta. Araceli. *Las mujeres de Perón*, testimonio de Nelly Rivas a la autora. Ob. cit., pág. 164.

455. Page, Joseph. *Perón. Segunda parte (1952-1974)*. Ob. cit., pág. 95.

456. Landajo, Ramón. Ob. cit., pág. 7.

457. Diario *La Estrella*. Panamá. 30 de noviembre de 1955.

458. Diario *La Estrella*. Panamá. 7 de diciembre de 1955.

459. Entrevista de I. Corvalán al mayor Alfredo Alemán. Panamá. Abril de 1974.

460. Entrevista citada.

461. Page, Joseph. Ob. cit., pág. 100.

462. Pavón Pereyra, Enrique. *Vida íntima de Perón*. Ob. cit., pág. 153.

463. Landajo, Ramón. *Al final del camino*. Ob. cit., págs. 16-17.

464. Bellotta, Araceli. Ob. cit., pág. 181.

465. Redacción de *Perfil*. (14 de junio de 2014). «El encargado de cuidar a Perón, testigo y parte de la historia reciente». Disponible en: <https://www.perfil.com/noticias/elobservador/el-encargado-de-cuidar-a-peron-testigo-y-parte-de-la-historia-reciente-20140614-0016.phtml>.

466. Decreto ley 4161/56. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto_ley-4161-1956-296876>.

467. Landajo, Ramón. Ob. cit., pág. 17.

468. Corvalán, I. Entrevista al coronel Ronaldo Bermúdez Arcia, capitán de la Guardia Nacional en julio de 1956. Managua. Abril 1974.

469. Diario *La Prensa*. Managua. 25 de julio de 1956.

470. Diario *La Prensa*. Managua. 27 de julio de 1956.

471. Corvalán, I. Entrevista a Rafael García, presidente de la CNT. Caracas. Mayo de 1974.

472. Corvalán, I. Entrevista a la señora Mercedes Vargas de Furmann. Caracas. Mayo de 1974.

473. Corvalán, I. Entrevista con Germán Arias. Caracas. Mayo de 1974.

474. Landajo, Ramón. Ob. cit., pág. 33.

475. Antonio, Jorge. *¿Y ahora qué?* Ob. cit., pág. 270.

476. Decreto ley 7.103 del 31 de agosto de 1956. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto_ley-15970-1956-65787/texto>.

477. Galasso, Norberto. *Historia de la Argentina*, Tomo II. Ob. cit., pág. 372.

478. Brailovsky, Antonio E. *1880-1982. Historia de las crisis argentinas*, pág. 142, Círculo de Lectores, Buenos Aires, 1982.

479. Decreto ley 3.838 del 12 de abril de 1957. Disponible en: <https://acrobat.adobe.com/link/review?uri=urn:aaid:scds:US:77e2acOb-77d7-3412-ac83-b6aec89b3b66>.

480. Antonio, Jorge. Ob. cit., págs. 358-359.

481. Damin, Nicolás. *Plan Conintes y Resistencia Peronista 1955-1963*. Ob. cit., pág. 76.

482. Diario *El Nacional*. Caracas. Kelly asesoraba los interrogatorios en Seguridad Nacional. Rumores de que Perón y Kelly huyen a Colombia. 24 de enero de 1958.

483. Mercedes Vargas de Furmann. Entrevista citada

484. Corbalán, I. Entrevista al doctor Pedro Cruz Bajarez. Caracas. Mayo de 1974.

485. Corbalán, I. Entrevista al licenciado Rafael F. Bonnelly. Ciudad de Santo Domingo. Mayo de 1974.

486. Corvalán, I. Entrevista a Napoleón Mogrovejo. Caracas. Mayo de 1974.

487. Corvalán, I. Entrevista a Fabio Herrera Cabral, administrador del Hotel Paz y embajador de la República Dominicana en Argentina en 1974. Buenos Aires. 29 de marzo de 1974.

488. Conversaciones de E. Pavón Pereyra con la autora. Buenos Aires. 2003.

489. Landajo, Ramón. Ob. cit., págs. 23-24.

490. Fabio Herrera Cabral. Entrevista citada.

491. Corvalán, I. Entrevista al general (R) Marcos Rivera Cuesta. Ciudad de Santo Domingo. Mayo 1974.

492. Damin, Nicolás. *Plan Conintes y Resistencia Peronista 1955-1963*. Ob. cit., pág. 80.

493. Ob. cit., pág. 79.

494. Corbalán, I. Entrevista al doctor Claence Charles Dunlop. Santo Domingo. Mayo de 1974.

495. Corvalán, I. Entrevista al licenciado Ángel Corides Reynoso. Ciudad de Santo Domingo. Mayo de 1974.

496. Corbalán, I. Entrevista al ingeniero Félix Benítez Rexach. Santo Domingo. Mayo de 1974.

497. Rhadamés, V. y Gómez, P. (26 de enero de 1960). «Expresidente Perón sale en avión hacia España». *El Caribe* de Santo Domingo.

498. Corvalán, I. Entrevista al coronel (R) Francisco Coradín Benezario. Ciudad de Santo Domingo. Mayo de 1974.

499. Rhadamés, V. y Gómez, P. Diario *El Caribe*. Ob. cit.

Capítulo 17

28 de junio de 1974

Residencia de Olivos. A la dos menos cinco de la tarde, el presidente Juan Perón sufrió un edema agudo de pulmón. Se procedió a la ligadura de los miembros y se aplicó inyección de opiáceos, diuréticos, oxigenoterapia y cardiotónicos. Las determinaciones enzimáticas en sangre y los electrocardiogramas indicaron un nuevo infarto cardíaco, esta vez anteroseptal. (500)

Ese mismo día, la vicepresidenta y esposa del General había regresado anticipadamente de su gira europea. Por la noche y en la madrugada del día siguiente, los dolores precordiales disminuyeron y los médicos registraron una estabilización cardiorrespiratoria. De todos modos, decidieron trasladarlo a una cama reclinable que instalaron en la sala de estar.

Perón estaba intranquilo. Intentó levantarse para ir hasta un sillón, pero enseguida volvió a la cama. Se sentía cada vez peor.

Pese a la gravedad de la situación, el ministro de Bienestar Social, José López Rega, declaró a la prensa: «¡Gracias a Dios el general Perón se recupera favorablemente y a la mayor brevedad posible se reintegrará totalmente a sus funciones. En esta casa

parece que entró la gripe con fuerza y no nos quiere dejar, que hasta yo que soy bastante resistente, la he contraído». (501)

Pero el presidente no tenía gripe, se estaba muriendo y él lo sabía. Días antes y mientras caminaba por el jardín con uno de sus médicos, el doctor Carlos Seara, Perón le había dicho: «Mire doctor, mire lo que es la vida. Yo no vine aquí a ser presidente, vine a residir en la Argentina, ser figura de consulta, vivir tranquilo, ser referente y ocuparme de la macropolítica, y que Cámpora gobernara. Ahí seguí el consejo de Evita, que siempre me decía que Cámpora era la persona más leal que teníamos».

Y agregó luego: «Pero fíjese lo que pasó. Cámpora se dejó copar por los zurdos. Así que yo, que no vine a ser presidente, ahora tengo que hacerme cargo de este quilombo». (502)

Cuando salió de la residencia, el canciller Juan Alberto Vignes también habló con los periodistas: «Tengo la satisfacción de poder decir que he encontrado al señor Presidente muy bien, con estado de ánimo magnífico y en una franca recuperación». (503)

El funcionario no había visto a Perón. Fue para llevar la renuncia a la Embajada de México que el día anterior le dejó Héctor J. Cámpora, donde se desempeñaba desde que dimitió al gobierno para que Perón fuera consagrado presidente por tercera vez.

El General apenas si podía respirar y es muy probable que ni haya escuchado cuando le leyeron el escrito en el que Cámpora decía que al renunciar: «No puedo menos que lamentar haber tropezado en mi desempeño con dificultades originadas en el ministerio de Relaciones Exteriores las que, por encima de toda consideración personal, entiendo han lesionado una representación oficial de nuestro país en el exterior». Se quejaba porque el canciller Vignes, ante la proximidad de la visita a la Argentina del presidente de México, Luis Echeverría Álvarez, había llamado al embajador de ese país en Buenos Aires para decirle que los arreglos de la gira se coordinarían «de cancillería a cancillería». Lo habían dejado afuera.

«Pellejerías de los hombres», habrá pensado como solía decir cada vez que le transmitían enfrentamientos internos.

Aceptó la renuncia con el decreto 1.848 del 29 de junio de 1974, el último que rubricó en su vida. Cámpora sostuvo hasta el final de sus días que esa firma no era la de Perón. Aparece temblorosa y desprolija. Pero el ministro Taiana y otro de los médicos que lo atendían, aseguraron que fue porque el General ya estaba muy mal y firmó en la cama, con el papel apoyado sobre una almohada.

Cuando meses antes lo había designado, López Rega le sugirió con ironía que lo mandara a Holanda «a comer queso de bola con su sobrino Mario». Perón lo defendió y respondió: «Irá a México como embajador extraordinario y plenipotenciario y desde allí se moverá por todo el continente para impulsar el proyecto de la unidad latinoamericana».

Ahora, cuando tuvo que firmar el decreto, no pudo o tal vez no quiso advertir que habían olvidado incluir en el documento la fórmula habitual de agradecimiento por «los importantes y patrióticos servicios prestados». (504)

---

500. Taiana, Jorge. *El último Perón*. Ob. cit., pág. 183.

501. Diario *La Razón*. 28 de junio de 1974.

502. Castrillón, Ernesto y Casabal, Luis. (16 de noviembre de 2003). «Los últimos días del General». «La muerte de Perón». «Testimonio del doctor Carlos Seara». *La Nación*. Enfoques.

503. *La Razón.* 28 de junio de 1974. Ob. cit.

504. Bonasso, Miguel. *El presidente que no fue. Los archivos secretos del peronismo*, págs. 594-606, Planeta, Buenos Aires, 1997.

Capítulo 18

Volver

«Puedo renunciar a ser rey de Inglaterra, porque la misma posibilidad que tengo yo de ser rey de Inglaterra, es la que tiene Lanusse de ser presidente electo».
JUAN D. PERÓN, 1972. (505)

En el mediodía del 27 de enero de 1960, Juan Domingo Perón llegó a España. Hacía poco más de dos meses que había cumplido sesenta y seis años. Empezaba ahora la etapa más larga de su exilio que duró trece años, cinco meses y siete días.

Por sugerencia del gobierno español aterrizaron en Sevilla, porque temía que se produjeran manifestaciones en Madrid. Los esperaban un funcionario del servicio exterior español y un brigadier de la fuerza aérea vestido de civil. Los subieron a una limusina y los llevaron hasta el hotel Alfonso XIII, el mejor de la ciudad. (506)

Al día siguiente, Perón recibió la comunicación que debía trasladarse, «en carácter de invitado oficial», al hotel Pez Espada en Torremolinos, en la Costa del Sol, una población a orillas del Mediterráneo a unos quince kilómetros al sur de Málaga. Más que

una invitación, era la indicación del presidente español, el generalísimo Francisco Franco, que lo obligaba a mantenerse alejado de la capital. El permiso para entrar al país había sido concedido bajo el compromiso verbal de no inmiscuirse en problemas que dificultaran la relación entre el gobierno español y el argentino.

Había iniciado las tratativas hacía dos años. «Estoy procurando dar largas para contestar a la petición que ha hecho Perón de residir en España. Siento no poder acceder a ello, porque Perón se portó muy bien con nuestro país cuando se retiraron los embajadores por orden de las Naciones Unidas y Perón se negó a retirar al suyo. En todo momento se portó muy bien con nuestro país», dijo entonces Franco en referencia al aislamiento en que habían quedado después de la Segunda Guerra Mundial. (507)

El mandatario también recordaba el Convenio de Cooperación Económica de 1946 y el protocolo adicional Perón-Franco que se agregó dos años después, por el que la Argentina se comprometió a vender trigo, maíz y aceites comestibles a cambio de que España proveyera acero, chapa negra, plomo y corcho, entre otros artículos. Para efectivizar el intercambio, el gobierno peronista concedió un crédito rotativo y un empréstito, de trescientos cincuenta y de cuatrocientos millones de pesos respectivamente, amortizables en veinticinco años. Además, el delegado argentino, el doctor José Arce, había abogado ante las Naciones Unidas para que España fuera incorporada al organismo internacional. (508)

Tras vivir un tiempo en una casa del barrio El Plantío, Perón e Isabel se trasladaron a Madrid y se instalaron en un departamento en la Avenida del Doctor Arce, bautizada así en honor a aquel funcionario argentino, por la gestión internacional que tanto los había ayudado.

También era verdad que Franco se había distanciado cuando el gobierno peronista se enfrentó con la Iglesia. El generalísimo le escribió una carta en la que le decía: «No hay que olvidar que los

sistemas políticos son perecederos, mientras que la Iglesia es eterna». Pero Perón no le respondió. Ahora que lo había alojado en su territorio, Franco recordó aquello y comentó: «En fin, no me hizo caso y así le fue». Durante los más de diez años que el General permaneció en España nunca fue recibido por él, aunque no interfirió en que Pilar, su hermana menor, mantuviera con ellos una fluida amistad. Solo se vieron por escasos minutos en el aeropuerto de Barajas cuando Perón retornó definitivamente a la Argentina más de una década después. (509)

Por más agradecido que estuviera, no era del agrado de Franco albergar en su tierra a un excomulgado de la Iglesia católica. Perón necesitaba «limpiar» su imagen política y atender su salud, que había descuidado durante los últimos cinco años. Enrique Herrera Marín, un amigo de los tiempos de República Dominicana que estaba en España, le presentó al doctor Francisco Florez Tascón, especialista en endocrinología, nutrición y geriatría, un médico prestigioso del cuerpo militar español, quien también tenía vinculaciones con la Iglesia de su país y con el Vaticano. Junto con su esposa, María Dolores Sixto Sanz, perteneciente al Opus Dei y la primera amiga que tuvo Isabel en Madrid, frecuentaban el domicilio de la pareja. Ambos les sugirieron que se casaran para regularizar su situación.

Como en otras etapas de la vida de Perón, también existen varias versiones de cómo se concretó la boda. Una dice que se habrían casado el 5 de enero de 1961, en la iglesia de La Paloma, en una ceremonia oficiada por el padre catalán Luis More Serra. Cuando se conoció la noticia en la Argentina, la revista *Ahora* informó que el casamiento había sido el 8 de octubre de ese año, el mismo día en que Perón cumplía sesenta y seis años, y aseguraba que Isabel «celebró recientemente sus primeros veintiocho». La realidad fue que el General cumplió entonces sesenta y ocho años, y la novia

había nacido en febrero de 1931, por lo que estaba por llegar a los treinta.

La revista añadió: «La pareja había mantenido en secreto su enlace, difundiéndose varias versiones al respecto, entre ellas el deseo de que no trascendiera hasta después de las recientes elecciones parciales de la Argentina, en las que participaron algunas de las fuerzas que representan la ideología peronista». (510)

La ceremonia fue secreta, pero por las razones que dio el padre Elías Gómez Domínguez, que fue quien los casó, un sacerdote mercedario de la misma orden que le había impartido el catecismo al General durante su niñez. En una entrevista, el cura sostuvo que «ellos, como yo, sabían perfectamente que no podían casarse abiertamente, en público, después de haber convivido durante un cierto tiempo. Eso suscitaría comentarios adversos, críticas, y Perón con mucha lógica quería evitarlos. Pero la Iglesia, a través del casamiento secreto, contempla la posibilidad de que dos personas después de haber vivido juntas fuera del matrimonio puedan casarse y legalizar su situación».

Y para disipar cualquier duda, enfatizó: «Yo, y quisiera que estas palabras sean transcriptas con la mayor fidelidad para evitar nuevos rumores falsos en torno a este caso, doy fe que Isabel y Perón se casaron pocos meses después de llegar a España, y que el certificado correspondiente se encuentra en el Libro de Matrimonios Secretos de la Curia Episcopal, que está en la calle Bailén, junto al Palacio Real de la ciudad de Madrid». La ceremonia se realizó el 15 de noviembre de 1961, con la anuencia del arzobispo de Madrid-Alcalá, Leopoldo Eijo Garay, máxima autoridad de la Iglesia española, en la casa de los padrinos, el doctor Florez Tascón y su esposa Lola, en la calle Cea Bermúdez 55, de Madrid. (511)

Si bien Perón siempre negó que hubiera sido excomulgado luego del conflicto de su gobierno con la Iglesia, en una visita del arzobispo de La Plata, Antonio Plaza, abordó el tema. Después, le

dirigió una carta personal al papa Juan XXIII en la que escribió: «Beatísimo Padre: el que suscribe, Juan Domingo Perón, temiendo de haber incurrido en la excomunión "speciali modi reservada", conforme a la declaración de la Santa Congregación Consistorial del 16 de junio de 1955, sinceramente arrepentido, pide "ad cuatelam" la absolución. En realidad, el que suscribe ya ha sido absuelto por motivos de caso urgente, por su propio confesor y admitido a los sacramentos, pero desea en todo estar en paz con la Iglesia y por eso presenta esta solicitud, contento además, de poder hacer este acto de humildad. Juan Perón».

El papa lo perdonó y le encargó al obispo de Madrid que le diera la absolución. El prelado aseguró que, el 13 de febrero de 1963, concurrió al domicilio y que «Perón, de rodillas, manifestó sus dolorosos sentimientos por los sucesos ocurridos; repitió su creencia de que no le había alcanzado a él la censura de referencia, pero que tenía temor de que pudiese haber incurrido en ella. Expresó su agradecimiento sin límites a la Santa Sede por la gracia paternalmente concedida, que le devolvía tranquilidad de conciencia y proclamó sus sentimientos cristianos». (512)

Lo cierto es que se casó por tercera vez con una mujer a la que le duplicaba la edad y con creces. La misma a la que había calificado como una «Mata Hari que buscaba rédito económico, más una posible futura notoriedad», tal como la había descripto ante su colaborador Ramón Landajo cinco años antes en Panamá.

Ella había logrado su meta, y el General lo admitió en un encuentro en su departamento de la calle Arce, en Madrid: «Isabel logró su objetivo, mi querido Landajo. En parte es fruto de todo su esfuerzo por quedarse a mi lado, por lo que tuvo que sufrir bastantes problemas y situaciones desagradables». Más adelante continuó: «Pero más, mi matrimonio se debió a dos razones. Una, la de tener en casa una enfermera, ya que a mi edad, la soledad de la noche trae muchos fantasmas y recuerdos. Es cuando uno piensa en

lo bueno y en lo malo, y hace balance de todo. A mi edad, podemos alegrarnos, quizás, viendo el amanecer. La otra, que las presiones que han venido ejerciendo sobre mi persona todos los que me han cercado, al igual que el gobierno español, que es puritano en el día, pero que es lo más prostituido durante la noche, me obligaron a aceptar una "normalización" de relaciones pecadoras, como lo ha estado pregonando un cura, que fuera cliente suyo de correspondencia en Panamá, Caracas: More Serra», el mismo que la revista *Ahora* afirmaba erróneamente que los había casado. (513)

Desde ese momento, el cerco que había comenzado en la Embajada de la República Dominicana cuando debieron huir de Caracas, se fue acentuando cada vez más en Madrid, de manera proporcional al avance de la vejez de Perón. Al poco tiempo, José Cresto, el padrastro de Isabel, se sumó a la casa. Era un hombre tosco e ignorante, afecto al curanderismo y miembro de la Escuela Científica Basilio, sobre el que Perón solía decir: «Este viejo es más bruto que huevo de yegua». Según José Manuel Algarbe, entonces secretario privado del General, todos los días a las ocho menos cinco de la noche, Isabel se encerraba con Cresto. «Yo me preguntaba de qué hablarían si Cresto era el hombre más ignorante del mundo. Un día no aguanté más, y se lo pregunté al General. Él me dijo: "No les de bola, Algarbe. Hablan de brujerías"». (514)

Por ese tiempo, Perón estaba sometido a una severa dieta. El doctor Florez Tascón le detectó deficiencias en la circulación sanguínea. No podía comer más que dos pequeños trozos de carne por día, acompañados por verduras, y debió disminuir el consumo de mate y de cigarrillos. Le indicó, además, un tratamiento de células vivas llamado Regenerezen. (515)

Isabel pesaba los alimentos para determinar con exactitud las calorías que debía ingerir. Era tan rigurosa, que Perón la apodó «Caba enfermera», y no se atrevía a fumar en su presencia cuando había superado los seis cigarrillos permitidos. Para dominar su

afición al tabaco, los partía por la mitad porque decía que así le parecía que fumaba el doble. (516)

Mientras tanto, en la Argentina, gobernaba Frondizi. A mediados de 1960, el presidente había llegado a España en visita oficial. El General, para evitarle problemas a Franco, se ausentó de Madrid y aprovechó la ocasión para recorrer Galicia: Vigo, Pontevedra, La Coruña y El Ferrol del Caudillo; y también fue a Castilla, a las ciudades de Salamanca, Ávila y la Sierra de Guadarrama, donde era saludado con mucho cariño porque todavía los habitantes recordaban la visita de Evita y el pan que les había traído en tiempos difíciles. (517)

A pesar de la represión del Plan CONINTES, el Movimiento Peronista seguía resistiendo. Pero se produjeron cambios que Perón intentaba desentrañar a más de diez mil kilómetros de distancia. El peronismo sindical se había dividido. Por un lado, los «duros» continuaban la lucha en contra del gobierno. Entre mayo de 1958 y el 30 de junio de 1961 se colocaron más de mil cargas explosivas, bombas y petardos. Hubo más de cien incendios de vagones ferroviarios, plantas industriales y gasoductos, y se realizaron cuatrocientos actos de sabotajes. (518)

Pero también habían surgido los «blandos», los dirigentes que prefirieron negociar. Con el metalúrgico Augusto Vandor a la cabeza, se perfilaron como un factor independiente que le disputaba su conducción. (519)

En 1959, además, triunfó la revolución en Cuba, que desalojó del poder al dictador Fulgencio Batista. Los «barbudos», como llamaron a los guerrilleros en Argentina y sus jefes, Fidel Castro y el argentino Ernesto «Che» Guevara, deslumbraron a buena parte de la juventud, que comenzó a acercarse al peronismo.

A fines de ese año, se formaron los primeros comandos guerrilleros que intentaron actuar en el norte argentino: el Ejército de Liberación Nacional (ELN) o Movimiento Peronista de Liberación

«Uturuncos» (MPL), que significa «hombres tigres» en quechua. Se instalaron en el cerro Cochuna, próximo a la ciudad de Tucumán, para organizar un foco guerrillero. Lograron tomar la comisaría de la localidad de Frías, en Santiago del Estero y, aunque consiguieron impacto nacional, fracasaron por la persecución del Ejército y la falta de apoyo de otros grupos peronistas. (520)

Por su parte, el Partido Comunista, que había enfrentado al peronismo desde su nacimiento junto con las fuerzas conservadoras que entonces integraron la Unión Democrática, cambió la estrategia. Ahora ensayaba el «entrismo», un intento de penetración de cuadros políticos en partidos reformistas de masas, con el fin de transformarlos en una organización revolucionaria o dividirlos después de haber cooptado parte de su militancia. (521)

Además, tras la muerte de José Stalin en 1953, surgió en el mundo la llamada «Nueva Izquierda». En la Argentina, se tradujo en una crítica a las viejas estructuras del partido Comunista y del Socialista. Para la juventud revolucionaria de izquierda, el dogmatismo y el discurso político estaban ajenos a la realidad local. También cuestionaban el rechazo al peronismo, al que habían calificado de fascista y neonazi, y que ahora lo veían como un movimiento potencialmente revolucionario por su resistencia a la dictadura.

Por su parte, en el peronismo se produjo el mismo fenómeno. Muchas de las nuevas agrupaciones incorporaban en su pensamiento categorías del socialismo y del marxismo, y a la vez asumían su pertenencia al movimiento y se encuadraban bajo la conducción de Perón. Esto produjo el enfrenamiento interno con aquellos sectores que de ninguna manera aceptaban estas innovaciones. Así surgió lo que comenzó a denominarse como «izquierda» y «derecha» peronista. A la primera también se la llamó «la Tendencia».

En la Iglesia católica también se vivían nuevos tiempos con la renovación del Concilio Vaticano II, el nacimiento de la Teología de la

Liberación en América Latina, con su cuestionamiento a la jerarquía conservadora por su connivencia con el poder de las oligarquías y por su descuido de los sectores populares. Esta corriente se tradujo en la Argentina en la Teología del Pueblo, que reemplazó la dialéctica marxista como método de análisis por una concepción peronista. De aquí surgiría años después el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

En junio de 1962, por intermedio del dirigente textil Andrés Framini, Perón había hecho llegar un documento de diez puntos que fueron tratados en el Plenario que las 62 Organizaciones realizaron en Huerta Grande, Córdoba. Proponía nacionalizar los bancos y establecer un sistema estatal centralizado; el control del Estado sobre el comercio exterior; nacionalizar la siderurgia, la electricidad, el petróleo y los frigoríficos; prohibir la exportación de capitales; desconocer los compromisos financieros con el FMI y otros organismos internacionales firmados a espaldas del pueblo; prohibir la importación competitiva con los productos nacionales; expropiar a la oligarquía terrateniente; abolir el secreto comercial, fiscalizar a las sociedades comerciales; y planificar la producción en función de los intereses de la nación y el pueblo argentino fijando prioridades y topes mínimos y máximos. (522)

El dirigente del Comité Central del Partido Comunista argentino, Victorio Codovilla, habló del «giro a la izquierda» de Perón. En una entrevista de octubre de ese año, el General le respondió:

> El peronismo está hoy donde siempre ha estado: junto al pueblo argentino, solidario con sus luchas y sus sufrimientos, sin apartarse de su doctrina clásica y suficientemente conocida. Nosotros no somos marxistas ni leninistas, porque somos justicialistas. Referente a lo que se ha dado a llamar el «giro a la izquierda», es una cuestión ajena al peronismo que, como antes digo, permanece en su inamovible posición doctrinaria. […] Por las circunstancias de que todos estamos ahora contra la reacción (la dictadura), presupondría también que el peronismo gira a la izquierda, cuando en realidad de verdad el que gira a la izquierda es el comunismo al apoyar al peronismo, al que siempre combatió. (523)

El 18 de marzo de 1962 se realizó el recambio legislativo a nivel nacional y también elecciones generales en varias provincias, en las que el gobierno permitió participar a la neoperonista Unión Popular. En la provincia de Buenos Aires, con la anuencia de Perón, Framini encabezó la fórmula como candidato a gobernador y se impuso con más del cuarenta por ciento de los votos y casi duplicó los sufragios de la UCRI, con Guillermo Acuña Anzorena, el candidato del gobernador Oscar Alende. El peronismo también ganó en otras nueve provincias. La reacción de las fuerzas armadas no se hizo esperar. Y aunque Frondizi anuló las elecciones e intervino la provincia, nueve días más tarde, el 29 de marzo, un golpe de Estado lo derrocó y en su lugar asumió el presidente provisional del Senado, José María Guido. Frondizi fue conducido a la isla Martín García, donde permaneció preso durante un año.

Perón continuaba con su rutina de responder la abundante correspondencia y recibir a los visitantes que tampoco eran muchos. El excanciller Hipólito Paz, que lo fue a ver en 1963, dio cuenta de las dificultades que tenían sus partidarios para viajar. «Para salir no existían problemas. Estos comenzaban a nuestra vuelta, documentado como estaba en el pasaporte el arribo a la madre patria. Pude ir y volver sin problemas gracias a la ayuda del doctor Vicente Saadi. Fui hasta Montevideo y allí recibí otro documento con el cual viajé a Madrid y devolví a mi regreso antes de llegar a Buenos Aires», escribió en sus *Memorias*. En cuanto al ánimo del General, aseguró que lo había encontrado más contento y tranquilo que en Caracas y Santo Domingo. «Los aires de Europa le habían hecho bien en todo sentido». (524)

El 7 de julio de 1963 se realizaron elecciones presidenciales, con el peronismo proscripto y los expresidentes Frondizi y Perón, uno preso y el otro en el exilio. También se prohibió la lista del Partido Demócrata Cristiano porque la encabezaba el doctor Raúl Matera, dirigente peronista. Triunfó el candidato de la UCRP, Arturo Illia con

poco más del veinticinco por ciento de los sufragios. Desde Madrid, el General ordenó votar en blanco y logró sumar casi el veinte por ciento, quedando en segundo lugar.

Tiempo después, el mismo Perón se refirió a estas elecciones: «Illia tomó el gobierno controlado por el ejército; mientras la ciudadanía observaba expectante la escena como cuando en un viejo circo de pueblo el domador introduce la cabeza en la boca de un león ya viejo y sin dentadura. El ejército había escrito el libreto y su primer actor, el presidente Illia, debía interpretar bien el papel, de lo contrario sería reemplazado por otro actor. [...] Por diversas razones, entonces, 1964 me pareció a mí como el año del retorno». (525)

En otra conversación con su biógrafo, el General calificó a Illia como «desactualizado, su propia irrelevancia lo hacía vulnerable a las presiones que debió soportar del ala gorila, con una opinión pública que lo había tolerado como un mal menor o una mera transición». Pavón Pereyra resaltó que trataba al radical como un «viejito», como «un abuelo poco menos que valetudinario», cuando, en verdad, él tenía cinco años más. (526)

Perón había decidido volver a la Argentina. Pero no estaba bien de salud. Las molestias en la próstata lo tenían a mal traer. Por eso decidió consultar al célebre urólogo Antonio Puigvert, el mismo que le había dejado su tarjeta años antes, en República Dominicana, después de atender a Trujillo.

El doctor Taiana relató cómo había sido esa intervención quirúrgica. Lo supo porque conversó con Puigvert cuando Perón era presidente por tercera vez y el médico le presentó su historia urológica.

«Perón resolvió consultarlo por trastornos sufridos durante un largo lapso. Después de exámenes minuciosos, Puigvert diagnosticó hipertrofia de la próstata y propone operarlo. El General ingresó al Instituto de Urología instalado en la Clínica Conesa, avenida Gral. Mola, Barcelona, el día 19 de enero de 1964. El 20 de enero es

sometido a la resección de la glándula prostática y el 3 de febrero abandonó la clínica. La evolución postoperatoria resultó satisfactoria con las molestias propias de la operación de esos años. Extirpada la próstata y transcurridas algunas semanas, el General recobró una excelente salud, en cierto modo un rejuvenecimiento atribuible a la desaparición de una glándula enferma causante de molestias, inconvenientes y preocupaciones.» (527)

Fue en esa consulta que Perón reconoció ante el médico que aunque su pasaporte indicaba que tenía sesenta y nueve años, la realidad era que entraba a vivir los setenta y uno porque su madre lo había anotado dos años más tarde. (528)

Después de la operación, Perón se sintió renovado. Tanto, que se dispuso a levantar una nueva casa. El 14 de abril de 1964, junto a su esposa, firmó la escritura de la quinta 17 de Octubre, un predio de diez mil metros cuadrados en el barrio Fuente de la Reina, más conocido como Puerta de Hierro. Explicó que realizó la compra después de que unos amigos españoles, dueños de una inmobiliaria, lo tentaran para invertir el millón de pesetas que había ahorrado. «Yo había construido tantas casas para otros que decidí estar cerca cuando hiciera esta para mí. Me senté a dibujar los planos y a calcular los materiales. Tardamos seis meses en terminarla». (529)

En conversaciones con la autora, Enrique Pavón Pereyra aseguró que Perón dedicó tanto tiempo al cultivo del jardín que logró crear un microclima. Se las ingenió para rellenar el terreno sin gastar un centavo, ofreciéndoles a unos camioneros que descargaban escombros a kilómetros de esa zona, que ahorraran el viaje y los depositaran en su terreno. Luego diseñó la plantación de los árboles calculando hasta el dibujo que el sol podía reflejar entre el follaje.

Pero ¿de dónde sacó Perón el dinero para adquirir esa propiedad, cuando sus bienes permanecían interdictos en Buenos Aires? Una posible respuesta la ofreció Rodolfo Martínez, testigo presencial del nacimiento de SIGLA Compañía Anónima, Comercial, Industrial y

Financiera, que el General constituyó durante su permanencia en Venezuela, en sociedad con Luis González Torrado, un exfuncionario de la Secretaría de Industria y Comercio durante su presidencia. Esta empresa se dedicó a la comercialización de distintos productos, entre ellos, la venta del Haras Cóndor, propiedad de Jorge Antonio. Gracias a los contactos del General, el presidente Trujillo adquirió la totalidad de los caballos, unos ochenta padrillos, yeguas y potrillos. (530) Con estas comisiones, Antonio le devolvía a Perón una parte de los pingües beneficios que obtuvo durante su gobierno por la venta de cereales al extranjero.

Pavón Pereyra agregó que los recursos del General para obtener fondos eran de lo más desconcertantes. Como cuando se le ocurrió montar un estand con productos argentinos en la Feria de Abril que se celebró en Sevilla. De esa manera logró reunir un millón y medio de pesetas para costear arreglos en su finca. (531)

En uno de sus libros, el biógrafo de Perón aseguró que, aparte de esos ingresos, el General recibía un aporte mensual de Jorge Antonio y de su exministro y ahora designado su delegado personal, Jerónimo Remorino, que «solía cubrir gastos mujeriles de Isabel». (532)

La edificación, con frente hacia la calle Navalmanzano, constaba de tres pisos. En el último estaban ubicados los cuartos de Perón e Isabel, que dormían en habitaciones separadas. También la biblioteca y el escritorio, el lugar donde el General pasaba varias horas del día respondiendo la correspondencia y recibía a los visitantes.

Fue en esa casa donde se pergeñó el Operativo Retorno. Se constituyó una comisión integrada por Delia Degliuomini de Parodi, por la rama femenina; los dirigentes Alberto Iturbe y Carlos Lascano; y los sindicalistas Andrés Framini y Augusto Timoteo Vandor, el que menos interés tenía de que Perón volviera. Jorge Antonio se encargó del financiamiento. El plan consistía en que tomara un vuelo de

Iberia y bajara en Montevideo. Desde allí abordaría un vuelo chárter a Asunción del Paraguay, donde se establecería a la espera de que el pueblo se sublevara y obligara al gobierno a forzar su regreso al país.

Llama la atención que el General hubiera accedido a que Vandor estuviera entre los organizadores. Algarbe, su secretario privado, aseguró: «Todos piensan que Perón quería volver a la Argentina, pero yo sé que no quería. Un hombre que empieza a construirse una quinta en Madrid para quedarse toda la vida es un hombre que no sueña con volver». Relató que en noviembre de 1964 lo envió a Chile para que indagara si el gobierno de ese país le permitiría quedarse treinta o cuarenta días, y para que, en el peor de los casos, no lo entregara a un gobierno hostil. Y que luego fue a Río de Janeiro y se entrevistó con un sobrino del general Humberto Castelo Branco, que era embajador de Brasil en Washington, y que ese hombre le dijo: «Nosotros no podemos y no queremos dejar pasar a Perón por aquí».

De vuelta en Madrid se reunió con él para darle un informe y lo encontró muy presionado por la comisión del regreso. Recordó que debieron conversar en su dormitorio, para evitar la vigilancia permanente de Cresto que le había impuesto su esposa, quien parecía la más interesada en que se realizara el viaje. Algarbe sostuvo que «los jefes de la Operación Retorno embaucaron a Isabel diciéndole que al volver ella sería más grande que Eva».

Perón salió de la quinta 17 de Octubre en la madrugada del 2 de diciembre de 1964, oculto en el baúl de su propio auto. Cuando llegó al aeropuerto de Barajas, «hasta la televisión inglesa estaba esperándolo. Hacía ya días que los servicios de inteligencia norteamericanos sabían todo, incluyendo el número de asiento que Perón iba a ocupar en la primera clase. Pero Jorge Antonio logró que el auto de Perón fuera hasta la escalerilla misma del avión, y así no

lo pudieron filmar. Todos, sin embargo, sabían que él estaba allí», aseguró Algarbe. (533)

El operativo fracasó y, tal como se lo había advertido su secretario, las autoridades brasileñas, por presión del gobierno argentino, detuvieron el avión en su escala en Río de Janeiro y lo obligaron a regresar a Madrid. Una vez en España, Franco lo confinó durante un mes en Torremolinos. Después, lo autorizó a regresar a Madrid con la condición de que limitara su actividad política y se abstuviera de mantener contacto con dirigentes de su movimiento. Si no cumplía con estas disposiciones, el gobierno español se vería obligado a expulsarlo de su territorio.

Desde entonces, el General se acostumbró a vivir en Puerta de Hierro con una custodia permanente del gobierno español, que llevaba un estricto control de las personas que ingresaban en la casa. Pese a las restricciones y al océano de por medio, seguía los acontecimientos del país. En los comicios del 14 de marzo de 1965, el Partido Justicialista pudo presentar candidatos para ocupar cargos legislativos, autoridades comunales y diputados provinciales. Por primera vez, desde el golpe que lo había derrocado, hubo peronistas en las bancas del Congreso.

Vandor se había envalentonado y había proclamado «un peronismo sin Perón», y él necesitaba neutralizarlo. Pero no podía regresar a la Argentina y debía encontrar un delegado en el que pudiera confiar. La elegida fue Isabel. «Ella tiene el tino necesario para obrar bien y está preparada convenientemente para enfrentar estas situaciones con la paciencia y el acierto que se necesita, de manera que hay que dejarla accionar y darle todo el apoyo posible desde las bases», le escribió al general Arnaldo Sosa Molina. (534)

Así fue que Isabel se embarcó, sabiendo que emprendía la osadía de presentarse ante el Movimiento Peronista como la esposa del General, carácter que hasta entonces solo se le reconocía a Eva

Perón. Soñaba con concretar lo que le habían prometido durante el fallido Operativo Retorno.

El 11 de octubre de 1965, Isabel llegó a la Argentina. En el viaje tuvo tiempo de estudiar el manual que el General había escrito para orientarla. Bajo el título de «Método», le recomendaba establecer un horario de trabajo, «por ejemplo, recibir gente a la mañana y dedicar las tardes a otras actividades o al descanso. Un día por semana debe dejarse totalmente libre para reponer energías. Respetar minuciosamente el horario establecido es fundamental».

En el capítulo dedicado a la «Misión», le indica que «la acción de la Señora de Perón debe estar caracterizada por una falta total de prejuicios. Ser una suerte de Padre Eterno que bendice a todos y a nadie maldice». De esta forma, «la tarea de la Señora de Perón estará por sobre todas las autoridades partidarias porque su función no es la de conducir sino la de unir e impulsar la coordinación armónica de todos».

Se refirió luego a la «conducta a seguir», sugiriéndole los nombres de los dirigentes con quienes tomar contacto, y el orden en que debía entrevistarlos. «Toda esta actividad —le dijo— hay que realizarla muy privadamente y sin llamar la atención, evitando comidas en actos públicos o concentraciones políticas porque es indudable que nuestros enemigos, y entre ellos el Gobierno, pueden producir cuestiones desagradables que, a toda costa, deben evitarse».

El manual de instrucciones, redactado en tercera persona, fue escrito para que lo leyera nada más que Isabel. Resulta sorprendente el respeto con el que Perón se dirigía a su esposa. Bajo el título «Algunos consejos personales», le explicó:

> La personalidad del dirigente político juega un papel muy importante en su predicamento y en la eficacia de su acción. La Señora de Perón tiene una personalidad que hace presuponer su éxito en la misión que se le encomienda. Posee carácter firme y decidido para actuar y califica este carácter con la cualidad de

ser a la vez reflexiva y profunda, lo que es garantía del buen resolver y mejor hacer. Mi experiencia me inclina a darle algunos consejos con respecto a este aspecto personal, no porque ella no posea las cualidades y calidades indispensables, sino porque nunca están de más estos consejos, desde que, como dice Martín Fierro: «Es de la boca del viejo de ande salen las verdades». (535)

Durante nueve meses permaneció Isabel en la Argentina y, tal como había previsto Perón, logró neutralizar a los díscolos del movimiento. Se entrevistó con las autoridades del partido, con la rama femenina y con los sindicalistas. Recorrió el país, aun con riesgo de su vida, y en varias oportunidades debió refugiarse en casa de amigos por temor a su integridad física.

Fue en este viaje cuando Isabel conoció a José López Rega, personaje nefasto para los argentinos y también para Perón, que llegó hasta ella por intermedio del mayor Bernardo Alberte, exedecán del General durante su segunda presidencia, uno de los presos en Ushuaia después del golpe del 55 y delegado de Perón en aquel tiempo.

En la Argentina de entonces existían en el peronismo los más diversos grupos. Uno de ellos era la esotérica Logia Anael, conducida por el exjuez Julio César Urien, quien había escrito *La razón del tercer mundo,* un folleto que afirmaba que Perón y Getulio Vargas, presidente del Brasil, habían fundado en 1954 una logia basada en la Tercera Posición del peronismo, y que él traducía en una particular teoría. Sostenía que existían tres vértices magnéticos, ubicados en Asia, África y América Latina: la Triple A, que sería el motor de la liberación mundial. (536)

El impresor de Urien era López Rega, administrador de Suministros Gráficos del Estado, una imprenta instalada en la calle Salguero, cerca del aeroparque, y también integraba la Logia Anael. Ante la inminencia de las elecciones de Jujuy y Mendoza, le ofreció a Alberte imprimir sin costo alguno la propaganda política y a cambio

le pidió que le diera una tarjeta de presentación para ver a Isabel. Así tomaron contacto. (537)

Ella comenzó a visitarlo en la imprenta y, según testimonio de Mabel di Leo, entonces designada en la Junta Coordinadora Nacional del Movimiento Peronista, pasaban largas horas mientras se comunicaban «telepáticamente» con Perón que estaba en Madrid. El mismo tipo de «brujerías» que hacía con su padrastro en Puerta de Hierro. Poco antes de regresar, en una reunión con la logia, Isabel manifestó que el General necesitaba un colaborador que pudiera instalarse en Madrid y ella misma eligió a López Rega. (538)

Así fue que después de nueve meses, en 1966, llegó al aeropuerto de Barajas con este personaje que a Perón le causó risa y que, sin embargo, sería la desgracia de sus últimos años. El hombre se definía a sí mismo como un hacedor de milagros, capaz de resucitar a los muertos y leer los pensamientos ajenos, según el testimonio del escritor Tomás Eloy Martínez, quien lo conoció en Madrid. (539)

El esoterismo de «Lopecito», como lo empezó a nombrar Perón, provenía de Victoria Montero, una española afincada en Paso de los Libres, Corrientes, fundadora de la Fraternidad Antiqua, perteneciente a la secta Rosacruz, y también de un *pai* de santo que conoció en Uruguayana. En 1962, el «hermano Daniel», como se hacía llamar, había editado *Astrología esotérica. Secretos develados*, un libro de más de setecientas páginas, con una introducción en la que les decía a sus lectores: «¡Se abre ante vuestros ojos un mundo enteramente nuevo y extraordinario! ¡Es el mundo de los secretos develados a la luz de la Astrología, tal como nadie nunca lo hiciera anteriormente! […] ¡No he jurado callar ante nadie y por el contrario mi misión es servir a la humanidad a plena cara descubierta!». (540)

Primero vivió en una oficina de la Gran Vía, donde organizaba negocios de importación y exportación, y por las tardes ayudaba al General con la correspondencia y las visitas. De a poco, con la

absoluta anuencia de Isabel, López Rega se fue introduciendo en la intimidad de Perón. (541)

Ambos querían alejar a Jorge Antonio porque proveía el sustento y ponía límites a los gastos de su esposa y a las ínfulas de «Daniel». Para independizarse, en 1968, fundaron una compañía de exportación, Itagle S. A., en la que Isabel era la presidenta y López Rega el secretario. Abrieron una cuenta corriente en el Banco Popular Español y pidieron un crédito en el Banco Continental. La garantía fue la quinta 17 de Octubre. La firma quebró con el riesgo de que remataran la propiedad. Perón tuvo que salir a buscar el dinero para cubrir la deuda. Acudió a Jorge Antonio, quien se negó a pagar las cuentas de López Rega, entonces tuvo que pedir auxilio a Buenos Aires. Después lo echó porque había abusado de su confianza. Ante los ruegos de su esposa para que volviera a recibirlo, finalmente accedió.

Según Pavón Pereyra, López Rega aumentó su influencia en forma proporcional al deterioro de la salud de Perón. En conversaciones con la autora, aseguró que la próstata volvió a incomodarlo y le producía fuertes dolores que este lograba calmar con masajes muy precisos. Marcelo Larraquy confirmó esta versión. Aseguró que cuando López Rega regresó «se afianzó como mayordomo y fue tomando bajo su control tareas cada vez más relevantes. Empezó a preocuparse por el cuidado de la salud del General. Los tumores no habían desaparecido tras la primera operación que le practicó Puigvert en 1964. El dolor era recurrente. Perón volvía a tener ardores. Su herida se mantenía abierta. Cuando le veía padeciendo a solas en su habitación, el mayordomo entraba y para aliviarlo se ocupaba de masajearle la próstata; una friega a mano, dactilar y localizada para vaciar el pus». (542)

Por otra parte, Isabel confiaba en que Daniel —ella prefería llamarlo por su nombre «religioso»— le transfiriera el espíritu de Evita, sobre todo después de que la dictadura devolviera el cadáver

oculto durante dieciséis años en un cementerio de Milán, Italia. Tal como lo había advertido el General cuando la conoció, ella tenía una enorme ansia de poder también proporcional a la escasez de su carisma.

La Revolución Argentina que el general Juan Carlos Onganía proclamó en 1966 después de derrocar a Illia, estaba llegando a su ocaso. Un año después, reemplazó al ministro de Economía Jorge Salimei por Adalbert Krieger Vasena, el mismo de la «Libertadora», que había propiciado el ingreso de la Argentina al Fondo Monetario Internacional (FMI).

Perón lo explicó después en conversaciones con su biógrafo: «El Fondo Monetario Internacional cerró el crédito a la Argentina en todas partes. El ministro de Economía se vio obligado a salir a mendigar cinco millones de dólares por aquí, cuatro por allá; esa era la mejor manera de arruinar todo el crédito para el país. Ante ello, el Fondo Monetario exigió que se designara un ministro de Economía de su total confianza». Así fue elegido Krieger Vasena, «un empleado de las empresas norteamericanas. Su primera medida fue la estabilización de la moneda, para lo cual no se le ocurrió nada más peregrino que bajar el peso a 350 por dólar. A renglón seguido, nuestros bancos empezaron a ser comprados por moneditas, ¡en un mes compraron veinticinco bancos! Desde entonces, la Argentina fue gobernada por el Fondo Monetario». (543)

El año 1969 fue particularmente violento. En abril se produjeron robos de armas en el Tiro Federal de Córdoba y en armerías de San Justo en la provincia de Buenos Aires, de Villa del Parque en la Capital Federal y de Neuquén; además de asaltos a Campo de Mayo y a las bases de Mar del Plata y Río Santiago. Fueron atacados puestos militares en Magdalena, Salta y en otras partes del país. En mayo fue asesinado por la policía el estudiante de medicina Juan José Cabral, de veintidós años, durante una protesta en Corrientes por el aumento de precios en el comedor universitario. Su muerte

produjo una ola de manifestaciones en casi todas las ciudades; en Rosario mataron a otro estudiante, Alberto Ramón Bello.

Onganía ordenó la ocupación militar de esa ciudad y la CGT, que estaba dividida, se unió para declarar una huelga general. El 29 de mayo estalló el Cordobazo, en el que se sumaron obreros y estudiantes para enfrentar al gobierno con el saldo de catorce muertos. En junio renunciaron los miembros del gabinete nacional, y ante la visita del enviado especial de los Estados Unidos, Nelson Rockefeller, se incendiaron quince supermercados Minimax pertenecientes a la corporación IBEC, de la familia del funcionario norteamericano. El 30 fue asesinado el dirigente metalúrgico Augusto T. Vandor, el líder de los gremialistas «blandos» en su oficina de la UOM. El gobierno de facto no lograba frenar la escalada de violencia por más represión que ordenara. (544)

En febrero de 1970, Perón envió una carta de saludo a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) liderada por Envar El Kadri: «Ustedes son las guerrillas que vienen a combatir a los que "nos quieren vender la muerte climatizada con el rótulo de porvenir", decía un famoso letrero del Barrio Latino de París en mayo de 1968. Yo puedo decirles a ustedes lo mismo con la exhortación más firme para que sigan adelante, persuadidos de que cuanto hagan por la Patria ahora, les será agradecido por argentinos de mañana». (545)

El 29 de mayo de 1970, a un año exacto del Cordobazo y en el Día del Ejército, un grupo guerrillero desconocido que se dio a conocer como Montoneros y que se definía como peronista, secuestró al general Pedro E. Aramburu, el mismo que en 1956 fusiló al general Valle y demás oficiales y civiles, y también quien había ordenado la desaparición del cadáver de Eva Perón. Aramburu fue ajusticiado y su cuerpo apareció dos meses después en un campo de Timote, provincia de Buenos Aires. Días más tarde, Montoneros ultimó con catorce balazos al dirigente textil José Alonso, quien,

igual que Vandor, pertenecía a los gremialistas colaboracionistas con la dictadura.

El 7 de septiembre, Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, jefes del operativo del secuestro, cayeron en un tiroteo con la policía en William Morris, cerca de Hurlingham, en la provincia de Buenos Aires. Otro de los integrantes del grupo, Mario Eduardo Firmenich, logró escapar con vida. (546)

Cuando dos años después, Juan Manuel Abal Medina, quien pronto sería designado como secretario general del Partido Justicialista, viajó a Madrid, el General le preguntó por su hermano Fernando y le dijo que la muerte de Aramburu «era una acción deseada por todos los peronistas». Pero cuando Juan Manuel le contó que su hermano había tenido un «arrepentimiento cristiano» por esa acción, Perón le respondió: «Todo esto que me está contando es lo que nos hace tan diferentes a ellos. Nunca escuché a ninguno que se arrepintiera de las bombas de 1953 o de las del 16 de junio. […] En la historia nuestra, desde siempre, es como si fuéramos dos razas. En realidad, dos especies distintas». (547)

El gobierno de Onganía ya no pudo resistir. El 8 de junio de 1970, la Junta Militar lo «invitó» a que presentara la renuncia. En su lugar, designó el general Roberto Marcelo Levingston, un desconocido oficial que prestaba servicios como agregado en la Embajada de Estados Unidos en Washington.

En Madrid, Perón comenzó a pergeñar La Hora del Pueblo, un agrupamiento que pudiera reunir a los partidos políticos que se oponían a la dictadura, aun aquellos que se habían enfrentado con él durante sus dos gobiernos. Designó a Jorge Paladino como su nuevo delegado personal y le ordenó que iniciara contactos con su viejo enemigo, Ricardo Balbín, líder de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP).

En septiembre de 1970, le escribió al radical con este encabezamiento: «Estimado compatriota». Tras explicarle que

estaba al tanto de sus conversaciones con Paladino, escribió: «Tanto la UCRP como el Movimiento Nacional Justicialista son fuerzas populares en acción política. Sus ideologías y doctrinas son similares y debían haber actuado solidariamente en sus comunes objetivos. Nosotros, los dirigentes, somos probablemente los culpables de que no haya sido así. No cometamos el error de hacer persistir un desencuentro injustificado».

Después, agregó: «Tanto usted como yo "estamos amortizados", casi "desencarnados". Ello nos da la oportunidad de servir a la Patria en los momentos actuales, ofreciendo una comprensión que nos haga fuertes para enfrentar, precisamente, la arbitrariedad de los que esgrimen la fuerza como única razón de su contumacia». Por último, expresó: «Separados podríamos ser instrumentos, juntos y solidariamente unidos, no habrá fuerza política en el país que pueda con nosotros y, ya que los demás no parecen inclinados a dar soluciones, busquémoslas entre nosotros, ya que ello sería una solución para la Patria y para el Pueblo argentino. Es nuestro deber de argentinos y, frente a ello, nada puede ser superior a la grandeza que debemos poner en juego para cumplirlo». (548)

Dos meses después, el 11 de noviembre, la UCRP y los partidos Peronista, Socialista Argentino, Conservador Popular, Demócrata Progresista y UDELPA, más los independientes, dieron a conocer el documento «La Hora del Pueblo», en el que le exigían a la dictadura el llamado a elecciones inmediatas, sin exclusiones y respetando a las minorías. (549)

Comenzaba una etapa distinta. El peronismo inició una ofensiva que los militares también supieron leer. No había otro camino que propiciar una salida democrática. Fue el general Lanusse, hasta entonces jefe del Ejército, el encargado de encontrarla. El militar era profundamente antiperonista. Había participado del fallido levantamiento del general Menéndez en 1951, por lo que fue

condenado a prisión perpetua y luego liberado después del golpe en contra de Perón.

El 26 de marzo de 1971 asumió la presidencia de la nación y designó al radical Arturo Mor Roig como ministro del Interior con la clara intención de iniciar la apertura política. La cuestión era cómo lograr que Perón no participara. Inició una suerte de duelo personal con el general exiliado, apostando a que la edad le impidiera el regreso. El dirigente Pedro Michelini aseguró que estando en Madrid, Jorge Antonio recibió una llamada telefónica del doctor Puigvert, el mismo que lo había operado años antes. Le contó que un médico argentino, en nombre del gobierno militar, había ido a su clínica porque deseaban saber si Perón tenía cáncer y cuánto le restaba de vida. Consultado el General, respondió: «Vea doctor, vamos a enloquecerlos. Como no se van a conformar con esta primera gestión solamente, vamos a decirles una vez que sí tengo cáncer y una vez que no, y así sucesivamente». (550)

Un documento encontrado en el archivo de Jorge Paladino da cuenta del estado de salud de Perón en ese momento. «Como todo enfermo prostático —escribió el delegado personal— los sondajes aumentan el dolor a medida que se acrecienta la edad del paciente. El último sondaje que le realizara el doctor Puigvert trajo como consecuencia y, paralelamente al bienestar general de la medida, una orquitis en testículo derecho, con inflamación del izquierdo, que es molesto pero sin que haya adquirido gravedad». Y concluyó: «Perón se encuentra perfectamente de salud y ha sido una sorpresa que, en la Argentina, me entero de las patrañas y mentiras que se siguen tejiendo acerca de su salud. […] Ayer estuve con él hasta las veintitrés horas y su estado de salud es bueno, a punto tal que próximamente emprenderá un viaje en automóvil a Málaga». (551)

Lo cierto es que Lanusse necesitaba establecer un diálogo con Perón y decidió enviar en una misión secreta al coronel Francisco Cornichelli para que se entrevistara con él. Se encontraron en abril

de 1971, en una reunión que duró tres horas y en la que estuvieron presentes también Paladino y López Rega.

El militar llevó una propuesta de nueve puntos en la que Lanusse se comprometía a:

> 1) Los restos de la señora María Eva Duarte de Perón serán entregados a su esposo en Madrid. 2) Le será concedido el pasaporte argentino. A tal efecto el nuevo embajador argentino en Madrid (brigadier Carlos Rojas Silveyra) acordará las gestiones del caso. 3) Le será concedida la pensión de ex Presidente. 4) Oportunamente le serán devueltos o reconocidos en su valor actual los bienes que tenía al asumir el 1° de mayo de 1946 la presidencia de la Nación (había asumido el 4 de junio de ese año). 5) Los procesos penales iniciados quedarán cerrados con la resolución judicial que recaiga sobre los mismos. 6) La rehabilitación cívica del ex Presidente de la Nación importará el reconocimiento de su carácter de tal. 7) El Movimiento Nacional Justicialista podrá organizarse como partido político a los fines de las futuras convocatorias electorales a fin de participar libremente en las mismas. 8) Como orientador del movimiento de opinión que le sigue desalentará mediante la necesaria estrategia disuasiva y declaración pública, a que sus partidarios se sumen a las actividades subversivas y a la de quienes preconizan la violencia. 9) Aceptará y alentará que personas de su agrupación, cuando se les ofrezca, integren el gobierno nacional y/o provincial.

Al finalizar el encuentro, según relató Paladino, Cornichelli —a quien Perón comenzó a nombrar como «Vermichelli» para ridiculizarlo— hizo hincapié en el punto ocho, insistiendo en que el General desalentara la acción de los grupos guerrilleros, y se produjo este diálogo:

> —En este momento hay muchos que masacran vigilantes y asaltan bancos en su nombre —le dijo Cornichelli.
> —Sí, sí, y lo seguirán haciendo, cada día habrá más
> —respondió Perón.
> —Lo seguirán haciendo hasta tanto usted no defina su posición con respecto a ellos.
> —No, no, se equivoca usted, aunque yo les diga que no lo hagan.
> —Lo van a hacer, pero no lo van a hacer en nombre de Perón.
> —Lo van a seguir haciendo, porque este es un conflicto que tiene una raíz que ustedes no conocen —concluyó el General tratándolos de ignorantes y de que carecían de la capacidad para analizar la coyuntura creada por la Guerra Fría. (552)

Cinco meses después de esta reunión, el 3 de septiembre de 1971, a las ocho y media de la noche, recibió en la quinta 17 de Octubre el cadáver de su esposa, del que durante dieciséis años desconoció su paradero. El ataúd fue abierto por Paladino y por un empleado de la casa con un cortafierros para quitar la tapa de metal que lo cubría. Cuando el embajador argentino Rojas Silveyra le preguntó: «¿Es el cadáver de Eva? Él le miró atrás de la oreja y respondió: "Sí. Esta es"». El militar diplomático aseguró que después salieron al patio. «Ahí lo miré y le dije: "Señor, usted está llorando. ¿Quería tanto a esta mujer?". Y él me contestó: "Mire. Yo he sido con esta mujer mucho más feliz de lo que todo el mundo cree. Por eso se me caen las lágrimas ahora"». (553)

El cadáver había permanecido enterrado clandestinamente en un cementerio de Milán y, según testimonio del doctor Pedro Ara, quien lo examinó a las pocas horas, «a primera vista el espectáculo impresionaba lastimosamente: humedad y suciedad». El embalsamador aseguró que Isabel deshizo las trenzas de Eva para limpiar y ventilar sus cabellos, y que con una tijera cortó las mangas de la túnica que luego reemplazó por otra que ella misma mandó a confeccionar. (554)

Al día siguiente, llegaron a Madrid Erminda Duarte de Bertolini y Blanca Duarte de Álvarez Rodríguez, las hermanas de Evita. Fue así que Perón se reencontró con sus cuñadas, a quienes no veía desde los funerales de Juan Duarte. (555)

Las relaciones con la familia de Evita habían sido tirantes. En 1962, poco después de que trascendiera el casamiento del General con Isabel, Juana Ibarguren, la madre de Eva, entabló un juicio en contra de Perón para revocarle la cesión de derechos hereditarios realizada por escritura pública el 15 de octubre de 1952. En su presentación, Juana acusó a Perón de no preocuparse por ella y de privar «a mi extinta hija de cristiana sepultura, exponiendo su cadáver a los vaivenes de pasiones políticas de extrema gravedad».

El escrito continúa: «Pero lo que es peor, ocurrido el hecho revolucionario de 1955, el demandado buscó asilo en la Embajada del Paraguay sin disponer previamente ninguna medida respecto de los restos mortales de mi hija, que aseguraran la intangibilidad del sepulcro. Por el contrario, los expuso a la violencia de las pasiones y posibilitó con su actitud egoísta, la ulterior profanación del cadáver por parte de las fuerzas del odio y la revancha, cuya grave responsabilidad, en modo alguno, excusa la desaprensión e insensibilidad del demandado». (556)

En esa ocasión, Perón había designado como abogado a Vicente Leonidas Saadi para que se hiciera cargo de su defensa, y años después manifestó sus sentimientos en una carta dirigida a Pedro Michelini en la que señaló:

> Usted comprende que yo no tengo deseos de saber nada con esa gente, y aunque el juicio pueda prosperar por ahora, bastará que un día las cosas se regularicen y hasta se deje sin efecto lo que los gorilas hicieron. Creo que hay que chicanear solamente. Hasta se ha hablado que la vieja afirma que hay depósitos en dólares en Suiza y que ella querría reivindicar en su provecho. Creo que eso es un macanazo porque, si fuera así, cómo cree que yo no lo sabría. En fin se trata de cosas tan desagradables y de cuestiones tan mezquinas y bajas que yo no quiero saber nada. Es claro que si es preciso, por razones de un juicio, le pido que Usted resuelva allí lo que crea más prudente. (557)

Fue en ese tiempo que Fernando Solanas y Octavio Getino, integrantes del grupo Cine Liberación, terminaron de editar en Roma la *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*, una entrevista filmada de dos horas y cuarenta y cinco minutos, realizada en Puerta de Hierro, en la que Perón exponía en capítulos que él mismo había diseñado, calculando incluso el tiempo de cada uno. En la primera parte habló sobre «El Justicialismo, la unidad y la identificación del enemigo», en la segunda sobre la «Conducción política y guerra integral» y en la tercera abordó el «Trasvasamiento, organización y socialismo nacional». El documental se reprodujo en

forma clandestina en sindicatos, reuniones de militantes y diversas agrupaciones de todo el país. (558)

El 17 de septiembre de 1971, Lanusse anunció que el 25 de marzo de 1973 se realizarían elecciones presidenciales y que el nuevo presidente asumiría el 25 de mayo. Propuso un Gran Acuerdo Nacional (GAN) con la esperanza de alcanzar un pacto con Perón y con los demás partidos políticos. Hasta fantaseaba con ser él mismo ese mandatario electo. Pero fracasó. (559)

El General lo explicó en unas declaraciones a un cronista de televisión: «El Gran Acuerdo Nacional, que solo estuvo en su imaginación, tenía un solo objetivo: provocar unas elecciones para entregar el gobierno y salvar el prestigio y el honor de las Fuerzas Armadas. Claro, lógicamente tenía que fracasar, porque el objetivo era tan pequeño. Porque el verdadero objetivo, lo que había que salvar era a la República Argentina, no a sus Fuerzas Armadas». (560)

En esta nueva etapa, aumentaron las visitas de dirigentes a la quinta 17 de Octubre. Él los recibía, pero seguía manteniendo el ritmo habitual de trabajo, sobre todo dedicaba muchas horas al estudio, como en sus tiempos de juventud, y lo disfrutaba.

En una charla con el dirigente Carlos «Chango» Funes, confesó: «A lo mejor terminaron haciéndome un favor, ya que de tantos asuntos gallináceos que uno tiene que atender en el gobierno, terminaba embrutecido. Yo quería leer un poco más antes de dormirme, como era mi costumbre, pero me vencía el sueño. Ahora he tenido diecisiete años para leer y para pensar. Imagínese la ventaja que les llevo». (561)

Desde su exilio en España seguía con atención las transformaciones que se habían producido a escala global. Observaba el avance de la socialdemocracia en la Europa occidental, el capitalismo regulado y el estado de bienestar que se impuso al finalizar la Segunda Guerra, lo que permitió una rápida recuperación

económica. Pero también veía las revoluciones anticolonialistas del tercer mundo, lo que afianzaba su temprana propuesta de una Tercera Posición. (562)

Mantenía contactos con Mao Tse-Tung y Fidel Castro; y con los expresidentes del Brasil, Marcelino Kubitschek y João Goulart, además de los intelectuales más relevantes del tercer mundo. Por otro lado, el papa Pablo VI con su encíclica «Populorum Progressio» de 1967 lo había impactado. Compartía su denuncia del desequilibrio entre países ricos y pobres, la crítica al neocolonialismo, el derecho de los pueblos al bienestar y la condena al capitalismo liberal y al colectivismo marxista. No era más que la Tercera Posición y la Comunidad Organizada que había propuesto en 1949, durante el Congreso de Filosofía.

Pero hubo un intelectual que lo marcó especialmente. Según aseguró su biógrafo, Enrique Pavón Pereyra, «buena parte del arsenal de las reflexiones que enhebra el General en Puerta de Hierro proviene de Josué de Castro, quien mantiene un fluido diálogo con Perón en París, hasta donde viaja el anfitrión. También los diálogos que establece en Madrid, metrópoli que atrae los pasos de Josué de Castro». (563)

El médico, sociólogo y escritor brasileño, había publicado *Geopolítica del hambre* en 1962. Esa obra fue su inspiración para a escribir el *Mensaje ambiental a los pueblos y gobiernos del mundo,* y publicarlo cuatro meses antes de que se reuniera en Estocolmo la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, entre el 5 y el 16 de junio, conocida como la «Cumbre de la Tierra». En ese encuentro, los países industrializados y los que estaban en vías de desarrollo se reunieron por primera vez para analizar la cuestión del medio ambiente. A partir de esta conferencia se creó el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

Yolanda Ortiz, la única mujer que integró el gabinete de la tercera presidencia de Perón al frente de la Secretaría de Recursos

Naturales y Ambiente Humano, la primera de la Argentina y de América Latina, contó que le preguntó cómo se le había ocurrido escribir eso, tan preciso, con tanta visión. «Me dice que lo escribió estando junto a Josué de Castro, el autor de la *Geopolítica del hambre*. Es decir que él se inspira en el hambre del mundo, algo increíble. Cuando todo el movimiento previo a Estocolmo era al revés. Los países desarrollados se vieron en un momento, ante una situación en la que debían hacer algo. Entonces ahí es que quieren juntar a todos los países, y los más pobres dicen: "Nosotros no entendemos nada de contaminación, para nosotros la única contaminación es la pobreza". Eso lo dijo Indira Gandhi». (564)

Cuando en el mundo estaba de moda el «conservacionismo», que se ocupaba de salvar a las especies en extinción y a los grandes paisajes, Perón enfocó la preservación del ambiente desde la justicia social. Vale la pena detenernos en este escrito porque sorprende por su mirada anticipatoria y también por su vigencia en la actualidad.

El 21 de febrero de 1972 dio a conocer el documento en el que afirmaba:

> Creemos que ha llegado la hora en que todos los pueblos y gobiernos del mundo cobren conciencia de la marcha suicida que la humanidad ha emprendido a través de la contaminación del medio ambiente y la biósfera, la dilapidación de los recursos naturales, el crecimiento sin freno de la población y la sobreestimación de la tecnología, y la necesidad de invertir de inmediato la dirección de esta marcha, a través de una acción mancomunada internacional. La concientización debe originarse en los hombres de ciencia, pero solo puede transformarse en la acción a través de los dirigentes políticos. Por eso abordo el tema como dirigente político, con la autoridad que me da el haber sido precursor de la posición actual del Tercer Mundo y con el aval que me dan las últimas investigaciones de los científicos en la materia.

Con un tono que recuerda a *La comunidad organizada*, aquel discurso del Congreso de Filosofía de 1949, afirmó:

> El ser humano ya no puede ser concebido independientemente el medio ambiente que él mismo ha creado. Ya es una poderosa fuerza biológica, y si continúa destruyendo los recursos vitales que le brinda la Tierra, solo puede esperar

> verdaderas catástrofes sociales para las próximas décadas. La humanidad está cambiando las condiciones de vida con tal rapidez que no llega a adaptarse a las nuevas condiciones. Su acción va más rápido que su captación de la realidad y el hombre no ha llegado a comprender, entre otras cosas, que los recursos vitales para él y sus descendientes derivan de la naturaleza, y no de su poder mental. […] En el último siglo ha saqueado continentes enteros y le han bastado un par de décadas para convertir ríos y mares en basurales, y el aire de las grandes ciudades en un gas tóxico y espeso. Inventó el automóvil para facilitar su traslado pero ahora ha erigido una civilización del automóvil que se asienta sobre un cúmulo de problemas de circulación, urbanización, inmunidad y contaminación en las ciudades y se agrava con las consecuencias de la vida sedentaria.

Con afirmaciones que remiten a la propaganda de su segundo gobierno, cuando alertaba a la población respecto del derroche y la necesidad del ahorro, escribió:

> Las mal llamadas «Sociedades de Consumo», son, en realidad, sistemas sociales de despilfarro masivo, basados en el gasto, por el gusto que produce el lucro. Se despilfarra mediante la producción de bienes innecesarios o superfluos y, entre estos, a los que deberían ser de consumo duradero, con toda intención, se les asigna cierta vida porque la renovación produce utilidades. Se gastan millones en inversiones para cambiar el aspecto de los artículos, pero no para reemplazar los bienes dañinos para la salud humana, y hasta se apela a nuevos procedimientos tóxicos para satisfacer la vanidad humana. Como ejemplo bastan los autos actuales que debieran haber sido reemplazados por otros con motores eléctricos, o el tóxico plomo que se agrega a las naftas simplemente para aumentar el pique de los mismos.

En la Argentina, recién una década después se prohibieron las naftas con tetraetilo de plomo, con el decreto 2407/83, (565) y si bien el auto eléctrico se inventó en el siglo XIX, perdió la batalla con los coches a gasolina porque el problema eran las baterías. Pero en 1980 se inventó la de litio, y desde comienzos del siglo XXI, los chinos, japoneses, coreanos y alemanes compiten en la fabricación de vehículos impulsados por electricidad. (566) Perón no tenía idea de la existencia de ese mineral y mucho menos que la Argentina formaría parte del «triángulo del litio».

Además, debió pasar medio siglo para que el Congreso argentino se ocupara de las sustancias dañinas para la salud humana de la que

hablaba Perón en su documento. Recién el 26 de octubre de 2021 se aprobó la ley 27.642, conocida como la «Ley del etiquetado frontal», que obliga a las empresas a advertir a los consumidores en los envases de los productos los excesos de azúcares, sodio, grasas y calorías. (567)

En el documento de 1972, Perón abordó otro tema también de innegable actualidad:

> No menos grave resulta el hecho de que los sistemas sociales de despilfarro de los países tecnológicamente más avanzados, funcionen mediante el consumo de ingentes recursos naturales aportados por el Tercer Mundo. De este modo el problema de las relaciones dentro de la humanidad es paradójicamente doble: algunas clases sociales —la de los países de baja tecnología en particular— sufren los efectos del hambre, el analfabetismo y las enfermedades, pero al mismo tiempo las clases sociales y los países que asientan su exceso de consumo en el sufrimiento de los primeros, tampoco están racionalmente alimentados, ni gozan de una auténtica cultura o de una vida espiritual o físicamente sana. Se debaten en medio de la ansiedad y del tedio, y los vicios que produce el ocio mal empleado.

En tiempos en que entre los argentinos no era popular el uso de la tarjeta de crédito, reservada para los sectores de alto poder adquisitivo, y ni siquiera existía Internet, Perón aludió a lo que llamó el «espejismo de la tecnología» y advirtió sobre la «brecha digital», tal como se la denomina hoy.

> En los centros de más alta tecnología se anuncia entre otras maravillas, que pronto la ropa se cortará con rayos láser y que las amas de casa harán compras por televisión y las pagarán mediante sistemas electrónicos. La separación dentro de la humanidad se está agudizando de modo tan visible que parece que estuviera constituida por más de una especie. El ser humano cegado por el espejismo de la tecnología, ha olvidado las verdades que están en la base de su existencia. Y así, mientras llega a la luna gracias a la cibernética, la nueva metalurgia, combustibles poderosos, la electrónica y una serie de conocimientos teóricos fabulosos, mata el oxígeno que respira, el agua que bebe y el suelo que le da de comer y eleva la temperatura permanente del medio ambiente sin medir sus consecuencias biológicas. Ya en el colmo de su insensatez, mata el mar que podría servirle de última base de sustentación.

Tras referirse al exterminio de animales, al despilfarro del agua dulce y la contaminación de los ríos, a la carrera armamentista, a la necesidad de promover el desarrollo industrial y la justicia social para que el tercer mundo pueda producir la cantidad de alimentos que consume, y al crecimiento demográfico en la humanidad, bajo el título de «Qué hacer», afirmó que «a la irracionalidad del suicidio colectivo debemos responder con la racionalidad del deseo de supervivencia».

Y otra vez, como un eco de su libro *La comunidad organizada*, sostuvo que era necesaria y urgente «una revolución mental en los hombres, especialmente en los dirigentes de los países de alta tecnología donde rige la economía de mercado, y el surgimiento de una convivencia biológica dentro de la humanidad y entre la humanidad y el resto de la naturaleza».

Después, se explayó sobre el significado de esa «revolución mental»:

> …Implica comprender que el hombre no puede reemplazar a la naturaleza en el mantenimiento de un adecuado ciclo biológico general; que la tecnología es un arma de doble filo, que el llamado progreso debe tener un límite y que incluso habrá que renunciar a alguna de las comodidades que nos ha brindado la civilización; que la naturaleza debe ser restaurada en todo lo posible, que los recursos naturales resultan aceptables y por lo tanto deben ser cuidados y racionalmente utilizados por el hombre; que el crecimiento de la población es aumentar la reducción y mejorar la distribución de alimentos y la difusión de los servicios sociales como la educación y la salud pública, y que la educación y el sano esparcimiento deberán reemplazar el papel que los bienes y servicios superfluos juegan actualmente. […] La modificación de las estructuras sociales y productivas en el mundo —continuó— implica que el lucro y el despilfarro no puede seguir siendo el motor básico de sociedad alguna, y que la justicia social debe exigirse en la base de todo el sistema, no solo para el beneficio directo de los hombres sino para aumentar la producción de alimentos y bienes necesarios. […] En otras palabras, necesitamos nuevos modelos de producción, consumo, organización y desarrollo tecnológico que, al mismo tiempo que den prioridad a la satisfacción de las necesidades esenciales del ser humano, racionen el consumo de recursos naturales y disminuyan al mínimo posible la contaminación ambiental.

Recordando las tres banderas del Justicialismo, aseguró que «todos estos problemas están ligados de manera indisoluble con la justicia social, la soberanía política y la independencia del Tercer Mundo», y para este sector de la humanidad exhortó a «cuidar nuestros recursos naturales con uñas y dientes de la voracidad de los monopolios internacionales que los buscan para alimentar un tipo absurdo de industrialización y desarrollo, en los centros de alta tecnología a donde rige la economía de mercado. Ya no puede producirse un aumento en gran escala de la producción alimenticia del Tercer Mundo sin un desarrollo paralelo de las industrias correspondientes. Por eso, cada gramo de materia prima que se dejan arrebatar hoy los países del Tercer Mundo equivale a kilos de alimentos que dejarán de producir mañana».

Por último, exhortó a propender a las integraciones regionales, a la acción solidaria, y a no olvidar que «el problema básico de los países del Tercer Mundo es la ausencia de una auténtica justicia social y de participación popular en la conducción de sus destinos. Solo así se estará en condiciones de enfrentar las angustiosamente difíciles décadas que se avecinan».

Y finalizó con las siguientes palabras: «La Humanidad debe ponerse en pie de guerra en defensa de sí misma. En esta tarea gigantesca nadie puede quedarse con los brazos cruzados. Por eso convoco a todos los pueblos y gobiernos del mundo a una acción solidaria». (568)

Perón estaba convencido de que la cuestión ambiental no era «un problema», sino que era «el problema» que debía enfrentar con urgencia la humanidad. Años después, Yolanda Ortiz, aseguró: «Lástima que no fue comprendido, no lo entendieron los políticos ni la sociedad; en esa época todas las energías estaban puestas en una lucha contra un modelo. […] En medio de las disputas intestinas hablar de la ecología era algo que no podían entender ni los políticos

más lúcidos, por lo tanto ni en su propio partido Perón encontró el eco que esperaba». (569)

No, no lo entendieron. Es que el General hablaba de «revolución mental» y desde la Argentina, sobre todo los más jóvenes, le respondían con la «revolución armada», que él tampoco desalentaba en aquel momento. Era tiempo de presionar a la dictadura para que habilitara las urnas.

El 7 de julio de 1972, durante la cena de camaradería de las fuerzas armadas, Lanusse aseguró que Perón no sería proscripto, pero anunció una disposición de la Junta Militar que fijaba el 25 de agosto como fecha límite para que los candidatos fijaran residencia permanente en el país y también para que los funcionarios renunciaran si querían participar de los comicios. De esta manera, él mismo se autoexcluía, pero también dejaba afuera al General, que permanecía en el exilio. Entonces, él le dijo a un periodista: «Mire, tengo más probabilidades yo de ser elegido rey de Inglaterra que Lanusse de llegar a ser presidente constitucional de la Argentina». (570)

En su duelo personal con el exiliado, el presidente de facto insistió esta vez en un acto en el Colegio Militar. El 27 de julio, en su discurso, afirmó: «Señores: o regresa antes del 25 de agosto o tendrá que buscarse un buen pretexto para mantener el mito de su eventual e hipotético retorno. En mi fuero íntimo, diré que a Perón no le da el cuero para venir». Al día siguiente, la Juventud Peronista, que había lanzado la campaña «Luche y vuelve», se reunió en un multitudinario acto en el estadio de Nueva Chicago para conmemorar los veinte años de la muerte de Eva Perón. En las tribunas miles de voces corearon: «Lanusse, marmota / Perón va a regresar cuando le canten las pelotas». (571)

El General acababa de designar a Héctor J. Cámpora como su delegado personal en reemplazo de Paladino, porque ya no le merecía confianza. «No se sabe si es el delegado de Perón ante

Lanusse, o es el delegado de Lanusse ante Perón», había dicho. (572)

El 22 de agosto de 1972 se produjo la Masacre de Trelew. La Armada ejecutó a diecinueve guerrilleros presos en el penal de Rawson, después de que otros hubieran escapado a Chile. La excusa fue un intento de fuga de los que habían quedado que nunca existió.

El gobierno estaba cada vez más acorralado y Lanusse no tuvo más remedio que «tragarse el sapo» de que Perón volviera a la Argentina, tal como había afirmado en declaraciones al paso ante un grupo de periodistas.

Una semana antes de partir, el General envió un mensaje a sus partidarios: «A los compañeros peronistas: Antes de que noticias mal intencionadas puedan llegar al pueblo argentino, deseo ser yo quien les informe la verdad sobre mi proyectado viaje a la Patria. Me cuesta comprender las causas por las cuales los argentinos no pueden llegar, con un objetivo común, a las soluciones que el país y el pueblo reclaman. La normalización institucional de que se ha hablado no puede tener inconvenientes, si se la trata y establece de buena fe con la suficiente grandeza y sin intereses bastardos que la interfieran».

Aludiendo a su edad, agregó: «Ya van a hacer casi treinta años que me encuentro empeñado en alcanzar tales soluciones y anhelo, si ello es posible, prestar quizá mi último servicio a la Patria y a mis conciudadanos. Por eso a pesar de mis años, un mandato interior de mi conciencia, me impulsa a tomar la decisión de volver, con la más buena voluntad, sin rencores y con la firme decisión de servir, si ello es posible».

Por último, pidió a sus partidarios: «Interpretando mi regreso dentro de tales sentimientos y designios, colaboren y cooperen para que mi misión pueda ser cumplida en las mejores condiciones, en una atmósfera de paz y tranquilidad, indispensables para todo lo que deseamos constructivo. Espero que nuestros adversarios lo

entiendan de la misma manera si es que, como nosotros, anhelan terminar con los odios inexplicables y las violencias inconcebibles. Espero, Dios mediante, estar con ustedes el día 17 de noviembre próximo. Hasta entonces un gran abrazo sobre mi corazón». (573)

Acompañado de intelectuales, políticos, artistas, sacerdotes y deportistas que viajaron para custodiar su retorno, el 17 de noviembre de 1972, a las 11 de la mañana, pisó tierra argentina, en un día lluvioso que quedó registrado en la famosa foto de Perón con los brazos en alto, al pie del avión, mientras el secretario de la CGT, José Ignacio Rucci, lo cubría con su paraguas.

Se instaló junto con Isabel y López Rega en una casa que el Partido Justicialista le había comprado en Vicente López, provincia de Buenos Aires. Miles de partidarios permanecieron en los alrededores de la calle Gaspar Campos 1065, con la esperanza de que se asomara a las ventanas para saludarlos. Pero en muchas ocasiones, la que les hablaba era Isabel, rogándoles que cesaran los estribillos y los aplausos. «El General tiene que descansar», fue su frase más repetida en el mes que permanecieron en el país. Detrás de ella aparecía un hombre calvo, de ojos claros muy parecidos al hielo, que la mayoría desconocía: José López Rega, quien todavía era mucamo y secretario personal. (574)

El 20 de noviembre, representantes de veintiocho partidos políticos, incluida la UCR, se reunieron con Perón. La Hora del Pueblo iniciada dos años antes dio sus frutos. En febrero se había formado el Frente Cívico de Liberación Nacional (FRECILINA), pero su aspiración era constituir otro en el que se incluyera a los radicales, pero no lo logró. Sin embargo, al día siguiente, mantuvo una reunión a solas con Ricardo Balbín. Al finalizar, el General lo acompañó al porche donde se produjo la famosa foto del abrazo. Después, Balbín dio una conferencia de prensa en la que aseguró: «Perón ha regresado con el propósito de pacificación y en pro de la institucionalización del país. Fue una conversación de dos argentinos

que olvidan su pasado y que hablaron de las perspectivas del futuro nacional. Con Perón estamos buscando puntos de coincidencia en beneficio del país. El General me confió que ya estaba amortizado como ser humano, y que quería dedicar sus últimos años a trabajar por el reencuentro de los argentinos». (575)

La UCR no se sumó, aunque sí firmó las «Coincidencias programáticas del plenario de organizaciones sociales y partidos políticos», junto con la CGT, la CGE, el Movimiento Nacional Justicialista y sus 62 Organizaciones, el MID, el Partido Popular Cristiano, el Demócrata Progresista, el PI, el Partido Revolucionario Cristiano y otras agrupaciones pequeñas de las provincias. Sobre estos postulados, el FREJULI elaboró su plataforma política, y fueron el fundamento del Plan Trienal que el tercer gobierno de Perón presentó a los argentinos. Este plan más las ideas históricas del General sobre la Comunidad Organizada y las actualizaciones que había elaborado durante el exilio, conformaron el *Modelo argentino para el proyecto nacional*, testamento político que dejaría para cuando él ya no estuviera. (576)

El 14 de diciembre de 1972, antes de partir, dejó la fórmula presidencial que encabezaría el FREJULI, que también quedó conformado por nueve partidos políticos. Debía ser aprobado por un congreso que se realizaría en el Hotel Crillón de la ciudad de Buenos Aires. Los elegidos fueron Héctor J. Cámpora y Vicente Solano Lima del conservadorismo popular, aunque el General había dado la orden de que se diera a conocer la noticia una vez que él hubiera abandonado el país. (577)

Entonces empezaría la última etapa de la larga lucha iniciada casi dos décadas antes.

---

505. Funes, Carlos «Chango». *Perón y la guerra sucia*, Catálogos, Buenos Aires, 1996. Respuesta de Juan D. Perón al periodista Sergio Villarruel, pág. 45, 1972.

506. Page, Joseph. *Perón. Segunda parte 1952-1974*. Ob. cit., pág. 137.

507. García, Marcela e Iturrieta, Aníbal. (Agosto de 1993). «Perón en el exilio español». *Todo es Historia*. Nro. 313.

508. Campano, José. *Perón y España. Política social, interna e internacional*, págs. 61-62, Plus Ultra, Buenos Aires, 1983.

509. García, Marcela e Iturrieta, Aníbal. Ob. cit., pág. 13.

510. «Asombro en Madrid. El enlace de Perón». (2 de enero de 1962). *Ahora*. Año XXVII. Nro. 2.958.

511. Revista *Somos*. Nro. 18. 21 de enero de 1977. Entrevista al sacerdote Elías Gómez Domínguez.

512. Pavón Pereyra, Enrique. *Vida íntima de Perón.* Ob. cit., págs. 202-203.

513. Landajo, Ramón. *Al final del camino*. Ob. cit., pág. 41.

514. Martínez, Tomás E. *Las memorias del General,* Documento 21. Ob. cit., pág. 121.

515. Taiana, Jorge. *El último Perón*. Ob. cit., pág. 18.

516. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*. Ob. cit., pág. 196.

517. García, Marcela e Iturrieta, Aníbal. Ob. cit., pág 14.

518. Damin, Nicolás. *Plan Conintes y Resistencia Peronista 1955-1963*. Ob. cit., págs. 84-85.

519. Campos, Esteban. «Prólogo. Perón 1967. Correspondencia, entrevistas, escritos y mensajes», pág. 24, *El tiempo y la sangre*, J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2020.

520. Damin, Nicolás. Ob. cit., pág. 83.

521. Castellucci, Oscar y Amavet Mo, Isela. «Perón 1967. Correspondencia, entrevistas, escritos y mensajes», pág. 17, *Otro Perón, el mismo Perón*, J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2020.

522. Baschetti, Roberto. *El Programa de Huerta Grande. Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, pág. 118, Puntosur, Buenos Aires, 1988.

523. Perón, Juan D. *Obras completas*, pág. 373, Tomo XXIII, Volumen 2, Docencia, Buenos Aires, 2002.

524. Paz, Hipólito. *Memorias. Memorias. Vida pública y privada de un argentino del siglo XX*. Ob. cit., pág. 341.

525. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 342.

526. Pavón Pereyra, Enrique. *Conversaciones con Juan D. Perón*. Ob. cit., pág. 102.

527. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 146.

528. Yofre, Juan B. *La trama secreta de Madrid. Los documentos secretos sobre el retorno de Perón a la Argentina,* pág. 10, Sudamericana, Buenos Aires, 2013.

529. Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino*, pág. 222, Tomo III, Abril Educativa y Cultural, Buenos Aires, 1973.

530. Martínez, Rodolfo. *Grandezas y miserias de Perón*, pág. 87, s/e, México, 1957.

531. Conversaciones de la autora con Enrique Pavón Pereyra. Buenos Aires. 2002.

532. Pavón Pereyra, Enrique. *Conversaciones con Juan D. Perón*. Ob. cit., pág. 111.

533. Martínez, Tomás E. *Las memorias del General*, testimonio de José Manuel Algarbe. Ob. cit., pág. 123.

534. Perón, J. D. Carta a Arnaldo Sosa Molina. Madrid, 2 de diciembre de 1965. Facsímil en poder de la autora.

535. Michelini, Pedro. *Perón. Develando incógnitas*. Ob. cit., págs. 48 y ss.

536. Gurucharri, Eduardo. *Un militar entre obreros y guerrilleros*. Ob. cit., pág. 77.

537. Gurucharri, Eduardo. Ob. cit., pág. 86.

538. Ob. cit., págs. 89-93.

539. Martínez, Tomás E. Ob. cit., pág. 141.

540. Grimson, Alejandro. ¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no dejar de conmover a la política argentina, pág. 194, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2022.

541. Martínez, Tomás E. Ob. cit., pág. 142.

542. Larraquy, Marcelo. *López Rega. La biografía*, págs. 154-155, Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

543. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 395.

544. Graham-Yooll, Andrew. *De Perón a Videla*, págs. 185-199, Legasa, Buenos Aires, 1989.

545. Baschetti, Roberto*. Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*. Ob. cit., pág. 440.

546. Graham-Yooll, Andrew. *De Perón a Videla*. Ob. cit., págs. 200-201.

547. Abal Medina, Juan Manuel. *Conocer a Perón. Destierro y regreso*. Ob. cit., págs. 76-77.

548. Yofre, Juan B. *La trama de Madrid*. Ob. cit., pág. 105.

549. Graham-Yooll, Andrew. Ob. cit., pág. 203.

550. Michelini, Pedro. *Anecdotario de Perón I*, págs. 77-78, Corregidor, Buenos Aires, 1995.

551. Yofre, Juan B. Ob. cit., pág. 70.

552. Yofre, Juan B. *Puerta de Hierro. Los documentos inéditos y los encuentros secretos de Perón en el exilio*, pág. 307, Sudamericana, Buenos Aires, 2015.

553. Juri, Daniel (21 de diciembre de 1997). «Evita entre la espada y la cruz. "Me importó un carajo ver a Eva"». Entrevista al brigadier Carlos Rojas Silveyra. *Clarín*. Segunda sección, pág. 22.

554. Ara, Pedro. *Eva Perón. La verdadera historia contada por el médico que preservó su cuerpo,* págs. 266-268, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

555. Diario *Crónica.* 5 de septiembre de 1971.

556. Ibarguren de Duarte c/Perón, Juan Domingo s/nulidad de escritura y revocación de donación. Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Civil N.° 21 de la Capital Federal. Juez Dr. Cáceres. Secretario Dr. Solari. Expte. 35.139. Fojas 7 y 8.

557. Michelini, Pedro. *Perón, develando incógnitas*. Ob. cit., pág. 76.

558. Solanas, Pino y Gettino, Octavio. *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder,* Documental, Madrid, 1971. Disponible en: <https://acrobat.adobe.com/link/review?uri=urn:aaid:scds:US:f8885249-83ee-311a-965e-cd3d185b8d83>.

559. Graham-Yooll, Andrew. Ob. cit., pág. 218.

560. Declaraciones de Juan D. Perón. Difilm. 1972. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ucujK-F28vo>.

561. Funes, Carlos «Chango». *Perón y la guerra sucia*. Ob. cit., pág. 155.

562. Campos, Esteban. *El tiempo y la sangre,* «Prólogo». Ob. cit., pág. ٢٩.

563. Mendoza, Maximiliano. «Génesis y recepción del mensaje ambiental de Juan Perón», pág. ١٤, VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo. ٣٠ ,٢٩ y ٣١ de agosto de ٢٠١٨. Disponible en: <http://redesperonismo.org/articulo/genesis-y-recepcion-del-mensaje-ambiental-de-juan-peron/>.

564. Wagner, María Paula y Pirrone, Guido. Entrevista a Yolanda Ortiz, primera secretaria de Ambiente Humano de la Nación, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/36212>.

565. Decreto 2.407. 15 de septiembre de 1983. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto.2407-1983-56728>.

566. Martín Moreno, Francisco. «Vehículos eléctricos. Historia, estado actual y retos futuros», Departamento de Ingeniería eléctrica, Universidad de Málaga, España. Disponible en: <https://core.ac.uk/download/pdf/328025433>.

567. Ley 27.642. Disponible en: <https:///www.argentina.gob.ar/justicia/derechofacil/leysimple/salud/ley-de-etiquetado-frontal#ley>.

568. Perón, Juan D. Mensaje ambiental a los pueblos y gobiernos del mundo. Disponible en: http://archivoperonista.com/documentos/declaraciones/1972/mensaje-ambiental-peron-pueblos-gobiernos-mundo/

569. Ortiz, Yolanda. Entrevista, «Pionera en el cuidado del medio ambiente», *Selecciones Reader´s Digest*. Disponible en: https://selecciones.com.ar/vida-cotidiana/medio-ambiente/pionera-en-el-cuidado-del-medio-ambiente

570. Goldar, Ernesto. (22 de agosto de 2019). «El retorno de Perón». *Todo es Historia*, nro. 304, pág. 14.

571. Anguita, Eduardo y Cecchini, Daniel. «Partes médicos confusos y noticias falsas: cuando Lanusse creyó que a Perón "no le daba el cuero para volver"». Disponible en: <https://www.infobae.como/sociedad/2019/08/22/partes-medicos-confusos-y-noticias-falsas-cuando-lanusse-creyo-que-a-peron-no-le-daba-el-cuero-para-volver/>.

572. Goldar, Ernesto. Ob. cit., pág. 13.

573. Perón, Juan D. Mensaje del 7 de noviembre de 1972. Disponible en: <http://atlaslatinoamericano.unla.edu.ar/assets/pdf/tomo2/fuentes/cap2/10-msj-de-jd-peron.pdf>.

574. Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón*. Ob. cit., pág. 206.

575. Abal Medina, Juan Manuel. *Conocer a Perón*. Ob. cit., págs. 178-179.

576. Bernazza, Claudia. «Tesis de doctorado en Ciencias Sociales-FLACSO. La planificación gubernamental en la Argentina. Experiencias del período 1974-2000 como puntos de partida hacia un nuevo paradigma», pág. 112, 2007. Disponible en: <https://claudiabernazza.ar/textos/>.

577. Bernazza, Claudia. Ob. cit., pág. 22.

Capítulo 19

1° de julio de 1974

Residencia de Olivos. Ocho y media de la mañana. Ese día, el General se despertó una hora más tarde de lo acostumbrado. Los médicos habían recomendado reposo absoluto para evitar las alteraciones cardíacas. Cuanto más durmiera, mejor, le explicaron.

Estaba con buen ánimo y decidió levantarse a desayunar junto a su esposa. Después, se instaló en su reposera y miró por la ventana. Vio a las palomas que se juntaron en el *hall*, esperando las migas que solía tirarles cada día.

Lo llamó a Esquer, el jefe de su custodia, y le pidió que las alimentara, «sobre todo a las más golosas», le dijo.

Hacía dos días, desde el sábado 29 de junio, que había delegado la presidencia a Isabel, con el acta de traspaso:

> A los veintinueve días del mes de junio del año mil novecientos setenta y cuatro, siendo las 11 y 50 horas, me constituí yo, Escribano General del Gobierno de la Nación en la Residencia Presidencial de Olivos, Provincia de Buenos Aires, donde se encuentran presentes el Excelentísimo señor Presidente de la Nación Teniente General JUAN DOMINGO PERÓN, acompañado de la Excelentísima señora Vicepresidente de la Nación Doña MARÍA ESTELA MARTÍNEZ DE PERÓN y Ministros del Poder Ejecutivo Nacional. EN ESTE ESTADO el Excelentísimo señor Presidente de

la Nación MANIFIESTA: que para atender su salud, de acuerdo al consejo médico y para su restablecimiento, transmite en este acto, a la señora Vicepresidente de la Nación el ejercicio del Poder Ejecutivo, quien cumplida las formalidades de ley, la recibe de conformidad. Acto continuo firmaron para constancia de los Excelentísimos señores nombrados, señores Ministros presentes, Comandantes Generales de las Fuerzas Armadas, Presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación y Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, por ante mí, de que doy fe. (578)

El General firmó desde la cama, y es claro que no estaba toda esa gente presente. Sí el escribano, Isabel y López Rega. «Ahora llega el momento de demostrar que ese aprendizaje no fue tarea inútil ni desaprovechada», le dijo Perón a su mujer mientras la tomaba de la mano. Isabel le recordó que había despedido a sus dos anteriores esposas: «Te vas a acordar Perón de tu pálpito, cuando te despidas también de mí, que tengo mucha menos salud que vos», le mintió Isabel.

Al día siguiente, domingo 30 de junio, mandó a llamar al capellán del Regimiento de Granaderos a Caballo, padre Héctor Ponzo. «Yo mismo le administré la confesión y la comunión; y el lunes 1.°, aproximadamente a las diez y cuarto, le administré la Unción de los Enfermos, con su propio consentimiento y con muestras visibles de estar agradecido», aseguró el cura. (579)

Antes de eso, Perón pidió que convocaran a Gustavo Caraballo, el secretario técnico de la Presidencia. Le ordenó que estudiara la posibilidad de que, a su muerte, el poder pasara directamente a manos de Balbín, en presencia de Isabel y López Rega, quien protestó contra esa idea. El funcionario le señaló que existían enormes dificultades legales. Minutos después volvió a llamarlo y le dijo que abandonara el análisis de la cuestión. «Pero, de todos modos, nunca tomes una decisión sin consultar a Balbín», le pidió a su mujer. (580)

El último con quien conversó fue con el doctor Cossio. El médico le preguntó cómo había pasado la noche y le respondió: «Si no lo

mandé a llamar fue porque esta noche no fue peor que otras». Después, con su habitual sentido del humor, lo mandó a caminar por el jardín para que se le aliviara la lumbalgia: «Yo por lo menos ando derecho», bromeó.

Cuando Cossio estaba por salir de la habitación, Zulema, la mujer que lo cuidaba, la misma a la que le había dicho unos meses antes que soñaba con volver a la casa de Gaspar Campos para cuidar las plantas, gritó: «Doctor, el General se descompuso». Había sufrido un paro cardíaco. Lo reanimaron, pero al poco tiempo, la enfermera Norma Baylon lo escuchó decir: «Esto se acabó». (581)

Media docena de médicos del equipo del Hospital Italiano se arremolinaron a su alrededor, le hicieron un cateterismo, le inyectaron un diurético, le practicaron masajes cardíacos, respiración boca a boca, le aplicaron un desfibrilador. Lo recuperaban y lo perdían. En medio de las maniobras, el General tomó del brazo a uno de los médicos y le rogó: «Déjeme en paz, m´hijo. ¿No ve que todo es inútil?». (582)

---

578. Acta de traspaso del mando de J. D. Perón a María Estela Martínez de Perón. En el Museo Histórico Provincial Quinta 17 de Octubre, San Vicente. Provincia de Buenos Aires.

579. Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón*. Ob. cit., pág. 214.

580. Ob. cit., pág. 222.

581. Castrillón, Ernesto y Casabal Luis. «Los últimos días del General». «La muerte de Perón». Diario *La Nación*. ١٦/١١/٢٠٠٣.

582. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 203.

Capítulo 20

«Mi único heredero es el pueblo»

«No podremos evitar que el primer año se nos vaya en la lucha por el botín. Los viejos querrán desquitarse por lo del 55 y los muchachos por lo de ahora. Recién en el segundo año, cuando se calmen las aguas, hablaremos del nuevo Proyecto Nacional. Yo les dejaré los planos, pero la casa la tendrán que levantar ustedes. Así yo me jubilo».

JUAN D. PERÓN, 1972. (583)

En diciembre de 1972, Perón retornó al Paraguay después de diecisiete años. Esta vez llegaba victorioso, acompañado por Isabel y López Rega. Hasta allí lo siguió su delegado y ahora flamante candidato presidencial, Héctor Cámpora, que estaba muy conmovido con la noticia que, en secreto, le había confiado Juan Manuel Abal Medina antes de su partida. Tenía la difícil misión de reemplazar al General, que era a quien el pueblo quería votar, pero la dictadura lo impedía.

El mismo Cámpora relató cómo fue que le anunció la noticia: «El general Perón me invitó a cenar con su señora y me dijo que había tomado la decisión de que yo fuera el candidato del Frente Justicialista de Liberación. Recibí esta determinación como una

orden y a su cumplimiento dediqué la misma voluntad de peronista con que realicé otras, desde comisionado en San Andrés de Giles hasta Delegado de Perón». (584) De regreso a la Argentina, se reunió con el secretario general del movimiento, en el departamento de Solano Lima, y le contó sobre el ofrecimiento y que él le había manifestado que lo aceptaba por no haber otra posibilidad, pero al solo efecto de renunciar de inmediato, para que se realizara un proceso abierto.

Días después, Perón repitió ante Abal Medina las exactas palabras del candidato. Aseguró que le dijo: «Mi General, solo acepto porque hemos fracasado en el objetivo de limpiar esta elección, pero solo seré presidente para plantear de inmediato la inconstitucionalidad de la proscripción y renunciar para que puedan realizarse elecciones de verdad libres». (585)

En Asunción, Perón se entrevistó con el presidente Stroessner. Luego siguió hasta el Perú, donde se reunió con el mandatario Juan Velasco Alvarado. Después regresó a Madrid.

Mientras tanto, en la Argentina comenzaba la campaña electoral del FREJULI, bajo la consigna «Cámpora al gobierno, Perón al poder», que nació de la juventud, al igual que la denominación de «el Tío» para el candidato, por considerarlo como un hermano del General. La clave fundamental era ganar en primera vuelta para evitar el balotaje. Pero sin la candidatura del líder proscripto, había dudas de poder alcanzar el cincuenta por ciento de los votos.

Por esa razón pensaron en que sería favorable que Perón se acercara al territorio de la Argentina. No podía regresar porque el gobierno de Lanusse, en sus últimos estertores, había prohibido su ingreso al país antes de que asumiera el gobierno electo. (586) Con esa misión, el 1.° de marzo de 1973, Abal Medina viajó a Madrid.

«En Puerta de Hierro, me encontré con un Perón muy distinto al que había partido de Buenos Aires en diciembre. Estaba claramente desmejorado y tenía un hablar mucho menos vivaz. Me contó que

habían tenido que sacarle otros pólipos de la próstata y que esta vez había quedado muy dolorido e incómodo y muy dependiente de la medicación», relató. Después, recordó un comentario que lo sorprendió: «Por primera vez, tuvo una expresión favorable sobre López Rega, que recuerdo muy bien: "Qué suerte que tengo conmigo a este loco, que es capaz de no dormir para cuidarme"».

En ese viaje, Isabel y el mucamo y secretario personal de Perón lo fueron a recibir al aeropuerto de Barajas, y lo invitaron a almorzar. Durante la comida, López Rega le pidió que los ayudara a terminar con Cámpora porque los estaba traicionando. Ante el silencio de Isabel, le aseguró que creían que alrededor del candidato se había armado «un grupo extraño con su sobrino Mario, que solo piensa en negocios, y con Righi que es gorila». Y agregó: «¿Qué será de nosotros, que hemos hecho todo, si al General le pasara algo? Cámpora nos dejaría en la calle». (587) Se refería a Mario Cámpora, el sobrino diplomático, y a Esteban Righi, un joven abogado, que luego sería ministro del Interior, quienes formaban parte del equipo del candidato.

La conspiración en contra de Cámpora ya estaba en marcha. López Rega e Isabel veían con claridad el deterioro de la salud del líder. Según Miguel Bonasso, «Perón estaba condenado a muerte en un plazo que podía estirarse de uno a tres años», según una información obtenida por la Embajada Argentina en Madrid. El General padecía una avanzada arteriosclerosis y una pericarditis senil que preanunciaba futuros infartos. La enfermedad cardíaca había empezado a manifestarse a fines del año anterior con intensos dolores en la parte alta del estómago, que habían sido confundidos con una gastritis y tratados con antiácidos. Los recientes estudios médicos confirmaron que había tenido un infarto que Isabel y López Rega se ocuparon de ocultar. (588)

No estaba en condiciones de viajar, tal como le pedía Abal Medina. Dos meses antes, en diciembre, le había escrito: «¡Qué no

daría por tener ahora cincuenta años menos!». Perón le habló del «agravio de la vejez» y de la «intoxicación del organismo» que comenzaba a los cincuenta y cinco años, y le dijo que era muy optimista por el resultado de las elecciones del 11 de marzo. (589)

Pese a sus padecimientos físicos, su lucidez no parecía afectada. Durante más de diecisiete años había conducido la resistencia a miles de kilómetros y ahora se acercaba la concreción de acceder al gobierno. Y para eso, no solamente había alentado la lucha, sino también la formación de equipos técnicos. Hacía dos años que en el movimiento se venían integrando grupos para preparar las medidas de gobierno.

Perón quería repetir la experiencia de planificación de sus dos primeros mandatos porque: «El gobierno es para realizar, no para estudiar. Pero como no se puede hacer sin estudiar previamente, es preciso llegar al gobierno con todo estudiado y planificado. Lo contrario implica paralizar la acción mientras se estudia y esa inactividad aparente es una de las causas de la rápida pérdida de prestigio en el gobierno», sostuvo en una cinta grabada. (590)

Era preciso juntar «materia gris», y por eso, los tenientes primeros Julián Licastro y José Luis Fernández Valoni organizaron el Comando Tecnológico Peronista. El científico nuclear Juan Tomás D´Alessio conducía la Organización para el Encuadramiento de Profesionales Justicialistas. El físico y meteorólogo Rolando García, discípulo de Piaget y exdecano de la facultad de Ciencias Exactas de la UBA, estaba al frente del Consejo Tecnológico del Movimiento Nacional Justicialista que, a principios de 1972, formó cinco departamentos dedicados a estudiar la política interior y exterior, la defensa y la seguridad nacional, y los asuntos sociales y económicos. Más de un centenar de profesionales constituyeron el «núcleo duro de los equipos», y también se inauguraron delegaciones regionales en Rosario, Santa Fe, Córdoba, Mendoza, La Plata, Bahía Blanca y Mar del Plata. Además, la Rama Femenina, había constituido la

Comisión Asesora de Planificación, porque también las mujeres peronistas conformaron el suyo. Por su parte, Leopoldo Frenkel fue quien empezó la tarea y estaba al frente del Consejo de Planificación, acompañado por Eduardo Setti y Armando Blasco, entre muchos otros. (591)

Cuando Perón le encargó esta tarea, le dijo: «Vea, Frenkel, la verdad es que lo compadezco. Le tocará a usted "bailar con la más fea". No se desanime si al principio tropieza con dificultades. Sea paciente. La paciencia es una de las virtudes que más se deben cultivar en la política. El acopio de materia gris joven reviste para el justicialismo un rol de primer orden, porque de la preparación humana y técnica depende nuestro futuro. Toda revolución necesita de un predicador y de miles de realizadores. Contribuir a la formación de estos últimos debe ser su objetivo».

Luego, le recomendó: «No se circunscriba a los peronistas. Llame a todos los que, honesta y patrióticamente, puedan aportar sus conocimientos. No interesa en absoluto si son peronistas o no. Solo es importante que sean buenos argentinos. Después, póngase a trabajar que lo demás vendrá por añadidura. Hay que formar equipos aptos para gobernar y también hay que tener estudiados los grandes problemas de la Argentina». (592)

Durante el mes que el General permaneció en la Argentina, se reunió con los miembros del Consejo Superior del Movimiento y los representantes de los equipos técnicos. Una vez decidido el candidato, el mismo Cámpora le indicó a Frenkel que tomara contacto con la CGT y la CGE para elaborar el paquete de medidas socioeconómicas que se ejecutarían una vez en el gobierno. (593)

Otro de los sectores que también seguía con mucha atención era el de la juventud, sobre todo la que integraban las «formaciones especiales», que habían contribuido a su regreso presionando a la dictadura para que desempolvara las urnas, pero que ya no tenían razón de ser porque el objetivo estaba cumplido. En noviembre de

1972, en el tramo Roma-Dakar durante el vuelo de regreso al país, Perón invitó a conversar a Rodolfo Vittar, un militante que viajó en el chárter representando a la Juventud Peronista, y que un año antes se había entrevistado con él en Madrid, donde le entregó un informe sobre la participación de los universitarios en el Cordobazo. En aquella oportunidad lo había impulsado a que continuara con el hostigamiento en contra del régimen militar, incluso el ataque armado, y lo mandó a tomar contacto con Rodolfo Galimberti, secretario general de la JP. Pero, un año después, en el vuelo, le dijo que era hora de que comenzaran a bajar las armas y se encuadraran en el plan de pacificación. (594)

El General sabía que no sería fácil encauzarlos. «El problema de los muchachos es muy complicado y llevará tiempo solucionarlo, si es que se evita la guerra civil. En este momento estamos pensando en comenzar a promover la formación de nuevos cuadros sindicales. La juventud puede ser un factor de estabilización que colabore para ir poniendo las cosas en su lugar», le había dicho a Frenkel, responsable del Consejo de Planificación. (595)

El 11 de marzo de 1973 siguió las elecciones nacionales desde la quinta 17 de Octubre, las primeras que se realizaban en la Argentina desde el 7 de julio de 1963, y en las que compitieron nueve fórmulas. Había modernizado sus herramientas de comunicación porque la empresa Siemens fabricó un prototipo de telefax y se lo regaló, y también instaló otro en la sede de Oro y Santa Fe, donde funcionaba el búnker del FREJULI. Fue una larga vigilia para Perón, que recibía los télex que le iba pasando López Rega a medida que llegaban desde Buenos Aires. Consumió varios cafés y una media docena de cigarrillos. El corresponsal de la revista *Panorama*, Armando Puente, aseguró que se lo vio calmo, y «solo sus ojos reflejaban la satisfacción del estratega que ha ganado la batalla». (596)

El FREJULI se impuso por el 49,59 por ciento de los votos frente al 21,3 que obtuvo la UCR con la fórmula Balbín-Gamond. No alcanzó al cincuenta por ciento, pero le faltó muy poco y la diferencia con el segundo era abismal. Al día siguiente por la tarde, Balbín se comunicó por teléfono con Cámpora y, tras felicitarlo por ser «el hombre elegido por la democracia argentina», le anunció que su partido retiraría la fórmula de la segunda vuelta porque ante los resultados no tenía sentido competir. La abstención debía convalidarla el Comité Nacional de la UCR, donde tendría que vérselas con la juventud de su partido, liderada por el abogado Raúl Alfonsín y su naciente Movimiento de Renovación y Cambio integrado también por otros jóvenes como Leopoldo Moreau, Freddy Storani, Facundo Suárez Lastra y Luis «Changui» Cáceres, entre otros. Responsabilizaban a Balbín por la catástrofe electoral y pedían su cabeza. (597)

Cámpora era «el presidente virtualmente electo», como empezaron a nombrarlo en los diarios. Se desataba ahora la puja por ocupar los cargos en el nuevo gobierno.

A comienzos de mayo de 1973, después de un viaje a Madrid, José Ber Gelbard supo que sería el ministro de Economía. Había conocido a Perón durante su primera presidencia, cuando fundó la Confederación General Económica (CGE) en la que se integraron las pequeñas y medianas empresas, y era un militante del Partido Comunista Argentino del que llegó a manejar sus finanzas. Había nacido en Polonia, en el seno de una familia judía con la que arribó a la Argentina en la década del treinta. Es probable que al General le recordara a su ministro Miguel Miranda, el de su primera presidencia, porque Gelbard también había empezado desde abajo siendo vendedor ambulante de corbatas. Después llegó a empresario e igual que el otro, lideraba una organización que agrupaba a sus colegas.

Aceptada la propuesta, expresó su deseo de convocar a profesionales de los equipos técnicos del movimiento, y Perón lo aprobó. En una carta fechada el 20 de mayo de 1973, le escribió: «Ellos han actuado por orden mía desde hace ya dos años y tenga la seguridad que lo han hecho bien. En la preparación técnica del gobierno esta gente puede ser valiosísima si se atina a utilizarla oportunamente». (598)

Uno a uno se fueron eligiendo los ministros con diferentes criterios. Lo que cuesta entender es cómo fue que José López Rega terminó integrando el gabinete. Según Duilio Brunello, vicepresidente primero del partido, quien visitó la quinta 17 de Octubre por esos días, el General había dispuesto que fuera la CGT quien eligiera al ministro de Trabajo, y el ungido fue Ricardo Otero, un sindicalista de la UOM. Por su parte, Cámpora sugirió que la cartera de Bienestar Social fuera «responsabilidad de la señora de Perón» en su calidad de presidenta de la Rama Femenina. Pero Isabel, pocos días antes de la asunción del gobierno, declinó el ofrecimiento porque dijo que su tarea era «cuidar al General». Aseguró que la nominación surgió de una nota enviada desde Madrid por el periodista Sergio Villarruel en la que López Rega informaba que «estaba listo para viajar al país a fin de hacerse cargo del ministerio en Buenos Aires». Cuando llegó la noticia, se interpretó que era una decisión de Perón. Otra versión es que la designación pudo haber sido un gesto de Cámpora, que creyó que complacía a Perón. La verdad es que le complicó la vida. (599)

Lo cierto es que el General dispuso que Brunello fuera secretario general coordinador de ese ministerio, el segundo en jerarquía, quien tenía línea directa con el ministro de Economía, con Isabel y, en casos especiales, con el propio Perón. (600)

Meses después, con su salud quebrantada y ya siendo presidente, en la última carta que le escribió a su amigo Jorge Antonio, ironizó: «¡Qué bien estábamos en Madrid cuando

estábamos mal!», y agregó: «Yo tengo que unir a todos los argentinos, pero algunos insensatos no lo entienden y las ambiciones y puñeterías de los apresurados me llenan de amargura. […] López Rega, enloquecido, me crea toda clase de problemas, así le irá». (601)

Es verdad que Cámpora quería acercarse al General, quien cada vez se distanciaba más porque sospechaba de su relación con la juventud de la Tendencia que, por cierto, existía.

El 16 de abril, había participado de una reunión con los jefes de Montoneros, Mario Firmenich y Roberto Perdía. Se realizó en un departamento de Barrio Norte, la casa de Julieta Bullrich Luro Pueyrredón, la novia de Galimberti y la hermana de Patricia, una adolescente que militaba en la juventud de la Tendencia. El todavía secretario de la Juventud del Movimiento había promovido el encuentro. Como presidente electo, lo custodiaba un auto de seguridad dispuesto por Lanusse, por lo que debieron organizar una emboscada para desviarlo y de esa forma el vehículo de Cámpora pudo ingresar en el edificio sin ser advertido. La reunión era secreta entre un mandatario electo y un jefe guerrillero prófugo de la justicia por el asesinato de Aramburu. Ese día, los Montoneros entregaron una lista de trescientos nombres para que ocuparan distintos cargos, y le dijeron que ellos habían tenido un rol protagónico en la campaña y en el regreso de Perón.

Según Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, Cámpora les respondió que le parecía que se estaban sobrestimando y que el crecimiento masivo en la Juventud Peronista había sido por toda la Tendencia y no por ellos solos. De todas maneras, les dijo que le llevaría la propuesta a Perón. El otro tema fue la liberación de los presos políticos. «A nosotros nos importa un carajo que salgan por indulto o amnistía. Lo que nos importa es que salgan». La contestación fue: «Ese es un compromiso político que asumí y no lo voy a olvidar». (602)

Sin embargo, el dirigente montonero Roberto Perdía aseguró en su libro: «Si bien este breve período del Presidente Cámpora quedó inscripto en algunas memorias como una gestión identificada con nosotros, en verdad nuestra relación orgánica e institucional con el mismo, no fue tan estrecha como se cree. No había un solo ministro que perteneciera a nuestra organización. Sí es cierto que existía en el conjunto del gobierno un compromiso muy grande que nacía de los apoyos previos y del programa electoral, expresado en el discurso de asunción, con el que coincidíamos plenamente». (603)

Pero contaron con varios gobernadores cercanos a ellos: en la provincia de Buenos Aires, Oscar Bidegain; en Córdoba, Ricardo Obregón Cano y Atilio López, gobernador y vice respectivamente; en Mendoza, Alberto Martínez Baca; Miguel Ragone en Salta y Jorge Cepernic en Santa Cruz. Entre los ministros, el canciller Juan Carlos Puig y Jorge Taiana en Educación, igual que Rodolfo Puiggrós, el interventor de la Universidad de Buenos Aires (UBA). (604)

A los dos días de esta reunión, el 18 de abril, durante la presentación de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en el Sindicato del Calzado, Galimberti en su discurso sostuvo que el gobierno popular no podría «llevar adelante su programa de liberación nacional y social en el camino al socialismo si no tiene fuerzas que lo apoyen. Entre esas fuerzas, compañeros, es necesaria la existencia de aquello que ya intentó organizar la compañera Evita: ¡las milicias populares peronistas!», en alusión a la compra de armas que realizó la Fundación Eva Perón al príncipe Bernardo de Holanda en 1951, luego del fallido levantamiento del general Menéndez. (605)

Perón llamó a una reunión de urgencia a Madrid. Con mucho dolor, porque le tenía un gran aprecio, decidió destituirlo como secretario de la Juventud del Movimiento Peronista. «Rodolfo, con el afecto que siempre te he tenido, te pido que des un paso al costado», le ordenó y, al mismo tiempo, le encargó a Abal Medina

que evitara que los Montoneros lo encuadraran: «Usted no lo suelte a Rodolfo, no lo suelte», le dijo. (606)

Días antes se había reunido en Roma con la cúpula de Montoneros: Firmenich, Quieto y Perdía, quienes le entregaron la misma lista que le habían presentado a Cámpora. «Algunos eran vetos, otras proposiciones. Los primeros, en general, manifestaban la lucha interna con el aparato sindical que ya estaba en desarrollo. Las proposiciones eran de políticos o técnicos propios, amigos y aliados», escribió Perdía.

«Respecto a Montoneros —agregó— Perón no ocultaba su preocupación acerca de la necesaria reconversión de nuestra fuerza. […] En ese sentido destacó que los próximos cuatro años debíamos utilizarlos para aprender a gobernar y asegurar un eficaz trasvasamiento generacional en la conducción del movimiento y el país. Manifestó que asumía la responsabilidad de asegurar que, progresivamente, se nos fueran asignando crecientes responsabilidades».

Perdía aseguró que también les dijo cuáles eran las tareas de las que debían ocuparse. «Argumentó sobre la necesidad de avanzar en la organización popular y el rol que, para tal fin, podría cumplir la Fundación de Ayuda Social Eva Perón. Veía en las tareas de promoción social una manera eficaz para darle continuidad a nuestra organización». (607)

El General había sido muy claro: basta de armas, ocúpense de la tarea social, usen estos cuatro años para aprender a gobernar. Y también cumplió con su palabra: le pidió al gobernador Bidegain que designara en cargos importantes a compañeros de la JP porque quería hacer en esa provincia una experiencia piloto del trasvasamiento generacional. Manuel Urriza, ministro de gobierno de esa gestión, destacó que esa decisión demostró que no fue cierta «la acusación que se le ha solido hacer a Perón de que una vez regresado del exilio, le había dado la espalda a la JP, que en verdad

había ofrecido su lucha y muchos militantes su vida para posibilitar su retorno a la Argentina. La idea de integrar jóvenes peronistas en cargos destacados del gobierno era, de por sí, un justo reconocimiento por esa lucha, pero el haber elegido nada menos que la provincia de Buenos Aires para realizar la experiencia tenía un significado de nivel político y de confianza indudable». (608)

Finalmente, el 25 de mayo de 1973, a las ocho y cuarto de la mañana, Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima juraron ante la Asamblea Legislativa. El presidente pronunció un discurso que duró más de tres horas, en el que dijo: «Durante toda mi vida política, no he sido otra cosa más que un modesto soldado de la causa nacional y peronista» y afirmó que el movimiento político-social mayoritario y todas las fuerzas nacionales coincidían en el acuerdo para la reconstrucción nacional expresado en estos cinco puntos:

«Afirmación plena de los objetivos de liberación y reconstrucción como fundamento de nuestra participación impostergable en el proceso de integración latinoamericana; plena vigencia de las garantías y coincidencias suscritas espontáneamente en la Hora del Pueblo, el Frente Cívico de Liberación Nacional y en la Asamblea de la Unidad Nacional (se refería a la reunión en el restaurante Nino en noviembre del año anterior); acuerdo de una tregua política y social; compromiso de respetar la Constitución Nacional para que nunca más el orden jurídico argentino se vea sometido a hechos de fuerza; y la contribución de las Fuerzas Armadas en el proceso de reconstrucción nacional.» (609)

Por orden de Perón, Gelbard supervisó la arenga. «Con Antonio Cafiero corregimos el discurso elaborado por Cámpora para el 25 de Mayo. Nos lo pidió Gelbard a los dos porque Perón le indicó a Cámpora que lo sometiera al visto bueno de quien sería el ministro de Economía. Pues bien, el discurso era muy Tendencia: socialismo nacional, etc. Pero paradójicamente lo que recuerdo era una mirada muy agraria y poco industrial», aseguró Carlos Leyba, un demócrata

cristiano que fue subsecretario de Economía y redactor del Plan Trienal para la Reconstrucción y Liberación Nacional.

«Lo corregimos —agregó— con la factura del documento de base que fue el Acata de Compromiso (de diciembre de 1972). Ese documento eran las coincidencias programáticas que no firmó solamente el partido de (Álvaro) Alsogaray y la JP Tendencia que consideraba, como luego aclarara Firmenich, que se trataba de un programa enemigo. Es decir, las ideas de Cámpora no eran las ideas del Acta que el suscripto redactó personalmente en su totalidad y además transcribió a máquina esa noche». (610)

Según Abal Medina, Cámpora ocupó la mayor parte de sus horas anteriores ensayando el discurso que iba a pronunciar y no atendía sus advertencias respecto a los desórdenes que podían producirse durante el acto de asunción y la toma de dependencias públicas en cuanto comenzara su presidencia. Respecto a su discurso, observó que «omitió la que debió ser su principal referencia, que el proceso debía limpiarse para que el pueblo pudiera votar a su verdadero candidato, el General Perón». (611)

Y los desórdenes se produjeron. Durante dieciocho años se había luchado para que el peronismo volviera a gobernar. Claro que no pudieron elegir al presidente que deseaba la mayoría del pueblo. La plaza estaba colmada y era una fiesta. Era tanta la cantidad de gente, que las flamantes autoridades no pudieron desplazarse por las calles. Desde el Congreso debían recorrer unas quince cuadras, hasta la Casa de Gobierno, pero era imposible. Debieron ser conducidos en automóvil hasta el aeroparque, y desde allí en helicóptero. (612)

Mientras tanto, en la Plaza de Mayo, el pueblo cantaba: «Se van, se van, y nunca volverán», cuando los militares se retiraron de la Casa Rosada, y: «Qué lindo, qué lindo, qué lindo que va a ser, el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel». Pero también se escucharon disparos y hubo heridos de bala. (613)

Benito Llambí, que luego sería ministro del Interior de Perón, había sido designado por Cámpora como jefe de Ceremonial. Relató en sus *Memorias* que ese día se encontraba cumpliendo con sus tareas en el Palacio San Martín, sede de la cancillería, cuando se enteró que el presidente del Uruguay que había llegado para asistir a la asunción, decidió regresar sin participar del acto porque uno de los autos de su comitiva «había sido interceptado por un grupo de personas y había sido objeto de todo tipo de manifestaciones hostiles, que llegaron al límite de la agresión personal».

Añadió que se comunicó con el presidente: «Le comenté que era necesario reencauzar de inmediato las cosas, que amenazaban desbordarse. Cámpora recurrió a su estilo campechano y eligió el tono "tranquilizador": "Son cosas de muchachos. No le dé otra importancia que la que tiene. En unos días se reordena todo". Me parece que usted no entiende lo que está pasando. Si el presidente del Uruguay se va en medio de las ceremonias, la Argentina va a hacer un papelón internacional, y usted será el principal responsable», le respondió Llambí. Finalmente, el mandatario uruguayo llegó al traspaso del mando, igual que los presidentes de Cuba y de Chile, Osvaldo Dorticós Torrado y Salvador Allende, quienes, además, firmaron el acta. (614)

Después, el flamante presidente tomó juramento a los ministros: en la cartera de Interior, Esteban Righi; en Relaciones Exteriores y Culto, Juan Carlos Puig; en Hacienda y Finanzas, José Ber Gelbard; en Trabajo, Ricardo Otero; en Cultura y Educación, Jorge Taiana; en Defensa, Ángel Robledo; en Bienestar Social, José López Rega; y en Justicia, Antonio Benítez. (615)

Desde Madrid, como siempre, Perón estaba informado al detalle y por teléfono le reclamaba a los gritos a Abal Medina: «Hubo que suspender el desfile, escupieron e insultaron a las tropas. […] Esto es un desastre. Dígale a Cámpora que me llame de inmediato», pero después se rectificó: «No, doctor, espere, espere. Mejor deje eso y

ocúpese de la cárcel de Devoto, que me dicen que ya está tomada por el ERP. A los presos los liberamos nosotros, que eso quede claro». Y cuando le preguntó si lo hacía sin esperar la amnistía, el General respondió: «Libérelos de una vez. A todos. No podemos hacer otra cosa». (616)

Así se hizo, trescientos setenta y un presos quedaron en libertad en diversas cárceles de todo el país. A la medianoche, cuando habían salido todos, el presidente firmó el decreto de indulto y recién al día siguiente el Congreso lo convirtió en ley. (617)

El gobierno de Cámpora empezaba con desorden, condición inadmisible para Perón. Y los días que siguieron fueron peores. Las tomas en las dependencias públicas se sucedían. Se ocupaban canales de televisión, radios, fábricas, hospitales. Perdía lo explicó: «El argumento que se esgrimía fue la necesidad de separar a los funcionarios designados por la dictadura. Además de este argumento, que era cierto en la mayor parte de los casos, existía otra disputa: nosotros, el sindicalismo y el Comando de Organización compitiendo por espacios de poder». (618)

Se estaba cumpliendo lo que el General había previsto un año antes cuando vaticinó: «No podremos evitar que el primer año se nos vaya en la lucha por el botín. Los viejos querrán desquitarse por lo del 55 y los muchachos por lo de ahora. Recién en el segundo año, cuando se calmen las aguas, hablaremos del nuevo Proyecto Nacional. Yo les dejaré los planos, pero la casa la tendrán que levantar ustedes. Así yo me jubilo». (619) Pero era claro que no podía jubilarse. Debía acelerar el regreso para poner un freno antes de que la situación se desbordara.

«Cámpora nos hizo muy difícil todo. Me tocaba a mí el llevar los decretos a la firma del Presidente en la Casa Rosada. Pasé horas humillantes día tras día para que reciban la documentación que enviaba el ministro. Como "petiso de los mandados" debo decirle que "los Cámpora" nos ponían trabas. Entiendo lo emocional: que un

ajeno al peronismo como Gelbard sea elegido por Perón como ministro y además le corrija el discurso, es algo insoportable para cualquier persona que se encontró con una designación realmente inesperada». (620)

Pese a todo, el ministro Gelbard puso en marcha las medidas que habían acordado. El 30 de mayo de 1973, la CGT, la CGE y el gobierno nacional firmaron el «Acta de compromiso nacional entre los representantes del sector laboral, empresarial y estatal», más conocido como el «Pacto Social». Con las firmas de José Rucci por los trabajadores, Julio Broner por los empresarios y Gelbard por el gobierno, se acordó otorgar un aumento salarial de doscientos pesos nuevos, entre un diez y un veinte por ciento para la mayoría de los trabajadores, y se suspendieron las paritarias por dos años. Se congelaron los precios de medicamentos y de dieciocho alimentos. Se logró rebajar y poner precio máximo a la carne. Además, se nacionalizaron los depósitos bancarios, se ampliaron las tareas de la Junta Nacional de Granos y la de Carnes para controlar el comercio exterior, y se envió al Congreso una ley para poner un impuesto a la renta de la tierra con la intención de exigir mayor productividad.

La suspensión de las negociaciones colectivas y el congelamiento de salarios preocuparon a los sindicatos. Según Carlos Leyba, cuando Rucci puso su rúbrica, dijo: «Estoy firmando mi sentencia de muerte». (621)

Por su parte, los empresarios quedaron conformes. «El Pacto Social parece lo bastante razonable como para encontrar la adhesión de las entidades empresarias que podrían hallar en sus lineamientos por lo menos un modo de convivencia dentro de la tregua», opinó el diario *La Nación*. (622) Los Montoneros, en cambio, lo rechazaron: «… en los términos que viene siendo concebido, pero no en contra de una alianza de clases», declaró Firmenich. El ERP directamente lo condenó. (623) Entonces Perón sostuvo:

> Este tipo de acuerdos debe estar negociado de modo tal que se transforme también en un pacto político de coincidencias mínimas. Para llegar a este entendimiento, se torna indispensable que lo dirija un mediador reconocido por su conducta y su valor político. La dirección de este emprendimiento conjunto, en el que obreros y empresarios coinciden en un programa común que respete los intereses de ambos, debe otorgársele a quien sea reconocido por ambos sectores como un mediador, capaz de conciliar las diferencias y exaltar como virtudes las coincidencias. […] El gobierno estaba representado por mi persona, pero los otros sectores tendrían que crear organismos idóneos de discusión. (624)

Era claro que debía regresar, pero su salud otra vez le jugaba una mala pasada. Había vuelto a orinar con sangre. Decidió viajar a Barcelona para consultar al doctor Puigvert. Fue el 7 de junio de 1973. El médico relató que le hizo una cistoscopia. «En esa ocasión —aseguró— quedé perplejo, porque había una verdadera siembra de papilomas. Lo menos siete y ocho. Me impresionó por cuanto constituía una recidiva de malignidad desagradable. No obstante, se pudieron coagular todos. La operación se desarrolló tan bien, que lo dejé sin sonda en la vejiga porque orinaba bien. Esta circunstancia dio lugar a que hubiera una hemorragia esa noche que dio mucha guerra y por lo que tuve que hacerle varios lavados vesicales. La situación se superó, aunque en lugar de un día debió quedarse aquí tres, en observación. Regresó a Madrid con la lógica incomodidad de este tipo de cirugía endoscópica pero nada más».

Faltaban diez días para el retorno definitivo a la Argentina. Respecto a su ánimo, el médico dijo que lo había impresionado «su estado de conciencia ante los compromisos que lo empujaban. Él no tenía deseos de asumir nuevas responsabilidades, no era ya hombre de ambiciones personales. Pero lanzado por sus partidarios, por sus muchachos, por los otros, sentía que debía tomar un lugar de lucha en su país. Él en Puerta de Hierro estaba bien. Tenía pocas preocupaciones, se lo pasaba leyendo o estudiando». También recordó que se quejó de un dolor en la región precordial, en la zona

del semitórax izquierdo y que le recomendó que era conveniente «que le echaran un vistazo a su corazón y a su pulmón».

Por último, mencionó lo que el General le había dicho antes de despedirse: «Mire, Puigvert. En estos años he estudiado mucho, he revisado mucho y me he dado cuenta de los errores que cometí en mi primer período. Errores que voy a hacer lo posible para no repetir. Como yo ya tengo conciencia de lo que es gobernar, no volveré a caer en ellos». (625)

El presidente Cámpora viajó a Madrid para acompañarlo en el regreso. El encuentro no fue afortunado. Varios testimonios indican que parecía haber cambiado de idea respecto de abandonar el gobierno para que Perón pudiera ser elegido.

Benito Llambí recordó una conversación sobre el regreso del General, a bordo de un automóvil saliendo de Campo de Mayo. «En tono casual, como quien no otorga a sus palabras una excesiva importancia, Cámpora me comentó: "Este clima no le va a hacer bien a Perón. No creo que se vuelva a adaptar ni que realmente quiera permanecer acá. Usted ya lo va a ver. Va a venir, va a estar un tiempo, y luego retornará a España. Y después ya no va a volver"». (626)

Abal Medina tuvo la misma impresión cuando le dijo que al asumir la presidencia debía dejar en claro que se retiraría para que el pueblo pudiera elegir al General. Además, no había hablado con su equipo sobre el tema. El ministro del Interior, Esteban Righi, le aseguró que Cámpora «nunca le había dicho que fueran a ser un gobierno provisorio. […] Que si el General quería ser presidente tenía que decirlo con claridad» y que «era público que el General no estaba en condiciones de salud para ser presidente». (627) Y más de cuarenta años después, en 2016, el exfuncionario siguió insistiendo en una entrevista con lo mismo: «Si tengo que estar a lo que le dijo a Cámpora, Perón no quería ser presidente. Pero dicho "a lo Perón", que era un gran ambiguo. A cada uno le decía una cosa

distinta». Agregó que «la renuncia no estaba pactada», y que en cambio: «Perón la tenía en la mente desde el principio, porque siempre quiso ser presidente. O bien la adquirió por influencia de su núcleo más íntimo, o por cómo se fueron dando los hechos. […] No tengo la experiencia del "Perón seductor", sino la del Perón mañero, complicado. Lo que le reclamábamos era que fuera claro. Que dijera: "Acepto ser presidente"». (628) Los colaboradores de Cámpora no querían al General y viceversa.

En Madrid, Perón lo recibió con frialdad y evitó cualquier diálogo con él. No asistió a las veladas que el gobierno español le ofreció al presidente argentino, alojado en el Palacio de la Moncloa. Según Benito Llambí, quien fue testigo como parte de la comitiva, el General invitó a un almuerzo en Puerta de Hierro en el que: «… Era ostensible la manera en que ignoraba a Cámpora. En numerosas oportunidades este hizo intentos para introducirse en la conversación, sin que Perón se diera por enterado. […] Después del café, me levanté dos o tres veces para saludar y retirarnos, ya que mi intención era dejarlos a solas, y en todos los casos Perón nos retuvo. Finalmente, dirigiéndose a Cámpora le agradeció la visita y lo invitó a acompañarlo a la puerta. Allí lo despedimos. Había transcurrido toda la mañana y el almuerzo sin que Cámpora pudiera hablar con Perón. […] La realidad era que la suerte de Cámpora ya estaba echada». (629)

El 20 de junio de 1973 se embarcaron en un *jet* de Aerolíneas Argentinas que debía aterrizar a las tres de la tarde en el Aeropuerto de Ezeiza. Durante el viaje, Perón se sintió mal, y según dijo en un reportaje el doctor Pedro Cossio, se quejó de un intenso dolor en la parte alta del abdomen. «En España se le había detectado una deformación del bulbo duodenal con diagnóstico de dispepsia gastroduodenal cicatrizada. Para combatir el dolor, el expresidente ingería unas pastillas de alcalino que siempre llevaba en el bolsillo. Pero esa noche las pastillas no le calmaban el pertinaz dolor».

Además, el médico agregó: «Tumbado en su asiento, Perón se quejaba de un dolor intensísimo que produjo honda preocupación entre los altos funcionarios que participaban del vuelo. Hubo un profundo desconcierto, e incluso se barajó la posibilidad de desviar el avión hacia el aeropuerto más cercano». Aseguró que Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados, le acercó un vaso de *whisky* que Perón bebió y se repuso.

Cuando se le preguntó a Cossio qué era lo que había sucedido, respondió: «El General habría hecho aquella tarde una angina de pecho, patología que suele preceder al infarto. Muy pocas personas realmente se enteraron de que Perón estuvo a un paso de morir en ese vuelo». (630)

El avión fue desviado a la Base Aérea de Morón, pero no por su salud. Es que en Ezeiza, en torno al palco que se había levantado para que le hablara al pueblo, sus partidarios se estaban matando. De un lado peleaban los muchachos de la derecha peronista, en la que se encolumnaba la mayor parte del sindicalismo y cuyo máximo exponente en el gobierno era el antiguo mucamo y ahora ministro, López Rega, quien había insistido en que el teniente coronel (RE) Jorge Osinde, secretario de Deportes de su cartera, se hiciera cargo de la seguridad. Del otro, respondían los muchachos de la izquierda que habían tomado como referente al «tío Cámpora». Y se mataban para tratar de demostrarle a Perón que unos tenían mayor poder de convocatoria que los otros. El saldo fue de trece muertos y trescientos sesenta y cinco heridos. (631)

Cuando descendieron en Morón, fueron recibidos por el vicepresidente Solano Lima y los ministros del gabinete nacional. Pasaron a una sala donde se le explicó al General lo que sucedía. «Sin disimular para nada su fastidio, hizo responsable de toda la situación al ministro del Interior, Esteban Righi, a quien retó en términos durísimos delante de todo el mundo», relató Llambí. (632)

Esa noche, visiblemente contrariado, Perón e Isabel se alojaron en la residencia de Olivos «por cuestiones de seguridad». Al otro día partieron hacia la casa de la calle Gaspar Campos en Vicente López. A las once de la mañana, el General se reunió con Cámpora y los ministros Gelbard, Benítez, Otero, López Rega y Taiana. Estaba nervioso y de mal humor: «El estado no puede permitir que los edificios y bienes privados sean ocupados o depredados por turbas anónimas, pero menos aún puede tolerar la ocupación de sus propias instalaciones. Para eso está la policía y si no es suficiente debe echarse mano de las Fuerzas Armadas y tomar a los intrusos: a la comisaría o a la cárcel. Para salvar a la Nación hay que estar dispuesto a sacrificar y quemar a sus propios hijos», dijo en una clara alusión al equipo del presidente donde revistaban el sobrino, el hijo y sus amigos. (633)

Por la noche, dirigió un mensaje al pueblo, que fue transmitido por radio y televisión: «Al hablar a los argentinos lo hago con el alma a flor de labio y deseo que me escuchen también con el mismo estado de ánimo. Llego casi desencarnado. Nada puede perturbar mi espíritu porque retorno sin rencores ni pasiones, como no sea la pasión que animó toda mi vida: servir lealmente a la Patria. Y solo pido a los argentinos que tengan fe en el Gobierno Justicialista porque ese ha de ser el punto de partida para la larga marcha que iniciamos. Tal vez la iniciación de nuestra acción pueda parecer indecisa o imprecisa, pero hay que tener en cuenta las circunstancias en las que la iniciamos», comenzó su discurso aludiendo a las tomas y demás desórdenes.

Después, explicó la gravedad de la situación del país, recordó a La Hora del Pueblo, el FRECILINA y el FREJULI, convocó a la reconstrucción nacional, llamó a los peronistas a retornar a la conducción del movimiento y definió: «Nosotros somos justicialistas. Levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. […] No hay nuevos rótulos que califiquen

a nuestra doctrina ni a nuestra ideología: Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando la vida por Perón como se hace Patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos». El socialismo nacional había quedado atrás.

Y lanzó la advertencia: «Los que ingenuamente piensan que pueden copar a nuestro Movimiento y tomar el poder que el pueblo ha reconquistado, se equivocan. Ninguna simulación o encubrimiento, por ingeniosos que sean, podrán engañar a un pueblo que ha sufrido lo que el nuestro y que está animado por una firme voluntad de vencer. Por eso, deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales, que por ese camino van mal. Así, aconsejo a todos ellos tomar el único camino genuinamente nacional: cumplir con nuestro deber de argentinos sin dobleces ni designios inconfesables».

Por último, expresó: «En el final de este camino está la Argentina Potencia, plena de prosperidad, con habitantes que puedan gozar del más alto estándar de vida, que la tenemos en germen y que solo debemos realizarla. Y quiero ofrecer mis últimos años de vida en un logro que es toda mi ambición; solo necesito que los argentinos lo crean y me ayuden a cumplirla». (634)

Cinco días después, en la madrugada del 26 de junio, se despertó con un dolor tan fuerte en el pecho que necesitó abrir la ventana para poder respirar. Demoraron en llamar al doctor Taiana. «Llegué a las nueve de la mañana. Perón estaba sentado en el *living*, frente al gran ventanal. Pálido, la piel húmeda, desencajado. Pulso regular pero blando. Dolor epigástrico, propagado a la región esternal, hasta la base del cuello y la axila derecha». El diagnóstico fue isquemia coronaria de la cara diafragmática del corazón. El cardiólogo Pedro Cossio coincidió con el diagnóstico, luego confirmado por un electrocardiograma. Ese mismo día fue puesto en reposo riguroso y en tratamiento. Propusieron, además, disponer de una guardia médica en el domicilio, pero López Rega se opuso e

Isabel asumió el compromiso de administrarle los medicamentos. (635)

Después de veinticuatro horas de descanso, otra vez tuvo dolor precordial. Los médicos decidieron ampliar la historia clínica. Taiana y Cossio hablaron con Perón, Isabel y López Rega, y recién ahí los informaron de que había tenido un infarto cardíaco en España el año anterior o, quizás, en 1971. Otra vez los médicos recomendaron instalar una guardia, y una vez más fueron rechazados. Isabel y López Rega decidieron, en cambio, arremeter en contra de Cámpora. (636)

Una semana más tarde, el presidente convocó a una reunión de gabinete a la que se sumaron Isabel, Solano Lima, y Lastiri. En su calidad de ministro, Jorge Taiana participó y fue testigo del planteo de la señora de Perón: «Si estos disturbios prosiguen no estamos dispuestos a tolerarlos. El General y nosotros también, después de tantos años, hemos venido a la Argentina, como él mismo lo dijo, a reunir a todos los argentinos. Y si esta situación prosigue, doctor Cámpora, y no se le puede poner remedio, yo me lo llevo a Madrid». (637) Habló en plural. Ese «y nosotros también» es claro que se refería también a López Rega. Luego, sorprende el «yo me lo llevo a Madrid», como si Perón fuera un objeto de su propiedad.

Lo cierto es que Cámpora, pese a sus deseos, no tuvo otra salida más que poner su renuncia a disposición. Perón estaba convaleciente y continuaba con el reposo absoluto. Aun así, forzaron la resolución y decidieron comunicársela.

Abal Medina aseguró con respecto a los manejos de López Rega contra Cámpora: «No parece haber habido inicialmente una motivación ideológica, sino exclusivamente personal, en su deseo de debilitarlo. Su plan fue siempre llegar a que el General fuera presidente y la señora, vice. Cuando la salud de Perón se deterioró a partir de febrero, temió que el tiempo no le alcanzara y quería quemar etapas». (638)

Carlos «Chango» Funes coincidió con esta apreciación. Relató que, a fines de septiembre de 1972, estando en Madrid, López Rega lo llamó por teléfono para invitarlo a almorzar y le aclaró que se trataba de un asunto personal. «Durante dos horas, el secretario personal me habló de la preocupación por el futuro del General y de su esposa Isabel; de las horas difíciles que habían vivido en el exilio —muchas de las cuales él había compartido— y de la necesidad de una reparación moral y material. El futuro ministro de Bienestar Social me aseguró que su deseo personal era cumplir esta misión y luego refugiarse en una playa de Brasil donde me comentó que tenía muy buenos amigos». (639)

Y ahora que era ministro, había pasado a la acción, y otra vez Taiana fue testigo. Terminada la reunión de gabinete, aseguró que subieron a la habitación donde el General descansaba. «Escuchaba inmóvil, fija la mecedora, pétreo, impenetrable, clavados los ojos en el presidente Cámpora. "Bueno, habría que pensarlo", dijo. Pero López Rega exclamó: "No hay nada que pensar, General, para qué se van a demorar las cosas". Entonces preguntó: "¿Y los militares?", y le respondieron: "No hay ninguna preocupación". "Bien", concluyó Perón».

Taiana recordó: «Se puso de pie, abrazó a Cámpora, todos abrazamos a Perón. Unas lágrimas se deslizaron por las mejillas del General. Isabel con afecto, lo estrechó y le dijo: "Vamos, Perón". Lo acostamos. Le tomamos el pulso, la presión, le proporcionamos un medicamento en los minutos más importantes de los últimos años. De allí, Perón a la Presidencia». (640)

Un día antes de presentar la renuncia, Cámpora le entregó los decretos 503 y 504, por los que se le restituyeron el uso del grado militar y el uniforme de teniente general.

El 13 de julio de 1974, acompañado por el vicepresidente, dimitió ante la Asamblea Legislativa. Su gobierno había durante apenas cuarenta y nueve días. Asumió la presidencia en forma interina Raúl

Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados, cuando le correspondía a Alejandro Díaz Bialet, titular del Senado, a quien enviaron en una extraña misión plenipotenciaria para sacarlo del medio porque era amigo de Cámpora y desconfiaban de él. En cambio, Lastiri, además de presidir la Cámara de Diputados, era el yerno de López Rega. Por su parte, Solano Lima fue designado secretario general de la Presidencia, el único ministro que fue reemplazado fue Righi por Benito Llambí en Interior, y el canciller Puig por Alberto Vignes. (641)

Al ahora exmandatario lo enviaron a la Embajada de México, para alejarlo lo máximo posible. La juventud de la Tendencia y de Montoneros proponían su nombre para acompañar a Perón en la fórmula, pero no era lo que él quería. El General soñaba con que Balbín fuera su vicepresidente. Se reunieron varias veces, y a la salida de uno de esos encuentros, el dirigente radical declaró a la prensa que habían llegado a «coincidencias totales con Perón respecto al país y sus necesidades, así como también sobre el esfuerzo común que a criterio de ambos debe efectuarse para superar la crisis». (642)

Pero no solamente en el peronismo había actitudes cerradas. Para aceptar esa candidatura, Balbín otra vez necesitaba los dos tercios de los votos de la Convención Nacional de la UCR, y no era posible. Debía vencer la resistencia del sector de Alfonsín, y también de dirigentes como Illia. Lo viejos y los jóvenes radicales no lo aceptaban. (643)

Se perdió una oportunidad histórica para establecer un gobierno de real concordancia nacional. Entre ambos reunían el ochenta por ciento de la aprobación del electorado y, tal vez, como reflexionó Llambí, se habría evitado luego el golpe de Estado de 1976. (644)

Fue ese dirigente quien aseguró que el General se opuso a que Isabel lo acompañara en la fórmula. El mismo Llambí, quien asistió a una reunión en Gaspar Campos organizada por López Rega para

forzar esa candidatura, contó que Perón «golpeó la mesa con el puño mientras decía enfáticamente: "¡No estoy de acuerdo! ¡Por dos razones! ¡No podemos cometer el mismo error del 51! Además, no tengo salud y está dentro de lo posible que no termine mi propio período presidencial y en esas condiciones no quiero dejar a Isabel expuesta a semejante situación". Después planteó que era necesario ver cómo evolucionaba la situación en el seno del radicalismo y se levantó. De inmediato se terminó la reunión». (645)

El 4 de agosto se reunió el Congreso del Partido Justicialista para definir las candidaturas. Perón no concurrió, en cambio su esposa asistió. «Fue Norma Kennedy mandada por López Rega quien se encargó de proponer el nombre de Isabel. Aferrando un micrófono que nadie le había cedido y en momentos en que el congreso deliberaba sobre el primer término de la fórmula partidaria, tal como lo establece su carta orgánica, la Kennedy propuso, con gritos estentóreos el nombre de María Estela Martínez para el segundo término de la fórmula. Muchos levantaban la mano en señal de aprobación. Otros la vivaron. Los viejos peronistas, que querían Perón-Balbín se acurrucaron en los asientos de terciopelo del Cervantes», recordó Oscar Albrieu, quien había sido ministro del Interior del segundo gobierno peronista. (646) Cuando reclamaron la presencia de Perón, Isabel explicó que debido a su estado de salud, él le había delegado su representación. Finalmente, se pasó a un cuarto intermedio y ella aseguró que le llevaría todas las inquietudes.

Al revés de lo que sucedía en la UCR, en el peronismo los viejos y los jóvenes coincidían en la figura del radical. La Tendencia prefería a Cámpora, pero si no era posible, admitían a Balbín. Las otras fuerzas que integraban el FREJULI parecieron apelar al humor. Jorge Abelardo Ramos del FIP declaró: «Nosotros vamos a votar a Perón aunque vaya con Drácula en la fórmula». (647) Distintos testigos aseguraron que el secretario de la CGT, José Rucci, dijo: «General, si

usted quiere que votemos a una escoba, votamos una escoba». (648)

Cuando al día siguiente un periodista le preguntó sobre la candidatura de su mujer, Perón respondió: «Es una decisión del congreso peronista que veo natural. Si acepta o no es una cuestión de la señora no mía. Yo tengo muchos años y la experiencia me indica que no debo meter los dedos en el ventilador». (649) Una semana después, seguía esperando que Balbín aceptara. Finalmente, el 18 de agosto, se retomó el congreso partidario en el teatro Cervantes, en el mismo lugar donde se había lanzado el Partido Peronista Femenino en 1949, e Isabel accedió a la candidatura a la vicepresidencia que se le había negado a Evita veinticuatro años antes.

Perón estaba contrariado. Antes de iniciar su discurso, leyó un parte médico firmado por los doctores Cossio y Taiana que decía: «Consultados sobre la salud del teniente general Juan Domingo Perón y su capacidad para asumir la primera magistratura del país, declaramos: 1.° Perón se encuentra restablecido de la afección comprobada el 16 de junio del corriente año; 2.° Que la actividad futura debe contemplar y ajustarse a la situación física vinculada a la edad y de la afección física padecida». (650)

Después, tras referirse a los lineamientos generales de su programa de gobierno, hizo una advertencia: «Nosotros no tenemos temor a lo que debemos hacer: lo haremos. Pero lo haremos de la mejor manera. No por apresurarnos empecemos a hacer macanas desde el primer día; macanas de las que después tendríamos que arrepentirnos y macanas que cada uno de los argentinos pagará de una manera o de otra, aunque sea cometida por nosotros. Tenemos dieciocho años de experiencia para ver lo que resultan después las macanas para el pueblo. ¡No las volvamos a cometer!», dijo en alusión al gobierno de Cámpora.

Pero ese día habían cometido una macana y Perón lo sabía. Solano Lima aseguró después lo que dijo respecto a la actitud de Isabel de aceptar la postulación: «¡Pobre de ella! Estimo que mi mujer ha cometido una imprudencia, o le han hecho cometer una imprudencia. Mientras yo viva, el papel de cualquier vicepresidente resulta aleatorio. Pero en este caso concreto, yo puedo desaparecer, o disponerme a viajar fuera del país por razones de salud, según está previsto; sin que descartemos la posibilidad de una renuncia, y es entonces cuando esta chica se las verá negras, hipotecando bastante su futuro sin necesidad alguna». (651)

Pero, además, se había cerrado de mal forma el final con el que el General soñaba después de la Asamblea de la Conciliación Nacional de 1972. De todas maneras, estaba decidido a gobernar de acuerdo con esos principios.

No hizo campaña porque no estaba en condiciones de emprender viajes. Isabel realizó una gira por varias provincias. En cambio, participó de actos, algunos agotadores como el desfile que organizó la CGT el 31 de agosto y al que se sumó la juventud de la Tendencia para demostrar que tenía mayor capacidad de movilización que los sindicatos.

El dirigente montonero Roberto Perdía publicó en su libro las horas y minutos que le llevó a cada sector pasar por delante del palco de la calle Azopardo. Los gremios tardaron dos horas y treinta y ocho minutos. La Tendencia perdió por trescientos sesenta segundos. El acto duró siete horas y media. Durante todo ese tiempo obligaron a Perón, todavía convaleciente, a permanecer de pie, con intervalos de descanso inevitables. (652) En vano el General había leído en el congreso partidario el parte de los médicos que indicaba que sus actividades debían adecuarse a su edad y a su estado de salud.

El cierre fue por televisión. En su discurso, tras mencionar el golpe de Estado que había derrocado al gobierno de Allende en Chile

una semana antes, explicó:

> El nuevo gobierno ha de encarar soluciones en una situación de verdadera emergencia nacional, que obliga lógicamente al ejercicio de un gobierno también de emergencia, en el que será preciso comenzar por la normalización del Estado, gravemente descompuesto en sus instituciones fundamentales. En el futuro la lucha deberá ser reemplazada por una efectiva y racional colaboración de todos los argentinos, si es que realmente queremos alcanzar las soluciones que están en todas las bocas, aunque no sé si en todos los corazones. Así como cada argentino tiene el derecho de vivir en seguridad y pacíficamente, y el gobierno tiene el irrenunciable deber de asegurarlo no es menos cierto que la ciudadanía ha de cooperar para que tales circunstancias puedan cumplirse en orden y tranquilidad.

Después repitió lo que desde su regreso había advertido a la juventud de las «formaciones especiales»: «Por eso, ni es concebible ni puede aceptarse como natural la existencia de fuerzas organizadas para imponer designios de sectores extraños por medios violentos, mientras el resto de la ciudadanía desarmada debe asistir inerme al atropello y al delito. En tales casos no puede esperarse de la acción gubernamental sino la imposición de la ley por el medio que sea. De ello se infiere que tales organizaciones han de colocarse cuanto antes dentro de la ley o han de ser sometidas aunque sea por la fuerza, como deber ineludible del gobierno». Otra vez fue muy claro.

Por último, deseó: «Cualquiera sea el gobierno que salga de las urnas, nos pongamos todos en la tesitura de apoyarlo y ayudarlo, en la convicción más absoluta de que con ello nos estaremos ayudando todos. Si el triunfo fuera del Frente Justicialista de Liberación, como espero, hemos de pedir a todos los dirigentes políticos argentinos una cooperación activa y fehaciente que nos permita sentirnos compañeros de ruta y de fatiga en defensa del bien común de nuestra Patria». (653)

El 23 de septiembre de 1973 se realizaron las elecciones presidenciales. La fórmula Perón-Perón obtuvo el 61,85 por ciento de los votos, seguida por la UCR con Balbín al frente que sumó el 24,42

por ciento. Entre ambos alcanzaron el 86,7 del total de los sufragios emitidos.

El resultado fue abrumador, un plebiscito. Nunca más en la historia argentina volvió a repetirse semejante apoyo a un presidente. Sin embargo, dos días después, el secretario general de la CGT José Rucci fue asesinado. En principio nadie se hizo cargo de esa muerte, pero después se supo que habían sido los Montoneros, los mismos que en sus actos cantaban: «Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor», en alusión al sindicalista de la UOM ultimado cuatro años antes.

«Me mataron a mí… Peor, mataron a mi hijo. Son unos criminales, unos criminales», se lamentó con Abal Medina que corrió a verlo en la casa de Gaspar Campos. El exsecretario general del movimiento había compartido con Rucci las peripecias de su regreso y sabía cuánto lo quería el General. «Sobre Perón, el asesinato tuvo un efecto demoledor, y no dudo en afirmar que colaboró con el deterioro de su salud. Fue mi impresión desde el mismo momento en que lo vi, y me lo corroboró en esos días el doctor Jorge Taiana», escribió en su libro. (654)

Además, le habían demolido una de las columnas en las que se apoyaba el Pacto Social que tanto había costado conseguir. Desde esta muerte, la relación de Perón con la juventud de la Tendencia no tuvo retorno.

«Creo que es imposible que estos locos se alineen. Así que hay que extirparlos del movimiento y eso es lo que voy a hacer», le dijo Perón al exsecretario general del movimiento. El 26 de septiembre convocó a una reunión del Consejo Provisorio del partido y ordenó combatir el desviacionismo ideológico con este argumento: «El asesinato de Rucci es un ataque alevoso al peronismo y al país todo. Es necesario trabajar en todas las organizaciones del movimiento, en todas las ramas y en todos los niveles, para cumplir una tarea de depuración ideológica. Los dirigentes y afiliados deben definirse

públicamente y con claridad, para que se sepa quiénes son peronistas y quiénes no lo son. No hay manera de eludir una definición; esta debe producirse en términos que no admiten ambigüedad: "Yo soy peronista, por lo tanto, no soy marxista"». (655) El documento completo fue publicado por el diario *La Opinión* bajo el título «Documento reservado para los delegados del Movimiento Nacional Justicialista, suscripto por su Consejo Superior». (656)

El 1.° de octubre, ante los gobernadores, reiteró este concepto y les pidió que se sumaran a esta lucha «para cumplir con la responsabilidad que tenemos». Y añadió: «Para nosotros los Justicialistas, tanto uno como otro de los imperialismos son ajenos a toda nuestra concepción ideológica. Nosotros pensamos en un mundo nuevo, donde han de resolverse los problemas mediante una universalización, que permita a la Tierra seguir subsistiendo ante el grave problema a que está sometida. Pero queremos que esa universalización no sea ordenada por los imperialismos, ni realizada por ellos, porque entonces sabemos, en favor de quiénes se hará y quiénes sufrirán las consecuencias de lo que se haya hecho. El problema argentino, no es solamente argentino; es el problema del mundo, y ningún país escapa a él». (657) Les hablaba del peligro que corría la Tierra, y la mayoría pensaba en su propio territorio y en su espacio de poder.

El 12 de octubre de 1973, por tercera vez, Perón volvió a lucir la banda presidencial, sobre su flamante uniforme de teniente general recientemente restituido. Tras tomar juramento a los ministros, los mismos del gabinete de Lastiri, salió al balcón para hablarle al pueblo como en los viejos tiempos, solo que esta vez lo hizo detrás de un vidrio blindado porque se temió que atentaran en contra de su vida, que ya estaba minada por la ancianidad. El mismo General le había encargado el operativo de seguridad al coronel Vicente Damasco, jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo, graduado en

la Academia Militar de West Point, donde se especializó en blindados, al que luego designó secretario general y militar de la Presidencia, y quien sería su principal colaborador en la redacción del *Modelo argentino para el proyecto nacional*. (658)

> Dieciocho años después de haber sido desplazado de la presidencia constitucional de la Republica volví al sillón de Rivadavia con el mayor apoyo electoral que se haya dado jamás. Esto no es jactancia, lo digo simplemente porque el hecho demuestra sencillamente que es el pueblo quien ha triunfado. Por eso acepté semejante responsabilidad en un momento tan desconsiderado para mi edad. Un pueblo infinitamente unido por una sólida convicción: mi retorno. Yo no podía defraudar a tanta gente, no podía negarme. No aceptar, hubiese significado decirles a todos los deudos de quienes dejaron la vida por esa causa: «Es tarde para cumplir con la causa por la que murió su padre, su primo, en fin, su pariente». Yo tenía ochenta años cumplidos pero un deber a cumplir más intenso y significativo que todos los años que habían pasado. (659)

Dos objetivos se planteó para el escaso tiempo que le quedaba, y él lo sabía. Igual que en sus primeros mandatos, necesitaba planificar la gestión, y así nació el Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional 1973-1977. El otro, el Modelo Argentino para el Proyecto Nacional, la herencia política que le dejó a su movimiento. Ambos debían ser coronados por una reforma de la Constitución Nacional.

También quería concretar lo que había sido la mayor preocupación de sus últimos años: el cuidado del medio ambiente. A poco más de diez días de asumir, el 25 de octubre de 1973, por el decreto 75 creó la Secretaría de Estado de Recursos Naturales y Ambiente Humano en el ámbito del Ministerio de Economía y designó al frente a la ingeniera Yolanda Ortiz, la única mujer que integró su gabinete. (660) Por primera vez, el Estado reconocía que la armonía entre la producción y el ambiente era necesaria para el desarrollo sustentable de la nación.

Ortiz aseguró que «Perón decía que entre todos los problemas, "el problema" era el ambiental, y que había que poner en valor los

recursos naturales que abundaban en el país, por lo tanto la planificación de la Nación no podía estar divorciada de la atención que merecían esas riquezas». Cuando la convocó, le dijo: «Voy a tratar de prevenir para que no tengamos que salir a apagar incendios. Usted habla mi mismo lenguaje, nos vamos a entender».

Y se entendieron. La ingeniera química explicó: «Entre las primeras medidas decidimos poner el ojo en las industrias instaladas en torno a focos de contaminación y se había dispuesto que, para habilitar nuevas, estas deberían asumir un compromiso ambiental consistente en declarar qué manejo harían de sus desechos. Planteábamos que no era posible que las empresas no consideraran el ambiente: si se llevaban las ganancias, no podían dejar arruinado el ambiente de donde sacaban las materias primas. Eso hacía que Economía dijera que nosotros frenábamos el desarrollo». (661)

Si no comprendieron la importancia de cuidar el ambiente, mucho menos entendieron por qué el presidente había pedido especialmente que quien estuviera a cargo del tema fuera una mujer. «Había tres señores secretarios manejando esas áreas y entonces Perón decide que se haga una cuarta secretaría, que fuera la de Ambiente Humano y que estuviera por encima de las otras. Esa fue una jugada muy fuerte, los secretarios no le perdonaron haber sido desplazados por una mujer», aseguró Yolanda. (662)

Cuando se le preguntó por qué la elección del género, la exfuncionaria respondió:

«Porque creo que le había quedado lo de Evita. Además porque me parece que sabía que la mujer tiene una visión más amplia que la del varón, que mira más allá. Tanto es así que cuando yo llego, todas las secretarías, grandes secretarías, la de Recursos Hídricos con el mejor laboratorio hidráulico de Latinoamérica; la de Recursos Naturales Renovables; Parques Nacionales; Flora; Fauna; Bosques; Minería, todas pasaron a ser subsecretarías de la Secretaría de Ambiente Humano, presidida por una mujer. Era algo fuerte. Todo

dependiente del ministerio de Economía, porque Perón quería conciliar el desarrollo con el medioambiente. Todo esto, obviamente, con un proyecto político detrás que lo sustentaba.» (663)

Y ese cimiento fue el Plan Trienal 1973-1977. El 6 de noviembre de 1973, el presidente firmó el decreto 185 por el que se creó el comité para redactarlo, que trabajó sobre las coincidencias programáticas firmadas por los partidos y sectores sociales en 1972. Igual que en sus dos primeros gobiernos, el plan estuvo acompañado de casi veinte proyectos de ley sobre la nacionalización de los depósitos bancarios, la regionalización del banco de la Nación y del Nacional de Desarrollo, la defensa forestal, la ampliación de las atribuciones de la Junta Nacional de Carnes, la renta normal potencial de la tierra, las reformas a la carta orgánica del Banco Central, la de inversiones de capital extranjeras, la corporación de empresas nacionales, la individualización de personas en empresas extranjeras, la modificación de la ley de entidades financieras, el fomento agropecuario, la suspensión de desalojos rurales, la comercialización de granos, la promoción industrial, la defensa del trabajo y la producción nacional, la corporación para la promoción y el desarrollo de la pequeña y mediana empresa, y la promoción minera. (664)

Al equipo de trabajo se sumaron también técnicos de la CEPAL, quienes se debatían en contra del tiempo y además debieron enfrentar las disidencias dentro del gobierno. Uno de ellos fue Alfredo Eric Calcagno, quien explicó después:

«El proyecto político subyacente en este Plan no era compartido por el conjunto de integrantes del gabinete de Perón. De hecho, la velocidad con que se elaboró el Plan Trienal estuvo relacionada con la carrera que se corría contra el reloj biológico de Perón: si su muerte se producía antes de su presentación, otros proyectos que anidaban en el gabinete se convertirían en sus herederos. El Plan Trienal necesitaba, imperiosamente, la bendición del General.

Necesitaba, claramente, convertirse en su proyecto. […] Cuando nuestro equipo le presentó el Plan Trienal a Perón, este comentó: "Veo que han interpretado nuestro pensamiento: han intentado buscar los resquicios que dejan los dos imperios, donde poder tener una política propia".» (665)

Y sí, debían apurarse. El 19 de noviembre, Perón viajó por unas horas al Uruguay para encontrarse con el presidente Juan María Bordaberry, con el que firmó acuerdos limítrofes sobre el Río de la Plata. Podían haberle evitado el esfuerzo. Regresó agotado y en la madrugada del día siguiente se descompensó. Llamaron al doctor Cossio y no lo encontraron. Como no tenía guardia especializada, Ezquer, el jefe de seguridad, tuvo que salir a buscar a algún médico en los alrededores. Asistió un vecino, el doctor Luqui Lagleyze, y luego llegaron médicos de la Clínica de Olivos. El General estaba de pie, respirando oxígeno de un tubo portátil sostenido por López Rega. «La angustia del enfermo era desesperante acompañada de opresión precordial, sensación de asfixia, tos, expectoración mucosa teñida de sangre, pulso taquicárdico e hipotenso», relató Taiana, quien lo revisó después. Había sufrido un edema agudo de pulmón. No podía respirar, igual que cuando una persona se ahoga en un río o en el mar. (666)

«Ayer la pasé canuta», dijo al día siguiente cuando le realizaron un electro. «Vi a la guadaña cerca», agregó. Era el presidente de la nación, tenía ochenta años, estaba enfermo, y no disponía de una guardia médica en su domicilio. (667) El doctor Salvador Liotta ofreció la cooperación de la Unidad de Cuidado Coronario del Hospital Italiano, dirigida por el doctor Raúl Olivieri, y otra vez fue rechazada. (668)

El General no mejoraba. Los médicos lo visitaban diariamente, y ahora comprobaban que también se sumaban los picos de presión. Pese a su estado, el 16 de diciembre, Isabel y López Rega partieron hacia Madrid, «en viaje privado». (669) Una semana más tarde, el

21, el presidente anunció el Plan Trienal, que había aprobado por decreto unos días antes. No paraba de trabajar y su cuerpo ya no resistía. Para fin de año otra vez tuvo disnea y taquicardia. Los electrocardiogramas revelaron «extrasístoles ventriculares y supraventriculares a razón de una a cuatro por minuto». Los médicos decidieron informar al gabinete porque la situación era grave. Se realizó un almuerzo en el que pronosticaron que la vida de Perón no se prolongaría por más de seis u ocho meses.

El doctor Taiana describió en su libro la tristeza y preocupación de los ministros, pero también reprodujo la reacción de López Rega, que rayaba en el delirio. Dijo que Perón: «…hacía un tiempo que ya no existía. Quería volver a su casa, era un regreso como el de los fantasmas o los faraones. Quería volver a su casa, a su pirámide, a su tumba. La quinta de Puerta de Hierro era su tumba. Allí quería estar con su mujer, sus perros, sus cosas. ¿No ven que ya no le interesa la vida, los problemas de gobierno? Quiere volver. De pronto parece interesarse, es como los fantasmas, aparece y desaparece. Hace tiempo que ha muerto, está vacío y yo le pongo, poco a poco, las ideas necesarias, lo alimento. Y necesita de mi fuerza, de mi flujo de ideas y esa tarea es mi tremenda responsabilidad».

Ante el estupor de los ministros, continuó con sus desvaríos ahora diciendo todo lo contrario: «Yo no creo en los doctores ni en tanta gravedad. El General ha mejorado y se siente mejor porque yo también me siento bien. Es un Faraón, que desde hace tiempo no existiría si no lo alimentara periódicamente con mis flujos magnéticos. Él absorbe mis flujos y yo retiro sus malos humores». El ministro de Defensa, Ángel Robledo, le pidió literalmente que se dejara de joder. (670)

Lo que Perón necesitaba era una internación urgente. La otra alternativa era la instalación de una guardia médica, con recursos para su tratamiento. Finalmente, y pese a la protesta de Isabel y López Rega, Perón decidió abandonar la casa de Gaspar Campos y

trasladarse a la Quinta de Olivos. Se instaló un equipo del Hospital Italiano, pero al poco tiempo fue despedido. López Rega, además, decidía sobre la medicación. Según Taiana, cuando los recibía solía decir: «Suspendí, doctores, tal medicamento porque le produce dolores y espasmos», o «le hice dejar la cama para que no se le sequen las piernas». (671) Era muy claro que ambos, los únicos que tenía el General a su alrededor, lo empujaban a la muerte.

En Olivos, y pese a su estado de salud, se dedicó a su obra final: el *Modelo argentino para el proyecto nacional*, que no era solo un documento con contenidos, sino que además era una metodología para lograr la Comunidad Organizada que hacía más de veinte años soñaba para la Argentina. Además, eran los fundamentos políticos y morales que sustentaban el Plan Trienal que acababa de presentar.

Ya no volvió a la Casa de Gobierno, y aprovechó ese tiempo para reunirse con el coronel Damasco y sus colaboradores. Solían sentarse debajo de un árbol en el jardín de la quinta presidencial y grababan las conversaciones. El 15 de febrero de 1974 creó la Secretaría de Gobierno y lo designó al frente, secundado por el doctor Ángel Monti y por Cataldo Grispino. (672) Cuando Perón leyó el anteproyecto de decreto decidió que la nueva dependencia tuviera ese nombre porque recordó que la Primera Junta en 1810 creó una similar con Mariano Moreno al frente, con la misión de redactar el Plan de Operaciones con el que debía regirse el primer gobierno patrio. (673)

En principio, había pensado en una gran reforma administrativa, pero según Grispino: «A partir de las charlas que manteníamos con Perón a veces por la mañana y a veces por las tardes, después de la siesta, cuando pasaba por el chalecito que estaba frente de la residencia de huéspedes surgió una idea más compleja y ambiciosa: la de desarrollar un gran proyecto que abarcara todos los temas específicos. Los grandes lineamientos que nos señalara Perón fueron la base con la que Monti elaboraría el borrador de un primer

documento que el Coronel llevó a Perón, quien lo corrigió y le agregó algunas pautas. Ese documento se transformó en la base del Modelo Argentino». (674)

Mientras tanto, también atendía las cuestiones de gobierno y, sobre todo, las crisis que se iban desatando. Después de que el ERP atacara al Regimiento de Azul, se produjo la renuncia de Bidegain. El presidente en su discurso por cadena nacional habló de: «Los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de las autoridades». Lo reemplazó Victorio Calabró, el vicegobernador y dirigente de la UOM. Un triunfo para el sindicalismo y una derrota para la Tendencia. (675)

Después, recibió a los diputados de la JP que se negaban a votar la reforma del Código Penal que el poder ejecutivo había enviado al Congreso para endurecer los castigos a quienes realizaran actos terroristas. Los esperó en Olivos con cámaras de televisión y les habló con dureza: «Para nosotros es un problema bien claro, queremos seguir actuando dentro de la ley y para no salir de ella necesitamos que la ley sea tan fuerte para impedir esos males».

Tras recordar el asesinato de Rucci, sostuvo: «Si nosotros no tenemos en cuenta la ley, en una semana se termina todo esto, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato, que es lo que hacen ellos. De esa manera vamos a la ley de la selva, y dentro de la ley de la selva tendría que permitir que todos los argentinos portaran armas a la vista. […] Necesitamos la ley porque la República está indefensa frente a ellos. Ese es para nosotros el fundamento de todo eso. Con toda claridad afirmo que no queremos violencia».

Enseguida, cuando un diputado le dijo que estaban dispuestos a aceptar lo que el bloque decidiera, pero querían hacer un aporte al proyecto «que va a resultar en un mejoramiento en el orden técnico y en el orden práctico», se produjo este diálogo. Perón le preguntó:

«¿Y qué dice el bloque?». «No hemos tenido oportunidad concreta de poderlo discutir, no hemos tenido tiempo, porque el bloque en su conjunto resolvió cerrar la discusión», le respondió el diputado. «Entonces, hijo, ¿qué quiere que yo le haga? Yo no soy presidente del bloque, ni represento al bloque, ni puedo ordenarle al bloque, como tampoco puedo ordenarles a ustedes porque tienen una tarea específica. Yo puedo ordenarles a ustedes como hombres del movimiento, pero no como hombres del bloque… porque ¡allá ustedes!», cerró la conversación. Los diputados de la JP renunciaron a sus bancas. Perón se los había advertido en aquella reunión: «Por perder un voto no nos vamos a poner tristes». (676) En verdad, había perdido ocho.

Al otro día, la Cámara de Diputados aprobó la reforma por cincuenta y nueve votos contra treinta dos negativos. Juan Gabriel Labaké, quien también era legislador, defendió el proyecto: «Nuestra argumentación fue muy concreta y sencilla. La violencia popular durante una dictadura irreductible estaba justificada. Mientras que la violencia de los particulares en un gobierno elegido constitucional y libremente por el pueblo, era solo un delito. Si la comisión de un delito aumenta alarmantemente de frecuencia y sus autores son reincidentes empedernidos, se impone una mayor severidad en las penas y una más ágil tramitación de las causas judiciales».

Labaké concluyó: «Por otro lado, recordamos, la muerte de Aramburu, con mucha buena voluntad podía ser considerada un acto de "guerra revolucionaria". Pero la de Rucci era solo un deleznable homicidio, sin justificación política, jurídica y moral alguna». (677)

El 30 de enero se abrió otro frente de batalla. Ese día, los diarios recibieron una lista firmada por la Triple A en la que esa organización, desconocida hasta entonces, por primera vez firmaba un comunicado en el que condenaba a muerte a los coroneles retirados César Perlinger y Juan Jaime Cesio; al obispo de La Rioja, Enrique Angelelli; al senador cordobés del FREJULI, Luis Carnevalli;

al diputado de la Tendencia, Luis Bajczman; a los dirigentes trotskistas, Homero Cristaldo y Hugo Bressano; a los abogados Silvio Frondizi, Mario Hernández y Gustavo Rocca; a los jefes guerrilleros Mario Santucho y Roberto Quieto; a los gremialistas Agustín Tosco, Raimundo Ongaro, René Salamanca y Armando Jaime; al exrector de la UBA, Rodolfo Puiggrós; al exsubjefe de la policía bonaerense, Julio Troxler, el mismo que se había salvado de los fusilamientos en León Suárez, en 1956; y al director del diario *Noticias*, Miguel Bonasso, y al de *El Mundo*, Manuel Gaggero. (678)

El 8 de febrero, durante una conferencia de prensa que el presidente convocó en la residencia de Olivos, la periodista Ana Guzzetti, de este último diario, logró exasperarlo. Tras enumerar una serie de atentados y muertes del último tiempo, aseguró: «Evidentemente, todo esto está hecho por grupos parapoliciales de ultraderecha». Perón se quedó en silencio unos segundos mirándola y después le respondió: «¿Usted se hace responsable de lo que dice? Eso de parapoliciales lo tiene que probar». Después, le ordenó a su edecán: «Tomen los datos necesarios para que el ministerio de Justicia inicie una causa contra esta señorita». Y agregó: «Las medidas que se están tomando son asuntos policiales que están provocados por la ultraizquierda y la ultraderecha. La ultraizquierda que son ustedes, y la ultraderecha que son los otros. De manera que arréglense entre ustedes. La policía procederá y la justicia también». Guzzetti trabajaba para *El Mundo,* que estaba financiado por el ERP, pero le aclaró al presidente que ella era peronista. (679)

Poco después, el 27 de febrero, el jefe de la Policía de Córdoba, Antonio Navarro, depuso al gobernador Ricardo Obregón Cano y a su vice Atilio López, dos funcionarios también ligados a la Tendencia. El presidente, luego de reunirse con Balbín y con el ministro Llambí, designó a Duilio Brunello como interventor. Después, siguió el juicio político iniciado por la Legislatura local al gobernador de Mendoza, Alberto Martínez Baca, muy cercano al mismo sector. (680)

En medio de tanto conflicto, el corazón del General volvió a fallar. Por esos días, los médicos registraron tres episodios de arritmias con extrasístoles ventriculares, a las que se sumaron vómitos y diarreas. Y, aun así, siguió trabajando. En la primera semana de marzo recibió al presidente de Rumania, Nicolás Ceausescu, el primer mandatario del bloque de la URSS que recibía y aceptaba una invitación oficial de la Argentina. El 20 de ese mes se trasladó en helicóptero hasta Lima, partido de Zárate, en la provincia de Buenos Aires, para inaugurar la central nuclear de Atucha, cuando los médicos habían recomendado que no asistiera. (681)

El 31 de marzo, por fin, el equipo del coronel Damasco le presentó la primera versión completa de su *Modelo argentino*. A las ocho y media de la noche, en el chalecito de la Quinta de Olivos, le mostraron los capítulos y los contenidos en una larga reunión que estuvo acompañada por la proyección de transparencias para ilustrar la exposición. (682)

Además, seguía ocupándose de la juventud. El 11 de marzo, en el aniversario de la asunción de Cámpora, las JP Regionales habían organizado un acto en el que Galimberti, ya encuadrado abiertamente en Montoneros, dijo en su discurso: «Antes éramos la juventud maravillosa y ahora somos infiltrados». Perón se daba cuenta de que no había forma de conducirlos, por eso le pidió a Damasco que se ocupara de ellos, y también que los organizara para el acto del 1.° de mayo. El 25 de abril convocó a una reunión en Olivos a la que asistieron dirigentes de las distintas corrientes juveniles. El General les habló de lo que había sucedido el año anterior durante el día de su regreso y les dijo que no quería que se repitiera lo mismo en la Plaza de Mayo. «En Ezeiza ocurrió lo que todos sabemos porque no hubo policía. Ese error no se va a repetir. Ahora la policía es nuestra, y va a controlar hasta el último manifestante». Les pidió, además, que no llevaran identificaciones y que todos se unieran bajo la bandera nacional. (683)

La reunión fue tensa y quedaron claras las diferencias entre los distintos grupos, sobre todo el enfrentamiento de Montoneros con Perón.

Y el 1.° de mayo llegó. Por la mañana, el presidente presentó el *Modelo argentino para el proyecto nacional* ante la Asamblea Legislativa. Recordó el entonces diputado Labaké: «Nos sentamos en nuestras bancas, dispuestos a escuchar un repetido discurso de apertura del período de sesiones ordinarias. Suelen ser muy aburridos. Siempre los mismos balances de la "extraordinaria labor cumplida en el período anterior". Siempre las mismas promesas para "el nuevo período que hoy iniciamos". Muchos se sorprendieron».

En verdad, no presentó todo el modelo, sino que anunció: «En breve lo ofreceremos a la consideración del país». Su discurso duró poco más de treinta minutos, y en los últimos diez párrafos resumió sus lineamientos:

> En lo político configurar una Nación sustancial, con capacidad suficiente de decisión nacional. En lo económico, hemos de producir básicamente según las necesidades del pueblo y de la Nación y, a partir de un sistema económico que hoy produce según el beneficio, hemos de armonizar los elementos para preservar recursos, lograr una real justicia distributiva, y mantener siempre viva la llamada de la creatividad. En lo socio-cultural, queremos una comunidad que tome lo mejor del mundo del espíritu, del mundo de las ideas y del mundo de los sentidos, y que agregue a todo ello lo que no es propio, autóctono, para desarrollar un profundo nacionalismo cultural que preserve nuestra identidad. Debemos abrir nuestra cultura a todas las culturas del mundo, recordando siempre que la Argentina es nuestro hogar. En lo científico y tecnológico, debemos reiterar que, sin base científica y tecnológica propia y suficiente, la liberación se hace imposible. La lucha por la liberación es, en gran medida, también lucha por los recursos naturales y la preservación ecológica.

Luego, reiteró: «Revolución en paz significa para nosotros desarmar no solo las manos sino también los espíritus y sustituir la agresión por la idea, como instrumento de lucha política», y convocó a «todos los sectores; juventud, trabajadores, empresarios, intelectuales, las Fuerzas Armadas, las mujeres». Entonces concluyó:

«En base a este modelo he de ofrecer al pueblo argentino una propuesta de Proyecto Nacional, para que entre todos los sectores sociales lo discutamos y finalmente lo aprueben. Ese Proyecto Nacional contemplará la constitución de un Consejo del Proyecto Nacional, que lo conducirá, y en el que cada argentino estará representado según su pertenencia a cada grupo social mencionado. El Proyecto Nacional se completará, en su momento, con una reforma de la Constitución Nacional».

Por la tarde, Perón quería repetir la liturgia de sus anteriores gobiernos, cuando le preguntaba al pueblo si estaba conforme con su gestión. Pero no pudo. Cuando salió al balcón, vio la plaza colmada como siempre, pero también advirtió el desafío de la juventud de la Tendencia. Pese a su pedido, habían desplegado una enorme bandera con la leyenda «Montoneros», que llevaron escondida dentro de los bombos. Y después, los estribillos: «Qué pasa, qué pasa, qué pasa General, que está lleno de gorilas, el gobierno popular» y «Se va acabar, se va a acabar, la burocracia sindical». Lo acompañaba Isabel, y a ella le dedicaron: «No rompan más las bolas, Evita hay una sola». Y el más ofensivo de todos: «Vea, vea, vea; qué manga de boludos; votamos una muerta, a una puta y a un cornudo», en referencia a la extraña relación de la vicepresidenta con el ministro de Bienestar Social.

Perón se encolerizó y fue cuando los llamó «estúpidos que gritan», e «imberbes» que «… pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon. Por eso compañeros, quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya tronado el escarmiento». Escuchó entonces como respuesta el cántico: «Rucci, traidor, saludos a Vandor». Y vio cómo la mitad de la plaza quedaba vacía. (684)

La relación entre la Tendencia y Perón se había resentido con el asesinato de Rucci, pero a partir del 1.° de mayo, no pudo recomponerse nunca más. El General lo intentó y la juventud también, pero no les alcanzó el tiempo.

Le preguntaron a su amigo Jorge Antonio cuándo advirtió que Perón fue vencido por la edad, respondió: «El día de su discurso en la Plaza de Mayo cuando un sector muy importante de la juventud se retiró y él perdió los estribos. Perón era un hombre profundamente educado y jamás hubiera dicho una cosa fuerte. Se sintió dolido, decepcionado y débil ante la juventud. Se dio cuenta que le iba a faltar tiempo para convencerlos y persuadirlos». (685)

No obstante, insistió. Carlos «Chango» Funes escribió que a él le tocó la misión de entrevistarse con los dirigentes para acercarlos, que habían llegado a un acuerdo, pero que a Perón no le alcanzó la vida para concretarlo. (686)

Era evidente para todos que el General se apagaba. Por fin, los médicos habían logrado que se estableciera una guardia permanente en la Quinta de Olivos, pero Isabel y López Rega no hacían nada para evitarle los esfuerzos o, más bien, parecían empeñados en acentuarlos. Y la realidad tampoco colaboraba.

El 11 de mayo fue asesinado el padre Carlos Mugica cuando salía de dar misa en la parroquia San Francisco Solano, del barrio de Villa Luro. Al principio, trascendió que habían sido los Montoneros porque el sacerdote discrepaba con el uso de la violencia, pero después se confirmó que fue la Triple A. El sacerdote, luego de enfrentarse con López Rega, abandonó la relación que tenía con el Ministerio de Bienestar Social por su tarea en las villas de emergencia. Otro golpe para Perón, que apreciaba al cura que lo había acompañado en su retorno en 1972. (687)

El 17 de mayo, acompañado por el doctor Taiana, viajó a la Base Aeronaval Comandante Espora de Bahía Blanca. El traslado se hizo en avión, pero luego abordaron un helicóptero para llegar hasta el

portaaviones *25 de Mayo* que estaba en alta mar. «El General bajó y subió escaleras y escalerillas para presenciar durante un largo tiempo el impecable despegue y abordaje de los aviones en plena maniobra aeronaval. Pocos días más tarde, presentó una inflamación de la mucosa de las vías respiratorias», relató el médico que destacó el viento frío al que fue expuesto el presidente. (688)

Y el remate fue el viaje al Paraguay. Perón le pidió a López Rega que lo suspendiera, pero el ministro le respondió que era imposible porque ya estaba todo organizado. Esta vez lo acompañaron los doctores Carlos Seara y Carlos Cossio. Fue el 6 de junio, un día lluvioso y con una temperatura de tres grados. Viajó en avión hasta Formosa y en helicóptero lo trasladaron hasta una embarcación con la que llegó a Asunción, donde permaneció largas horas de pie. Al día siguiente regresó agotado, al borde de un grave colapso. Cuando aterrizaron en aeroparque los esperaba Taiana, a quien Cossio le comentó: «Conducen al General a las puertas de la muerte». (689)

Su entorno lo descuidaba y hasta lo maltrataba, los jóvenes se le insubordinaban y los empresarios, sindicalistas y sus propios funcionarios hacían tambalear el Pacto Social. El 12 de junio, el presidente decidió hablar por cadena nacional desde el Salón Blanco de la Casa de Gobierno. Denunció a los que no respetaban el acuerdo que habían firmado, y también a «algunos diarios oligarcas» que insistían con la escasez y el desabastecimiento. «Cuando acepté gobernar, lo hice pensando en que podría ser útil al país, aunque ello me implicaba un gran sacrificio personal. Pero si llego a percibir el menor indicio que haga inútil este sacrificio, no titubearé un instante en dejar este lugar a quienes lo puedan llenar con mejores probabilidades. […] Sin el apoyo masivo de los que me eligieron y la complacencia de los que no lo hicieron, pero luego evidenciaron una gran comprensión y sentido de responsabilidad, no solo no deseo seguir gobernando, sino que soy partidario que lo hagan los que puedan hacerlo mejor». (690)

Horas después, la CGT convocó a una movilización a Plaza de Mayo para expresar apoyo a su gestión. Fue su último discurso, ese en el que se despidió diciendo: «Llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra del pueblo argentino». (691)

El 15 de junio, el General se quejó de dolores precordiales, al tiempo que continuaba con la bronquitis que contrajo en el Paraguay. Aun así, su esposa y vicepresidenta y el ministro López Rega iniciaron una gira por Europa. Tres días después, Perón sufrió un infarto cardíaco acompañado de «un moderado encharcamiento pulmonar, tos y expectoración mucosa». Los médicos decidieron llamarlos para que regresaran de urgencia. López Rega volvió dos días después. Isabel tardó una semana. Llegó por la tarde, el mismo día que Perón padeció un edema agudo de pulmón y un nuevo infarto cardíaco. Los doctores Cossio y Taiana decidieron quedarse toda la noche en la residencia, y contaron sobre esas horas: «Después de cenar, en Olivos, la señora Isabel nos enseñó el álbum de fotografías que había obtenido durante el viaje». (692)

Al día siguiente, el gabinete reunido en la residencia resolvió la delegación del mando presidencial que se realizó en una ceremonia al lado de la cama del enfermo.

El 1.° de julio de 1974, a la una y cuarto, y después de casi tres horas de trabajo de los médicos para retenerlo, el teniente general Juan Domingo Perón dejó de existir.

Cuando se conoció la noticia, el país se detuvo. Quienes lo querían, que eran la mayoría, lo lloraron como si despidieran a su propio padre. Se habían quedado huérfanos. Durante horas, bajo la lluvia, esperaron para darle el último adiós. Los que lo detestaban, sintieron el vacío del enemigo perdido. Durante tres décadas se habían desvelado para encontrar la forma de hacerlo desaparecer, a él y a sus partidarios. Ahora, Perón ya no estaba, pero quedaba su movimiento. En sus ochenta años de vida había cambiado la política

de la República Argentina, y era tiempo de que descansara en paz. Pero no fue así.

Después del velatorio en el Salón Azul del Congreso de la Nación, fue trasladado a una cripta especialmente construida en la residencia de Olivos. Cuatro meses después, y sin información previa, el gobierno decidió el trasladado del cadáver de Evita desde Puerta de Hierro para depositarlo junto al de él. Cuando en 1976 se produjo el golpe de Estado, el dictador Jorge Rafael Videla ordenó sacar los cuerpos. El de Evita lo llevaron a la bóveda de los Duarte en el cementerio de la Recoleta, y el de Perón a la cripta familiar en Chacarita.

¿Podría ahora descansar en paz? No, tampoco. En junio de 1987, tras violar su tumba, un grupo desconocido abrió su ataúd y le amputó las manos. Luego, envió un comunicado al entonces senador Vicente Saadi, vicepresidente del Partido Justicialista, pidiendo ocho millones de dólares como rescate, con un plazo de quince días para hacerlo efectivo. Pero nadie pagó, y después de más de diez años de investigación, tampoco se pudo saber quién lo había profanado. (693)

En junio de 2003, otra vez interrumpieron su descanso eterno. Esta vez para hacer un examen genético por orden de la jueza Irene Martínez Alcorta en el juicio por filiación iniciado en 1993 por Martha Susana Holgado, una mujer que desde la década de los sesenta, cuando él estaba vivo, insistía con que era hija de Perón, aunque nunca logró presentar documentos ni testigos. El resultado fue negativo. (694)

Por último, el 17 de octubre de 2006, los restos del General fueron depositados en su quinta de San Vicente, en la que había pasado los años más felices con Evita, a quien también se le construyó un espacio para que descanse junto a él, pero aún permanece en la Recoleta a la espera de la autorización de su familia.

El día de su traslado, el cortejo duró más de cinco horas. Era conmovedor ver los saludos espontáneos de la gente por donde pasaba el féretro. Muchos que ni siquiera lo habían conocido, otros que lo recordaban. Pero lo que debió ser un homenaje, una vez más terminó en un enfrentamiento entre dos sindicatos que se atacaron con palos y piedras para ocupar los primeros lugares cerca del palco oficial. También hubo disparos y unos cincuenta heridos. A más de treinta años de su muerte, todavía no se comprendía aquello que había expresado, cuando legó su *Modelo argentino*, casi como un ruego: «Esclarezcamos nuestras discrepancias y, para hacerlo, no transportemos al diálogo social institucionalizado nuestras propias confusiones. Limpiemos por dentro nuestras ideas, primero, para construir el diálogo social después». (695)

Y ahí quedó, solo, en San Vicente. Muchos años antes, cuando aún estaba en el exilio, un periodista le preguntó qué epitafio desearía para su tumba, y él le respondió: «Aquí yace un hombre que vivió y cumplió su causa». (696)

---

583. Funes, Carlos «Chango». *Perón y la guerra sucia*. Ob. cit., pág. 64.

584. Bonasso, Miguel. *El presidente que no fue*. Ob. cit., pág. 340.

585. Abal Medina, Juan Manuel. *Conocer a Perón. Destierro y regreso*. Ob. cit., págs. 217 y 243.

586. Graham-Yooll, Andrew. *De Perón a Videla*. Ob. cit., pág. 246.

587. Abal Medina, Juan Manuel. Ob. cit., pág. 241.

588. Bonasso, Miguel. Ob. cit., págs. 405-406.

589. Abal Medina, Juan Manuel. Ob. cit., págs. 228 y 387.

590. Revista *Así*. Nro. 415. 10 de septiembre de 1971.

591. Fernández Pardo, Carlos y Frenkel, Leopoldo Perón. *La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción (1971-1974)*. Ob. cit., pág. 150.

592. Ob. cit., pág. 147.

593. Ob. cit., pág. 152.

594. Funes, Carlos «Chango». Ob. cit., pág. 100.

595. Fernández Pardo y Carlos. Frenkel, Leopoldo. *Perón.* Ob. cit., pág. 420.

596. Bonasso, Miguel. Ob. cit., pág. 396.

597. Ob. cit., págs. 398 y 410.

598. Seoane, María. *El burgués maldito*, pág. 224, Planeta, Buenos Aires, 1998.

599. Fernández Pardo y Carlos. Frenkel, Leopoldo. Ob. cit., pág. 25.

600. Funes, Carlos «Chango». Ob. cit., 153.

601. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Carta de J. D. Perón a Jorge Antonio. 19 de octubre de 1973. Ob. cit., pág. 132.

602. Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto*. Galimberti. De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA,* pág. 184, Aguilar, Buenos Aires, 2010.

603. Perdía, Roberto. *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, págs. 175-176, Grupo Agora, Buenos Aires, 1997.

604. Galasso, Norberto. *De Perón a Kirchner. Apuntes sobre la historia el peronismo*, pág. 94, Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2011.

605. Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto. *Galimberti.* Ob. cit.*,* pág. 185.

606. Abal Medina, Juan Manuel. Ob. cit., págs. 271 y 268.

607. Perdía, Roberto. *La otra historia.* Ob. cit.*,* págs. 140 y 144.

608. Urriza, Manuel. *El Perón que conocí*, pág. 62, Peña Lillo, Continente, Buenos Aires, 2004.

609. Cámpora, Héctor. Discurso ante la Asamblea Legislativa. 25 de mayo de 1973. Disponible en: <https://www.hacdn.gob.ar/secparl/dgral_info_parlamentaria/dip/archivos/1973_Mensaje_presidencial_Campora.pdf>.

610. Leyba, Carlos. Testimonio a la autora. 11 de marzo de 2023.

611. Abal Medina, Juan Manuel. Ob. cit., págs. 271 y 268.

612. Galasso, Norberto. *Perón. Exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974),* pág. 1180, Tomo II, Colihue, Buenos Aires, 2005.

613. Graham-Yooll, Andrew. *De Perón a Videla*. Ob. cit., pág. 259.

614. Llambí, Benito. *Memorias*. Ob. cit.*,* págs. 311-312.

615. Graham-Yooll, Andrew. Ob. cit., pág. 259.

616. Ob. cit., pág. 282.

617. Fernández Pardo, Carlos y Frenkel, Leopoldo. Ob. cit., pág. 422.

618. Perdía, Carlos. Ob. cit., pág. 162.

619. Funes, Carlos «Chango». Ob. cit., pág. 64.

620. Testimonio de Carlos Leyba a la autora. 11 de marzo de 2023.

621. Testimonio de Carlos Leyba a la autora. 11 de marzo de 2023.

622. Diario *La Nación*. 10 de junio de 1973.

623. Diario *La Nación*. 9 de junio de 1973.

624. Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*. Ob. cit., pág. 413.

625. Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón*. Testimonio del doctor Antonio Puigvert. Ob. cit., págs. 251-252.

626. Llambí, Benito. *Memorias*. Ob. cit., pág. 310.

627. Abal Medina, Juan Manuel. Ob. cit., págs. 265 y 288.

628. Abal Medina, Juan Manuel. *Conocer a Perón*. Declaraciones a Marcelo Larraquy, 2016. Ob. cit., pág. 265.

629. Llambí, Benito. Ob. cit., pág. 313.

630. Pavón Pereyra, Enrique. (26 de agosto de 1983). *El asesinato de Perón*. Reportaje al doctor Pedro Cossio. *Somos*. Ob. cit., pág. 60.

631. Verbitsky, Horacio. *Ezeiza*, págs. 117-118, Contrapunto, Buenos Aires, 1986.

632. Llambí, Benito. Ob. cit., pág. 313.

633. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 103.

634. Perón, Juan D. *Discursos completos*, págs. 9-13. Mensaje pronunciado por radio y televisión el 21 de junio de 1973, Tomo I, Megafón, Buenos Aires, 1987.

635. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 107.

636. Ob. cit., pág. 109.

637. Ob. cit., pág. 116.

638. Abal Medina, Juan Manuel. Ob. cit., pág. 259.

639. Funes, Carlos «Chango». Ob. cit., pág. 58.

640. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 118.

641. Graham-Yooll, Andrew. Ob. cit., pág. 271.

642. Diario *La Nación*. 1 de agosto de 1973.

643. Yofre, Juan B. *La Trama de Madrid. Secretos sobre el retorno de Perón a la Argentin*. Ob. cit., pág. 281.

644. Llambí, Benito. Ob. cit., pág. 322.

645. Ob. cit., pág. 324.

646. Revista *Somos*. Año 1. Nro. 16. 7 de enero de 1977.

647. Ibid.

648. Gambini, Hugo. *Historia del Peronismo. La violencia. (1956-1983)*, Volumen 3, Penguin Random House, Buenos Aires, 2017.

649. Diario *La Nación*. 4 de agosto de 1973.

650. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 131.

651. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 139.

652. Perdía, Roberto. Ob. cit., pág. 191.

653. Perón, Juan D. *Discursos completos 1973*. Discurso pronunciado por radio y televisión, el 21 de septiembre de 1973, como cierre de la campaña electoral para los comicios del 23 del mismo mes. Ob. cit., págs. 79, 80 y 83.

654. Abal Medina, Juan Manuel. Ob. cit., págs. 333 y 335.

655. Ob. cit., pág. 339.

656. Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín. *La voluntad*. Ob. cit., págs. 196-197.

657. Perón, Juan D. *Perón. Discursos 1973*. Discurso pronunciado en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, ante los gobernadores provinciales de todo el país. 1.° de octubre de 1973. Tomo I. Ob. cit., pág. 86.

658. Asís Damasco, Luis. «Coronel Vicente Damasco. La mano derecha de Perón». Disponible en: <https://es.secribd.com/document/3601853027/Coronel-Vicente-Damasco-La-Mano-Derecha-de-Peron>.

659. Pavón Pereyra, Enrique. Ob. cit., pág. 417.

660. Decreto 75/73. Disponible en: <https://servicios.infoleg.gob.ar/infoleginternet/anexos/165000-169999/169667/norma.htm>.

661. Ortiz, Yolanda. Entrevista, «Pionera en el cuidado del medio ambiente», *Selecciones Reader's Digest*. Ob. cit.

662. Scigliano, Sebastián y Galeano, Santiago. *Madre Tierra*. Haroldo. La Revista del Conti. 3/6/2022. https://revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=733.

663. Wagner, María Paula y Pirrone, Guido. Entrevista a Yolanda Ortiz, primera secretaria de Ambiente Humano de la Nación. http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/36212.

664. Perón, Juan D. *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional*, pág. 13, Fabro, Buenos Aires, 2022.

665. Bernazza, Claudia. «Tesis de doctorado en Ciencias Sociales-FLACSO. La planificación gubernamental en la Argentina. Experiencias del período 1974-2000 como puntos de partida hacia un nuevo paradigma». Ob. cit., págs. 119-120.

666. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 138.

667. Otero, Pablo S. (30 de junio de 2014). «Perón creía que lo querían matar». Reportaje al doctor Pedro Ramón Cossio. *La Prensa*.

668. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 138.

669. Graham-Yooll, Andrew. Ob. cit., pág. 295.

670. Ob. cit., págs. 141-142.

671. Ob. cit., 143.

672. Boletín Oficial. 21 de febrero de 1974. Decreto 539 y 540 del 15 de febrero de 1972.

673. Fernández Pardo, Carlos y Frenkel, Leopoldo. Ob. cit., pág. 526.

674. Castellucci, Oscar. *En busca del tiempo perdido. Perón. Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*. Ob. cit., pág. 97.

675. Perón, Juan D. *Discursos completos 1973-1974*. Tomo II. Ob. cit., pág. 149.

676. Michelini, Pedro. *Anecdotario de Perón I*. Ob. cit., págs. 23 y 25.

677. Labaké, Juan Gabriel. *El presidente que sí fue*, págs. 133-134, Corregidor, Buenos Aires, 1997.

678. Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín. *La voluntad*, Tomo II. Ob. cit., pág. 263.

679. Ob. cit., pág. 264.

680. Llambí, Benito. Ob. cit., págs. 335-336.

681. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 152.

682. Castellucci, Oscar. *En busca del tiempo perdido. Perón. Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*. Ob. cit., págs. 105-106.

683. Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín. *La Voluntad*, Tomo III. Ob. cit., págs. 303-305.

684. Perón, Juan D. Discurso del 1.° de mayo de 1974. Disponible en: <https://m.youtube.com/watch?v=C40-ChOgaxA>.

685. Peicovich, Esteban. Ob. cit., pág. 127.

686. Funes, Carlos «Chango». Ob. cit., págs. 169-172.

687. Bellotta, Araceli. (Agosto de 1997). «Carlos Mugica, el cura de las villas». *Todo es Historia*. Nro. 361.

688. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 179.

689. Ob. cit., pág. 341.

690. Discurso del Presidente Juan D. Perón por cadena nacional. 12 de junio de 1974. Disponible en: <https://www.labaldrich.com.ar/mensaje-de-peron-de-la-manana-del-12-de-junio-de-1974-en-el-salon-blanco-de-la-casa-rosada/>.

691. Discurso de Juan D. Perón. 12 de junio de 1974 en la Plaza de Mayo. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=O-hditPcs5E&ab_channel=LaborPeronista>.

692. Taiana, Jorge. Ob. cit., pág. 184.

693. Nabot, Damián y Cox, David. *Perón, la otra muerte. El robo de las manos del General*, pág. 21, Agora, Buenos Aires, 1997.

694. Diario *Clarín*. 19 de junio de 2003.

695. Perón, Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional*. Ob. cit., pág. 18.

696. Peicovich, Esteban. Ob. cit., pág. 70.

Pista Extra
(*Bonus track* en gringo)

Hace dieciséis años, mientras trabajaba con el entonces senador Antonio Cafiero, se produjo un debate en el diario *La Nación* sobre la participación de Juan Domingo Perón en la creación de la fuerza parapolicial denominada Triple A, diseñada y liderada por el ministro de Bienestar Social, José López Rega.

El doctor Cafiero me pidió que respondiera al artículo publicado por el periodista Hugo Gambini, autor de una muy documentada historia del peronismo, y una de las fuentes usada en este libro. Reproducimos ambas notas porque nos parece un aporte a una controversia que todavía se discute.

Perón, creador de la Triple A

Por Hugo Gambini. Para *LA NACIÓN*

19 de febrero de 2007

Es curioso que en la polémica reabierta sobre la Triple A se insista en que ese siniestro organismo solo comenzó a actuar después de la muerte de Juan Domingo Perón y en que su único inspirador fue José López Rega. Algunos se atreven a mencionar a la tercera esposa de Perón. Enojados, los gremialistas pegaron carteles que decían: «No jodan con Perón». Es decir: mejor no investiguen, a ver si se

descubre otra cosa. Sin embargo, como dijo Joaquín Morales Solá, «tuvo razón Alfonsín cuando afirmó ante el juez que la Triple A precedió al gobierno de Isabel, y fue Perón el que precedió a Isabel» (*LA NACIÓN*, 28/1/2007).

Primero nos remitiremos al 25 de septiembre de 1973. Mientras celebraba el abrumador triunfo que dos días antes lo había consagrado presidente por tercera vez, Perón se enteró de que una ráfaga de ametralladora acababa de liquidar a su amigo José Rucci, titular de la CGT, y se puso furioso. Sabía que eran los Montoneros —su «juventud maravillosa»— y, como buen militar, comenzó a planear su destrucción. Los consideró el enemigo; dijo que hacía falta un somatén. Como nadie conocía esa palabra, el general explicó que somatén es una reserva del ejército que actúa por cuenta propia, que los catalanes lo usaban en el siglo XI y que el general Miguel Primo de Rivera lo reflotó durante su golpe de Estado de 1923.

Según la Real Academia, el somatén es un cuerpo de gente armada que no pertenece al ejército y se dedica a perseguir al enemigo. En otras palabras: es un organismo paramilitar que usa las armas para matar gente. Perón recordaba sus charlas en Madrid con el coronel franquista Enrique Herrera Marín, quien le acercó un proyecto de represión basado en la experiencia de la Guerra Civil Española. «Eso era, ni más ni menos, que el diseño de lo que muy pocos meses después conoceríamos como la Triple A», explica Marcelo Larraquy en su libro sobre López Rega.

Perón hizo llamar a todos para una reunión privada muy importante. Estaban invitados el presidente provisional, Raúl Lastiri; el secretario general del PJ, senador Humberto Martiarena; los miembros del gabinete nacional y los gobernadores con sus vices. No faltó nadie. En esa reunión confidencial, realizada en Olivos el 1° de octubre, el general explicó que había que «terminar con los marxistas infiltrados, para evitar que destruyan al Movimiento Nacional Peronista». Se puso a consideración un documento reservado, en el que se ordenaba a los militantes a «participar activamente en las acciones que se planifiquen para llevar adelante esta lucha».

El documento no tenía fisuras. Perón, máxima autoridad y presidente electo, había aprobado un texto que ordenaba a sus seguidores: «Deberán acatar estas directivas». Por si existían dudas sobre lo que debía hacer el Gobierno, se mencionaba con claridad que «todos deberán participar en la lucha iniciada, haciendo actuar todos los elementos de que dispone el Estado para impedir los planes del enemigo y para reprimirlo con todo rigor». (Tres veces se utilizaba la palabra «todos»: en los que participan, en los elementos del Estado y en el rigor de la represión.) Como Perón no era aún presidente, no lo firmó —solamente lo bendijo —, pero requirió el aval del Consejo Superior Peronista, donde estaban Lorenzo Miguel, Jorge Camus, Norma Kennedy y Julio Yessi, para darle mayor efectividad.

Alarmado, Antonio J. Benítez —ministro de Cámpora, de Perón y de Isabel— le reveló al peronista disidente Eduardo Luis Duhalde que, durante la presidencia de Juan Perón, había presenciado reuniones de gabinete en las que se mostraban

diapositivas de personas de ideología marxista y se elaboraban listas de futuras víctimas o se decidía en ese momento su asesinato. «Al parecer, reuniones de este tipo suelen realizarse en el comedor de la Casa Rosada», dice Eduardo Gurucharri, en su biografía del mayor Bernardo Alberte. Y añade: «Benítez refiere que López Rega y el comisario Villar exhibieron fotografías y nombraron personalidades políticas que deben ser depuradas de la infiltración marxista. Entre los nombrados están el propio Duhalde, el abogado Mario Hernández y Alberte. Benítez dijo que Perón se limitó a escuchar, sin aprobar ni desaprobar a quienes aludieron a la necesidad de operar por izquierda». Duhalde, actual secretario de Derechos Humanos, le contó hace poco todo esto al juez Norberto Oyarbide, que sigue la causa de la Triple A.

Están también los que creen que los atentados ocurrieron después de la muerte de Perón. Como los gremialistas, por ejemplo, que tienen mala memoria. Pero se puede demostrar lo contrario, con nombres y apellidos, lugares y fechas. Hay una interesante cronología, entre julio de 1973 y junio de 1974, publicada en agosto de 2005 en la revista-libro *Lucha armada*, que figura en la nota Perón y la Triple A, de Sergio Bufano. Se dice allí que «Perón, cansado de proponer a los jóvenes que se sumaran al justicialismo y abandonaran el uso de la violencia, sucumbió a la tentación de estimular una maquinaria de represión, que inició sus actividades antes de que asumiera como presidente, continuó durante su gestión y mucho después de su muerte».

A los tres días de conocido el documento reservado, un chico de la JP, afiliado a la unidad básica Héroes de Trelew, de la villa San Pablo, era asesinado en General Pacheco. Se llamaba Nemesio Aquino. Esa noche también estalló una bomba en la unidad básica Mártires de Trelew, causando graves daños. En Córdoba reventaron otros tres artefactos en el domicilio de los diputados provinciales Fausto Rodríguez y Miguel Marcattini, del Frejuli, y una más casi destruye la casa del senador Tejada, titular de la Cámara de Senadores de esa provincia. Perón aún estaba por asumir su tercer mandato. Al día siguiente, en San Nicolás, caía asesinado el periodista José Colombo, del diario *El Norte*, que según los atacantes «estaba plagado de comunistas».

Cuando Perón ya era presidente, dos días después del 12 de octubre, en Rosario, caía acribillado Constantino Razetti, un joven bioquímico. El 17, en Mar del Plata, se incendiaban las casas de Andrés Cabo y de Alfredo Cuestas. Los tres eran dirigentes de la JP. El día 21, en Santos Lugares, el fuego empezó a consumir el ateneo peronista Heroica Resistencia, y al día siguiente estallaba una bomba en el despacho de Alberto Martínez Baca, gobernador de Mendoza.

El 21 de noviembre, cuando el senador radical Hipólito Solari Yrigoyen puso en marcha su coche se salvó por milagro, porque estalló una bomba que solo le hirió un pie. Por medio de un comunicado se hizo responsable el grupo denominado Alianza Antiimperialista Argentina (AAA). La novedad de atacar a un legislador radical puso esa sigla en boca de todos y, a partir de allí, la Triple A, que venía asesinando a jóvenes militantes, pasó a ser la identidad de los nuevos atentados.

Perón seguía siendo presidente —por más que Solari Yrigoyen no se acuerde— y, aunque todos sospechaban del Gobierno, en diciembre el general dijo: «Muchas veces me han dicho que creemos un batallón de la muerte, como el brasileño, o que formemos una organización policial para hacerle la guerrilla a la guerrilla. Pienso que eso no es posible ni conveniente». Sabía que las Tres A estaban funcionando desde hacía tres meses. Días después, el 23 de enero se ametralló el frente de la casa del dirigente peronista Manuel Héctor Delgado, y a los cinco días, tras un secuestro, apareció en un baldío el cadáver de José Contino, militante de la JP.

La desmentida de Perón no hizo más que confirmar las sospechas, pues la Triple A difundió, el 29 de enero, una lista negra de futuras víctimas. Figuraban en ella Silvio Frondizi, Mario Hernández, Gustavo Roca, Mario Santucho, Armando Jaime, Raimundo Ongaro, René Salamanca, Agustín Tosco, Rodolfo Puiggrós, Manuel Gaggero, Ernesto Giudice, Roberto Quieto y Julio Troxler. Estaban también los coroneles Luis Perlinger y Juan Jaime Cesio, y el obispo Luis Angelelli, de La Rioja.

En una reunión de prensa, el 8 de febrero, Ana Guzzetti, del diario *El Mundo*, le confirmó a Perón que en dos semanas hubo 25 unidades básicas voladas y doce militantes muertos o desaparecidos. Y le preguntó qué medidas iba a tomar para investigar estos atentados fascistas de grupos parapoliciales ultraderechistas. Ofuscado, Perón se dirigió a uno de los edecanes: «¡Tomen los datos necesarios para que el Ministerio de Justicia inicie la causa contra esta señorita!».

Pero la orgía no se detuvo, pues el 19 de ese mes fueron secuestrados Jorge Antelo y Reynaldo Roldán, militantes del ERP, de quienes nunca más se supo.

En San Nicolás, fue asesinado el 16 de marzo el médico radical Rogelio Elena. El 30 lo mataron a balazos, en Lomas de Zamora, a Pedro Hanssen, dirigente de la JP, y al otro día asesinaron a Héctor Félix Petrone, en Lanús. El 9 de abril fue secuestrado Ricardo José González, de la JUP. Esa misma noche le hicieron un simulacro de fusilamiento a Antonio Iglesias, militante de Vanguardia Comunista, en el parque Pereyra Iraola.

Aunque sabía todo esto por su militancia, el diputado Carlos Kunkel le aseguró, hace poco, a los periodistas Alberto Amato y Walter Curia, de *Clarín*, que «Perón ni remotamente tuvo que ver con la Triple A». No pensaba lo mismo el 17 de abril de 1974, al ser detenido en el Chaco cuando iba a copar la colonia aborigen de Resistencia, junto con los sacerdotes Joaquín Núñez y Gianfranco Testa. Kunkel se salvó por un pelo de ser torturado. Acababa de renunciar, en enero, a su banca de diputado, después de que Perón amenazara en Olivos al grupo de peronistas de izquierda donde él estaba: «En una semana se termina todo esto —escuchó de labios del líder—, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato».

Kunkel sintió el dedo acusador del general; sabía que esa fuerza estaba en funciones. No ignoraba que era Perón quien la había organizado, sobre todo cuando le oyó decir: «Puestos a enfrentar la violencia con la violencia, tenemos más medios posibles para aplastarla. Y lo haremos a cualquier precio, porque no estamos aquí de

monigotes». Kunkel admite ahora que ellos eran «unos loquitos» y dice no conocer el documento reservado.
Es raro que no haya hojeado *La Opinión* del 2 de octubre de 1973, ni leído *La voluntad*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, donde se lo reproduce íntegramente.
El 25 de abril, en Monte Grande, era asesinada Liliana Ivanoff, militante de la Agrupación Evita. Uno de los principales episodios ocurrió en Mataderos, cuando el sacerdote Carlos Mugica fue acribillado el día 11, al salir de la iglesia San Francisco Solano. Nadie puede olvidarse de este crimen, perpetrado por Rodolfo Almirón, uno de los jefes de la Triple A.
Esto también ocurrió bajo la presidencia de Perón. Pero habría más, pues el secuestrado Bidegorry iba a aparecer con signos de torturas. El 28 se hallaron los cadáveres de Oscar Dalmacio Mesa, Antonio Moses y Carlos Domingo Zila, secuestrados de un local del PST, en General Pacheco, y fusilados en un descampado de Pilar.
El 2 de junio, el asesinado a balazos fue el joven Rubén Poggioni, por pegar carteles del Partido Comunista. El día 6, Gloria Moroni, de Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista, sería secuestrada y torturada. El 14 se denunció la desaparición de Juan de Dios Odriozola, cuya madre fuera muerta en la batalla campal de Ezeiza.
Perón murió el 1° de julio y, en los nueve meses de su gobierno, los parapoliciales de la Triple A actuaron en zonas liberadas para secuestrar, torturar y matar a jóvenes de izquierda. Se identificaron quince cadáveres, sin contar los secuestros. Luego, con su esposa en la presidencia, la cifra se elevaría casi al millar. (697)

Perón, ¿creador de la Triple A?

Por Araceli Bellotta. Para *LA NACIÓN*

1 de marzo de 2007

Los historiadores cuentan con dos herramientas básicas para la construcción del relato de los hechos del pasado, los documentos y el estudio del contexto en el que sucedieron los acontecimientos.
No es posible, siquiera, comenzar la tarea si no se dispone de fuentes fidedignas para sustentar lo que se afirma. Pero, además, muchas veces esas fuentes no corroboran con certeza la hipótesis con la que el autor se acercó a la cuestión. Cuando esto sucede, es de esperar que el historiador resigne su apreciación *a priori*, y elabore una nueva explicación para el asunto.
Sin embargo, en los últimos tiempos, parece haberse instalado una nueva moda en la historiografía argentina que consiste en recortar los documentos o ignorar el contexto con tal de probar la propia mirada.

En un reciente artículo, «Perón, creador de la Triple A», Hugo Gambini abandonó la rigurosidad histórica que acompañó a sus dos tomos sobre la historia del peronismo, en un esfuerzo por establecer que el expresidente fue el fundador de la siniestra organización. Pero su argumento tambalea, justamente, por no contar con fuentes fidedignas que puedan sustentar semejante afirmación.

Tras aludir al efecto que produjo en Perón el asesinato del secretario de la CGT, José Ignacio Rucci, el 25 de septiembre de 1973, perpetrado por la Organización Montoneros, Gambini se apoya en una investigación ajena para asegurar que, el entonces presidente electo, habría llamado a «una reunión privada muy importante» a la que, sin embargo, asistieron más de cincuenta personas, entre ellos, el presidente provisional, Raúl Lastiri, el secretario general del Partido Justicialista, los miembros del gabinete nacional, los gobernadores y sus vices. Agrega, además, que se puso a consideración un «documento reservado» en el que se convocaba al Movimiento Peronista a luchar contra la infiltración marxista y sostiene que el escrito «no tenía fisuras» pero tampoco firma, porque, como Perón todavía no había asumido la presidencia, se limitó a bendecirlo y a requerir las rúbricas del Consejo Superior Peronista.

Revisemos los hechos a la luz de los documentos. La supuesta reunión confidencial fue dada a conocer por los diarios. Basta con revisar los periódicos de la época para corroborarlo, incluso se podrán leer los discursos de Perón, de Lastiri y del ministro de Defensa, Benito Llambí, con una clara y contundente condena a la guerrilla, en una lógica reacción ante el asesinato del máximo dirigente de la central obrera.

En otro párrafo de su artículo, otra vez aludiendo a una investigación ajena, Gambini reproduce, sin precisar de dónde obtuvo Sergio Bufano, autor de la nota «Perón y la Triple A», en la revista-libro *Lucha armada*, los datos para esta afirmación: «Perón, cansado de proponer a los jóvenes que se sumaran al justicialismo y abandonaran el uso de la violencia, sucumbió a la tentación de estimular una maquinaria de represión, que inició sus actividades antes de que asumiera como presidente, continuó durante su gestión y mucho después de su muerte».

Es notable que el entonces secretario general del Movimiento Peronista, Juan Manuel Abal Medina, hace apenas algunos meses, le aseguró a la autora de este artículo, durante un reportaje publicado en la revista *Movimiento*, de marzo de 2006, que los lazos entre Perón y Montoneros nunca se cortaron. «Después del discurso del 12 de junio de 1974 —sostuvo— el General me pidió si podía hacer un puente con los Montoneros. Él le había tomado idea a Firmenich, pero quería hablar con Norma Arrostito y con Fernando Vaca Narvaja. Esto no fue posible porque la salud del General se quebró. Perón siempre quiso mantener la unidad, a pesar de la indignación que le había causado que el 1.° de Mayo le hubieran insultado a su mujer», concluyó, en alusión al acto en el que Perón echó a los Montoneros de la Plaza calificándolos de «estúpidos e imberbes».

Otro ejemplo de «tironeo» de las fuentes aparece cuando hace referencia a la conferencia de prensa en la que la periodista Ana Guzzetti le preguntó a Perón cómo

reaccionaría el Gobierno ante los atentados de grupos parapoliciales derechistas. Gambini recuerda que el Presidente ordenó a los edecanes que tomaran «los datos necesarios para que el Ministerio de Justicia inicie la causa contra esta señorita», pero olvida la respuesta de Perón respecto de que «la guerrilla debe ser reprimida dentro de la ley», según puede escucharse con absoluta claridad en la grabación que obra en poder de quien esto escribe.

El artículo retrocede más de tres décadas para referirse a la renuncia de los diputados de la Tendencia Revolucionaria, y esta vez omite una parte del documento al aludir a la reunión que el Presidente mantuvo con los legisladores, el 22 de enero de 1974. Sostiene Gambini que el Presidente amenazó al actual, y también entonces, diputado, Carlos Kunkel: «En una semana se acaba todo esto porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato». Olvidó escribir las palabras del comienzo y el final del párrafo. La frase completa fue: «Ahora bien, si nosotros no tenemos en cuenta a la ley, en una semana se termina todo esto, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato, que es lo que hacen ellos (se refiere a los grupos guerrilleros). De esta manera vamos a la ley de la selva y dentro de la ley de la selva tendría que permitir que todos los argentinos portaran armas a la vista».

Y, también omite explicar el contexto. La renuncia de aquellos diputados se produjo cuando el Poder Ejecutivo envió al Congreso Nacional un proyecto de ley que endurecía las penas para los delitos cometidos por la violencia guerrillera, luego de que el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) copara el regimiento de Azul y asesinara a su comandante, el coronel Camilo Gay, a su esposa y al soldado Daniel González. El proyecto se discutió en el bloque oficialista a fines de diciembre de 1973 y, según sostiene el también entonces diputado, Juan Gabriel Labaké, en su libro *El presidente que sí fue*, los que habían defendido la postura del Ejecutivo recibieron una carta de la Conducción Nacional de Montoneros y otra del ERP con una condena de muerte «a ejecutarse en cualquier momento y lugar, por la traición cometida al defender el proyecto de reformas».

Por último, Gambini remata su artículo con cifras que indican que, durante los nueve meses que gobernó Perón, se identificaron quince cadáveres de jóvenes de izquierda, sin contar los secuestros. De nuevo olvida el contexto, porque debería precisar que, sin realizar distinción de ideología alguna, en ese mismo período murieron más de cincuenta personas.

¿Es posible atribuir esas muertes al general Perón? ¿La violencia de la derecha comenzó con la Triple A que, según Gambini, fue creada por el presidente luego de la muerte de Rucci? Definitivamente, no. Basta con leer el diario *Crónica*, del 21 de julio de 1971, para descubrir un comunicado en cuyo primer párrafo expresaba: «El 13 de julio de 1971, el Comando 30 de Junio procedió a la aprehensión de Juan Pablo Maestre y Mirtha Elena Misetich, con la finalidad de responder a la culpabilidad que les cabe en el asesinato del compañero metalúrgico Augusto Vandor. […] Negamos terminantemente la militancia peronista que sofisticadamente pretenden

atribuirle a Maestre. No aceptamos que estos pseudoperonistas, fabricados por el comunismo internacional, ensucien nuestras tres banderas».

«A su turno —concluye— los abogados que hoy asumen actitudes promocionales y que en su momento silenciaron complotadamente el crimen del compañero Vandor tendrán su respuesta. Serán los Ortega Peña, los Duhalde, los Mario Hernández, los Sinigaglia, los Silvio Frondizi y compañía, que nuestra Justicia juzgará por su vinculación con Maestre y el grado de coparticipación o encubrimiento que pudiera caberles en el asesinato del compañero Vandor».

En aquel momento gobernaba, de facto, el teniente general Alejandro A. Lanusse. Faltaban más de dos años para que Perón asumiera por tercera vez la presidencia de la República, y para que la Triple A publicara una lista negra en la que figuraban los mismos nombres, algunos de ellos asesinados posteriormente por esa organización.

Como sostiene Eric Hobsbawm, la historia no es una ciencia inocua, «no es una memoria atávica ni una tradición colectiva. Es lo que la gente aprendió de los curas, los maestros, los autores de libros de historia y los editores de artículos de revista y programas de televisión. Es muy importante que los historiadores recuerden la responsabilidad que tienen y que consiste, ante todo, en permanecer al margen de las pasiones de la política de la identidad, incluso si las comparten». (698)

---

697. Diario *La Nación*. 19 de febrero de 2007. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/peron-creador-de-la-triple-a-nid884744/>.

698. Diario *La Nación*. 1 de marzo de 2007. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/peron-creador-de-la-triple-a-nid887525/>.

Bibliografía y fuentes

Abal Medina, Juan Manuel. *Conocer a Perón. Destierro y regreso,* Planeta, Buenos Aires, 2022.

Adamovsky, Ezequiel. *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión 1919-2003,* Planeta, Buenos Aires.

Aeolo, Oscar. *Orígenes de una fuerza política: el Partido Peronista en la Provincia de Buenos Aires 1947.1955.* UNMDP, *Revista SAAP*, Vol. 4, Nro. 2, jul/dic, CABA, 2010.

Albertelli, Jorge. *Los «cien días» de Eva Perón*. Cesarini Hnos. Editores, Buenos Aires, 1994.

Antonio, Jorge. ¿Y ahora qué?*,* Verum et Militia, Buenos Aires, 1966.

Ara, Pedro. *Eva Perón. La verdadera historia contada por el médico que preservó su cuerpo,* Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

Arancibia, Juan José. *Víctimas del terremoto del 15 de enero de 1944. Primer listado de fallecidos*, Cámara de Diputados de San Juan, San Juan, 2018.

Areilza, José María de. *Memorias Exteriores 1947-1964*, Planeta, Barcelona, 1984.

Barreiro, Hipólito. *Juancito Sosa, el indio que cambió la historia*, Ediciones Tehuelche, Buenos Aires, 2000.

Baschetti, Roberto. *El Programa de Huerta Grande. Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970,* Puntosur, Buenos Aires, 1988.
Bellotta, Araceli. *Las mujeres de Perón,* Planeta, Buenos Aires, 2005.
Bellotta, Araceli. *Eva Perón, abanderada de los humildes*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2008.
Bellotta, Araceli. *El peronismo será feminista o no será nada,* Galerna, Buenos Aires, 2019.
Ben Plotkin, Mariano. «Perón, el revisionismo histórico y su cosmovisión política: plus ça change», *El exilio de Perón. Los papeles del Archivo Hoover*, pág. 243, Chiaramonte, Juan Carlos y Klein, Herbert S. (coordinadores), Sudamericana, Penguin Random House Grupo Editorial, Buenos Aires, 2017.
Bonasso, Miguel. *El Presidente que no fue. Los archivos secretos del peronismo,* Planeta, Buenos Aires, 1997.
Brailovsky, Antonio E. *1880-1982. Historia de las crisis argentinas,* Círculo de Lectores, Buenos Aires, 1982.
Buschrucker, Cristian. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1924-1955),* Sudamericana, Buenos Aires, 1987.
Cafiero, Antonio. *Desde que grité ¡Viva Perón!*, Pequén, Buenos Aires, 1983.
Campano, José. *Perón y España. Política social, interna e internacional,* Plus Ultra, Buenos Aires, 1983.
Campos, Esteban. «Prólogo. Perón 1967. Correspondencia, entrevistas, escritos y mensajes», *El tiempo y la sangre*, J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2020.
Camusso, Marcelo. *Perón: formación militar y acción política*, UCA, Buenos Aires, agosto de 2006.
Castellucci, Oscar y Amavet Mo, Isela. «Perón 1967. Correspondencia, entrevistas, escritos y mensajes», *Otro Perón,*

el mismo Perón, J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2020.
Carrillo, Ramón. *Política Sanitaria Argentina*, textos elegidos, Ministerio de Salud y Ambiente de la Nación; Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, Buenos Aires, 2006.
Casal, H. D. *Los negociados,* Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.
Castellucci, Oscar. «En busca del tiempo perdido. Cómo y por qué Juan D. Perón escribió el Modelo argentino para el proyecto nacional», *Perón, Modelo Argentino para el Proyecto Nacional (1974)*, págs. 165-202, J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2015.
Cloppet, Ignacio Martín. *Eva Duarte y Juan Perón: la cuna materna,* Alfar Editora, Buenos Aires, 2011.
Cloppet, Ignacio Martín. *Perón en Roma. Cartas inéditas (1939-1940). Amores y política,* Ediciones Fabro, Buenos Aires, 2014.
Crespo, Jorge. *El Coronel. Un documento sobre la vida de Juan Perón 1895-1944,* Ayer y Hoy Ediciones, Buenos Aires, 1998.
Chaves, Gonzalo L. *16 de junio de 1955. La masacre de Plaza de Mayo,* Editorial de la Campana, La Plata, 2003.
Damin, Nicolás. *Plan Conintes y Resistencia Peronista 1955-1963,* Instituto Nacional Juan Domingo Perón de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, Buenos Aires, 2010.
De Elía, Catalina. *Maten a Duarte. Historia secreta de la muerte del hermano de Evita,* Planeta, Buenos Aires, 2020.
De Vido, Julio y Bernal, Federico. *Néstor y Cristina Kirchner. Planificación y federalismo en acción,* Planeta, Buenos Aires, 2015.
Falivene, Graciela y Dalbosco, Hugo. *El estado peronista. Los planes quinquenales del peronismo: la primera experiencia argentina de planificación integral,* EDUNPAZ, Buenos Aires, 2019.

Fayt, Carlos. *La naturaleza del peronismo,* Viracocha, Buenos Aires, 1967.
Fernández Pardo, Carlos y Frenkel, Leopoldo. *Perón. La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción (1971-1974),* Ediciones del Copista, Buenos Aires, 2004.
Funes, Carlos «Chango». *Perón y la guerra sucia,* Catálogos, Buenos Aires, 1996.
Galasso, Norberto. *La Década Infame,* Centro Cultural Enrique S. Discépolo, Buenos Aires, 2006.
Galasso, Norberto. *Perón. Formación, ascenso y caída (1893-1955),* Tomo I, Colihue, Buenos Aires, 2005.
Galasso, Norberto. *Perón. Exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974),* Tomo II, Colihue, Buenos Aires, 2005.
Galasso, Norberto. *Historia de la Argentina. Desde los pueblos originarios hasta Néstor Kirchner,* Tomo II, pág. 206, Colihue, Buenos Aires, 2012.
Galasso, Norberto. *Yo fui el confesor de Eva Perón (Padre Hernán Benítez),* Homo Sapiens, Buenos Aires, 1999.
Galasso, Norberto. *De Perón a Kirchner. Apuntes sobre la historia el peronismo,* Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2011.
Gambini, Hugo. *Historia del peronismo. El Poder Total (1943-1951),* Tomo I, Planeta, Buenos Aires, 1999.
Gambini, Hugo. *Historia del peronismo. La obsecuencia (1952-1955)*, Tomo II, Planeta, Buenos Aires, 2001.
Gambini, Hugo. *Historia del peronismo. La violencia (1956-1983),* Volumen III, Penguin Random House, Buenos Aires, 2017.
García, Marcela e Iturrieta, Aníbal. «Perón en el exilio español», *Revista Todo es Historia,* Nro. 313, agosto de 1993.
Godio, Julio. *La Semana Trágica de enero de 1919*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1972.
González Crespo, Jorge. *Eva Perón. La primera parte de una vida,* Ayer y Hoy, Buenos Aires, 1996.

Gori, Gastón. *La Forestal. La tragedia del quebracho colorado,* Editorial Platina/Stilograf, Buenos Aires, 1965.
Graham-Yooll, Andrew. *De Perón a Videla,* Legasa, Buenos Aires, 1989.
Graham-Yooll, Andrew. *Agonía y muerte de Juan Domingo Perón,* Lumiere, Buenos Aires, 2000.
Grimson, Alejandro. ¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no dejar de c*onmover a la política argentina,* Siglo XXI, Buenos Aires, 2022.
Gurucharri, Eduardo. *Un militar entre obreros y guerrilleros. Incluye la correspondencia entre el general Perón y el mayor Alberte,* Colihue, Buenos Aires, 2001.
Hicks, Tommy. *Este poder puede ser tuyo,* Peniel, Buenos Aires, 2007.
Ibarguren, Carlos. *La historia que he vivido,* Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
Jauretche, Arturo. *El medio pelo en la sociedad argentina,* Peña Lillo, Buenos Aires, 1984.
Jauretche, Arturo. *Los profetas del odio y la yapa,* Obras completas, Volumen 4, Corregidor, Buenos Aires, 2012.
Labaké, Juan Gabriel. *El presidente que sí fue,* Corregidor, Buenos Aires, 1997.
Landajo, Ramón. *Al final del camino Buenos Aires,* 1994. Disponible en: <http://alipso.com/monografías/alfinaldelcamino>.
Larraquy, Marcelo. *López Rega. La biografía,* Sudamericana, Buenos Aires, 2004.
Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto. *Galimberti. De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA,* pág. 184, Aguilar, Buenos Aires, 2010.
Luna, Félix. *El 45,* Hyspamérica, Buenos Aires, 1984.
Luna, Félix. *Perón y su tiempo. El régimen exhausto (1953-1955),* Tomo III, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

Martínez, Tomás E. *Las memorias del General,* Planeta. Espejo de la Argentina, Buenos Aires, 1996.
Martínez, Rodolfo. *Grandezas y miserias de Perón,* s/e, México, 1957.
Mende, Raúl. *A veces el que pierde, gana,* Instituto Nacional Juan D. Perón de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, Buenos Aires, 2010.
Michelini, Pedro. *Anecdotario de Perón I,* Corregidor, Buenos Aires, 1995.
Michelini, Pedro. *Anecdotario de Perón II,* Corregidor, Buenos Aires, 1996.
Michelini, Pedro E. *Perón. Develando incógnitas. Algunos hechos poco claros de su vida política,* Corregidor, Buenos Aires, 1993.
Nabot, Damián y Cox, David. *Perón, la otra muerte. El robo de las manos del General,* Agora, Buenos Aires, 1997.
Navarro, Marysa. *Evita,* pág. 134, Planeta, Buenos Aires, 1994.
Noro, Lauro y Brown, Fabián. *Riccheri. Forjador del Ejército del Siglo XX,* Fundación Soldados, Buenos Aires, 1999.
Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo Luis. *Baring Brothers y la historia política argentina,* Colihue, Buenos Aires, 2013.
Page, Joseph. *Perón. Primera Parte (1895-1952),* Javier Vergara, Buenos Aires, 1984.
Page, Joseph. *Perón. Segunda Parte (1952-1974),* Javier Vergara, Buenos Aires, 1984.
Panettieri, José. *Los Trabajadores,* Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1967.
Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. Preparación de una vida para el mando (1895-1942),* Ediciones Espiño, Buenos Aires, 1953.
Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. El hombre del destino,* Tomo I, Abril Educativa y Cultural, Buenos Aires, 1973.
Pavón Pereyra, Enrique. *El hombre del destino,* Tomo II, Abril Educativa y Cultural, Buenos Aires, 1973.

Pavón Pereyra, Enrique. *El hombre del destino,* Tomo III, Abril Educativa y Cultural, Buenos Aires, 1973.
Pavón Pereyra, Enrique. *El hombre del destino,* Tomo IV, Abril Educativa y Cultural, Buenos Aires, 1973.
Pavón Pereyra, Enrique. *Conversaciones con Juan D. Perón,* Colihue/Hachette, Buenos Aires, 1978.
Pavón Pereyra, Enrique. *Los últimos días de Perón,* Ediciones de la Campana, Buenos Aires, 1981.
Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón,* Editorial MILSA, Buenos Aires, 1993.
Pavón Pereyra, Enrique. *Vida íntima de Perón. La historia privada según su biógrafo personal,* Editorial Planeta, Buenos Aires, 2011.
Pavón Pereyra, Enrique. *El asesinato de Perón. Cronología de la conspiración que marcó nuestra historia,* Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2014.
Pavón Pereyra, Enrique. *Evita, la mujer del siglo,* Zupa, Buenos Aires, 1973.
Paz, Hipólito. *Memorias. Vida pública y privada de un argentino del siglo XX,* Planeta, Buenos Aires, 1999.
Peicovich, Esteban. *El ocaso de Perón. Testimonio de Pilar Franco,* Marea, Buenos Aires, 2007.
Peicovich, Esteban. *Hola Perón,* Editorial Jorge Álvarez, 1965.
Perdía, Roberto. *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero,* Grupo Agora, Buenos Aires, 1997.
Perón, Eva. *Discursos completos 1949-1952,* Tomo II, Artes Gráficas. Piscis, Buenos Aires, 2004.
Perón, Juan D. *Escuela Superior Peronista. Filosofía Peronista,* Instituto Nacional Juan D. Perón de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, Buenos Aires, 2016.
Perón. Juan D. *Modelo argentino para el proyecto nacional,* Instituto Nacional Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 2008.

Perón, Juan D. *Discursos completos 1973/1974,* Tomo II, Editorial Megafón, Buenos Aires, 1988.
Perón, Juan D. *La fuerza es el derecho de las bestias. Los libros del exilio 1955-1973,* Volumen I, Corregidor, Buenos Aires, 1996.
Perón, Juan D. *Los Estados Unidos de América del Sur. Mensaje a los pueblos y gobiernos del mundo 21/2/1972,* (recopilación de Astesano, Eduardo), Corregidor, Buenos Aires, 2008.
Perón, Juan D. *Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella. Los libros del exilio,* Volumen I, Corregidor, Buenos Aires, 1996.
Perón, Juan D. *Perón 1943-1944. Discursos, mensajes, declaraciones, documentos, entrevistas y escritos,* J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2022.
Perón, Juan D. *Perón 1967. Correspondencia, entrevistas, escritos y mensajes,* (director Oscar Castellucci), J. D. P. Los Trabajos y los Días, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2000.
Perón, Juan D. *Libro azul y blanco* (respuesta al *Libro azul* del Departamento de Estado de los EE. UU.), Editorial Freeland, Buenos Aires, 1973.
Perón, Juan D. *La hora de los pueblos. Latinoamérica, ahora o nunca,* Instituto Nacional Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 2008.
Perón, Juan D. *Primer Plan Quinquenal. Plan de Gobierno 1947-1951,* Ediciones Fabro, Buenos Aires, 2020.
Perón, Juan D. *Realizaciones peronistas. Escuela Superior Peronista. 1951,* Instituto Nacional Juan D. Perón, Buenos Aires, 2016.
Perón, Juan D. *La comunidad organizada,* Instituto Nacional J. D. Perón, Buenos Aires, 2008.
Perón, Juan D. *Obras completas,* Tomo XXIII, Volumen 2, Docencia, Buenos Aires, 2002.
Perón, Juan D. *Mensaje ambiental a los pueblos y gobiernos del mundo.* Disponible en:

<http://archivoperonista.com/documentos/declaraciones/1972/mensaje-ambiental-peron-pueblos-gobiernos-mundo/>.
Perón, Juan D. Mensaje pronunciado por radio y televisión el 21 de junio de 1973, *Discursos completos. 1973*, Tomo I, Megafón, Buenos Aires.
Perón, Juan D. *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional*, Fabro, Buenos Aires, 2022.
Piccirilli, Ricardo. *Diccionario Histórico Argentino,* Tomo V, Ediciones Históricas Argentinas, Buenos Aires, 1954.
Pichel, Vera. *Evita íntima,* Planeta, Buenos Aires, 1993.
Piñeiro Iñiguez, Carlos. *Perón: la construcción de un ideario,* Siglo XXI Editora Iberoamericana, Buenos Aires, 2010.
Ramos, Jorge A. *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina. 5. La era del peronismo (1943-1976),* Peña Lillo, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2013.
Régolo, Santiago. *Hacia una democracia de masas. Aproximaciones histórico-sociológicas a la reforma constitucional de 1949,* Nuevas Investigaciones, Buenos Aires, 2012.
Rein, Raanan. *Peronismo, populismo y política argentina 1943-1955,* Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1998.
Rein, Raanan y Panella, Claudio (compiladores). *La Segunda Línea. Liderazgo peronista 1945-1955. Pueblo Heredero,* EDUNTREF, Buenos Aires, 2013.
Reyes, Cipriano. *La farsa del peronismo,* Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1987.
Rom, Eugenio P. *Así hablaba Juan Perón,* Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1982.
Rosa, José María. *Historia Argentina,* Tomo III, Oriente, Buenos Aires, 1979.
Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en Argentina,* Tomo I, Emecé Editores, Buenos Aires, 1982.
Sáenz Quesada, María. *Isabel Perón,* Planeta, Buenos Aires, 2003.

Salinas, Juan y Villalonga, Julio. *Gorriarán. La Tablada y las «guerras de inteligencia» en América Latina,* Mangin, Buenos Aires, 1993.
Scalabrini Ortiz, Raúl. *Las dos políticas: la visible y la invisible. Marzo 1936,* Cuadernos de FORJA, Ediciones de la UNLA, Universidad Nacional de Lanús, Buenos Aires, 2012.
Scalabrini Ortiz, Raúl. *Política británica en el Río de la Plata,* Plus Ultra, Buenos Aires, 2001.
Sentís, José Rubén. *Perón en campaña. 35 meses para la toma del poder,* Lectura Crítica, Buenos Aires, 2021.
Seoane, María. *El burgués maldito,* Planeta, Buenos Aires, 1998.
Solanas, Pino y Gettino, Octavio. *Perón, la revolución justicialista*, Video documental, Madrid, 1971. Disponible en: <https://pjdigital.ar/videoteca_2.html>.
Solanas, Pino y Gettino, Octavio. *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder,* Documental, Madrid, 1971. Disponible en: <https://acrobat.adobe.com/link/review?uri=urn:aaid:scds:US:f8885249-83ee-311a-965e-cd3d185b8d83>.
Sourrille, Juan Vital. *La posición de activos y pasivos externos de la República Argentina entre 1946 y 1948,* pág. 7, Oficina de la CEPAL en Buenos Aires, Buenos Aires, diciembre de 2005.
Taiana, Jorge. *El último Perón. Testimonio de su médico y amigo,* Planeta, Buenos Aires, 2000.
Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa. *La democratización del bienestar en Nueva Historia Argentina (1943-1955),* Tomo VIII, pág. 302, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.
Urich, Silvia. *Los perritos bandidos. La protección de los animales. De la Ley Sarmiento a la Ley de Perón,* Catálogos, Buenos Aires, 2013.
Urriza, Manuel. *El Perón que conocí,* Peña Lillo, Continente, Buenos Aires, 2004.

Valko, Marcelo. *Los indios invisibles del Maón de la Paz. De la apoteosis al confinamiento, secuestro y destierro,* Peña Lillo-Ediciones Continente, Buenos Aires, 2012.
Verbitsky, Horacio. *Ezeiza,* Contrapunto, Buenos Aires, 1986.
Yofre, Juan B. *La trama secreta de Madrid. Los documentos secretos sobre el retorno de Perón a la Argentina,* Sudamericana, Buenos Aires, 2013.
Yofre, Juan B. *Puerta de Hierro. Los documentos inéditos y los encuentros secretos de Perón en el exilio,* Sudamericana, Buenos Aires, 2015.
Zanatta, Loris. *Eva Perón, una biografía política,* Sudamericana, Buenos Aires, 2011.

Publicaciones periodísticas

Diario *Clarín.* 21/12/1997, 19/6/2003.
Diario *Crónica.* 5/9/1971.
Diario *Democracia.* 9/4/1953.
Diario *El Caribe.* Santo Domingo. 26/1/1960.
Diario *El Nacional*. Caracas. 24/1/1958.
Diario *La Estrella*. Panamá. 30/1/1955, 7/12/1955.
Diario *La Nación*. 30/10/1943, 3/4/1948, 24/9/55, 9/6/1973, 10/6/1973, 1/8/1973, 4/8/1973, 16/11/2003, 9/2/2007, 1/3/2007.
Diario *La Opinión*. 14/8/1973.
Diario *La Prensa*. Managua. 25/7/1956, 27/7/1956.
Diario *La Prensa*. 30/6/2014.
Diario *La Razón*. 28/6/1974, 21/12/74.
Diario *Mayoría*. Madrid. 24/1/1973.
Revista *Ahora.* Año XXVII. 2/1/1962. Nro. 2958.
Revista *Así*. Nro. 415. 10/9/1971.
Revista *Gente.* Julio de 1974.

Revista *La Semana*. Julio de 1978.
Revista *Panorama.* 14/4/1970.
Revista *Primera Plana*. 31/5/1966.
Revista *Siete Días Ilustrados.* Nro. 30. 5/12/1967.
Revista *Somos*. Nro. 16. 7/1/1977, Nro. 18. 21/1/1977.
Revista *Todo es Historia*. Nro. 44. Diciembre de 1970. Ceres, Hernán. «Los Niños Cantores». Nro. 304. Noviembre de 1992. Goldar, Ernesto. «El retorno de Perón». Nro. 313. Agosto de 1993. García, María e Iturrieta Aníbal. «Perón en el exilio español». Nro. 361. Agosto de 1997. Bellotta, Araceli. «Carlos Mugica, el cura de las villas».

Fuentes en internet

Anguita, Eduardo y Cecchini, Daniel. «Partes médicos confusos y noticias falsas: cuando Lanusse creyó que a Perón "no le daba el cuero para volver"». 22 de agosto de 2019. Disponible en: <https://www.infobae.como/sociedad/2019/08/22/partes-medicos-confusos-y-noticias-falsas-cuando-lanusse-creyo-que-a-peron-no-le-daba-el-cuero-para-volver/>.
Asís Damasco, Luis. «La Secretaría de Gobierno existente en los años 1974-1975 y la Jefatura de Gabinete», pág. 4, Revista *Anales* de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP), Año 17, Nro. 50-2020. Disponible en: <https://revistas.unlp.edu.ar>.
Asís Damasco, Luis. «Coronel Vicente Damasco. La Mano derecha de Perón». Disponible en: <https://es.secribd.com/document/3601853027/Coronel-Vicente-Damasco-La-Mano-Derecha-de-Peron>.
Asociación Cultural Mandu'arã. «Recuerdos de la visita del Gral. Perón». Disponible en:

<https://www.facebook.com/asociacion.manduara/posts/recuerdos-de-la-visita-del-general-per%C3%>.
Belini, Claudio y Haberfeld, Leandro. «Antes de la Estabilización. La política económica peronista en contexto del agravamiento de la crisis, 1949-1951», Serie de Documentos de Trabajo del IIEP, Nro. 53, julio de 2020. Disponible en: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/1136/140978>.
Bellini, Claudia. «El fracaso de la Empresa Mixta Telefónica Argentina 1946-1948», CONICET-UBA, Buenos Aires, 2013. Disponible en: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/26553>.
Bernazza, Claudia. «Tesis de doctorado en Ciencias Sociales-FLACSO. La planificación gubernamental en la Argentina. Experiencias del período 1974-2000 como puntos de partida hacia un nuevo paradigma», pág. 112, 2007. Disponible en: <https://claudiabernazza.ar/textos/>.
Berrotarán, Patricia. «La planificación de la época peronista. Argentina 1946-1949», Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en: <http://nulan.mdp.edu.ar.DOC-20230515-WA0013>.
Corbetta, Juan Carlos. «La transformación del Estado argentino: 1943-1955. Su estudio a través de la legislación», Universidad Nacional La Plata, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Tesis doctoral. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/7467>.
Duzdevich, Aldo. «La reunión de Perón con diputados montoneros: en 1974 aceptó recibirlos a pesar de sus críticas y del crimen de Rucci». Disponible en: <www.infobae.com/sociedad/2021/01/31/la-reunion-de-peron-con-diputados-montoneros-en-1974-acepto-recibirlos>.
Esquivada, Gabriela. Artículo «Archivos Desclasificados: el plan del ERP para secuestrar a un "exnovio de Isabel Perón" y a un diplomático de los EE. UU. que preocupó a la CIA». Disponible

en: <https://www.infobae.com/sociedad/2019/04/29/archivo-desclasificados-el-plan-del-erp-para-secuestrar-a-un-ex-novio-de-isabel-peron-y-a-un-diplomatico-americano-que-preocupo-a-la-cia/>.
Failvene, Graciela y Dalbosco, Hugo. «El Estado peronista. Los planes quinquenales del peronismo: la primera experiencia argentina de planificación integral», EDUNPAZ, Buenos Aires, 2019. Disponible en: <https://edunpaz.unpaz.edu.ar/OMP/index.php/edunpaz/catalog/book/15>.
Ferraris, Laura Beatriz. «Juan Domingo Perón estudió en Caballito». Disponible en: <https://buenosaireshistoria.org/juntas/juan-domingo-peron-estudio-en-caballito>.
García Lupo, Rogelio. «El Libro Azul de Estados Unidos contra Perón que no pudo evitar su victoria». Disponible en: <https://www.iade.org.ar/noticias/el-libro-azul-de-eeuu-contra-peron-que-no-pudo-evitar-su-victoria>.
Gerchunoff, Pablo y Antúnez, Damián. «De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo». Disponible en: <https://www.fhuc.unl.edu.ar.pdf>.
Gómez Morales, Alfredo. Entrevista, Archivo de Historia Oral, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, junio de 1972. Disponible en: <https://www.academia.edu/35578041/NUEVA_HISTORIA_ARGENTINA_EDITORIAL_SUDAMERICANA>.
Kryskowski, Juan Pablo. «La etapa nómade del exilio de Perón 1955-1956», VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2018), Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo, pág. 7. Disponible en: <http://redesperonismo.org/articulo/la-etapa-nomade-del-exilio-de-peron-1951956/>.
Luciani, María Paula. «La etapa formativa de la Secretaría de Trabajo y Previsión (1943-1946): Primeros pasos organizativos y figuras

relevantes», Anuario del Instituto de Historia Argentina, Nro. 14, pág. 7, 2014. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6721/pr.6721.pdf>.

Lobato, Mirta Zaida. «Representaciones del trabajo femenino bajo el peronismo: la elección de las reinas del trabajo», *Encrucijadas,* Nro. 34, UBA, 2004. Disponible en: <http://repositoriouba.sisbi.uba.ar>.

Mackinnon, María Moira. «Sobre los orígenes del Partido Peronista. Notas introductorias». Disponible en: <https://origenespartper_unsam>.

Martín Moreno, Francisco. «Vehículos eléctricos. Historia, estado actual y retos futuros», Departamento de Ingeniería eléctrica, Universidad de Málaga, España. Disponible en: <https://core.ac.uk/download/pdf/328025433>.

Mendoza, Maximiliano. «Génesis y recepción del mensaje ambiental de Juan Perón», pág. 14, VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo. 29, 30 y 31 de agosto de 2018. Disponible en: <http://redesperonismo.org/articulo/genesis-y-recepcion-del-mensaje-ambiental-de-juan-peron/>.

Novick, Susana. «La experiencia del primer peronismo sobre comercio exterior». Disponible en: <www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/18-Novick.pdf>.

Ortiz, Yolanda. Entrevista, «Pionera en el cuidado del medio ambiente», *Selecciones Reader´s Digest*. Disponible en: <https://selecciones.com.ar/vida-cotidiana/medio-ambiente/pionera-en-el-cuidado-del-medio-ambiente>.

Redacción de *Perfil*. (14 de junio de 2014). «El encargado de cuidar a Perón, testigo y parte de la historia reciente». Disponible en: <https://www.perfil.com/noticias/elobservador/el-encargado-de-

cuidar-a-peron-testigo-y-parte-de-la-historia-reciente-20140614-0016.phtml>.
Perón, Juan D. «Lo que yo vi de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre. Contribución personal a la historia de la revolución de 1930», pág. 2. Disponible en: <https://historiaydoctrinadelaucr.com/2016/07/juan-domingo-peron-lo-que-yo-vi-de-la.html>.
Perón, Juan D. Declaraciones, Archivo DiFilm,1972. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ucujK-F28vo>.
Perón, Juan D. Mensaje del 7 de noviembre de 1972. Disponible en: <http://atlaslatinoamericano.unla.edu.ar/assets/pdf/tomo2/fuentes/cap2/10-msj-de-jd-peron.pdf>.
Perón, J. D. «Carta a los efectivos de la Guarnición de Azul», 22 de enero de 1974. Disponible en: <https://www.infobae.com/sociedad/2022/01/02/la-carta-de-juan-domingo-peron-a-los-efectivos-de-la-guarnicion-de-azul-después-del-ataque-del-erp/>.
Rappoport, Mario. «La deuda externa argentina y la soberanía jurídica: sus razones históricas». Disponible en: <https://filadd.com/doc./deuda-externa-rapaport-pdf-economia-politica>.
Santucho, Mario R. Conferencia de prensa, 27/6/73. Disponible en: <https://osirredentosblog.wordpress.com/2018/08/14/video-inedito-conferencia-de-mario-roberto-sabtucho-1973/>.
Simonetti, Natalia. «La Secretaría Técnica como espacio de proyección racional en la burocracia estatal (1946-1954)», XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche, Universidad Nacional de Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009. Disponible en: <https://cdsa,aacademica,org/000-008/149.pdf>.
Yofre, Juan B. «El día en que los generales abandonaron a Perón y le quitaron el uniforme militar». Disponible en:

<https://www.infobae.com/sociedad/2020/08/02/el-dia-en-que-le-quitaron-el-uniforme-militar/>.
Yofre, Juan B. «Perón confidencial: los secretos que guardó su edecán militar y los detalles ocultos de una pelea con López Rega». Disponible en: <https://www.infobae.com/sociedad/2019/07/28/peron-confidencial-los-secretos-que-guardo-su-edecan-militar-y-los-detalles-ocultos-de-una-pelea-con-lopez-rega/>.
Yofre, Juan B. (1 de julio de 2022). «Las horas finales de Perón, el intento de resucitarlo y falsa "técnica milenaria" para conservar su cuerpo», *Infobaires*. Disponible en: <https://www.infobae.com/sociedad/2022/07/01/las-horas-finales-de-peron-el-intento-de-resucitarlo-y-falsa-tecnica-milenaria-para-conservar-su-cuerpo>.
Wagner, María Paula y Pirrone, Guido. Entrevista a Yolanda Ortiz, primera secretaria de Ambiente Humano de la Nación, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/36212>.

Documentos

Acta Nro. 583 del Libro de Bautismos de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen de Lobos. Fotocopia en el Museo y Biblioteca Justicialista de Lobos.
Decreto 75/1973. Creación de Secretarías de Estado del Ministerio de Economía. Disponible en: <www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-75-1973-169667/texto>.
Sentencia 10 de septiembre de 1930. Corte Suprema de Justicia de la Nación. Disponible en: <http://www.saij.gob.ar/corte-suprema-justicia-nacion-federal-ciudad-autonoma-de-buenos-aires-

acordada-sobre-reconocimiento-gobierno-provincial-nacion-fa30996876-1930-09-10/123456789-678-6990-3ots-eupmocsollaf>.
Boletín Oficial de la República Argentina. 27/10/1948.
Partida de Defunción de Aurelia Tizón de Perón. Registro Civil, Sección 18, Tomo II, Nro. 715.
Proclama de la Revolución del 4 de junio de 1943.
Discurso por radio del coronel J. D. Perón por la inauguración de la Secretaría de Trabajo y Previsión. 2 de diciembre de 1944.
Proclama de la Revolución del 4 de junio de 1943.
Discurso de J. D. Perón. 17 de octubre de 1945.
Discurso de J. D. Perón. 17 de octubre de 1950. «Veinte verdades peronistas».
Discurso por radio de J. D. Perón a los obreros ferroviarios. 10 de enero de 1944.
Mensaje Presidencial del 1.° de mayo de 1949.
Discurso de J. D. Perón pronunciado por radio y televisión, el 21 de septiembre de 1973, como cierre de la campaña electoral para los comicios del 23 del mismo mes.
Discurso de J. D. Perón pronunciado en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, ante los gobernadores provinciales de todo el país. 1.° de octubre de 1973.
Discurso de J. D. Perón del 1.° de mayo de 1974. Disponible en: <https://m.youtube.com/watch?v=C40-ChOgaxA>.
Discurso del presidente J. D. Perón por cadena nacional. 12 de junio de 1974. Disponible en: <https://www.labaldrich.com.ar/mensaje-de-peron-de-la-manana-del-12-de-junio-de-1974-en-el-salon-blanco-de-la-casa-rosada/>.
Discurso de J. D. Perón. 12 de junio de 1974 en la Plaza de Mayo. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=O-hditPcs5E&ab_channel=LaborPeronista>.

Decreto 8.503/1946. Boletín Oficial 5/4/1946.
Borrador del decreto para la creación del Consejo de Consulta y Estudio para el Proyecto Nacional en el archivo personal del coronel Vicente Damasco.
Decreto 1 del 4/6/1946.
Decreto 2.098 del 1 de julio de 1946.
Constitución de la Nación Argentina. 1949. Banco de la Provincia de Buenos Aires. 2009.
Decreto ley 4.161/56 del 5 de marzo de 1956.
Decreto ley 3.838 del 12 de abril de 1957.
Carta de J. D. Perón a Arnaldo Sosa Molina. Madrid, 2 de diciembre de 1965.
Ibarguren de Duarte c/Perón, Juan Domingo s/nulidad de escritura y revocación de donación. Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Civil N.° 21 de la Capital Federal. Juez Dr. Cáceres. Secretario Dr. Solari. Expte. 35.139.
Decreto 2.407 del 15 de septiembre de 1983. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto.2407-1983-56728>.
Ley 27.642. Disponible en: <https:///www.argentina.gob.ar/justicia/derechofacil/leysimple/salud/ley-de-etiquetado-frontal#ley>.
Acta de traspaso del mando de J. D. Perón a María Estela Martínez de Perón. En el Museo Histórico Provincial, Quinta 17 de Octubre, San Vicente, provincia de Buenos Aires.
Decreto 75/73. Disponible en: <https://servicios.infoleg.gob.ar/infoleginternet/anexos/165000-169999/169667/norma.htm>.

Entrevistas y testimonios

Corbalán, I.
Ricardo Gayol. Abril de 1974.
General Sinforiano Godoy. Asunción. Abril de 1974.
Doctor Enrique Seall. Asunción. Abril de 1974.
Mayor Alfredo Alemán. Panamá. Abril de 1974.
Coronel Ronaldo Bermúdez Arcia, capitán de la Guardia Nacional en julio de 1956. Managua. Abril de 1974.
Rafael García, presidente de la CNT. Caracas. Mayo de 1974.
Mercedes Vargas de Furmann. Caracas. Mayo de 1974.
Germán Arias. Caracas. Mayo de 1974.
Doctor Pedro Cruz Bajarez. Caracas. Mayo de 1974.
Licenciado Rafael F. Bonnelly. Ciudad de Santo Domingo. Mayo de 1974.
Napoleón Mogrovejo. Caracas. Mayo de 1974.
Fabio Herrera Cabral, administrador del Hotel Paz y embajador de la República Dominicana en Argentina en 1974. Buenos Aires. 29 de marzo de 1974.
General (R) Marcos Rivera Cuesta. Ciudad de Santo Domingo. Mayo de 1974.
Doctor Claence Charles Dunlop. Santo Domingo. Mayo de 1974.
Licenciado Ángel Corides Reynoso. Ciudad de Santo Domingo. Mayo de 1974.
Ingeniero Félix Benítez Rexach. Santo Domingo. Mayo de 1974.
Coronel (R) Francisco Coradín Benezario. Ciudad de Santo Domingo. Mayo de 1974.
Pavón Pereyra, Enrique. Testimonios a la autora. 2003.
Leyba, Carlos. Testimonio a la autora. 11 de marzo de 2023.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

